

Kristel Ralston



*Un Capricho
del Destino*

UN CAPRICHOS DEL DESTINO

KRISTEL RALSTON

Capítulo 1

—¿Me recuerdas por qué estamos haciendo esta pantomima, Tom? — preguntó Brenda con desgana, mientras se acomodaba debajo de las ásperas sábanas.

—Por el bien de la agencia— gruñó arrebujándose en el lado izquierdo del colchón.

Brenda intentaba calentar los pies desde el otro extremo de la cama.

—Si no hubieras abierto la bocaza, entonces no tendríamos que sufrir las circunstancias — murmuró ahuecando la almohada con los puños.

El fresco de la noche parecía colarse por las ventanas cerradas del Bed and Breakfast ubicado cerca de la estación de Holland Park. El invierno prometía hacer gala a su fama de inclemente clima británico.

—Espero que no ronques, Bree le dijo con el apelativo cariñoso con que solían llamarla. La conocía desde que era pequeña, y ahora trabajaban juntos en una agencia de turismo, GreenRoad, y estaban metidos en ese embrollo por culpa de él—. Y deja de gimotear. Ya puse al máximo la calefacción.

Ella tiritaba.

—¡Yo no ronco!

—Shhh. Se supone que tenemos que probar la calidad de este Bed and Breakfast.

—Pufff—bufó, girándose para quedar frente a él—. Ya vas notando entonces que hay que tacharlo de la lista. ¿Cómo puede alguien pagar cuarenta libras la noche por este congelador?, solo a ti se te ocurre proponerle a Robert que estás dispuesto a experimentar en persona el confort de los B&B que recomendamos. Ahora déjame en paz que te mueves como una lombriz.

—Tú roncas —la acusó riéndose, al tiempo que los dientes empezaban a castañearle.

—No.

—Sí.

—¡Oh, Tom Fawller, crece un poco! — lo reprendió dándole un almohadazo, que él respondió sin dudar.

Acabaron riéndose.

—Punto número uno. Cuando hicimos la reunión en la mañana se suponía que ibas a salvarme —ella puso los ojos en blanco—. Punto número dos. Robert preguntó qué ideas se nos ocurrían para empezar la semana de trabajo, y dije lo primero que se me vino a la mente. ¿Por qué no comentaste que era una mala idea?

Ella lo miró ceñuda.

—Fácil. Estaba ocupada revisando mi móvil a la espera de que me respondieran de un casting para modelos. He mandado a varios lugares. En una, ya hice fotos de ropa deportiva. Y la otra... es la mejor agencia de modelos para publicidad. Así que ya veremos. Cualquiera de ellas será genial.

Tom la observó pensativo.

—¿Ahora vas a ser modelo?

A Brenda, los dioses la obsejaron con una belleza excepcional. El cabello rubio lustroso era una cascada de ondas por debajo de los hombros. Sus ojos verdes refulgían al sonreír.

Del cuerpo, ni hablar, era perfecto, además se movía con gracia innata al caminar. Si realmente le interesara el modelaje tendría millones. El único problema era que ella parecía no ser consciente de su abrumador atractivo, ni le interesaba explotarlo, si acaso reparaba alguna vez en él. Modelar solía ser su último recurso cuando las cosas iban muy mal en casa, como ahora. Esos meses estaban convirtiéndose en un calvario.

Ella se colocó de espaldas y miró el tumbado.

—Necesito los ingresos. Ya conoces la historia — susurró con tristeza. Tom y ella habían vivido juntos importantes transiciones, y ahora, con veintisiete años por igual, seguían siendo el soporte del otro.

Tom se giró, y le puso la mano en la mejilla, atrayendo la mirada color esmeralda hacia la suya.

—Tengo dinero, Bree. Déjame ayudarte.

Él tenía una capacidad impresionante para hacer inversiones en la bolsa de valores.

A eso le sumaba los diversos negocios que poseía, y el resultado era un chico joven, millonario, cuya lucha por el respeto de los derechos humanos también ocupaba gran parte de su tiempo.

Bree suspiró.

—No puedo —negó con la cabeza sobre la almohada mullida—. Me has conseguido el puesto de guía aquí en Londres. Me salvas cuando no me queda cupo en la Oyster del metro llevándome en tu automóvil, y lo más importante me haces reír. Es todo lo que necesito, Tom. De verdad — esbozó una sonrisa.

La con empló con sus ojos negros q e eran tan oscuros como la obsidiana. A pesar de ser muy británico, sus antepasados eran una mezcla de griegos con españoles. Heredó una interesante muestra de facciones fuertes, duras, como las de un boxeador, con la nariz algo magullada. Su risa fácil suavizaba la expresión, que en un principio podría parecer intimidante.

Trabajaba en la agencia de turismo solamente por hobby, no obstante, Green Road también le reportaba un valor agregado: le permitía conocer gente de todo el globo, y eso le encantaba.

Lás ima que no me gusten las m jeres — susurró Tom riendo bajito.

Brenda se rió también, quitándole un poco de la manta para acomodarse.

—Y que lo digas, en la empresa creen que estamos teniendo un affaire — se mofó.

—Supongo que por eso Scott ni repara en mí — suspiró con fingida resignación.

Ella alborotó con la mano, el cabello corto color chocolate.

Ton erías, ese de marketing, sí que te mira —le hizo un guiño juguetón—. El hecho de que me hayas embaucado como tu compañera para esta payasada de probar Bed and Breakfast a diestra y siniestra, no te ayudará. He ahí tu castigo. De ahora en adelante tendrás que vértelas para atraer a Scott a tu plan de trabajo en los B&B —se rieron—. A lo mejor y sí que quiere reemplazarme en esta loca idea tuya.

De pronto, él se puso serio.

—Bree.

¿Sí? — dijo con una sonrisa.

Tom pareció dudar.

—¿Qué tan mal están las cosas en tu casa?

El semblante animoso en ella, decayó.

—Hemos estado en el hospital al menos dos veces... en un mes. Ya saldré adelante. Realmente espero que me llamen de las agencias. Aunque posar para una cámara no es mi mayor gusto. Pero alguien tiene que hacerlo. ¿Cierto? — intentó ponerse alegre.

Tom la observó sin decir palabra, y Bree también se quedó en silencio.

—¿Y el niño...? — indagó retomando el tema de la familia de Brenda.

Para Bree era un asunto complicado. Su madre, Marianne, disfrutaba especialmente de la bebida. Cuando se acababa todas las botellas, se unía con uno de sus novios de turno, hasta que terminaban en un escándalo. Golpes e insultos eran los ingredientes habituales, sumados a cuentas por pagar que salían de los escuetos fondos que su padre les dejó a su muerte.

Recordaba cuando su madre quedó encinta. Ella habría tenido unos veintiún años. Su hermanito nació milagrosamente sano. En aquella época, Marianne dejó de beber un poco, hasta que dio a luz, pero no sabía quién era el padre de la criatura. Un día, cuando Bree volvía de la academia, encontró a su madre tirada en el suelo inconsciente, y al pequeño Harvey gritando desesperado. El ajeteo y el estrés en el hospital fueron caóticos y aún hasta ahora le resultaba traumático todo el infierno que había vivido desde que tenía memoria.

Desde ese incidente dejó de estudiar y se dedicó a trabajar. No podía permitir que su hermano sufriera un accidente o algo peor en manos de su madre. Marianne pagaba su sacrificio con desaires o agravios verbales, especialmente si no encontraba la cantidad de alcohol del día, a veces también había golpes.

La rehabilitación de su madre era como el cuento de nunca acabar. Entraba y salía, pero jamás se recuperaba del todo. En sus ratos lúcidos casi podía encontrar a la madre que necesitaba. Pero eso ocurría en raras ocasiones.

Los vecinos que tenía eran una bendición. Eloise y Oswald Quinn. Dos jubilados que se encariñaron con Harvey. El niño era precioso. Unos profundos ojos azules y el cabello rubísimo. El matrimonio se ofreció a cuidarlo, mientras ella trabajaba en el centro de Londres. Agradecida con la pareja, solía cocinarles los fines de semana, después de deambular por los diferentes museos, palacios y monumentos, mostrándoselos a los turistas de todo el mundo.

Cocinar era una de sus aficiones. Antes de empezar a trabajar, su idea fue estudiar para ser chef y especializarse en repostería. «Sueños y anhelos del pasado», solía pensar, pero al menos ponía en práctica sus invenciones con los

Quinn, quienes eran unos comensales entusiastas.

El sonido de la gotera del lavabo de la pequeña habitación del B&B, la trajo de vuelta de sus recuerdos.

—¿Sabes? Gracias a Dios tengo a los Quinn. Harvey ya tiene seis años... y ellos le brindan la imagen materna y paterna que no tiene en casa—suspiró—. La vida no ha sido fácil para mí; procuro hacérsela sencilla a él. Es tan pequeño, Tom...

—Lo sé, lo sé, mi querida Bree. Oye, aunque has dicho que no... pero...si alguna vez surge algo que no puedas manejar, ¿me dejarás ayudarte con algo de efectivo?

—Tan solo si estoy demasiado desesperada. Y aún así, no creo que... —suspiró al ver la sombra de impotencia en el rostro de Tom—. Está bien. Alguna vez, supongo.

Afuera los copos de nieves caían sin cesar; no podía ser de otro modo en pleno enero.

—Con eso me vale —sonrió—. Ahora vamos a tratar de dormir, antes de que la gotera del baño nos gane la batalla dejándonos insomnes. Por cierto —Bree se detuvo para mirarlo antes de apagar la luz de la mesita de noche—, ¿qué calificación le damos a este lugar?

Brenda apagó la luz. Le quitó totalmente la colcha, y Tom empezó a tiritar con fuerza.

—¿Qué haces? ¡Dame la colcha! —exigió temblando.

—Supongo que tú mismo eres capaz de ponerle la calificación, ahora que tienes un ejemplo vívido.

—De acuerdo. De acuerdo, no te molestaré. ¡Paz! ¡Paz! —castañeó los dientes—. Menos cero. La calificación es menos cero. Tal como la temperatura de allá afuera. Anda, dame la colcha, no seas arpía.

Con una carcajada, Bree se dispuso a dormir, y lo dejó arrojarse.

La explicación sobre la historia del Palacio de Buckingham, su tradición y arquitectura solía tomarle cuarenta y cinco minutos en el tour corto, porque además incluía los alrededores: Clarence House, St. James Park, entre otros. Cuando la cantidad de gente era más numerosa, entonces podía tardar en la explicación una hora y media, porque solía haber más preguntas. No todos los turistas dejaban propias, pero quienes lo hacían eran más que generosos y lo agradecía, porque con eso pagaba el metro y el lunch de Harvey en la escuela.

Después de la ridícula prueba de Tom se libró de la tarea de experimentar en los B&B, porque Robert, el gerente y dueño de la empresa para la que trabajaba, lo envió a reunirse con un grupo de turistas de Berlín, en Brighton. Usualmente ese tipo de servicios no se ofrecían, pues solo cubría el área de Londres hasta Surrey. Sin duda, se trataba de algún conocido de su jefe; un favor especial. Le habría encantado que la eligiera a ella para esa tarea, porque la paga del día era doble. Ni modo.

—Y entonces, cuando un evento lo amerita, la Reina—continuó explicando al grupo de turistas holandeses que observaban los alrededores—, puede solicitar que la bandera esté izada a

media asta. Tal y como sucedió con la muerte de La Dama de Hierro. En ocasiones no necesariamente se trata de una ocasión especial, o trágica, sino que comunica, por ejemplo, cuando la Reina está o no en el palacio...

Después empezaron el paseo en el metro, hasta Hampton Court Palace. La estación llevaba el nombre del palacio favorito del monarca Enrique VIII, que lo habitó en 1536. El ambiente era casi mágico. Y había un pequeño puente desde donde era posible observar los alrededores de la inmensa propiedad del controversial rey.

Bajando de la estación, la entrada al palacio estaba dividida en tres partes, protegidas por rejas negras. La entrada central, para el paso de automóviles autorizados, estaba flanqueada por un león en la cúspide de una de sus columnas, y un unicornio en la otra columna; ambos animales sostienen los escudos del Rey Jorge II. A cada lado de la entrada central, hay dos más angostas, para el paso de los peatones; y cada columna lateral que las sostiene, cuenta con un soldado de piedra en cada cúspide. Cuatro imponentes figuras en total.

—Esta entrada es conocida como Trophy Gates —les informó, mientras los turistas tomaban fotos.

Brenda recorrió con ellos el palacio durante lo que quedó de la tarde. Luego de una fotografía de grupo, les dio las indicaciones necesarias para que fueran a los dos patios principales: los del Reloj y el de La Fuente. La "Great Hall" y la "Capilla Real", eran dos espacios insignes de la magnífica propiedad.

—Bree — la llamó una chica de aproximadamente quince años. Wallys, según recordaba el nombre de la lista.

—¿Sí? — dio un trago a su botella de agua. Se consumía al menos tres durante los recorridos.

—¿Es cierto que el Great Hall, lo diseñó el cardenal Wolsey? Es que he visto la serie The Tudors, es fabulosa — sonrió dándole un mordisco a una chocolatina—. Y tengo esa curiosidad, porque además, antes de venir me leí al menos quince guías de viaje — Brenda quiso decirle que por qué mejor entonces no daba ella la charla. Era casi el fin de la tarde y estaba agotada—. ¿Qué dices tú, Bree?

Los demás integrantes del tour la observaban.

Ella suspiró sin dejar de esbozar una sonrisa.

—No, no es cierto. Aquella gran habitación la encargó Enrique VIII, y la terminaron el año en que decapitaron a su segunda esposa, Ana Bolena. Eso fue en el año 1536. A las personas suele impresionarles mucho la sala que comentas, como seguramente les ocurrió a ustedes también hace un momento —todos asintieron—, especialmente por el tapiz que observamos. Tal como les comenté durante el recorrido, La historia de Abraham es uno de los tapices más suntuosos que existen en Inglaterra, y tenemos el placer de lucirlo en el

Great Hall de este precioso palacio. Y ahora — se dirigió a Wallys que la escuchaba muy atenta y tomaba notas en un viejo cuadernillo—, con respecto al cardenal Wolsey —la muchacha abrió los ojos con expectante—, fue el primer propietario del palacio, y mandó a construir la residencia en 1515. Antes de que Enrique VIII la habitara.

Luego de un par de consultas extras, que contestó con la mejor disposición, dio por concluida la larga, pero siempre placentera visita. Cuando Brenda iba a ese palacio, ubicado a 20 kilómetros

de Londres sentía una extraña y gratificante sensación de calma. Quizá se trataba del río, o la naturaleza, o la historia y mitos que envolvían el lugar, pero siempre le resultaba maravilloso visitar Hampton Court Palace.

—Tienen quince minutos para tomar el refrigerio que les ofrece Gretel —señaló a su compañera morena, que llegó en el minibús del tour. Ella los llevó en metro, porque todos los turistas tenían que vivir el paso por el famoso tube de Londres—. Los esperaré cerca de esta valla —señaló un espacio en medio de dos árboles que por el momento no tenían, ni hojas ni especial color, tan solo rocío. Y a pesar del clima de febrero, el lugar continuaba mostrándose atractivo e imponente.

Cuando se disponía a beberse el café en su termo, le entró una llamada al móvil.

—Aquí Brenda — saludó como habituaba. Solían llamarla de la base de la empresa para saber cómo iba todo, o si necesitaba algo.

—Señorita, Russell —saludó una voz grave y seria, totalmente desconocida para ella—. La llamamos, porque tenemos su carpeta de fotografías. ¿Tiene disponibilidad para venir a la agencia?

La alegría de Bree no podía ser más grande. Estuvo esperando al menos tres semanas la llamada, y tan apretada económicamente como se encontraba, tuvo que hacer uso de la ayuda que le ofreció Tom. «Se la pagaría con esa sesión de fotos».

—Claro — anotó la hora y dirección que le dictó la mujer en su pequeña agenda—. ¿Qué tipo de ropa debo modelar?

—Lencería.

Ella tragó en seco.

—Lence...

—¿Tiene algún problema con ello? —indagó impaciente la mujer del teléfono al escucharla insegura—. Dolce & Gabbana no es una marca que admita dudas. Puede o no puede.

«Harvey. Tenía que pensar en Harvey. A un lado la vergüenza». Aunque era su primera vez como modelo de ropa interior.

—Yo, errr...no, ninguno. Estaré encantada de hacer fotos.

—Mañana entonces — cerró la comunicación.

«Vaya genio», pensó con una mueca Bree.

Lo que más vergüenza le daba a Brenda era mostrarse en ropa interior frente a las veinte personas que estaban en el estudio trabajando en la sesión. Menos mal la calefacción iba perfecta, y la agencia para la que aplicó poseía una reputación intachable. Se sintió con suerte. Si no hubiera sido una marca de ropa renombrada, ni se le hubiera cruzado modelar en ropa interior; habría preferido hacer algún préstamo.

Las tomas no fueron para nada incómodas, salvo por la pequeña cantidad de tela que llevaba encima.

—Vamos, preciosa, gírate a mi derecha —el fotógrafo hizo diez tomas—. Perfecta, estira un

poco más la espalda...eso, sí. Bien. Ahora, inclínate hacia adelante. Muestra esos senos perfectos.

Así...mmm, a ver, abre un poquito la boca. ¡Exactamente! ¡Genial!

—cambió el ángulo de la cámara—. Eres la mujer más hermosa de este catálogo —disparó diez tomas más—. ¡Has quedado fabulosa! —empezó a pasar las fotografías por el visor, revisándolas—. ¿Desde cuándo modelas, Bree?

Marlo era francés y desde hacía cinco horas, tiempo que llevaba en la preparación y maquillaje, le contaba entre toma y toma su vida de trotamundos. Empezó como fotógrafo de la National

Geographic, hasta que sintió la necesidad de vivir en un solo lugar. Tuvo la suerte de que la casa de Giorgio Dolce & Gabbana lo fichara para sus oficinas de Londres. Eso quince años atrás. Desde entonces colaboraba con la agencia de modelos más prestigiosa de la ciudad, Prime Gain, que era la compañía para la cual Brenda había enviado sus fotografías.

—Es la segunda vez que lo hago — murmuró, cuando todos a su alrededor dejaron de prestarle atención. La sesión había concluido. Ni ella misma se reconocía con la cantidad de maquillaje que llevaba, la melena rubia en un estrambótico y sensual recogido, además de las bragas y el sostén de randas azules. Casi diría que estaba sexy, pensó con burla.

—Creo que deberías dedicarte al completo.

—Yo... —suspiró—. ¡Qué va,

Marlo! Ya tengo un trabajo — gritó detrás de un gran biombo, cambiándose de ropa—. Esto es un tema...digamos esporádico.

—¿Si? ¿Por qué lo haces?

Estuvo en silencio acomodándose el jean. El cheque se lo enviarían a la mañana siguiente. Con eso pagaría la escuela de Harvey por los próximos siete meses, y lo que quedaba era para arreglar una tubería de la casa y pagarle el préstamo a Tom.

—Necesidad. Tengo un hermano que mantener — respondió sinceramente.

Marlo, a sus sesenta años, conocía lo suficiente del mundo para saber que esa chica era un diamante en bruto. Pero no podía ir por ahí obligando a la gente a hacer cosas que no quería. Así que hizo una propuesta para que ella la tomara cuando quisiera. La muchacha era preciosa, y realmente fotogénica.

—Cuando sientas más comodidad con tu cuerpo, seguro que podrás explotarte mejor y hacer del modelaje una carrera con éxito. No tardes mucho en decidirte, si acaso lo haces — expresó con la mano en el pomo de la puerta del estudio fotográfico ubicado en el décimo piso de uno de los más fascinantes edificios de La City, el casco empresarial de Londres—. El tiempo pasa rápido. No lo olvides. Ha sido un gusto conocerte, Brenda Russell.

Brenda sacó la cabeza por un lado del biombo color negro con motivos chinos

—¡El gusto ha sido mío! ¿Cuándo salen las fotos?

No hubo respuesta, porque Marlo ya había salido.

A ella no le importaba en realidad cuándo publicarían las tomas. Lo que contaba era que

tendría su pago al siguiente día. Tomó su pequeño bolso. Se fundó en los leggings color ocre, la falda negra a juego con la blusa, suéter bufanda y una chaqueta gruesa encima. Lo único molesto del invierno era la cantidad de ropa que solía llevar encima.

Decidió quedarse con el maquillaje y el peinado. Un trato gratuito como ese era realmente un lujo, así que lo disfrutaría. Seguramente Harvey estaría más que contento de verla, y le haría muchas preguntas.

Él era un niño adorable con una inclinación asombrosa por la naturaleza. Se conocía los nombres de varias clases de animales, sus características básicas y ambiente ideal en que necesitaban vivir. La enternecía escucharlo contarle sus descubrimientos infantiles.

Con paso rápido llegó hasta los elevadores y presionó el botón para pedir el servicio.

Cuando las puertas se detuvieron en el séptimo piso entró a su lado una mujer de unos sesenta años. Muy elegante. El cabello negro con vetas plateadas lucía pulcramente arreglado, como si fuera resistente a un viento fuerte. El abrigo seguro costaba lo que Brenda podría ahorrar en cinco años. Y el perfume, aunque era muy suave, casi podría jurar que irradiaba poder. Perdida e sus pensamientos, no reparó en que la mujer estaba dirigiéndose a ella. Segundos después de cerrarse la puerta gris del ascensor, la señora la tocó con desesperación en el hombro, señalándose frenéticamente la garganta.

Gesticulaba muy rápido.

— ¡Señora! ¿Qué...? Oh, Dios gimió preocupada, cuando el ascensor se detuvo de pronto. «¡No puede ser! Condenado servicio», pensó nerviosa.

Los ojos de la mujer empezaron a abrirse y cerrarse. Brenda agradeció que en Gree Road le enseñaran primeros auxilios. Se acercó y le quitó las prendas caras: bufanda, abrigo, cadena, para que respirara mejor.

—As... ma — logró balbucear la desconocida a duras penas.

Nunca le pareció tan útil como en ese instante, el trabajo como guía. Sacó su kit de emergencia del bolso. Brenda la sentó rápidamente y le aplicó el chisguete para asmáticos. Poco a poco la desconocida empezó a recobrar el ritmo de la respiración.

Bree rebuscó en su bolso una botella de agua sin abrir y se la ofreció. Aunque en un principio la señora la miró extrañada, no dudó en beber un poco del líquido. Cuando se dio cuenta que la mujer estaba ya estabilizada, se puso de pie y presionó el botón de ayuda del ascensor. No hubo respuesta, aún a pesar de seis intentos.

Bree se conformó con tener al menos la luz de emergencia.

—Vaya — empezó a hablar la señora. Su voz era suave. Muy en contraste con su talante algo frío y altivo—. Al menos es la primera modelo que veo que no tiene cabeza de chorlito—gruñó—. Gracias. Me has salvado la vida, muchacha, ¿cómo te llamas?

—Brenda Russell. Bueno, mis amigos me dicen Bree —le sonrió—. ¿Señora...? — dejó la pregunta al aire.

La mujer de ojos cafés no respondió a su sonrisa. La observó un rato antes de hablar.

—¿Así que no sabes quién soy eh? — elevó una ceja. Brenda negó con la cabeza, impresionada

de ver el rápido cambio que se operó de pronto en la señora que conservaba una figura muy aceptable. La vio acomodarse la ropa, luego sacudirse un polvo inexistente—. ¿Para qué agencia trabajas?

Brenda la vio sorprendida.

—Nin... ninguna, señora. No trabajo aquí.

Aquella era una mujer intimidante, pensó Bree. Con la ropa que llevaba, lo que menos parecía era una modelo de pasarela. De hecho, consideraba que tenía un poco grandes las partes que los modelos profesionales solían llevar extremadamente pequeñas. Por eso, se sorprendía que la hubieran llamado precisamente de Prime Gain que era la agencia más prestigiosa de Londres habituada a exhibir mujeres casi en los huesos. «Exuberancia», le había dicho Marlo, asegurándole que él la catalogaba en ese concepto, y por eso la llamaron, porque según el fotógrafo, las curvas estaban de moda. Y como le dieron el trabajo, no iba a discutirlo.

—Soy Alice Blackward.

«¿La magnate hotelera? ¡Claro que había escuchado de ella!», cayó en cuenta, reconociéndola por fin. Bree no tenía tiempo para leer revistas de negocios, pero sí que había visto un par de fotos de la mujer en una que otra guía de los mejores hoteles de la región. Por la expresión de su rostro, Alice supo que ya la identificaba.

—Llevas maquillaje de fotografía —no preguntaba, no señalaba. Simplemente, afirmaba.

—Yo... hice un par de tomas para Prime Gain. Es la segunda vez que hago unas fotos. No es lo mío.

El ascensor continuaba con las tenues luces de emergencia. Una voz las interrumpió para decirles que en unos minutos restaurarían la luz, y que la avería estaba relacionada con un fusil quemado.

—¿Trabajas ocasionalmente de modelo, entonces? — aunque no tenía ningún prejuicio contra las modelos, sin duda, entre tener una empleada corrigiendo su maquillaje cinco veces cada hora, y otra a quien no le importara si su ropa combinaba o si acaso se le salían las pestañas postizas, prefería la última.

—Mmm... digamos que sí. En realidad soy guía turística en la ciudad.

Alice hizo un gesto con la nariz, como si hubiera aspirado algún extraño polvo.

—No me gusta tener deudas con la gente. Hoy pienso despedir a la inepta de mi asistente —al ver la expresión de inquietud de Brenda, sonrió—. Gracias a ella estuve a punto de morir de un ataque de asma hace un rato. Si no hubieras estado en el ascensor con tu kit de emergencia, probablemente... —hizo un gesto con la mano restándole importancia al asunto, lo cual sorprendió a Bree. ¡Estuvo a punto de morir y casi parecía como si en lugar de ahogarse, se hubiera bebido un té sin azúcar!—. En fin. El puesto de asistente personal queda libre.

«¿Le estaba proponiendo... ?», la mirada de Bree se iluminó.

—¿Todo bien allá abajo? — gritaron desde algún lugar interrumpiéndolas.

—¡Sí! —dio Brenda otro grito.

—¡Bien! En pocos segundos estarán libres.

—Más les vale, porque voy a demandarlos— gruñó Alice.

Las luces se encendieron y el ascensor empezó a descender.

—En todo caso. Si quieres ganar un mejor salario que el tienes como guía turística llama a este número —le entregó una tarjeta con relieves en blanco y dorado—. El puesto de asistente ejecutiva está disponible.

Bree la observó boquiabierta. ¿Trabajar para la fundadora del imperio hotelero? Era el sueño de cualquier persona que tuviera dos dedos de frente. Y ella no era tonta. En todo el país era conocida la historia de Alice Blackward, la muchacha que con tan solo veinte libras en el bolsillo levantó un coloso empresarial que daba cuantiosos beneficios a sus empleados. Diez años después de haber empezado su titánica labor en solitario, se ganó el respeto de importantes magnates del negocio hotelero, y ahora era una de las mujeres más adineradas de Gran Bretaña.

Cuando Alice le dijo la cantidad de su salario, Bree apretó los dedos de los pies dentro de las botas. «Con ese valor podría no solo pagar la educación de Harvey, sino que podría internar a su madre en una clínica de rehabilitación privada, y quizá llevar al pequeño de vacaciones a la playa. ¡Era un sueldo fabuloso!».

—Yo...

—No tienes que darme las gracias — dijo con voz cansada. Odiaba los aduladores, y esta chica menos mal no parecía tener inclinación a convertirse en uno de ellos—. Ya te he dicho que no quiero deudas con nadie. Tú me salvas la vida, yo te ofrezco un empleo bien remunerado. Si no lo quieres, yo he cumplido con hacerte la propuesta — expresó desapasionadamente.

«Implacable, fuerte y fría. Seguro que así se logra escalar alto», pensó Bree.

Antes de que pudiera decir algo, las puertas del ascensor se abrieron en la planta baja, y Alice salió sin volver la vista atrás.

Bree se abrió pasó por la congestionada urbe, y a pesar del viento frío que la golpeó al salir del edificio, su hermoso rostro se iluminó con una gran sonrisa.

Llevar la agenda de Alice no era nada sencillo. Cuatro meses trabajando con ella, y aún le causaba dolor de cabeza cuando cancelaba citas de negocios de repente. Su jefa era sumamente exigente, pero también podía ser justa y consciente. Le estaba agradecida por la oportunidad, y por todo cuanto aprendía cada día en la empresa.

Había recibido una copia de las fotografías que Marlo le hizo, y a decir verdad, no se reconocía en la mujer sensual que exhibía el catálogo. Un trabajo gráfico magnífico. Estar en la página web de Dolce & Gabbana era un honor, pero no pensaba modelar de nuevo. El trabajo de modelo podía ser hermoso y bien pagado, sin embargo, no era su elemento natural.

A pesar de que su trabajo con Alice le gustaba y ocupaba gran parte de su tiempo. Casi no veía a Tom, porque viajaba más que antes a Brighton, y Bree salía ya muy tarde de la oficina. Ni bien llegaba a casa iba directamente a atender a Harvey. Luego caía rendida de sueño. Sus días u horas libres ya no coincidían, y echaba de menos a su mejor amigo.

Menos mal que en ese momento su vida sentimental era nula. Los novios que había tenido,

aunque no fueron muchos, no duraron ni seis semanas cada uno. Cuando se topaban con la existencia de

Harvey, y todo cuanto él implicaba en su vida, buscaban una excusa para dejarla. La veían como una carga, porque casi podría decir que era madre soltera con su hermanito.

En alguna ocasión, una de sus citas presencié cómo su madre vomitaba sobre la alfombra de la entrada de la casa, en una de sus noches etílicas, cuando los vio llegar luego de una cena en un restaurante. Su cita ni siquiera le dijo adiós, tan solo se marchó a toda velocidad y no volvió a saber de él. Quizá ella habría hecho lo mismo de estar en el otro lado de la situación...o quizá no. El único recuerdo que le supo agrisado fue Ryan, pero era algo tan lejano y doloroso, que prefería no evocarlo.

—¡Brenda! — llamó Alice desde la oficina, sacándola así de sus cavilaciones.

El despacho de la presidencia de Wulfton Hotels and Resorts estaba ubicado en el magnífico hotel central de la cadena, el famoso Wulfton Mayfair. A pesar de los millones que Alice pudiera tener en el banco, su despacho era bastante austero. Elegante sin duda, pero sencillo. No se comparaba con las ostentosas fotografías que se publicaban de ella en una suntuosa casa a pocas calles del hotel.

—Hola, Alice. —Su jefa no permitía que la llamara como el resto: Señora Blackward. Quizá era un modo de mostrarle deferencia por haberle salvado la vida, pero no llegaba más allá de eso. Alice era una mujer que guardaba las distancias.

—Siéntate, Brenda.

Ella se negaba a llamarla Bree, solo Brenda a secas. Ante la mirada de impaciencia de su jefa, procedió a la rutina que ya conocía tan bien.

—Tiene un té en el Ritz con Maya Ratyer, la productora de televisión que quiere utilizar el hotel de locación para la nueva serie de la BBC. Luego una entrevista en The Telegraph. Y la última reunión de la tarde, a las seis y media con Spencer Ellis, el funcionario del Scotland Bank. Él quiere hacer una recepción aquí en el hotel principal... — siguió leyéndole otros puntos en la agenda como estilaba cada día. Una vez en la mañana, una vez en la tarde.

Alice la observaba con gesto monótono, aunque se sentía complacida por haber encontrado a esa chica. Brenda era una joya de empleada: honesta, eficiente y prudente. Prefería ser dura y estricta, pues era un modo de aprender y moldear el carácter de sus empleados, aunque con Brenda Russell — quizá ella nunca lo supiera — solía ser más flexible.

Le resultaba triste la historia de la joven. En sus ojos podía ver una gran pena que disimulaba con sonrisa profesional y entusiasmo para aprender. Alice estaba al tanto de su vida familiar, aunque la muchacha no lo supiera. El puesto de asistente ejecutiva implicaba conocer asuntos personales y datos confidenciales, y a ella no le gustaba arriesgarse, por eso tenía un departamento que investigaba y comprobaba datos. Aunque con Brenda desde un principio tuvo una buena impresión. No se equivocó. Los informes del departamento de Recursos Humanos, que averiguaba muy a fondo a cada empleado, simplemente lo corroboró. Motivada por su conocimiento sobre la madre en constante tratamiento para librarse del alcoholismo y las drogas, y el hermano pequeño, sumado a que le salvó la vida meses atrás, el sueldo de la chica era el triple del que solía pagarle a su anterior asistente. Y siendo sincero, lo merecía con creces.

—Cancela las citas de la tarde, excepto la de Ellis — Bree tomó nota—. Diles a los otros que estaré tres días fuera.

Brenda la miró esperando alguna indicación. No llegó ninguna.

—Bien. ¿Algo más, Alice?

—Sí. ¿Has llamado a Luke? Lo necesito en la fiesta de aniversario número treinta y cinco de la cadena.

Es importante que esté presente.

«El sobrino que le causaba dolor de cabeza a Alice», pensó molesta, porque también se lo producía a ella. Aunque no conocía al susodicho, su jefa no solía tener fotos familiares a la vista, sí que lo había tratado de localizar varias veces. De lo que recordaba, solo en tres ocasiones supo dónde estaba, y en la veintena de llamadas restantes fue difícil de ubicarlo, o recibía respuestas esquivas de su asistente, una tal Paula.

La primera ocasión que logró dar con su paradero, le dijeron que estaba en Italia de vacaciones y no atendía. La segunda, se encontraba arreglando unos asuntos petroleros con un jeque árabe, y como consecuencia de la arena y un clima ajeno a suyo contrajo conjuntivitis. La tercera, divirtiéndose en las Fallas de Valencia, en España, además tenía una audiencia con el dueño de un viñedo y no tenía señal telefónica para atender. «Vaya asistente la tal Paula con tan florida imaginación», pensaba cada vez que recibía una de esas excusas, claro, además los insultos que le dedicaba mentalmente al tal Luke.

Cuando al fin logró encontrarlo y sortear a Paula, tampoco respondió él directamente. Quien lo hizo fue una somnolienta mujer, que más que hablar parecía maullar, según interpretó tratando de ser benévola en sus conjeturas. Cuando el dichoso Luke le contestó, la sorprendió el modo en que su voz consiguió provocarle un extraño escalofrío en la piel.

—¿Qué diablos...?—masculló quitándole el teléfono a la pelirroja de pechos grande que tenía enredada a su cuerpo.

—Señor Blackward —había pronunciado con vergüenza al saber que su llamada interrumpió un acto tan íntimo.

Escuchó un gruñido del otro lado.

«Despediré a Paula», se dijo Luke. Le pagaba lo suficiente para no dar su número privado a nadie.

Ni siquiera a su familia. Corrección. Especialmente a su familia.

—No tengo tiempo para perder —«Ni ella tampoco», pero eso no podía decirle, reflexionó Bree en silencio—. ¿Quién es y qué es lo que quiere?

Aunque sabía que estaba molesto, su voz sonó aterciopelada como una caricia, y sus sentidos se pusieron alertas. Curioso, pues nunca le había ocurrido con otra persona...

Se aclaró la garganta.

—Soy Brenda Russell, la asistente de Alice.

—Alice — murmuró. Que él recordara nadie llamaba a su tía por su nombre de pila, a menos

que se la tuviera en muy alta estima—. ¿Y qué quiere esta vez? Me ha estado usted acosando por todo el maldito continente europeo. Estoy ocupado —se quejó. Su secretaria lo tenía agobiado con recados de la asistente de su tía. Simplemente estaba cansado de la alta sociedad, y los chismorreos. Quería un poco de tranquilidad.

—Claro, señor, comprendo su agenda — convino poniendo los ojos en blanco.

«Sí claro, muy ocupado». Luego alcanzó a escuchar un susurro calmando unos ronroneos, y se acaloró. «Dios, qué inoportuna eres Brenda», gimió para sus adentros. Le debía un favor a Kevin, el de relaciones públicas, por haberle conseguido el privado del señor Blackward. Lo intentaba localizar desde hacía meses, así que no le importaba si estaba interrumpiendo el mejor escarceo de su vida, pues su jefa la tenía al borde de la histeria queriendo saber de su bendito sobrino.

—Se me agota el tiempo. —Ella no se fijó en que se había quedado callada. Carraspeó—. Al grano, señorita Russell —aunque él no era muy dado al trato demasiado formal, quería acabar pronto la condenada llamada y atender a Polly que lo tocaba por el dorso desnudo de modo travieso.

—Alice quiere que le confirme que estará en la fiesta de los treinta y cinco años de la empresa.

—¿Sabe de qué quiere hablar conmigo? —preguntó con burla. Poco le importaba lo que su tía Alice quisiera. Ya tenía suficiente trabajo con su empresa naviera como para atender las tonterías de los hoteles.

Polly empezó a recorrer con las uñas sus musculadas piernas, y se detuvo con una mirada coqueta cerca de su bien dotada entrepierna. Por algún motivo el gesto de la muchacha le pareció impropio, mientras sostenía esa conversación con la insistente señorita Russell. Con un gesto, Polly aceptó detener sus caricias y alejarse un poco de su cuerpo, pero no sin antes hacer un puchero.

—Asuntos corporativos y personales. —En realidad, Bree no tenía la más mínima idea, pero eso no pensaba decírselo.

Del otro lado de la línea una sensual risa masculina reverberó, y ella sintió como si hubiera estado justo al lado suyo en ese instante.

—Ya ha dejado su mensaje, entonces. Ahora espero que pueda dejar de atosigarme por toda Europa.

—Yo no lo atosigo, señor Blackward, hago mi trabajo —espetó molesta. No le gustaba estar de rogona cuando no la atendían, pero de algún modo tenía que hacerse escuchar, y si era insistiendo pues lo haría—. ¿Va a venir o no? — de inmediato lamentó el tono autoritario con el que habló. Si Alice se enteraba que su sobrino no iba a ir por culpa suya, entonces estaría de vuelta en las calles de Londres deshaciéndose los pies como guía turística.

A Luke no le gustaba que su tía estuviera figoneando en su vida. Ya sabía que lo llamaba por el último rumor en que se decía que pasó la noche con una mujer que resultó ser la esposa de un político importante. Para su mala suerte, aquel hombre estaba cerrando el alquiler de dos hoteles de la cadena Wulfton para un training de su personal. El negocio no se concretó, y entonces la alta sociedad figona, lo atribuyó a él; joven, soltero de treinta y siete años, dueño de una de las navieras más importantes y oveja negra de la familia Blackward. ¡Cómo detestaba todo ese circo!

Deborah, no era la esposa, sino la ex esposa del Alcalde de Lyon, en Francia. Una mujer realmente exquisita, pero demasiado joven e infeliz con una pareja que le doblaba la edad. Él no podía estar preguntándole a cada mujer con la que se acostaba si acaso tendría pensado invertir en la cadena Wulfton, aunque estaba seguro que si el negocio no se cerró, fue porque su tía así lo quiso. Ella no admitía que nada ni nadie se metiera en sus negocios, así que el asunto de Déborah, tres meses atrás, no tenía por qué ser distinto y todo era tan solo una excusa de Alice para fingirse ofendida y lograr su atención.

—Lo pensaré, señorita Russell. Ahora, déjeme en paz que tengo un asunto que atender muy importante

— dicho esto, cortó la comunicación sin más. Lo último que alcanzó a escuchar Bree de esa charla fue la carcajada de la mujer del otro lado del teléfono.

Alice chequeó los dedos frente a ella, sacándola del recuerdo. Bree parpadeó e inmediatamente esbozó su sonrisa profesional.

Su jefa la miró y luego enarcó una ceja interrogante.

—¿Y bien, te ha dicho que vendrá?

—Dijo que lo pensaré.

La mirada de Alice se iluminó. Para Brenda no era una respuesta alentadora la de ese hombre, pero si ella que era su familia lo conocía, qué más le daba.

—¡Magnífico! Entonces encárgate de organizarlo todo. Llama al departamento de relaciones públicas, y coordínalo —cuando ella disponía a salir, Alice la detuvo—. Mi sobrino es lo único que me queda de mi hermano. Necesito que esté en la fiesta. Los clientes deben saber que la línea Blackward tiene una generación joven que la respaldará cuando yo no esté —Brenda iba a decir algo, pero Alice siguió hablando— La respuesta que te ha dado ese muchacho es la más optimista que he tenido yo en los últimos ocho meses que he intentado localizarlo.

Brenda contempló a Alice. Casi parecía feliz, casi. Su jefa rara vez mostraba sus emociones o hacía referencia a sí misma fuera del contexto profesional. Así que, aprovechando que daba la impresión de estar receptiva se atrevió a continuar la línea que acababa de abrirla.

— ¿Y qué le respondía en las ocasiones anteriores?

—No lo hacía —replicó con indiferencia.

Bree asintió sabiendo que la reunión había terminado.

Alice estuvo fuera de Londres, cinco, y no tres días como tenía planificado. De acuerdo a Kevin, el atractivo director de relaciones públicas, con quien estaba charlando en ese momento, todo estaba a punto. La gran fiesta se llevaría a cabo en cinco días, y algunas estrellas del cine y la televisión británica estaban convocadas. Bree no quería imaginarse tener que lidiar con la prensa, y sonreírle a la gente cuando daban en realidad ganas de apalearlos. Pero ese era el trabajo de Kevin, y lo respetaba por su nivel de competencia.

—Supongo que asistirás, ¿verdad, Bree? Preguntó con su acento sureño norteamericano. Llevaba en Londres una década. A sus treinta poseía una sólida carrera y un prestigio en los selectos círculos de la sociedad londinense. Además que su cartera de contactos era la más exclusiva e influyente, de no ser así, Alice no lo hubiese contratado.

—Yo...no puedo —respondió al tiempo que saludaba con la mano a Ginny, la decoradora de interiores que pasó por la puerta de vidrio de la oficina de Kevin.

—¿Por qué? — preguntó observando los ojos verdes almendrados y enmarcados con tupidas pestañas negras—. Creo que desde que te conseguí ese número de teléfono me debes el tomar una copa, si mal no recuerdo — le sonrió con su habitual amabilidad, y Brenda le devolvió el gesto. Él le caía realmente bien; era un compañero de trabajo generoso, y de esos, bien lo sabía ella, había pocos.

—Me llamó Alice hace unas horas para decirme que estuvo hospedándose en el Great Surrey Wulfton, y lo ha encontrado en deplorables condiciones —Kevin se rió, porque aún nadie lograba entender lo que deplorables condiciones significaban realmente para la jefa. Bree continuó, mientras se arreglaba la falda grisácea—: Me ha asignado supervisar unas reformas a ese hotel. Su sobrino al parecer vendrá a la recepción y podrá ayudarla el tiempo que yo esté fuera.

Él la miró pensativo. Desde el primer día que la conoció en la cafetería del hotel riéndose, lo atrajo. Además de ser suspicaz y alegre tenía un criterio agudo para tratar con las personas. Cuando la había podido observar, mientras estaba en silencio escribiendo o haciendo alguna actividad concentrada, su rostro sereno la hacía parecer casi un ángel. Tenía la nariz respingona, y unos labios llenos, muy provocativos que a él le gustaría probar en algún momento.

—¿Tienes quién te lleve?

—Sí, Kev, Alice ha dispuesto un coche para mí. Guilford está a solo una hora de Londres. De ir en transporte público me haría dos horas, así que ella prefiere optimizar. Será un buen aprendizaje...—pensó en que tendría que pagarles un extra a los Quinn para cuidar de Harvey a tiempo completo, mientras estuviera fuera—. Es una oportunidad. A lo mejor sí que logro llegar a la fiesta —esbozó una sonrisa.

Kevin chasqueó los labios.

—Qué lástima, me hubiera encantado bailar contigo, así que esperemos que puedas estar aquí pronto —sonrió.

Bree se ruborizó ligeramente. Él nunca había ocultado su interés por ella; era curioso cómo sus horarios siempre se cruzaban y no lograban fijar una hora o día para salir juntos. A ella le caía muy bien, pero no buscaba un romance.

—Yo...

—Debemos compensarlo su caso no puedes venir expresó él haciéndole un guiño. Brenda se rió—. Sal conmigo esta noche. ¿Qué me dices?

El interfono sonó en ese instante, interrumpiéndolos. Tamara, la asistente de Kevin, le pasó en altavoz una llamada de Alice.

—Kevin —saludó la voz firme de la dueña de los hoteles—. ¿Está Brenda contigo?

Sin esperar a que él respondiera, Bree se le adelantó.

—Hola, Alice. Estaba comentando los ajustes del evento, para saber cómo marchaba la organización. El catering, los cantantes, las invitaciones, la prensa...todo está casi a punto, solo

faltan reconfirmar las asistencias, y...

—No te he preguntado qué estabas haciendo — la cortó. Cuando las cosas no iban como a ella le gustaban, se ponía de mal humor, como en ese momento. Estaba furiosa, porque el administrador de Surrey era un desastre. Lo despidió sin dudarlo —. Me alegro saber que todo marcha viento en popa, así es como debe ser. Brenda, solo llamo para informarte que hoy mismo vienes a Surrey.

—¿Hoy? —la voz le salió chillona. Kevin meneó la cabeza. «Una cita arruinada», pensó el norteamericano—. Pe...pero pensé que sería hasta dentro de...

—Niña, no te pago para que cuestiones mis decisiones. Haces tus maletas y en dos horas, Edmund te pasará a recoger por tu casa. Encárgale todo a Emma, ella te reemplazará en Londres. No soporto más este hotel. Es deplorable.

Sin esperar a que Brenda dijera algo, colgó. «Al parecer los Blackward tenían predilección por tirarle el teléfono a la gente», pensó ella al ver la cara cómica del relacionista público. Él, al verla sorprendida por los cambios de planes no lo aguantó más y se echó una carcajada.

Bree lo siguió con la risa, pero también se fijó en su rostro. No era una belleza masculina común. De hecho, sus rasgos casi los podría calificar de exóticos y particularmente duros, pero la nariz aguilina y aquel hoyito en la barbilla, lo suavizaban. Además que sus ojos grises eran cálidos.

—Dios mío, parece que Alice está verdaderamente decepcionada de ese hotel —meneó la cabeza—.

Y yo también porque tú no saldrás conmigo —dijo Kevin sin dejar de sonreírle.

Bree se encogió de hombros tratando de disculparse.

—Nos queda pendiente, Bree, no pasa nada. Suerte en Surrey, me avisas cuando haya novedades para mi área.

Ella asintió.

Veinte minutos más tarde ya estaba en camino a casa para arreglar las maletas y emprender el viaje a Surrey.

Capítulo 2

Cuando terminó de colocar la última prenda de ropa en la maleta notó que Harvey se acercaba a su habitación con un muñeco de Thor. Le gustaban las historias de vikingos y sus dioses. A ella se le agrandaba la sonrisa cuando el niño empezaba a contarle sus conocimientos nuevos, y le mostraba orgullosamente sus calificaciones de la escuela. No habría podido pedir un hermano mejor.

—¿Te vas...? —preguntó con su vocecita infantil, mientras se sentaba en la cama de Brenda. La contempló guardar los cosméticos en una bolsa. Su hermana se parecía a esas chicas que adornaban las fotos de las revistas—. Mi mamá no está hace días en casa.—Bree no le había dicho que desde hacía tres semanas finalmente logró internarla en una clínica de rehabilitación. No tenía la valentía para hablarlo con él, ni Harvey poseía la madurez para comprenderlo—.

¿Por qué no viene a casa? —mover la capa roja del superhéroe de plástico con los dedos.

—Mamá ha ido de vacaciones. Se pone un poco tensa en la casa, así que he decidido que lo mejor es que haya ido a pasar un rato tranquila.

Harvey se rascó los rizos rubios pensativamente. Casi no veía a su mamá, y cuando lo hacía, estaba siempre bebiendo, gritando y escuchando música en alto volumen, y no lo dejaba dormir. Hasta que llegaba Bree y estallaba una discusión en la que siempre escuchaba romperse cosas, y luego un silencio total. Solo entonces podía volver a cerrar los ojos y dormir.

—¿Tú vas a ir con ella y por eso haces la maleta? — preguntó a su hermana—. Los señores Quinn dicen que tú trabajas demasiado y que deberías casarte, porque eres muy guapa y necesitas que te cuiden —manifestó con toda la natural inocencia.

Ella detectó un dejo de tristeza en Harvey. Claro, no iba a decirle que no necesitaba que nadie cuidara de ella, aunque fuera cierto.

—¿Eso dicen? Bueno, en algún momento me casaré, pero ahora estoy ocupada de mi vikingo favorito —le hizo un guiño, pero él no rió. Brenda se sentó junto a él, y lo envolvió con sus brazos—. Yo me iré a trabajar a Surrey, Harv, pero procuraré venir los fines de semana, o mandaré por ti y así conoces el lugar al que voy. Un hotel muy lindo de seguro

—expresó con voz alegre.

Los ojos azules se iluminaron, y Harvey le devolvió el abrazo con entusiasmo.

A él le encantaba el olor del perfume a aceite de flores de su hermana mayor. No entendía por qué su mamá cuando estaba en casa la golpeaba. Claro ese era su secreto, nunca lo hablaba con nadie. Por eso le preocupaba que los señores Quinn quisieran que Brenda se casara, si lo hacía, también la podrían golpear, y la alejarían de él. Su tamaño era pequeño para defenderla, aunque seguro Thor le pasaría sus súper poderes y así nadie la lastimaría. Los señores Quinn lo trataban bien, pero no eran divertidos como Bree.

—¿De verdad?

—¡Claro! —le dio un beso en la los cabellos color trigo—. Y si alguna vez me caso— «ese sí que era un buen chiste», pensó ella con ironía—, no lo haré si no vienes tú como parte del trato.

—Te quiero, Bree —murmuró apretándose contra su pecho.

A ella se le empañaron los ojos.

—Oh, Harv, yo te quiero a ti —lo tomó de los hombros para que la mirara —. Escúchame vikingo, ahora debo irme. ¿Ya has hecho tu propia maletita? — él asintió—. ¡Genial! Los señores Quinn estarán encantados de pasar más tiempo contigo. Tienen el teléfono de mi hotel, tan solo estaré a una hora de distancia. Por nada del mundo los desobedezcas. ¿Eh?

—Prometido.

—Ese es mi chico — le dio otro beso.

La casa de sus vecinos tenía un gran patio interno, y dos pisos. Era una bonita residencia de clase media en el barrio de Islington. Estaba a pocas casas de la suya, así que podía ir a pie. El área era bastante segura. Al menos no había escuchado nunca sobre ningún tipo de altercado

desde que tenía memoria.

Agradecía que su padre hubiera tenido la buena cabeza de dejar pagadas sus deudas hipotecarias.

—Muchas gracias por cuidarlo —le dijo a la delgada señora de marcados surcos en su rostro. Un rostro que en otros tiempos habría sido el ejemplo de la clásica belleza inglesa—. De verdad.

—No te preocupes, niña. Aquí a Harvey lo queremos como a nuestro propio nieto. ¿A qué sí, chico? — le alborotó los cabellos, y el niño río. Y como si fuera tan natural estar en aquella casa, Harvey se giró hacia su hermana, la abrazó y luego corrió dentro.

—Aquí tiene señora Eloise —le entregó un sobre—. El salario de este trabajo me va mucho mejor ahora. No sé cuánto tiempo estaré yendo y viniendo de Guildford. Pero vendré seguro.

Eloise Quinn miró hacia atrás cuidando de que Oswald, su marido, no estuviera escuchando mucho. No le gustaba exaltarlo, especialmente cuando se trata de la alborotadora madre de los chicos Russell.

—Muchacha. ¿Cómo está tu madre?

Bree esbozó una sonrisa triste.

—Los médicos han dicho que su rehabilitación tomará un tiempo. Espero que este tratamiento sea ya el definitivo... —suspiró como si de pronto el peso de todos los años soportando una madre adicta le cayese encima—. Es la clínica más respetable de la ciudad.

—Aquí estaremos si algo necesitas. Tengamos esperanzas de que tu mamá se reponga pronto.

Brenda le dio un abrazo, y luego fue hasta el automóvil que aguardaba para llevarla a su destino. Guildford.

Llevaba tres días en el Great Surrey Wulfton, y el hotel le parecía perfecto. Desde la entrada divinamente demarcada con un camino de acceso vehicular de arcilla y piedra, rodeada de un césped muy cuidado, hasta la magnífica mansión convertida en hotel. Le perteneció, según escuchó alguna ocasión, al Duque de Sutherland, y luego vendió la propiedad a sus descendientes, y así paso de generación en generación, hasta que los de herederos del siglo XXI, se rindieron a la persuasión de Alice para comprársela. Un indicador de las habilidades para negociar de Alice.

La mansión era hermosa. Tenía dos grandes casas unidas por un pasillo ligeramente elevado sobre el cual había una pequeña laguna artificial. Contaba con cincuenta habitaciones, lujosas y exclusivamente decoradas con un motivo distinto cada uno, según le explicó la jefa de personal y quien estaba haciendo de guía, Muriel Evans. El patio trasero era gigantesco, no se atrevía a lanzar un número de cuántas hectáreas tendría.

La propiedad exhibía una arquitectura espléndida readeuada con un estilo victoriano. Tendría que aprenderse la distribución del hotel para no extraviarse. De hecho, llevaba una pequeña libretita consigo en escribía sus apuntes con direcciones, hasta terminar de familiarizarse con todo.

Muriel llevaba ya diez años al servicio de la cadena hotelera. Le comentó que el Great Surrey Wulfton, por su discreción y ubicación contaba, entre la mayor parte de sus clientes, a parejas

que iban a pasar su luna de miel, o bien, celebraran matrimonios. También le explicó que las reformas que necesitaba Alice tenían que ver con el invernadero y ocho habitaciones que debían redecorarse, además del cambio de tuberías y la calefacción.

Bree observaba cada pequeño elegante rincón con admiración.

Mientras escuchaba instrucciones sobre el entorno, se fijó en Muriel con disimulo. La mujer era baja de estatura, y eso considerando que ella apenas llegaba al metro setenta. Muriel la observaba con prudencia y no hablaba más de lo necesario. Lucía un moño muy severo y su tenue maquillaje apenas cubría los surcos de las arrugas de sus ojos azules, pequeños e inquisitivos. Le pareció una persona rígida e inflexible, pero al final daba igual, la señora solo cumplía su trabajo, así como ella estaba dispuesta a cumplir el suyo.

El recorrido continuó durante casi dos horas. La cocina, presentación con todo el personal, visita a las oficinas, el área de spa, el gimnasio, el desayunador, el salón de bailes que casi parecía haber sido hurtado de Kensington, pero lo que más la enamoró fue la piscina cubierta. Brenda jamás había visto un lugar tan precioso. La estancia estaba ubicada al final de un estrecho pasillo de piedra iluminado con antorchas, ese detalle le confería un aspecto medieval y muy distinto al estilo victoriano que denotaba el resto de la arquitectura con que había sido readecuada la mansión para convertirla en un hotel de cinco estrellas.

Al final de dicho pasillo había una moderna puerta de vidrio recubierta en la parte central con un material que no permitía observar hacia dentro de la estancia. Cuando Muriel la dio paso, Brenda casi dejó caer la mandíbula. La piscina emitía un ligero vaho, porque estaban en invierno y la habían temperado. El agua era celeste y el reflejo de la luz de la ventana que daba al patio trasero penetraba con libertad.

—Desde afuera no pueden observar a quienes utilizan la piscina le explicó al verla fijarse en la familia que jugaba en un saltasalta—. Lo que no ocurre a la inversa como podrá notar. Así que si desea nadar un poco señorita Russell puede hacerlo con tranquilidad que no será molestada. No es una época especialmente alta, así que no estamos tan llenos.

—Gracias— expresó dando pasos lentos sobre la moqueta gris. Reparó en el tumbado, que poseía una cúpula amplia, cuya capa de vidrio apenas se notaba. Seguro que si ella se ponía de espaldas en el agua de noche con una luna llena vería al astro, así como las estrellas. La sola idea le encantó.

Continuó caminado, y mientras lo hacía deslizaba la punta de sus elegantes dedos por el contorno de las tumbonas de filos blancos adornadas con colchonetas verde musgo.

—Creo que ya hemos recorrido todo. ¿Hay alguna pregunta?—preguntó Muriel con cortesía deteniéndose de pronto. «Tan firme como un tempanito de hielo ambulante», pensó Brenda con humor.

—Sí. De hecho, me gustaría saber si ya me enviaron mi ordenador portátil. No lo alcancé a traer por la prisa que me metió Alice.

—Absolutamente. Por favor, acompáñeme. La guiaré hasta su habitación. Está a solo dos recámaras de aquí. Esta ala —empezó a informarle saliendo de la piscina y deshaciendo el camino del corredor de antorchas—, es relativamente nueva. Fruto de una expansión. Así que solo contamos con cuatro habitaciones.

—¿Las que hay que remodelar?

—Más que remodelar, cambiarle un par de cosillas. Las otras cuatro están en el segundo piso, casi terminadas. Sin embargo, la señora Blackward me insistió en que usted debía encargarse de todo se encogió de hombros—. Supongo que le tiene plena confianza.

Bree asintió.

—La llamaré entonces para preguntarle...

—No se lo recomiendo — la interrumpió con expresión preocupada—. Se fue muy molesta porque cuando se bañaba en la tina de la suite ejecutiva de lujo hubo una fuga en la manguera de los masajes.

Bree no se podía creer que por esa nimiedad su jefa hubiera hecho tremendo escándalo. Pero esa era Alice Blackward: perfeccionista, exigente y decidida.

—Seguramente me habrá enviado un email—comentó siguiéndole los pasos a Muriel hasta una puerta hermosamente tallada con motivos de hojas de árboles. Era una belleza notó admirada. Quien los hubiera tallado debió ser un artista.

Cuando la mujer reparó en la emoción de asombro que tenía al contemplar los bordes bellamente tallados, sonrió.

«Así que sabes sonreír, ¿eh Muriel?», pensó Bree.

—¿Es maravilloso, verdad? —le preguntó, rozando una ramita en relieve con dedos gastados.

Brenda asintió.

—Debió ser un artista manifestó distraída, palpando también la rudeza de un cervatillo cerca del pomo de la puerta. «Parece tan real», se dijo sorprendida.

Los precios de la cadena de hoteles Wulfton eran legendarios. Si Bree hubiera tenido que pagar por los días que estaría ahí confinada probablemente la suma de su salario trimestral sería cero. Lo peor del asunto era que el tiempo que iba a permanecer en Surrey aún no estaba definido. —El artista no está muerto.

—¿No? Preguntó asombrada—. Vaya entonces ha conseguido lograr darle la impresión de que pertenecieran a otro siglo tal como esta mansión. Deberíamos contratarlo.

Muriel la miró como si hubiera dicho que la Reina Isabel era su tía abuela. El lapso de recibir sonrisas terminó y su guía se dispuso a dirigirla a la recámara, dos puertas más adelante. Bree se fijó, al avanzar por el pasillo, que encima de cada pomo de las puertas de las habitaciones precedentes a la suya había tallado un animal diferente, y cada uno poseía un toque rústico, firme y exótico. Encontró un cervatillo, una ardilla, un grifo y en su habitación un león rampante. «A Harvey le hubieran encantado», pensó.

—Es una recámara preciosa, Muriel. Muchas gracias —expresó cuando hubo abierto su puerta y contempló el entorno.

—Si necesita algo, me deja saber. — Sin más, desapareció de la recámara cerrando la puerta tras de sí.

Bree sonrió. Jamás había estado rodeada de tantos lujos que estuviesen a su disposición

personal. La cama era similar a aquellas antiguas piezas románticas, con dosel. La combinación de colores en la decoración era en tonos terracota con beige, y ribetes azules con forma de distraídas pinceladas estaban marcados en la tela exquisita de las cortinas. El piso estaba completamente alfombrado.

El mobiliario, también de tiempos remotos, estaba magníficamente restaurado y se mezclaba con la chimenea de piedra y el moderno plasma frente a la cama. Además reparó en un discreto minibar dispuesto estratégicamente debajo de una pequeña consola. El baño era precioso y poseía una gran tina, mini jacuzzi, la alfombra a tono con la del dormitorio, detalles de madera para colocar el jabón y los cosméticos. La modernidad se fungía con lo victoriano, sin perder el toque acogedor y elegante.

Con un suspiro de alegría, se dispuso a deshacer la maleta.

Luke se paseaba como una pantera enjaulada en la mansión de su tía Alice en Mayfair. Aunque era su tía favorita también podía llegar a ser muy molesta. Y en ese preciso instante aguardaba en el salón principal a que ella llegara y así poder aclarar algunos puntos que le rondaban la mente.

Su tía elegía siempre decoraciones austeras, pero aún así, cada rincón de la casa destilaba buen gusto, y a un ojo crítico, le sería sencillo adivinar cuántos cientos de miles de libras había invertidas en cada espacio.

Observó su reflejo en el gran espejo junto a la chimenea. El smoking negro le quedaba a medida. Muy cómodo, tal como le gustaba. Dentro de una hora se llevaría a cabo la fiesta de aniversario de los hoteles. Sus cabellos lucían negros como la noche más oscura y contrastaban con los clásicos ojos azules de los

Blackward. Aquellas gemas brillantes que podían intimidar, odiar y amar profundamente. Lo último era algo de lo que él se cuidaba muy bien, en especial desde que se divorció de Faith, tres años atrás.

Su matrimonio con aquella belleza irlandesa fue un error desde el principio. Lo que tenían no era amor – eso no lo descubrió hasta mucho tiempo después – sino pasión y atracción sexual. No podían permanecer solos...e inclusive acompañados sin desear arrancarse la ropa mutuamente. Quizá los apetitos carnales se empezaron a convertir en una base demasiado endeble, pensó cuando las peleas se convirtieron en verdaderos escándalos entre ellos. Hubo palabras hirientes, objetos rotos y luego el sexo desenfrenado. Después de un año de tormentoso matrimonio, él le pidió el divorcio.

Al principio, la idea de separarse de Faith le pareció un absurdo. Pero poco a poco empezó a darse cuenta que tenerla lejos era lo mejor que pudo ocurrirle. Ella jugaba con sus celos; le encantaba coquetear abiertamente con otros hombres para ponerlo celoso. Eso a él lo corroía por dentro. Luego, venían las peleas, las disculpas y al final una reconciliación con un sexo explosivo.

No se concebía pasar el resto de su vida soportando tragar bilis, cuando su esposa lo espoleaba mirando con descaro a otros hombres luciendo atuendos provocativos. Esos juegos de pasión que creaba para luego satisfacerlo en la cama, no los quería más. Aquella rutina tóxica lo estaba afectando en su empresa. No podía permitirlo.

A pesar de los ruegos de Faith, y vaya si sabía cómo intentar persuadirlo, él continuó adelante

con el proceso.

La batalla legal duró varios meses, hasta que finalmente la mujer de cabellos de fuego y ojos celestes, le dijo en la cara que nunca estuvo enamorada de él, y que a pesar del buen sexo prefería un hombre que tuviera más tiempo para ella, y no un romance con sus empresas navieras. Aquello era falso y le cayó como un hachazo.

Faith no se daba cuenta que se había distanciado de su familia para estar con ella, y despachaba la mayor parte de sus asuntos ejecutivos desde casa para poder pasar a su lado más tiempo.

Su familia le decía que era inmadura, caprichosa e interesada. Él estaba tan cegado por la efervescencia de aquella mujer que la defendía atribuyendo su comportamiento a su juventud. Faith era siete años más joven. En ese entonces tenían veinticuatro, y treinta y un años, respectivamente. Alice insistía en que no lo quería de verdad, y él tuvo que aceptar al final de su matrimonio que la mujer que había encumbrado el apellido Blackward, tenía razón.

—Mi querido y esquivo sobrino —interrumpió sus reflexiones Alice. Se acercó con su elegante vestido de noche, y adornada con aquellas perlas de Mayorca que nunca dejaba. Y su sello: el cabello pulcramente arreglado.

La observó con detenimiento. Parecía un poco más cansada de lo habitual, desde la última vez que la vio, varios meses atrás. Fue complicado aceptar ante su tía que tuvo razón con respecto a su matrimonio, pero lo hizo. Era orgulloso, no estúpido.

Alice lo crió cuando su padre,

Oscar Blackward, y su madre,

Laurenne Spencer, fallecieron en un aparatoso accidente automovilístico, mientras recorrían la costa amalfitana, en Italia. Él tenía quince años. Su rebeldía, propia de la adolescencia, fue aplacada con mano firme, pero afectuosa.

—Tía Alice — le dio un beso en cada mejilla sosteniendo con afecto las manos adornadas con elegantes pulseras de oro, entre las suyas—. Veo que me has estado buscando bajo cada estructura arquitectónica europea.

—No seas impertinente muchacho. Me has evitado deliberadamente —lo reprendió.

Luke se rió. Aunque muchos conocían el lado ácido de implacable empresaria, él también sabía que podía llegar a tener un gran sentido del humor. Aunque en ese instante lo observaba de modo inquisitivo.

—Claro que no, solo que tengo una empresa que me demanda tiempo...

—Y unas mujerzuelas que no dejas de frecuentar —completó, haciéndole un gesto para sentarse.

Y ahí estaba finalmente el tema, pensó Luke, Déborah Dupuis. Ya sabía que iban por esos tiros el asunto de su insistencia en verlo.

Quería reprenderlo personalmente. —Tía, simplemente, sucedió. No le des vueltas. No tengo ganas de hablar del tema; es intrascendente.

Alice se acomodó en uno de los mullidos asientos caoba cerca del ventanal del salón. Afuera hacía mucho frío. Cero grados en la

Capital Británica.

El fuego de la chimenea danzaba alegremente, calentando la estancia.

—Atribuyeron tu estupidez al fallo en la negociación. Lo cual obviamente no fue así, y mi equipo de relaciones públicas tuvo trabajo extra por ello. Acabas de cumplir los treinta y cinco años, ¿por qué simplemente no dejas de andar tras cada falda? Deberías sentar cabeza, muchacho — la cocinera les trajo un poco de té, y después de servirlo se retiró—. ¿Qué te parece hacerte cargo de una parte de los hoteles, digamos las negociaciones?

Luke la miró inquisitivamente. Luego agregó crema y dos terrones de azúcar a su taza.

—Primero. Yo no ando detrás de ninguna mujer, ellas vienen a mí — Alice se rió, con aquel sonido elegante y altanero que su sobrino conocía tan bien. «Luke es tan arrogante», pensó mirándolo con cariño. Podía ser su tía, pero tenía dos ojos azules iguales a los que la contemplaban de frente, y a pesar de su edad, lo evidente no le pasaba desapercibido. Luke era un muchachito muy guapo y la naturaleza no solo que lo dotó de suficiente atractivo, sino que le otorgó un cerebro que iba a mil por hora para trabajar y hacer dinero. Se sentía orgullosa de él, pero no pensaba decírselo. Era un engreído, y para agrandarle el ego no estaba ella—. Segundo. Ya tengo un negocio propio que me demanda muchísimo tiempo e inversión, no necesito liarme con el tuyo, que por cierto, no me gusta. Tercero. No me volveré a casar. Eso está fuera de foco. Tienes otros sobrinos, querida tía. No sabía que tu expansión empresarial quisiera alcanzar los niveles de casamentera.

Alice frunció el ceño.

—Si tu tío Arthur viviera te habría dado una buena reprimenda muchacho. Esa Faith fue un graso error, y lo que tuviste no fue un matrimonio.— Luke se acomodó con la taza de té, sorbiendo poco a poco, mientras ella hablaba. Alice y su tío Arthur fueron una pareja memorable, hasta que él perdió la batalla contra el cáncer —. Tú no sabes lo que es un matrimonio de verdad, Lukas Ian Blackward. Y no seas majadero. Yo no te estoy pidiendo que te cases, sino que sientes cabeza y si piensas salir con alguien, cuya última vista al mundo hayan sido un par de pechos en la portada de una revista, te lo replantees antes de acceder a ello. —«Ahora se refería a Justine, una conejita de Play Boy con la que tuvo una pequeña aventura», sonrió para sí mismo. Su tía no perdía el rastro de ningún sobrino, pero con él se esforzaba especialmente por seguirle la pista—. Y el día que te des cuenta que has estado desperdiciando tu tiempo con mujeres vacías e inadecuadas volverás a darme la razón.

—¡Oh, vamos! Créeme que jamás volveré a darte la razón en nada, siempre me estás restregando en la cara mi error con Faith.

—¡Ahí lo tienes! Lo has vuelto aceptar —replicó con una expresión en su rostro de suficiencia.

A Luke no le quedó más remedio que reírse.

—Tía Alice —le dijo con cariño—, no quiero que me mandes a buscar con tu asistente. La muchacha llama en los momentos más inoportunos—. Ella lo miró interrogante—. Oh, vamos, puedes imaginártelo...

Alice tosió como si se hubiera atorado con el biscocho que acompañaba el té.

—¡Serás descarado para contarme estas tonterías! — se limpió los labios.

Luke se encogió de hombros con humor al verla ruborizarse.

—Tú me preguntas...

—Para tú información, Brenda estaba solamente haciendo su trabajo. Y te enviaré a buscar cuantas veces evadas mis llamadas. —Se terminó el té, y dejó con delicadeza la taza sobre la mesita de centro—. Quería decirte personalmente que debes empezar a hacerte cargo de una buena parte de los hoteles.

—Oh, no, no —puso las manos en son de paz, negando con la cabeza—. Ya tengo suficiente con la naviera. Y deberías agradecer que he decidido tomarme unas vacaciones, y haya incluido esta tontería de la fiesta en mi agenda. Ya sabes que los eventos sociales no me van. No pienso hacerme cargo de tus hoteles.

Alice lo miró de tal manera que a él estuvo a punto de doblarse.

Aquella tía suya era una manipuladora, pensó. Si no la quisiera tanto diría que era una embustera.

—¿Quieres vacaciones entonces?

—No quiero. Yo estoy de vacaciones —enfaticó—. Te recuerdo que la naviera Blue Destination es mía, así que no necesito ni de tus permisos, ni tu apadrinamientos.

—De acuerdo, vamos a hacer un trato tú y yo. Ya que has aceptado venir esta noche, te pediré solo algo más. He considerado seriamente la posibilidad de retirarme de la presidencia de los hoteles.

Luke la miró inquisitivamente.

—¿Estás enferma? — indagó preocupado.

—No, simplemente estoy cansada, Luke. Tengo casi setenta años y desde que empecé no he tenido respiro. ¿Me vas a escuchar?

Él entrecerró los ojos. Cabía recalcar que su tía además de manipuladora, también podía agregar un poco de teatro a sus numeritos cuando quería conseguir algo. No le parecía mal escucharla, pero antes tenía que hacerle una petición.

—Primero quiero un favor de tu parte.

—Dime.

—No quiero salir en las fotografías de esta noche. Odio la prensa, ya sabes cómo fue cuando me casé con Faith. Un circo mediático. No quiero más de eso.

Alice lo meditó y luego asintió. Entendía a su sobrino. Ella y la prensa eran aliados estratégicos, pero Luke no tenía por qué tolerarlos.

—De acuerdo, gracias tía, ahora, ¿qué es lo que propones? — lo dijo con calma, aunque sabía que iba a arrepentirse de haberse puesto en manos de una mujer tan astuta. Dios, tenía treinta y cinco años, una multinacional y varios millones en su cuenta, pero frente a su tía se sentía como el adolescente al que iban a sentenciar a un largo castigo. Alice sonrió.

—Te propongo hacerte cargo durante los próximos seis meses de la empresa. Será un periodo de prueba, para que yo pueda tomar una decisión respecto de mi retiro. Si durante este tiempo descubres que la línea hotelera te gusta, podemos compartir el mando, así no me veré obligada a renunciar. Si en cambio, después de ese lapso, me dices que definitivamente no es lo tuyo, no volveré a molestarte con este tema que tanto te agobia de los hoteles, y podrás seguir tu vida tan libre como siempre y buscaré una solución a los achaques de la edad.

—¿Así tan fácil? —preguntó achicando los ojos, y tamborileando los dedos masculinos sobre el brazo de la silla.

—¿Es que crees que soy manipuladora, muchacho?

—preguntó fingiéndose ofendida.

Él se aguantó la risa.

—No lo creo tía Alice —bajó la voz inclinándose hacia ella—, más que eso, estoy seguro que lo eres.

Ambos se midieron con la mirada, y luego esbozaron una sonrisa. Aquella sonrisa que implicaba que ambos sabían hasta dónde podían presionarse.

—Vamos, vamos, siempre has rechazado la idea de manejar los hoteles. Pero nunca lo has vivido de cerca, ¿qué puedes perder, Luke? Hazlo por mí, así me das tiempo para pensar sin el estrés diario —le sonrió de aquel modo que él también estilaba cuando sabía que tenía la sartén por el mango.

—Supongo que no pierdo nada. Me gustan los retos. Está en la sangre Blackward —le debía tanto a su tía y negarle seis meses, que seguro pasarían por su vida sin pena ni gloria, era injusto.

—Ahora, acompáñame a esa fiesta de aniversario, muchacho — replicó poniéndose de pie.

Capítulo 3

A pesar de que tenía chofer a Luke le gustaba mucho manejar, y ese era el motivo por el que conducía en ese momento hacia Brighton. El camino, que ya lo había recorrido varias veces en otras ocasiones, le parecía agradable por la vista de los alrededores. La reunión de negocios por la que estaba dirigiéndose hacia Brighton no era demasiado importante, y él estaba oficialmente de vacaciones, pero quería respaldar con su presencia a Christine Jaspersen, la gerente general de Blue Destination.

Quizá habría recorrido unos treinta kilómetros por la A23, cuando un obstáculo en el camino lo obligó a girar rápidamente el volante. Después de ese pequeño inconveniente, el automóvil empezó a tener fallos. Enfadado porque el Range Rover apenas tenía seis meses de comprado, apagó y encendió el carro. Volvió a ponerlo en marcha.

Durante los siguientes quince kilómetros, los insultos salían tan naturalmente de su boca, como notas musicales de la de un tenor. Veinte minutos más tarde, el carro se detuvo y empezó a salir humo del capot.

Consternado, Luke se bajó del automóvil. Con la chaqueta se cubrió las manos para abrir el

capot y ver dentro. Un denso vaho le cubrió la cara haciéndolo toser. Lanzando una maldición intentó ver si alguien se detenía a ayudarlo. Todos los autos pasaban de largo. No se detendrían por él, pensó amargado.

Manchado de grasa, después de varios intentos por descubrir qué rayos había sucedido con el motor, decidió llamar a Jack, su chofer. El hombre estaba o bien con el teléfono apagado, o quizá era él quien no tenía buena señal de conexión. No logró comunicarse, y su enfado fue en aumento.

Las lluvias esporádicas no eran raras en el Reino Unido, y en honor a ello, una nube eligió ese momento para descargar sus gotas. Lanzando maldiciones fue a refugiarse en el asiento del conductor, no sin antes dar un portazo para descargar su indignación. Se quedó recluido dentro del automóvil.

Pasaron treinta minutos en los que se vio forzado a mantenerse en silencio y dejar que el ipod reprodujera la música que su asistente había programado para él. Se resignó a no llegar a la reunión en Brighton.

Trató varias veces más llamar a Jack. El resultado fue el mismo. No lograba conectar la llamada. Fue hasta el capot de nuevo, aprovechando que la lluvia amainó e intentó encender el auto. Imposible. El saldo fue más manchas de grasa en su ropa. El pantalón de vestir estaba con salpicaduras de lodo debido a que tuvo que empujar el carro cuando se quedó estancado. Su camisa blanca e impoluta horas antes, ahora tenía residuos de aceite originados de cuando se inclinó a ver el motor. Su rostro estaba en similares condiciones de suciedad.

Se dispuso a comprobar el aire de las llantas, cuando un conductor pasó por su lado echándole todo el lodo del asfalto. Luke lanzó un improperio recordándole al conductor, que nunca lo escucharía, todos sus antepasados y males de los que iba a morir. Enfurruñado se pasó las manos por el cabello, y al recordar que llevaba las manos manchadas de grasa, maldijo. Sus zapatos ni hablar, pues estaban echados a perder.

Fastidiado sacó su mochila en la que guardaba el ordenador y dejó cerrado el coche. Esperó a que algún taxi pasara por ahí. Quizá por su rostro mal encarado nadie reparaba en lo que el hombre alto, atlético, enlodado y sucio hasta la médula, con un maletín, también cochino, y como único distintivo un par de ojos azules luminosos, que esperaba un ser humano que se apiadara de su penosa situación.

Cuarenta minutos más tarde un taxista finalmente se detuvo. Luke decidió que le daría una propina más que generosa. Hacía mucho tiempo que no tomaba un taxi.

—Gracias por detenerse —le dijo acomodándose. El hombrecillo al verlo todo mugroso le pasó un par de fundas para que pusiera sobre el asiento.

—Vivo de esto, y así es este clima loco, aunque a usted parece que le pasó una locomotora encima. ¿Ese auto es suyo? —señaló al Range Rover azul cerca de un alambrado; estaba parqueado lejos del asfalto de la carretera.

Luke asintió.

—No debería dejarlo ahí.

Aunque probablemente que estará a salvo de ladrones, es mejor no tentar al destino. ¿Por qué no llama a alguien que lo venga a recoger?

«Es lo que he intentado», refunfuñó en la cabeza.

—El teléfono al parecer también tiene problemas—gruñó.

—Aquí tiene —le extendió el móvil de un modelo antiguo—, use el mío. Tómelo como la ayuda de un buen samaritano —le sonrió por el espejo retrovisor.

Luke marcó a su chofer.

Jack le explicó que no tenía ninguna llamada perdida de él en el móvil. Luego de exigirle que reclamara a la concesionaria, Luke le dio las indicaciones de cómo llegar hasta su carro. Antes de devolver el teléfono llamó rápidamente a su oficina para que avisaran que no llegaría a la reunión y recordarles que estaba de vacaciones, que solo atendería verdaderas emergencias.

—Gracias. Por favor acepto esto como un extra —le entregó treinta libras por la llamada, y además porque lo acababa de sacar de un terrible aprieto en medio de una autopista—. Me dirigía hacia Brighton, pero no creo que llegue de todas maneras. Necesito ir al hotel cinco estrellas más cercano. —«Después de la cochinita que llevaba embarrada en el cuerpo, merecía una buena tina con agua caliente».

Luego de la fiesta de Alice, tres días atrás, Luke se acercó a conocer las oficinas de su tía. Lo hizo en la noche, cuando el personal administrativo ya había salido, pues no quería darles una falsa impresión de un doble mando. Además, él tan solo estudiaba el negocio. Aprovechó aquellas noches para empaparse a fondo sobre el tipo de gestión que se llevaba.

Leyó un par de informes de las últimas fusiones y próximos negocios, también estrategias que él observó se podrían mejorar notablemente. Su tiempo de vacaciones lo pasaría trabajando. «Vaya contradicción», pensó. Aunque tenía ganas de regresar a la oficina sabía que debía confiar en George Osmond. Su amigo era el Vicepresidente Ejecutivo y socio, tendría que dejarlo todo en sus manos, si quería descansar de verdad. Se sentía bastante agotado y no había parado de trabajar desde... no recordaba desde cuándo.

—Estamos llegando a la mitad del camino, joven. Aunque usted desea ir a Brighton, el hotel cinco estrellas más cercano está en una ciudad más próxima, Guildford.

A Luke no le importaba absolutamente nada. Solo quería sacarse esa mugre de encima.

—Da igual. Se supone que estoy de vacaciones. Lléveme a ese lugar, por favor, necesito un buen baño.

¿Cómo se llama el hotel?

—preguntó limpiándose las manos grasientas como medio pudo sobre el pantalón.

—Great Surrey Wulfton.

Kevin la había llamado para saber cómo iban las cosas en el hotel, y Bree se mostró entusiasmada contándole sobre la decoración y el ambiente. Él le comentó que la fiesta de aniversario de la cadena hotelera fue muy concurrida por la prensa, y que el sobrino de Alice sí acudió a la gala.

—¡No me digas! —se rió—.

Cielos, Kev. Finalmente conseguí que ese hombre se apareciera. ¿Y es tan ogro como por

teléfono?

—Te sorprenderías, pero es bastante amable. Solo hizo una exigencia.

A ella no le llamaba la atención.

—¿Cuál? — «Probablemente una habitación con un harén».

—No quiso tomarse ni una sola fotografía como condición para permanecer hasta el final de la velada, y al parecer la jefa estuvo conforme con el tema. Así que me quedé sin esa gráfica. Estuvieron los otros sobrinos de la señora Blackward, pero el que siempre persiguen para intentar fotografiarlo es Luke.

Bree gruñó algo por lo bajo sobre los hombre con egos muy grandes.

—Qué extraña y ridícula petición, seguramente con la cantidad de juicios por paternidad que debe tener, mejor que no sepan dónde anda —se rió de su propio chiste. Al escuchar el silencio de Kevin se aclaró la garganta—. Lo siento fue de mal gusto.

Kevin firmó un documento, mientras sostenía el teléfono con el hombro derecho, pegándolo a su oreja.

—Ya veo que no sales mucho, ¿eh, Bree?

—Mi anterior empleo consistía en pasearme por todo Londres, no en estar pendiente del último matrimonio de la clase alta.

Kevin se rió, y ella también.

—Dicen que desde que se divorció de su mujer no es el mismo. Mantiene un perfil bajo, pero aún así, lo reconocen con facilidad. Las mujeres lo buscan por su fama de adonis, y los hombres porque es un buen empresario. Me han comentado que repele la prensa, ya te digo que mis amigos periodistas pueden lograr ser bastante molestos a veces, porque cuando se casó hicieron un circo con esas fotos. Su ex mujer era guapísima, una bailarina irlandesa. ¡Qué ojos! —al percatarse de su exclamación tan masculina, fingió toser. En Guildford, Bree sonrió.

«¡Hombres!», pensó jugando con la punta de uno de sus mechones rubio—. Antes de trabajar para Alice, yo era reportero de cultura así que la entrevisté dos o tres veces. Un monumento a la feminidad y es una opinión muy profesional.—«Ajá», contestó para sí misma—. Fue comprensible que el hombre se viera tan abatido por el divorcio.

—Ah... seguramente, ¿cuántos años dijiste que estuvo casado? —preguntó con fingido desinterés.

—No lo dije. —Oh, bueno...

Kevin se rió.

—No tengo problemas en contarte, ya sabes, para eso estamos las relaciones públicas: para informar de todo —sonrió, observando el monumento a Nelson que tenía cerca—. Estuvo casado un año.

Era una estupidez, pero saber que Luke Blackward estaba abatido por una mujer, aunque fuera su ex esposa, le causaba un extraño malestar. «¡Ni siquiera había visto a ese hombre!», se reprendió. Quizá su incoherencia se la debía al estrés. El personal de refacción aún no llegaba,

cuando tuvo que haberlo hecho cuatro días antes. Por si fuera poco, uno de los restauradores especialistas en madera se excusó, y aún buscaban un reemplazo. Si

Alice se enteraba...

—Tengo que cerrar ahora Kev, ya sabes que aún trato de ambientarme, entender el funcionamiento; esto de dirigir un hotel es muy interesante —empezó a parlotear sin cesar como habituaba cada vez que se ponía nerviosa—. Y ahora, yo...

—Umm, espero no hayas cambiado de idea sobre nuestra cita a bailar. ¿Verdad?

Kevin no podía verla, así que ella no se sorprendió de ver su reflejo sonrojado en el espejo que tenía enfrente. No iba a cancelar la cita con Kevin, lo que ocurría era que no estaba decidida aún a ello... del todo.

—Esto... no, no.— Su amigo era educado y amable, no quería hacerlo sentir incómodo—. Está pendiente, Kev. Seguro.

—Genial. Adiós, Bree.

«Una cita...hacía tanto tiempo», pensó Brenda. Bailar no iría mal. Y una cita, sería solo eso. Ella tenía alergia el compromiso. Desde que dejó a Ryan, cuatro años atrás, su vida sentimental estaba en cero. Él fue su último... ¿Cómo llamarlo? ¿Error? ¿Estupidez?

Sentada en la sillita chippendale, que hacía juego con el escritorio petite de su habitación, se permitió por primera vez en mucho tiempo recordar un capítulo de su vida que no era precisamente feliz. Las cicatrices quizá desaparecerían del todo con mucha lentitud, o quizá nunca. Eran como fantasmas que se presentaban cada vez que alguien intentaba acercarse a ella. Un hombre, para precisar.

A sus veinticuatro años era igual de alegre que ahora, a sus veintiocho, solo que antes era más confiada e inocente. Trabajaba en las noches cuidando a una pequeña llamada Jane. Muy mona y dulce.

La familia que la contrató, los Caversham, vivía en Notting Hill, pero no gastaba dinero en el metro, porque ellos cubrían ese rubro. Era un entorno lujoso, pero sus jefes no eran pretenciosos.

Una noche, mientras Jane jugaba con unos cubos de colores, Brenda conoció al sobrino del matrimonio, Ryan Caversham. Era un chico muy guapo. Tenía tan solo dos años más que ella, y desde que la vió no le quitó el ojo de encima. La piropeaba y le llevaba obsequios. Ella los rechazaba al principio, hasta que él la convenció que lo hacía porque le parecía hermosa y lo merecía. Sus defensas se desintegraron poco a poco, y se permitió soñar e ilusionarse con él.

Los ojos sagaces de Ryan eran del precioso color del mejor café del mundo, la miraban con adoración. Aquella primera vez que se conocieron, le robó un beso. Nunca sintió un placer más delicioso. Jamás la habían besado de modo tan apasionado, y tanto así que las rodillas le temblaron. En algún momento pensaba que los besos debían sentirse así, en especial si iban acompañados con la seguridad de que un sentimiento empezaba a fraguarse. No era el caso. En vez de sentir sosiego, con Ryan se sentía aventurera, pero sin paracaídas. Sin embargo, ella solo obedecía a la sensación de placer que le provocaban desde entonces sus caricias, que cada vez se hacían más atrevidas.

Desde el primer beso, las visitas de Ryan a la casa de sus tíos, cuando estos no estaban, se hicieron más frecuentes. Él era un conversador ameno, y la hacía reír. Jane no daba problemas, se dormía pronto, y sin saberlo, le permitía disfrutar del chico que le estaba robando el corazón.

Una noche, Ryan la invitó a salir. Habitualmente permanecían en casa de los Caversham, hasta una hora antes de que la pareja volvieran del trabajo en Cambridge; solían llegar alrededor de las nueve de la noche. Con las hormonas a flor de piel y el corazón a mil, aceptó la invitación. Después de largas miradas, toques íntimos, sabía lo que llegaría al finalizar aquella cita, y ella lo anhelaba. Sentía que Ryan era el hombre más guapo, paciente y dulce del mundo, aunque llevaban viéndose poco tiempo.

Lo que jamás tomó en consideración fue que venían de clases distintas. Y aunque ella odiaba esas diferenciaciones en aquella época sí que marcó una gran huella. El principio de esa impronta fue cuando llegaron a la discoteca, en donde todas las personas que pugnaban por entrar lucían costosas vestimentas, mientras ella vestía algo muy sencillo. Jean y una blusa celeste. Ryan la hacía sentir como una igual, a pesar de que la gente alrededor la intimidaba un poco.

—Vamos, nena, déjame presentarte a los muchachos —le había dicho tomándola de la mano, mientras con la otra bebía una cerveza. Entraron sin hacer la fila, porque Ryan era amigo del dueño del local—. Desde que les hablé de tu existencia y lo hermosa que eres no han dejado de preguntarme cuándo te voy a dejar conocerlos —sonrió de un manera coqueta y apaciguó un poco sus nervios.

—¿Estás...seguro? .— No es que ser extrovertida no se le diera bien, pero la idea de conocer esas personas tan acomodadas le causaba cierta aprehensión. No quería hacerlo pasar un mal rato si acaso salía con un comentario fuera de sitio—. Ryan yo no estoy...no me dijiste que era un lugar tan elegante.

Él se rió, y le apretó el trasero con sonrisa traviesa, luego la besó profundamente, y ella se olvidó de todo.

—Eres deliciosa, nena. No importa qué harapos o trajes de gala lleves, tu cuerpo habla por ti —le hizo un guiño, y la guió dentro.

«¿Su cuerpo? ¿Eso era todo...?», pero Ryan no le permitió reflexionar demasiado, porque de pronto se vio frente a un grupo de diez personas. Esos sumaban en prendas y accesorios lo que ella necesitaba para mantener a su familia en un año, se dijo al mirarlos tan ostentosamente ataviados. A pesar de su pesimismo, poco a poco se fue sintiendo en ambiente con la música y las risas.

Ryan se había alejado para conversar con tres de sus amigos, mientras ella escuchaba una boba historia sobre el por qué las uñas acrílicas eran mejor que las naturales. Luego le dieron algo de beber, y el alcohol la relajó un poco, y empezó a charlar con más naturalidad. Sin dejar de conversar, observó que el hombre que ese día iba seguro a hacer el amor con ella, recibía dinero de sus amigos. «Para pagar la cuenta, seguro», se dijo. Brenda no tenía idea de cuánto podría costar un lugar así, pero pensaba ofrecerse a dar su parte. Las miradas de ambos se cruzaron, y él elevó una cerveza a modo de brindis, y le hizo un guiño.

La noche transcurrió perfecta.

Ryan se portó maravilloso, bailó, la besó, y en medio de la oscuridad de la discoteca la tocaba susurrándole todo lo que deseaba hacer esa noche de sábado con ella. El sentimiento de anticipación hizo presa de sus sentidos, y empezó a devolverle las caricias.

—Eres una gatita ansiosa —le dijo besándole el cuello. Él se había bebido al menos siete cervezas durante las tres horas que llevaban en el sitio—. Debí saberlo cuando vi ese cuerpo maravilloso que tienes debajo del jean y la blusa. Me pones a cien.

Bree soltó un gemido, cuando Ryan le apretó un pezón. «¡En medio de toda esa gente!». Era una de las cosas más excitantes que hubiera hecho nunca. Las manos empezaron a divagar, y en medio de la bruma, Bree alcanzó a ver que los dos amigos con los que Ryan había conversado, la observaban.

—Ry...deja de tocarme así.

Él fingió no escucharla.

—Ry... no me gusta cómo me observan tus amigos...

Conocía las diferentes miradas de los hombres. Aquellas cargadas de odio, amor, lascivia, desdén... y maldad. Lo último era lo que había visto entre destellos en esos dos. ¿Cómo Ryan no se daba cuenta?

—Vamos, nena, no te pongas pesada.

«¿Pesada? ¿Qué le sucedía? Nunca lo había escuchado tratarla así». Él se empezó a comportar de un modo grotesco. Le estrujaba las nalgas sin dejar de besarla intentaba deslizar la mano debajo de su blusa para tratar de desbrochar el sostén, o le pellizcaba los pezones sin miramientos haciéndole daño. Ella no sentía ya deseo, sino una punzante sensación de incomodidad. Y si a eso le sumaba las miradas de los amigos de Ryan, las ganas de correr a casa aumentaban considerablemente.

De fondo sonaba la música electrónica, y los cuerpos alrededor se movían frenéticos al compás ella. Las luces, risas, conversaciones apagadas y otras a gritos e mezclaban con los nervios de Brenda como un coctel potente al que no estaba acostumbrada a beber.

Intentó deshacerse de Ryan, pero no pudo. Le dio pánico, y le gritó que la dejara, pero él la sobrepasaba en fuerza física, y fue imposible alejarse de su cuerpo. En un abrir y cerrar de ojos, la sacó del local. En un principio pensó que él finalmente comprendía que le estaba haciendo daño con las manos y los labios. Se equivocó. Ryan retomó su manoseo, porque ya no eran caricias ni gestos tiernos. Ella se preocupó. La bruma de deseo o dulzura se esfumó en un tris tras.

Cuando el ensordecedor ruido de la discoteca quedó atrapado detrás de la puerta se fijó que estaban en un callejón. No era la salida principal.

Ella lo miró asustada.

—¿Por qué vinimos aquí? Me quiero ir a casa —susurró—. No me siento a gusto...

—¡Cállate puta! —la golpeó, gritándole.

El bofetón fue tan sorpresivo que le giró la cara, y sintió el sabor metálico de la sangre. Estaba totalmente aturdida, tanto que le costó escuchar las risas de otras personas. No estaban solos.

Observó las figuras de los amigos de Ryan y empezó a sudar frío. Uno era moreno, y el otro tan rubio y blanco como el hombre que tenía en frente y cuyos ojos color café ya no la miraban con pasión, sino de modo perverso.

El miedo la atenazó. No se podía mover. Se llevó la mano a los labios para limpiarse la sangre. Se sentía aterrada.

—Ry...— apenas pronunció, porque su fantasía se echó a perder en ese momento, cuando él rasgó su blusa dejándole los pechos cubiertos tan solo por el sostén.

Ella tiritó, tanto por el frío como por el pánico.

—Vamos, déjanos domar a esta zorra aprovechada de barrios bajos, Ryan —dijo el moreno acercándose. Se había presentado inicialmente como John, recordó ella entre mil pensamientos que bullían en su mente.

—Eso es, hombre, quiero chuparle esas tetas preciosas que veo —secundó el rubio. Se llamaba Mark.

Brenda se apretó la blusa como pudo, pero Ryan se la arrancó del todo. Luego la miró de un modo penetrante, y le ahuecó los pechos haciéndole daño.

—Por...por favor... no me hagas esto...yo te quiero... Ryan... has bebido...—susurró entre sollozos, porque la voz apenas le salía de la garganta.

Otro bofetón.

—¡Maldita zorra! ¿Te crees que te he traído hoy porque te quiero? ¿O porque me interesas para otra cosa distinta a penetrar tu sexo virgen? . —Dicho esto le apretó los pezones de modo cruel, haciéndola gemir de dolor.

Las lágrimas se mezclaron con el terror, porque no podía huir, él la tenía aprisionada contra la pared. Mark y John se acercaron con una sonrisa socarrona. «La iban a violar, a destrozarse...los tres...qué estúpida y confiada había sido», se decía muerta de miedo y desesperada porque alguien la ayudara. «Su primera vez iba a ser una violación. Cuando siempre soñó con un modo tan diferente...si sobrevivía... oh, Dios... esperaba sobrevivir a la monstruosidad que le harían esos tres borrachos...».

—Yo... por favor...—rogó.

Tenía la garganta seca, y el corazón desbocado por la desesperación—. Ryan no...

Mark llegó hasta ella y le desabrochó el jean, pero no se lo bajó. Al contrario, con brutalidad y sin contemplaciones bajó la mano tosca y joven hasta su pubis y lo apretó. Ella gritó y se debatió. Lo que menos esperaba era que Ryan la defendieran; lo que él hizo en cambio fue sacar la mano de Mark de su cuerpo, y mirarlo con acidez.

—Es mía primero. Luego pueden abirla de piernas y hacer lo que les plazca con esta putita— la miró—: ¿Cierto, reina?

Brenda intentó balbucear que por favor tuviera un poco de conciencia y piedad. No pudo, porque las palabras no le salían. Y él, sin darle oportunidad a decir nada, posó las dos manos sobre sus pechos, causándole dolor, mientras los apretujaba y pellizcaba con lascivia.

«¿Dónde estaba el Ryan dulce, encantador...?», se preguntó preparándose para lo inminente, cuando escuchó a Mark nuevamente a e casos pasos suyos.

—Te pagamos ahí dentro señaló la puerta del bar, para que nos dejaras divertirnos con ella— gritó el muchacho de quijada cuadrada.

—Sí, Ryan, no seas imbécil, déjame sobarle las tetas al menos, y si quieres tú penetras ese asqueroso cuerpo de clase baja—terció John.

Si le volvían a pegar, no le importaba, pero tenía que luchar por ella. «Tenía a Harvey, por todos los cielos, si la violaban hasta desangrarse, moriría... su hermano, su madre...», pensaba sin iendo dolor por lo que estaba sucediéndole en ese instante. Al verlos distraídos discutiendo sobre quién le haría qué, sacó fuerzas y abrojo para gritar lo más fuerte que jamás hubiera podido.

John se abalanzó sobre ella, pero antes de que pudieran quitarle lo que quedaba de su ropa apareció un hombre por la puerta del callejón con una chica. Al ver el estado en que se encontraba, el chico no dudó en golpear a ese trío de malnacidos. La chica desconocida se acercó a ella, la abrazó y la llevó a un lado.

En un abrir y cerrar de ojos todo se volvió un caos. Otros hombres salieron de la discoteca al ver el jaleo y hubo golpes. Llegó la policía, pero ella estaba en shock y caminaba con aquella muchacha alejándose de esa pesadilla, a varias cuerdas de distancia y deshaciéndose en lágrimas.

—Anda, tranquila, tranquila, guapa —la abrazó—. Esos estúpidos siempre arman jaleos, pero es la primera vez que veo que intentan violar a una muchacha. —Bree se arrebujo en la chaqueta que la muchacha le prestó—. Me llamo Amanda Fraser — le sonrió con calidez, mientras la guiaba para sentarse en un pequeño local de café que abría las veinticuatro horas.

—Soy Brenda...Bree intentó sonreír, pero lo que esbozó fue una mueca cuando el labio lastimado le dolió.

Amanda se fijó en el rostro ligeramente amoratado, y en la boca magullada.

—Vale, Bree. Vamos a hacer la denuncia por intento de violación.

—Yo... no...no puedo, no quiero...perderé...no tengo recurs s para un abogado, y tengo que mantener a mi familia...no puedo...—susurró temblando.

Amanda volvió a abrazarla dejándola llorar lo que necesitaba.

—¡No vas a perder! Ellos te han atacado —los mechones rojizos de Amanda se movieron cuan cortos eran alrededor de su rostro ovalado y pecoso—. La justicia está de tu lado, Bree, tienes testigos. Mi novio Quentin lo ha visto todo también, y ha intentado defenderte. Gracias a Dios que salíamos en ese momento, oh, Bree...—bajó la voz, cuando la escuchó sollozar—. Venga, desahógate...eso es... aquí estoy. Ya nadie te hará daño.

Brenda miró su reflejo en el vidrio y gimió. Su rostro lucía terrible. Si no fuera por la chaqueta de Amanda, sus pechos con moretones estarían visibles a toda persona que se cruzara con ella en ese instante. Se había enamorado de Ryan y lo quiso a su modo. Tan cegada como estaba no alcanzó a ver más allá de sus narices, ni quiso escuchar su intuición cuando le dijo que algo no iba bien desde que Mark y John observaban cómo Ryan y ella se besaban en la pista.

—No déjalo ir, por favor. Me recuperaré soy fuerte. He pasado cosas peores —aquello ni ella misma se lo creía. Jamás se sintió tan violentada, humillada y estúpida. Si podía lidiar con hospitales, novios borrachos y morbosos de su madre, los golpes que le propinaba Marianne después de nacer Harvey, además de partirse la espalda trabajando, seguro que podría con esto —. De verdad...me quiero ir a casa...yo estoy tan agradecida contigo...

Amanda le sonrió con su boca de piñón.

—Bree, puedes contar conmigo.

No le diré a nadie lo que ha pasado, si tu no quieres. Pero de querer, no dudes en buscarme, toma — le anotó en una servilleta el número de teléfono—, para cuando necesites. A cualquier hora. Mi novio está por allá en ese callejón tengo que ir a verlo, pero yo a ti no te obligaré a volver ahí. Mejor espérame aquí y te llevaremos a casa. ¿Vale?

Ella asintió y se llevó temblorosa la taza de café a los labios.

Con esa experiencia todos sus ideales románticos se transformaron en ácidos recuerdos.

La idea de que la tocaran le repelía. Tenía miedo y era una sensación horrible.

A la mañana siguiente del ataque llamó a los Caversham para renunciar, y se despidió por teléfono de Jane. No les dio más explicaciones. Iba a echar de menos a la niña, pero era eso o tener que revivir sus miedos y pesadillas con el hombre que había logrado pisotear su seguridad emocional.

Ryan intentó llamarla para disculparse diciéndole que fue el efecto del alcohol. Ella se rehusó a responderle. Agradeció que Harvey era muy pequeño para comprender lo que había ocurrido con su rostro, y que su madre estuviera tan ebria que no reparó en su lamentable aspecto.

Un mes después de negarse a responderle no volvió a saber de Ryan Caversham. El motivo lo encontró en los obituarios del periódico. Aquel canalla había muerto en un accidente de tránsito mientras se dirigía a pasar el fin de semana en Portsmouth con tres amigos más entre los que se encontraban Mark y John. En silencio pedía disculpas por sentirse liberada. ¿Justicia divina? Quizá.

Con Amanda mantuvo el contacto un tiempo, hasta que se casó y fue a vivir a Edimburgo con su esposo. Nunca le estaría lo suficientemente agradecida.

Durante un largo tiempo fue a servicios sociales y habló con una psicóloga que le ayudó con su trauma emocional. Sin embargo, el miedo a comprometerse y a la cercanía íntima con otro hombre subyacía como lava en un volcán antes de erupcionar.

Tom fue su piedra angular. La escuchó, la abrazó y amenazó con buscar a ese malnacido para hacerlo pagar...pero se calmó un poco cuando supo que Ryan estaba muerto. La llevó a trabajar a Green Road. Y de algún modo aquella fue su terapia contra el alcoholismo y drogadicción de su madre, para sus ideales románticos destrozados y para poder fortalecerse y mantener a Harvey a salvo.

Poco a poco, con el paso de los años, había superado aquel traumático incidente. Aunque su parte emocional se había quedado desolada y estancada. Si algo tuvo que aprender de aquella experiencia fue a ser desconfiada. Su optimismo y alegría eran innatos, y quizá por ello la vida le resultaba más llevadera, pero aprendió de un modo cruel que el amor y las ilusiones eran

meros caminos para llegar a la decepción y el dolor, y ella no estaba dispuesta a sucumbir de nuevo a ello.

El golpeteo de la puerta, la trajo de vuelta a su presente, el hotel Wulfton. No se había dado cuenta que las lágrimas habían resbalado por su rostro. Respiró profundamente y se puso en pie. Llevaba un bonito vestido azul cielo de corte en A.

—Señorita Russell — saludó Muriel, tan seria como siempre. Si reparó en sus ojos ligeramente rojos, no dijo nada—. El jefe de la empresa que se encarga de las refacciones ha llegado. Se llama Thomas Hudson. Quiere saber si puede atenderlo.

—Ahora mismo voy, gracias señora Evans. —La mujer asintió y se alejó por el pasillo.

Cuando llegó al vestíbulo se encontró con un hombre regordete; tenía un aire a Robert De Niro. Era su actor preferido. Quizá por ese parecido, le resultó sumamente fácil sonreírle. Él en cambio frunció el ceño primero, luego le devolvió la sonrisa. Ella lo invitó a la salita cerca de la recepción.

—Señorita Russell, me gustaría disculparme porque el especialista en madera no haya llegado. Es un placer conocerla al fin —se estrecharon las manos—. Ha sido un verdadero contratiempo este hombre. No lo excuso, pero es que tiene el ego muy grande y sabe que es el mejor. Porque en Hudson

Corporation solo tenemos lo mejor explicó nerviosamente. A Thomas, los vientos económicos no le estaban yendo muy bien y los hoteles Wulfton representaban un ingreso fabuloso, así como un espaldarazo ante otros clientes—. Empezaremos hoy mismo con los hombres que tenemos a la mano, doblaremos el esfuerzo de ayer, y le haremos un descuento.

Bree asintió.

—Señor Hudson acepto su generosa oferta de un descuento, pero lo que necesito es que tenga listo todo de acuerdo al calendario que la señora Blackward ya le pasó previamente.

—Verá —mover la nariz grande, muy de Robert DeNiro—. No creo que eso sea posible, quizá nos extendamos un poquito más de lo habitual... «¿Cómo podía ese hombre contratar a alguien que, por su ego, se tomaba el trabajo tan a la ligera? ¡Llevaban cuatro días de retraso por su culpa!».

—No hay concesiones. O lo tiene listo en el tiempo estipulado, o simplemente buscaré otra empresa que me ofrezca los servicios integrales de restauración de ambientes de lujo.

Thomas tragó, nervioso. Se ajustó el cuello de la camisa.

—Señorita Russell...

En ese momento entró por la puerta un hombre alto, mugroso evidentemente, de hombros anchos y contextura atlética. Llevaba manchas de algo que parecía lodo seco y grasa estaba adherido por lo que en otro tiempo fue una camisa blanca y unos pantalones de vestir decentes. Se fijó en los zapatos. Ni hablar, porque eran otro desastre. ¿Quién sería...? «¡El restaurador! ¿Quién sino llegaba tan retrasado, con aspecto desorientado y con esas pintas de haber pasado por un vendaval», concluyó Bree.

—Señor Hudson, lo ha salvado la llegada de su restaurador —sonrió aliviada. «No tendría que escuchar un descontento de Alice», pensó de inmediato. Obligaría a aquel restaurador

incumplido a trabajar el doble.

—¿Mí...?

Thomas la observó extrañado. Luego siguió el curso de la mirada femenina. «Ese no era su restaurador. El idiota de Sam estaba en Glencoe, disque terminando de arreglar los anaqueles de una importante familia escocesa, que claro, le pagaba por cada minúscula estupidez. Lo peor era que el muy condenado no reportaba esos ingresos. Vaya si tenía el ego elevado», rumió en su cabeza molesto.

Sin esperar a que Thomas dijera algo, e ignorándolo completamente, Brenda se puso en pie, y avanzó con determinación hacia el empleado de Hudson Corporation. Con pocos pasos llegó hasta él, y se le plantó de frente. Muriel estaba cerca, y por primera vez la veía sonreír de forma genuina al recién llegado. «¿Habría dicho el hombre algún chiste?». ¡Pero si la señora Evans no se sonreía ni con su más cálida sonrisa de guía turística!

—¿Puedo saber dónde estaba? —lo increpó Brenda con tono severo—. ¿Qué se piensa que necesita invitación especial? —preguntó con los brazos en jarras. Ella era muy paciente y amable, pero cuando se cruzaban en su camino y de paso las personas se comportaban de modo irresponsable, lo hacía saber.

Él la miró sorprendido. «¿Quién se creía esa mujercilla para hablarle así?».

—Ya que lo pregunta amablemente, me permito contarle que estaba atascado en medio de la carretera, llovió, el automóvil no me sirvió, así que tomé un taxi para llegar hasta el primer maldito hotel que hubiera cerca. ¿Le satisface la respuesta? —preguntó sarcástico. Estaba realmente fastidiado y cansado. «¿No sabía ella quién era él? Se había limpiado bastante bien el rostro con una servilleta, así que no era difícil que supiera su identidad».

Bree observó que la señora Evans dejó caer la mandíbula al escucharla. «Bien, Muriel, para que sepa que aunque no esté la jefa, yo me sé hacer respetar», pensó complacida consigo misma, e ignorando a Muriel.

Thomas, curioso por saber si sus ojos no lo engañaban al reconocer al recién llegado, se acercó hasta el lobby en donde tenía lugar la conversación. «¡Estos ojos aún ven perfectamente! Es el sobrino de Alice Blackward», comprobó felicitándose. Luego pensó en sacar a Brenda de su error. El joven al darse cuenta de lo que pretendía el señor Hudson le hizo una imperceptible negación con la cabeza, mientras Brenda continuaba diciéndole los motivos por los cuales se despedía a la gente dejada, vaga, irresponsable e incumplida. Ella era ajena a las miradas de susto de Muriel, y la mirada desconcertada por parte del señor Hudson al no comprender cómo esa chica no conocía al seguro heredero de esa cadena hotelera.

Brenda no se calló hasta que estuvo satisfecha con el sermón sobre responsabilidad que le lanzó al gigantón aquel, quien la miraba con una especie de extraña diversión. No lo conocía, así que interpretó que lo que veía en ese rostro era asombro al percatarse de que alguien finalmente le pusiera las íes a su indisciplina.

Luke observó mientras la chica gesticulaba con sus pequeñas manos, hablándole sobre responsabilidad, horarios, y bla bla bla, pero no se había presentado todavía. Era una mujer preciosa, notó, e intentó no reírse al ver su rostro algo ruborizado por el enfado. Lo estaba confundiendo con un restaurador especialista en objetos de madera, según dedujo en medio de sus palabras. «¡Al fin! Alguien que no lo reconocía», se dijo complacido y sorprendido al

mismo tiempo. Él vivía rodeado de gente que buscaba siempre algún favor suyo debido a su negocio y por ser uno de los sobrinos de Alice.

Él se fijó en que no era tan alta de estatura, quizá un metro setenta, y aún así él le saca una cabeza. Los ojos verdes eran hermosos y chispeaban con cada frase que pronunciaba. El vestido le sentaba estupendo; tenía una figura curvilínea, pero perfectamente proporcionada. Su rostro se le hacía conocido de alguna parte, pero no lograba recordar dónde lo pudo haber visto.

—Señorita Russell llamó

Muriel desesperada. «¿Dónde tenía la cabeza esa chica para hablarle de ese modo al nieto de la dueña del hotel?», se preguntó preocupada.

—¿Russell? —repitió Luke.

La señora Evans asintió sonriéndole.

—Brenda Russell —se presentó, finalmente la fierecilla—. No puedo irlo llamando “restaurador irresponsable”, ¿verdad? ¿Me va a decir finalmente su nombre?

Thomas se atragantó al escucharla, y Muriel interrumpió de nuevo, mirando a Luke, que estaba la mar de divertido con la confusión.

—Lo siento, señor...—empezó con tono preocupado.

Él miró a la jefa de personal e imperceptiblemente negó con la cabeza al ver que pensaba llamarlo por su apellido. Se adelantó a cualquier palabra que pudiera darle a entender a la señorita Russell que era un Blackward.

—Luke Spencer —le extendió la mano aún mugrienta a Bree, quien ajena a la segunda mirada de advertencia de Luke a Muriel para que no dijera nada, le estrechó la mano. Thomas observaba la escena con curiosidad. «Millonarios estrafalarios».

Brenda sintió una extraña corriente al tocarlo.

—Bien, señor Spencer...

—Luke —corrigió sonriéndole. Ella se fijó en los ojos azulísimos, y pensó que alguien podría perderse en ellos. «¡Concéntrate!», se reprendió.

—Como desee replicó indiferente. La señora Evans le mostrará dónde puede empezar a trabajar, pero antes quizá pueda asearse un poco.

—Es la idea — expresó él con su tono de voz grave y ligeramente divertido.

«Así que esta es la asistente de mi tía, que ha estado persiguiéndome por toda Europa». Podría decir que estaba a la altura de la voz que escuchó por teléfono semanas atrás: calmada, apasionada y sincera. Todo lo que él no necesitaba en ese momento.

Por otra parte, sentía una suerte de extraña libertad al ser Luke Spencer. Utilizó el apellido de su madre. «El destino, de algún retorcido modo, lo había llevado hasta un hotel que resultaba ser de su tía; ahora se iba a hacer pasar por un restaurador. Además estaría, al menos mientras durara el trabajo que supuestamente tenía como tallador, bajo las órdenes de esa pequeña mandona», pensó. A lo mejor vivir un poco apartado de su entorno habitual, le brindaba otra perspectiva de la vida. O quizá solo se podría entretener un poco.

Luke dio media vuelta y siguió a Muriel, quien sería—según lo que acababa de indicarle la “pequeña mandona”—, la que lo llevaría a una habitación, pues donde se estaba quedando el resto de la cuadrilla de sus supuestos compañeros de trabajo, ya no tenía espacio disponible. Se encargaría de hablar con la señora Evans para que mantuviera la boca cerrada sobre su identidad. Disfrutaría del placer del anonimato, sus vacaciones y la tranquilidad lejos de Londres.

Brenda se quedó sola en el vestíbulo observando cómo Luke Spencer se alejaba con la señora Evans. Le daba la sensación que ese hombre iba a ser un quebradero de cabeza. Esperaba equivocarse, porque no tenía tiempo para lidiar con trabajadores sin sentido de la responsabilidad.

Cuando buscó con la mirada al señor Hudson, para agradecerle el haberse pasado a disculparse, se topó con que Robert De Niro había desaparecido también. «Vaya gente rara todos estos», pensó yéndose a la oficina que tenía dispuesta para ella en el hotel.

Capítulo 4

El agua tibia relajó los músculos de Luke y lo puso de buen ánimo. La habitación en la que se hospedaba estaba en un pasillo que lucía bastante nuevo, al menos en comparación a lo poco del hotel que tuvo tiempo de observar. Su recámara era muy confortable, elegante. Una muestra del buen gusto de su tía.

Tan desnudo como lo trajo Dios al mundo salió del cuarto de baño. El viento fresco que se coló por la ventana le erizó los vellos de la piel. Se acercó a cerrarla y fue cuando cayó en cuenta de que se le escapó un detalle antes de meterse a la bañera. No tenía ropa limpia que ponerse. Se suponía que su viaje a Brighton era un tema de ida y vuelta. No llevó prendas extras.

Llamó a la señora Evans, quien estuvo en la puerta en un abrir y cerrar de ojos. Luke se acomodó el albornoz.

—Necesito ropa. ¿Me puede conseguir un jean, camisa...?

Ella se mostró solícita.

—La boutique está a quince minutos en automóvil, el chofer del hotel se fue a comprar los comestibles para el chef, me temo señor Blackward...

—No vuelva a llamarme de ese modo —exigió bajando el tono de voz—. Le expresé claramente que mi apellido aquí será Spencer. ¿De acuerdo?

—Sí, lo siento, no volverá a ocurrir señor Black...Spencer.

Luke la miró un momento, y luego asintió. Si ella cometía el error de decirle a la correcta señorita Russell su identidad empezaría a tratarlo con deferencias, y lo que menos buscaba era eso. Necesitaba dejar de ser el hombre de negocios por un corto tiempo, sin tratos especiales. Luego le diría quién era, le agradecería por haberse comportado muy responsablemente con las encomiendas de su tía y punto final, todos quedaría conformes, se felicitó por su lógica masculina.

Antes de cerrar la puerta y frustrado ante la idea de permanecer encerrado con el albornoz hasta que volviera el dichoso chofer, uno de los empleados pasó cerca de su pasillo.

—¡Hey! —llamó Luke, ante la mirada extrañada de Muriel. Se dirigió al hombre de rostro adusto—: Le doy cincuenta libras, si me presta un poco de su ropa. Usted es un poco más robusto apenas, pero calzaremos bastante bien.

El hombre lo miró curioso.

—Espero que no se refiera a la ropa sucia que llevo puesta —señaló el polvo adherido a los pantalones de un azul chillón, y la camiseta gris de la compañía—, aunque ciertamente por cincuenta libras no dudo en dársela —sonrió.

La expresión de Muriel era molesta. No le gustaba el modo en que el trabajador se dirigía al sobrino de la dueña. «Pero ya que le prometió al muchacho no abrir la boca, entonces no podía corregir al hombre aquel», se dijo manteniendo la inexpresiva mirada que la caracterizaba.

—¿No tienes más que eso?

—señaló Luke hacia la ropa apenas un poco menos sucia que la que llevaba él cuando ingresó al hotel una hora antes.

—Claro, señor. Se lo puedo traer — «A Jasper Pillot no se le iba a escapar un dinerillo por ayudar con tan poca cosa como su ropa vieja y limpia», reflexionó en silencio el hombrecillo de cachetes mofletudos—. No hay problema.

—¡Señor Pillot, el señor... Spencer no le va a dar ningún dinero! Lo hará de favor.

Luke elevó las manos para que se silenciara.

—Le he dicho que le pagaré cincuenta libras. No tiene nadie que hacerme el favor de regalar sus cosas —le dirigió una mirada de reproche a la mujer, quien de inmediato asintió—.Venga ya hombre tráeme esa ropa y te pagaré las cincuenta libras.

Corriendo, el experto en tuberías fue hasta el maletero del carro de Hudson Corporation y abrió su mochila de trabajo. Sacó la ropa limpia. Pensó en el bóxer y luego lo dejó de vuelta en su sitio. El tal Spencer era lo suficientemente hombre como para no usar ropa interior si tan de apuro andaba, concluyó. «La pinta del muchacho era de un niño bien, así que si estaba hospedándose en el hotel, seguro que más pronto que tarde, tendría ropa nueva». Con las prendas en mano subió de dos en dos las escaleras de madera recubiertas por una alfombra azul marino, e hizo su entrega.

Se puso la camisa verde chillón de Jasper. El hombre estaba tan contento con sus cincuenta libras que se alejó silbando por el pasillo. Luego de ponerse los pantalones se ajustó el cinturón. «Casi parezco otra persona», se dijo Luke con sorna, pues la ropa evidentemente le quedaba un poco ancha.

Luke estaba sonriente cuando abrió la puerta de su habitación, pues iba a la cocina, y se topó con una mirada sorprendida, cuya dueña era nada más y nada menos que doña mandona. Él mantuvo su sonrisa cuando Brenda lo observó recelosa. Esa expresión pronto se transformó en enfado y aún así, a él no dejó de parecerle hermosa. A cierta parte de su anatomía también pareció gustarle la mujer con rostro en forma de corazón, pero reparó que la mirada de ojos verdes no tenía un ápice de aprecio o deferencia hacia él. «¿Y por qué habría de tenerlo, si se supone que eres un trabajador incumplido?».

Él se preparó para lo que venía.

—Señor Spencer, ¿qué cree que está haciendo en la habitación de los huéspedes? Los empleados de Hudson Corporation duermen en la casa de empleados a varios metros de distancia a pie.

Él observó cómo el tono enfadado de su voz le agitaba la respiración. El escote del vestido le brindaba una ligera idea de sus turgentes pechos que subían y bajaban al compás del discurso.

—Le he dicho que puede llamarme Luke —ella achicó los ojos—. Vamos a hacer un pacto. Si usted me habla con mi nombre de pila, entonces procuraré estar más atento a las cosas. ¿Sabe? —preguntó apoyado en el marco de la puerta con insolencia—, me siento más relajado cuando percibo un ambiente familiar y usted más parece una jefa gruñona, lo cual no le va bien, porque se le forma un feo ceño aquí —posó el dedo con delicadeza en el entrecejo de Bree y ella dio un respingo. Lo apartó con un manotazo. Él se encogió de hombros—. Debería ser más bien una jefa comprensiva y flexible. A mí me parece que así le iría mejor. Además, ya sabe cómo somos de sensibles los artistas. Yo no reparo cosas metálicas, sino historia, a través de estas bonitas piezas de madera.—Él acarició el grifo que estaba sobre el pomo de la puerta con tal sutileza que a ella se le tensaron los pezones debajo del sujetador imaginándose cómo sería ese toque en su piel... «No vaya por ese amino. Es peligroso y ya sabes las consecuencias,

Brenda»—. ¿Qué opina entonces?

Él no le comentó que la había visto asomando por una de las habitaciones. Lo que implicaba que estaba durmiendo justo a dos puertas de la suya. La anticipación de la conquista despertó en su cuerpo.

—¡Será descarado! — echaba chispas—. ¡Salga de ahí antes de que la señora Evans se dé cuenta y lo eche junto con sus compañeros! Esa habitación no necesita refacciones y usted no puede andar husmean o en las recámaras, aunque estén vacías. No perderé mi tiempo despidiéndolo a usted y su empresa, porque tengo un calendario que cumplir para Alice.

Aunque claro —lo miró indiferente—, usted no sabe quién es Alice Blackward.

Luke se echó una carcajada. No pudo evitarlo. Luego se apegó a su papel.

—Por el modo en que usted la llama, supongo que alguien muy importante. ¿No? — le preguntó fijándose más de cerca en las ligeras chispas ambarinas que jugaban en el verdor de sus ojos. Le fue imposible no reparar también en que los labios sensuales parecían pedir que los probaran. Y él pretendía hacerlo muy pronto. Sí. Eso haría. Quizá no tendría que revelar nunca su verdadera identidad después de todo. Lo más probable era que ella se riese de la situación si acaso supiera alguna vez que era un Blackward.

—Es la dueña de la cadena que a usted en este momento le está dando de comer.

Él se aclaró la garganta.

—Ya veo. Bien. ¿Me llamará Luke?

Ella tenía trabajo acumulado, y ese fin de semana iría a ver a

Harvey en una obra de teatro de su escuela. «Mejor salir del paso con ese necio, qué más le daba».

Suspiró.

—¿Se comportará?

Luke la obsequió con una de esas sonrisas que solía desplegar para conseguir que su tía Alice le redujera la pena de sus castigos cuando era un adolescente. Claro, cuando creció utilizó esa ventaja con las mujeres que se íllevarse a la cama. Con la señorita Russell quizá podría servirle para que dejara de ser tan gruñona en el trabajo, y más adelante...

—Si comportarse es dejar de husmear y trabajar con ahínco tiene mi palabra.

—Bien — dicho esto se dispuso a irse.

Él la tomó de la muñeca reteniéndola. Ella enarcó una ceja, y Luke la soltó.

—Ya que nos trataremos de tú a tú, ¿puedo llamarte Brenda? — se cruzó de brazos. Ella se fijó sin poder evitarlo en el modo en que se le marcaban los músculos.

—Bree—replicó sin pensarlo. Él sonrió de aquel condenado modo. Brenda se aclaró la garganta—. Bree o Brenda. Da igual. Ahora tengo que ir a trabajar.

Luke inclinó la cabeza, mientras ella se alejaba con paso acelerado por el pasillo.

El viernes llegó con bastante rapidez, y Bree se sintió a gusto porque todo avanzaba conforme lo planeado. Los días de reposo de la compañía Hudson Corporation se habían cubierto eficientemente, y el calendario de trabajo estaba yendo como se planteó desde un inicio. Luke estaba siendo tan cumplido con su trabajo, que no volvió a topárselo. Desde su discreta ventana de la oficina podía ver cuando se sentaba con la camisa medio abierta, en el pasillo que daba acceso al trastero fuera del hotel, tallando o examinando algo.

En alguna ocasión se quedó hipnotizada observando el modo en que los músculos del antebrazo se tensaban con cada ligero movimiento, mientras él cincelaba detalles de la madera. Él tenía un modo peculiar de inclinar la cabeza y parecía observar absorto su obra. A veces era una pequeña cómoda, una mesita de noche, o un adorno, en los que trabajaba. Cuando empezaba a sentirse demasiado fisgona, y temerosa de que él notase que lo observaba, se apartaba para continuar en sus tareas diarias. «Es la excesiva carga laboral la que te hace sentir ese cosquilleo en la piel. Nada más, Brenda, nada más. Cuando duermas mejor se pasará», y con ese pensamiento se quitaba la sensación de culpa que le invadía por espiarlo.

En cuanto a su trabajo, a pesar de estar lejos, sentía como si Alice estuviera con ella en Surrey. Había tanto papeleo por hacer, y Emma, quien la reemplazaba en Londres, solía llamar por la mínima cosa. Brenda la comprendía, pues su amiga estaba llevando dos puestos de trabajo al mismo tiempo. Y Alice podía ser a veces muy molesta.

Ahora, cómodamente instalada en su habitación, escuchó un ruidito que se repetía desde hacía poco más de tres noches. Sabía que nadie ocupaba los dormitorios que la rodeaban. Sin embargo, muy entrada la noche solía llegar hasta ella un “click”, quizá durante el día fuese imperceptible, pero en el silencio de la noche se escuchaba con claridad. Aunque no era supersticiosa, se preguntaba si a lo mejor no habría fantasmas.

Cuando se lo contó a Tom, él se echó a reír.

—¡No estarás hablando en serio! —se burló. Ella encendió el televisor—. Lo más probable es que sea alguno de esos animales que suelen rondar en los caserones de tantos años.

—Ya, pero aquí todo está refaccionado —se quejó llevándose una galleta a la boca. Era casi

media noche—. Creo que hablaré mañana con la señora Evans. Tom llevas demasiado tiempo en Brighton—suspiró cambiando de canal en la televisión a bajo volumen—. No sé cómo puedes dejar tus negocios aislados.

—Bueno, recuerda que tengo muchos asistentes. Por otra parte, tienes razón, necesito volver a Londres. De hecho, Scott y yo podemos ir a visitarte uno de éstos días.

Ella dejó de hacer zapping sonriendo.

—¿Lo dices de verdad? preguntó. ¡Sería maravilloso!

Bree se acomodó entre las sábanas, mientras el silencioso acondicionador de aire hacía su trabajo a dieciocho grados centígrados de temperatura.

—El único inconveniente es que Robert está enviando muchos turistas y la temporada alta empieza dentro de poco. Quizá me quede en Brighton unos cinco meses más... intentaré hacer mi mayor esfuerzo para coordinar tiempos.

—Ohhh— sonó decepcionada—. El precio del trabajo, ¿eh? —bostezó—. Han sido unos días muy ajetreados, Tom. Creo que aquí hago tres veces más actividades que en Londres, aunque no con la misma presión que cuando tengo a Alice pidiendo temas cada dos por tres.

—Trata de portarte bien, y no te quejes que tienes un excelente empleo.

—Sí. Lo tengo —murmuró—.

Voy a dormir ahora. Haz lo mismo, y saluda a Scott de mi parte.

—Lo haré, guapa. Hasta pronto.

Brenda dejó el teléfono sobre la mesa de noche y se arrebujó entre las suaves sábanas. El suave arrullo de Morfeo empezaba a envolverla, cuando escuchó otro “click”, seguido de una especie de murmullos. Se volteó en el colchón tratando de ignorar el ruido, pero su inquietud persistía. «¿Y si alguien estaba robando a media noche? ¿Habría algún intruso?». Debía considerar que esa ala del hotel estaba aún desierta, porque estaban decorando el pasillo, pero esos rediseños no serían hasta dentro de unos meses. Los de Hutson

Corporation trabajaban de día, hasta las siete de la tarde, y el tal Luke, según tenía entendido, había aceptado alejarse de las habitaciones de huéspedes. Empezó a sentir miedo. «Soy valiente, soy valiente», se repitió.

Dio un par de vueltas más en la cama, hasta que finalmente decidió averiguar de qué rayos se trataba. Se acomodó la bata de dormir y se ató el cinturón de un ligero salto de cama que usó para intentar abrigarse. Salió al pasillo mirando a cada lado. Cada habitación requería al menos quince pasos para ir de una a otra. En cada puerta puso la oreja intentando escuchar algún ruido extraño, pero no había nada. Silencio.

Estuvo tentada de dejar la última puerta sin examinar. Sin embargo, cedió a su impulso. Se llevó una sorpresa al acercarse. Unos extraños ruiditos salían de ahí. Ni tan extraños, reflexionó, al escuchar el típico sonido de la televisión. Seguramente la señora Evans no encontró espacio y decidió ceder ante algún insistente viajero. Para su mala suerte los pies se le enredaron en las pantuflas, cuando pretendía alejarse, haciéndola tropezar y caer de rodillas.

No pasaron ni tres segundos cuando la puerta se abrió. Brenda no tuvo otro remedio que

quedarse sentada en la alfombra con la bata de algodón medio deslizándose por su hombro y con el borde de la prenda a medio muslo. Estaba totalmente indefensa ante la sombra que se cernió sobre ella.

Al elevar la mirada se quedó de piedra.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? No sabía que además de mandona eras un poco figona.
—Apenas escuchó un ruido fuera de la puerta se había levantado rapidísimo. Así que no tuvo tiempo de ponerse la camisa—. ¿Me buscabas?

Aturdida por la visión del torso musculado de Luke fue inevitable deslizar la mirada desde la suave mata de vello de tórax, hasta la línea elegante que desaparecía justo en la cinturilla del pantalón de dormir. Tragó en seco.

La visión de ese hombre guapísimo le impidió pensar en lo más obvio. Es decir, ¿qué estaba haciendo en esa habitación cuando le había dicho claramente que no era el sitio de los obreros?

—Yo...yo...es...escuché unos ruidos y me asusté...—murmuró al verlo tan imponente. «Casi parece esos soldados griegos con dorsos de infarto», reconoció aturdida por su masculinidad. Llevaba el cabello húmedo y despeinado. Barba de dos días. ¿Cómo podía alguien lograr semejante apostura?, se preguntó desconcertada por las reacciones que tenía con ese hombre. Era una necia.

—¿Sí?

Ella asintió, porque las palabras se le atascaron al verlo sonreír.

Luke tuvo una visión sensual de Brenda. Sus cabellos rubios lucían despeinados, pero no afeaban en nada a su dueña, al contrario. Ella era una mujer atractiva y ahora que no llevaba esa postura habitual rígida, estaba irresistible.

Él se fijó en que el salto de cama que la cubría seguramente se desprendió con la caída y la bata que llevaba dentro dejaba ver la curvatura de uno de sus pechos blancos. Sus piernas estaban recogidas a un lado, pero lo suficiente para dejar entrever un poco más por encima de la rodilla de esa piel que apetecía tocar...y saborear. En ella no había artificio. La mandona era naturalmente sexy, y fue esa falta de artificio lo que hizo que su cuerpo reaccionara doblemente excitado.

—¿Piensas quedarte ahí sentada?

Sin darle tiempo a responder se inclinó hacia ella y la impulsó hacia arriba tomándola de las manos. Cuando quedó en pie, sus cuerpos estaban muy cerca el uno del otro. Luke no aguardó que ella dijera nada, y se aprovechó de la reacción de sorpresa. Acercó su boca a la de Brenda y se apoderó de sus labios sensuales con hambre insistente y el deseo que había reprimido desde que la vio por primera vez.

Aturdida por el contacto de la lengua aterciopelada de Luke, que empezó a dibujar el contorno de sus labios, se aferró a sus fuertes brazos desnudos. El olor tan masculino la embriagó, y le devolvió el beso con la misma pasión que él le prodigaba. Sentir el calor de la piel bronceada de Luke contra su cuerpo era excitante.

Brenda sintió cómo las manos masculinas se enterraron en sus cabellos, apretándola más

contra él, y pudo sentir la prueba de su excitación. Ella se sentía húmeda y sus manos se movieron con voluntad propia acariciando la firmeza de los músculos de los brazos de Luke, hasta que elevó sus brazos para entrelazar sus manos detrás de su nuca. Él gimió algo antes de deslizarle las manos por la espalda y atrapar sus nalgas.

Brenda dejó escapar un sonido gutural y Luke profundizó el beso, mordiéndole el labio inferior. Ella se dejó llevar.

Con pasos lentos entraron en la recámara masculina, y él cerró la puerta con el pie, sin interrumpir sus caricias.

Ella sintió cómo el miembro erecto se ajustaba cada vez más a su húmeda hendidura a través de la ropa. Las caricias de Luke se volvieron de pronto más firmes, exigentes y sintió cómo dos dedos expertos le apretaban sus pezones que sobresalían en la tela beige de su bata. Acarició sus pechos, sopesándolos, y susurrándole contra la boca lo sexy que era.

«Hacía tanto tiempo...», suspiró para sí misma. Su lengua abrazó la de Luke, y él sintió cómo su sexo vibró. Esa mujer era puro fuego, pensó excitado, al tiempo que empezaba a desnudar los hombros. Besó la piel del lado derecho. «Cremosa y con aroma a rosas. ¿Podía existir algo más femenino que la mujer que tenía entre sus brazos a punto de llevar a su cama...?».

Cuando sintió la mano de Luke descender peligrosamente hasta unos centímetros antes de llegar a su sexo, las imágenes del pasado acudieron inmediatamente a su mente como una película. Aturdida y dándose cuenta de lo que estaba haciendo intentó empujarlo, pero no lo consiguió. Una sensación conocida de pánico la atenazó.

Él se tomó el débil forcejeo como algo típico femenino, cuando esperaban que les insistieran, y eso fue lo que hizo. La atrajo más contra su cuerpo sólido ahuecándole los magníficos pechos, mientras con los pulgares torturaba los pezones que se moría por paladear. Absorbió el sabor de sus labios, y sintió cómo su erección de volvía dolorosa por la necesidad de ser satisfecha.

Bree en cambio sentía de pronto las caricias como las de Ryan, queriéndola atacar. La respiración se agitó, pero ya no era placer lo que sentía. Tenía miedo. Jamás permitía que nadie se acercara tanto a su cuerpo, desde aquel horrendo incidente en Londres, y ahora no podía... no podía.

Volvió a forcejear como si se le fuera la vida en ello.

—¡Suéltame! —consiguió gritar empujándolo con todas sus fuerzas. Él la miró consternado por la mirada asustada que reflejaban sus ojos verdes y jadeante por el deseo insatisfecho—. Jamás... —tomó aire, Bree—. Jamás vuelvas a hacer eso Luke Spencer—jadeó con la mano en el pecho, arreglándose la bata—. ¿Te ha quedado claro? No me vuelvas a tocar nunca

—retrocedió como si él fuese una amenaza. Porque para ella en ese momento lo era.

Él la observaba atónito. «¿Habría pensado que quería violarla o algo así? ¿Qué diablos se traía esa mujer?», pensó molesto. Era una provocadora entonces por seguirle el juego para luego acusarlo de querer aprovecharse.

—¡Estabas respondiendo a mis caricias! ¡No pensaba violarte si era eso lo que estabas temiendo!—se pasó las manos por el cabello negro desordenándose—. ¡Dios, mujer! ¿Qué demonios te ocurre? Si no querías que te continuase tocando, entonces hubieras puesto un poco menos de entusiasmo —le espetó frustrado.

—Yo...—lo miró asustada y totalmente confundida. Era la primera vez en muchos años que le permitía, y se permitía, a un hombre llegar tan lejos desde Ryan, y lo que había sentido la devolvió al pasado.

Al percatarse de la mirada alterada de Bree, maldijo e intentó hablarle, pero ella le dio la espalda y salió a toda prisa. Luego escuchó un portazo.

Pasándose las manos por el rostro cerró la puerta de una patada, apagó la televisión y se sentó en la cama con la erección aún palpitándole. No podía perseguirla a su habitación, porque él intentaría neciamente de retomar las cosas donde las dejaron, lo cual sería inadecuado. Dando un puñetazo sobre el colchón se estiró para acomodarse entre los edredones. Sabía que esa noche no dormiría. Estaba tan intrigado como frustrado. «Arreglaría el asunto mañana».

Brenda acostó tiritando. Las manos le temblaban cuando quiso tomarse una pastilla para calmarse. Así que dejó de intentarlo y dejó que poco a poco su cuerpo recobrara la calma. Podría llamar a Tom, pero era demasiado tarde y ella era un adulto. Se sentía completamente estúpida. Le respondió el beso a Luke, claro que lo hizo, pero cuando empezó a tocarla... no debió comportarse así... él no podría saber.

Parecía como si la pesadilla no fuese a terminar nunca. La psicóloga que la trató años atrás, le comentó que este tipo de situaciones podían ocurrir y tendría que hablarlo con su pareja. En este caso Luke no era su pareja, no era nadie en su vida. Durante todo este tiempo, ella había esquivado cualquier atención más allá de un par de citas o besos sin pasar a segunda base, porque así evitaba topar aquel tema tan personal. Había tenido éxito en su intento, hasta hoy.

Lo que acababa de ocurrirle era un recordatorio de que no podía acercarse demasiado físicamente a ningún hombre, sin sentir miedo. Eso la hizo sollozar, pero permitió que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Sentía desesperación por su pasado, porque la perseguía y se sentía impotente ante él, a pesar de que intentaba luchar con todas sus fuerzas contra ello. Odiaba tener miedo, lo detestaba, pero odiaba aún más no poder deshacerse de él. «Nunca tendría una familia...hijos...». El llanto se hizo más fuerte, y duró hasta que se finalmente se quedó dormida.

Luke despertó antes del alba y fue hasta las caballerizas. Ensiló un purasangre árabe y se adentró en los cientos de acres de la propiedad dispuestos para ejercitar a los equinos, y disfrutar del aire libre.

La noche anterior no besó a Brenda con el ánimo de intimidarla. Tan solo le pareció inevitable e irresistible no tocarla. La mirada de consternación, cuando él empezó a tocarla más íntimamente, y su modo de reaccionar tan histérico fue como un balde de agua fría. Jamás había visto, en ninguna mujer a la que le dispensara sus atenciones, una mirada tan asustada. «¿Qué le habrían hecho en el pasado? ¿Quién habría sido el bastardo que la llevó a sentirse así?», se preguntó azuzando al caballo para que aumentara la velocidad. La sola idea de que alguien le hubiera hecho tanto daño a Bree lo hacía arder de ira. No se había sentido tan atraído por una mujer, desde Faith. Y eso ya era mucho decir. Muchísimo.

Espoleó a su caballo y montó durante una hora. La velocidad, el viento en el rostro y la adrenalina, le ayudaron a despejarse.

Montar a caballo era una de sus distracciones favoritas, y cuando tenía oportunidad de hacerlo,

no la desaprovechaba. Era un amante nato de la naturaleza, la vida al aire libre tanto como de la ciudad, sin embargo, de Londres y sus fiestas estaba cansado. Necesitaba un poco de tranquilidad de su agitada vida empresarial y nocturna. Haber caído en el Great Surrey Wulfton fue un interesante imprevisto, en especial por la deliciosa compañía femenina.

Por otra parte, el trabajo en el hotel era agradable. El equipo de Thomas Hudson era solidario y cuando uno de ellos lo reconoció como el sobrino de Alice, los demás acordaron mantener la boca cerrada sobre el tema. No consiguió la promesa de silencio al respecto, hasta demostró que pensaba empujar el hombro cuando fuera necesario, y no quedarse como el típico hombre adinerado y acomodado, esperando que otros resolvieran su vida. Él estaba hecho de una pasta dura.

Empezar a tallar de nuevo le brindaba una conexión especial con su lado bohemio. Los diseños que tenían las puertas del hotel, los hizo él muchos años atrás. Solamente que en ese entonces no sabía dónde habían ido a parar esas puertas que su tía le pidió que tallara.

Su tía, al verlo tan decepcionado de Faith, le propuso que retomara su hobby de adolescente, tallar madera. Él no se rehusó, porque además del trabajo y las mujeres con las que intentó suplir a Faith, necesitaba algo diferente. Una actividad en la que solo estuviera él y nadie más a su alrededor. Retomar su trabajo en madera fue la solución perfecta. Una terapia que empezaba cada noche cuando volvía de la oficina. Se encerraba en su estudio y dejaba que la imagen de los rasgos de varios animales se instalara en su cabeza, para luego plasmarlos en la madera. Fue una actividad que lo ayudó a canalizar sus frustraciones por su fallido y errante matrimonio.

Cuando terminó de galopar, y con los músculos ejercitados fue a ducharse. La frustración sexual por ahora se había evaporado, a diferencia de un pensamiento que persistía en su mente. Iba a descubrir qué había ocurrido en el pasado de Brenda Russell para que hubiese huido asustada de él.

Capítulo 5

Brenda estaba disfrutando de un cruasán en la sala de desayunos. Quería terminar pronto, pues el chofer de Alice iría a recogerla dentro de una hora. Aquella sería la rutina de cada sábado hasta que terminara su trabajo en Surrey. La aliviaba poder ver a Harvey, pues lo echaba muchísimo de menos.

Desde su mesa de mantel azul marino reparó en los huéspedes que conversaban amenamente. De acuerdo a Stella, la chef del hotel, había al menos cinco recién casados pasando su Luna de Miel. No era para menos, porque el lugar era de ensueño, le había replicado ante la sonrisa de la chef.

Brenda anhelaba tener un hijo en un futuro cercano y cuidarlo como su madre jamás hizo con ella. Sin embargo, tener intimidad le causaba cierta aprehensión; los recuerdos de la noche anterior eran una muestra de ello.

Luego de darse un baño esa mañana y con la mente más despejada, se sintió mal por lo que Luke pudo haber pensado. Quizá él habría creído una lunática o una mujer provocadora, y a decir verdad a ella también se lo hubiera parecido si los papeles fuesen al revés. En su caso, si era sincera, diría que con él se sintió libre y desinhibida, hasta que los recuerdos de Ryan y aquel

episodio en el bar hicieron presa de ella. Sea como fuere tenía que mantenerse al margen. Por otra parte, ella era la jefa y Luke un empleado. No sería correcto mezclar ambas posiciones.

Mientras se servía un poco de café observó con más detenimiento su alrededor. El salón estaba edificado en su interior con madera, quizá en el pasado fue el lugar donde el Duque de Sutherland colocaba sus trofeos de caza, algunas cabezas de animales decoraban las paredes. Al contrario de verse grotesco, le daba un aire imponente. La vajilla era de porcelana fina y tallada a mano por artesanos de la región. Alice se cuidaba de brindarle los detalles precisos a cada espacio de sus hoteles.

—¿Puedo sentarme? — preguntó una voz conocida detrás suyo.

Ella se giró y lentamente elevó la cabeza para toparse con el atractivo rostro Luke.

—No creo que sea el lugar adecuado, Luke. —Él reprimió una sonrisa al escucharla pronunciar su nombre. «Al menos no estaba enfadada», pensó—. El equipo del señor Hudson come aparte. Tienes que entender que no eres un huésped —untó jalea en el pan—. Será mejor que te marches. Podrías tener problemas con la señora Evans.

Él se sentó frente a Brenda como si no hubiese escuchado eso último. Quizá un rasgo muy propio del empresario que había en él, consistía en tomar y hacer lo que deseaba, en el momento en que lo quería. Como ahora.

—Yo creo que tú y yo debemos conversar, jefa. — Ella no le dirigió la mirada, lo que le permitió observarla saborear el pan. Reparó en la ligera gota de mermelada que quedó en la comisura de sus labios, se estiró y la atrapó con el dedo índice. Luego se llevó el sabor a la boca. Ella lo observó frunciendo el ceño por ese gesto íntimo, pero lo confinó a algún lugar de su cabeza.

Al ver que Bree ni siquiera sonreía por aquella picardía suya, su rostro adquirió un matiz menos juguetón.

—Te debo una disculpa, ¿de acuerdo? Por eso te he estado buscando.

Brenda se encogió de hombros. No le apetecía hablar del tema.

—Me gustaría saber... — empezó Luke.

Ella lo detuvo con una mano dejando la mitad de su pan tostado sobre el platillo de cerámica con detalles celestes y dorados.

—Lo de ayer está olvidado, si quieres disculparte, bien. Acepto tus disculpas. Si intentas propasarte de nuevo, lamentaré perder el tiempo consiguiendo otro restaurador, pero tendré que despedirte. Yo valoro mucho mi trabajo, y tengo que cumplir una agenda. No espero que lo entiendas, pero sí que lo tengas claro. —Él apretó los dientes y se guardó una maldición. En otra circunstancia habría rebatido, pero tenía que recordar que para ella al menos, era un empleado cualquiera—. Y por cierto, ¿qué haces durmiendo en la habitación de huéspedes?

Debería hablar con la señora Evans y adelantar tu despido.

«Ya estaba tardando en sacar el tema», reflexionó mirando a su alrededor. Todos estaban concentrados en sus propios asuntos. Bien.

—Ella me asignó la ubicación, porque la casa donde están durmiendo los demás está completa y vivo bastante lejos de aquí como para ir y venir.— Tendría que decirle a Muriel de la novedad para que no lo contradijera, apuntó mentalmente—. No he cometido ninguna contravención desde ese punto de vista.

—Mmm —sorbió su café ignorándolo. Empezaba a ponerse inquieta. No había miedo hacia él, sino nervios. Aún le parecía sentir la presión de los labios diestros de Luke sobre los suyos. Saboreó el líquido humeante de la taza, para intentar olvidar el sabor que creía paladear sin evitarlo del atractivo restaurador que la observaba con un brillo inexpugnable en los ojos azules... los más azules que hubiese visto.

—Bree...

Ella elevó la mirada. Tenerlo de frente y tan cerca de nuevo causaba estragos en su concentración.

—¿Qué?

—De verdad no quise asustarte ayer. No pude evitar besarte, y no es algo que me suceda a menudo, de hecho, me sé controlar bastante bien. Aunque debes ser consciente que eres muy guapa...

«Oh, por favor, no me digas tonterías», pensó ella, recordando cómo Ryan le decía cosas bonitas con respecto a su piel, sus ojos verdes, las pestañas largas, o su figura de modelo de anuncio publicitario...

—¿Eso es todo? — preguntó fríamente. Estaba vacunada contra los cumplidos, pero las palabras de Luke sonaron, de alguna manera, diferentes... como si fuesen sinceras. Y para esa sensación no estaba preparada.

—Quizá no tengo derecho a preguntarte nada —la miró con sus ojos azules—, pero nunca vi una mujer que se asustara tanto por un interludio como el que tuvimos anoche. No creo haber sido brusco contigo, ¿entonces, por qué...?

Bree se tensó. No quería tener esa conversación.

—He terminado mi desayuno dejó la servilleta de tela sobre la mesa. Se levantó—. Buenos días y que aproveches tu fin de semana — se encaminó hacia la salida

Luke la observó alejarse. «Lo había abandonado por segunda vez en menos de veinticuatro horas. Inaudito».

Si doña mandona creía que con su fingida indiferencia y renuncia a hablar de lo que ocurrió entre ellos iba a quitarle el interés de saber qué diablos le había sucedido con él anoche, se decepcionaría. Su mayor cualidad era la persistencia. Y pensaba validarla con Bree.

Antes de levantarse de la mesa se fijó en la pequeña bolsa dejada sobre el tablero. Con una sonrisa la tomó en su mano. «Ya tenía un motivo para ir de vuelta a Londres».

El sol destellaba en el cielo londinense. La caricia del viento primaveral le sentó muy bien a Brenda. Harvey la recibió con euforia y un abrazo insistente. Los Quinn tenían lista la comida y la invitaron a sentarse con ellos. A pesar del cansancio de la semana, el ambiente familiar que tenía la atmósfera la relajó.

La única idea de hogar que conocía era la de los dos ancianos.

—¿Estás listo para la obra de teatro, Harv?

Con la boca llena de jamón, el muchachito asintió.

—Ha estado practicando en el patio. Oswald lo ayudó un poco con la voz que debería tener una tortuga que ha recibido un premio por ganar la carrera — dijo Eloise con un guiño.

—¿Entonces la fábula de “La liebre y la tortuga”, eh Harv? —le preguntó Bree, mientras probaba las patatas fritas. Aunque ya sabía la respuesta, su hermanito disfrutaba contándole una y otra vez la historia.

—¡Sí! Oswald me ha dicho que a pesar de que seamos algo lentos, a veces es mejor no correr prisas, pero llegar seguro — contestó a su hermanito. Luego se dirigió al señor que lo acogía como su nieto—. ¿Lo he dicho bien, Oswald? — El hombre de cabellos canos asintió con una sonrisa.

—¿Cómo te ha ido en tu trabajo, Brenda? — indagó Eloise.

—Muy bien, aunque algo pesado. Las tuberías se están cambiando, los adornos y las puertas que están talladas en madera se refaccionan, la pintura nueva está por llegar, la ampliación de un par de baños va estupenda, así que diría que avanzamos conforme al calendario

—dio un sorbo al zumo de manzana—. Ya no hablemos de cosas aburridas, mejor díganme, ¿nos acompañarán a la obra, verdad?

—¡Absolutamente! No nos perdíamos este día por nada del mundo — respondió Oswald.

Mientras terminaba de vestirse en su habitación, Brenda llamó a la clínica de rehabilitación para saber cómo estaba su madre. El lugar era lujoso y contaba con un servicio de primera. Le gustó cuando el Dr. Vincent Andrews explicó los detalles sobre el programa de desintoxicación, la terapia grupal y la terapia uno-a-uno, las clases educativas, actividades holísticas inclusive. La parte que más temía eran las terapias familiares. La primera vez no le fue tan mal, y logró permanecer junto a su madre y escuchar su punto de vista de la historia detrás de las adicciones.

—Buenas tardes, señorita Russell saludó al médico con su voz nasal.

El doctor era un sesentón muy amable y con una reputación médica intachable. Bree se tomó un buen tiempo para analizar la clínica. El tratamiento promedio duraba seis semanas, pero ella pidió que cuidaran durante al menos diez semanas a su madre, explicándole que la había visto decaer tantas veces que ahora necesitaba estar segura de su progreso. El médico accedió. Ella agradecía que tenía un buen empleo para poder pagar la clínica.

—Doctor Andrews, me gustaría saber cómo progresa mi madre.

Hubo un ligero silencio que a ella no le gustó en absoluto. —¿Doctor?

—Me temo que su madre logró hacerse con un pequeño paquete de cocaína traído por un amigo; estamos tratando de identificarlo con las cámaras de seguridad.—Ella apretó el auricular—. Lo lamento, pero el tiempo de permanencia debe aumentarse.—Brenda tiró números en su mente. Si continuaba con ese tratamiento su ritmo de gastos se incrementaría considerablemente, y volvería a andar ajustada. Aunque a Harvey no le faltaría nada. «Intentaría hacer más horas extra»—. Su mamá va a recuperarse. El organismo de la paciente,

como le he comentado anteriormente, está bastante afectado, pero tengamos paciencia. Superaremos este impasse.

—¿Puedo...verla?

—No se lo recomiendo por ahora, porque la paciente está bastante alterada. Íbamos a contactarla, pero se me adelantó, menos mal. Hubiera sido penoso que no la encontráramos.

Harvey empezó a pasear por el cuarto con su trajecito de tortuga a medio arreglar.

—De acuerdo, yo... por favor, ayúdela doctor. Ha sido muy difícil —se le quebró la voz— ayúdela.

—Confíe en nosotros. Ahora la aislaremos sin ninguna visita, y haremos con ella un seguimiento muchísimo más exhaustivo.

—Gracias. —colgó.

Se ajustó el vestido celeste. Un sutil encarrujado sostenía sus pechos expuestos con un ligero escote en uve. Las mangas cortas de vuelos transparentes arropaban las pecas de sus hombros. El largo del vestido alcanzaba hasta la altura de las rodillas. Se hizo un recogido en forma de cebolla.

Al ver que su hermano giraba sobre sí mismo produciendo que las patitas del traje de tortuga se agitaran de un lado a otro. Se acercó para abrocharle los cierres del disfraz.

—¿Me parezco a la mejor tortuga? — preguntó inseguro.

Bree rió.

—Nunca he visto una tortuga más guapa en toda mi vida, Harv. ¡Espera! — le dijo antes de que saliera corriendo a ver las pantuflas verdes con negro. Bree fue por la cámara fotográfica—. Tenemos que guardar este recuerdo, cariño. —Él frunció el ceño—. Si te dejas tomar la fotografía, te compro un helado de doble jalea. ¿Qué opinas eh?— Al notar que se le iluminaba la mirada, supo que obtendría su foto. Colocó la cámara en automático y la programó para disparar en diez segundos—. Bien, ahora ven aquí.

Con una mueca graciosa, ambos posaron para el lente.

Casi eran las seis de la tarde, cuando Eloise y Oswald tocaron el claxon del automóvil. Una vez que se pusieron los cinturones de seguridad, Oswald presionó el acelerador.

La escenografía de la obra estaba hecha con cartones pintados por los maestros y los niños. La escuela era pequeña, pero acogedora, y en el auditorio no quedaba ni una butaca vacía. Los padres de familia se mostraban entusiasmados por ver a sus hijos esa tarde. Aquella puesta en escena se hacía una vez al año, y

la fábula que elegían para representar se seleccionaba por votación. Además no todos los niños de la escuela podían actuar, había un casting y una medición por buen comportamiento. Así que Brenda estaba más que orgullosa de su hermano; se sentía contenta de que al menos los recuerdos de Harvey de su infancia pudieran ser mejores que los suyos.

Cuando inició el acto, su hermano se movía con gracia, reía y disfrutaba actuando. Ella aplaudió entusiasmada cuando el grupo hizo la venia en el último acto, para agradecer al público.

Harvey llegó corriendo hasta ellos, una vez que el telón se hubo cerrado.

—¡Los invito un helado! — dijo Bree, recordando la promesa cuando se tomaron la fotografía en casa.

—¡Yupiiii! —gritó Harvey dando brincos, y agitando las patitas del traje de tortuga que se rehusaba quitar.

Después de despedirse de los padres de algunos de los amiguitos de Harvey, salieron de la escuela y caminaron para aprovechar el fresco de la noche. La heladería quedaba cruzando dos calles.

Charlaron sobre la presentación, las calificaciones – tema que no le gustó a Harvey especialmente-, las vacaciones de verano y los profesores.

Cuando iban a pagar la cuenta, Bree rebuscó en su bolso la cartera para sacar el dinero. Estaba segura que la había guardado al volver de Surrey. No era difícil de que se perdiera, porque su color mostaza era fácilmente reconocible a pesar de su tamaño pequeño. La fila detrás suyo no era muy corta, porque justamente algunos compañeritos de Harvey estaban también pidiendo helados. Empezó a escuchar murmullos impacientes a su espalda.

Al verla en apuros, Eloise se acercó y le susurró al oído que ella pagaría. Bree no pudo disfrutar del resto de la velada, primero porque se sentía avergonzada de no haber podido costear su invitación, y segundo, porque no tenía sus documentos personales, ni el dinero con el que se movilizaba durante la semana, tampoco sus tarjetas de crédito. Habría podido llamar por teléfono a la central para denunciar la pérdida, pero se había dejado el móvil en casa. «¿Dónde diablos había dejado su cartera?».

Oswald, al verla tan preocupada le propuso retirarse pronto y ella aceptó, a pesar de las protestas de Harvey que quería continuar conversando con sus amiguitos vestidos de león, hiena, conejo —el niño protagonista—, otro vestido de canguro y la última, una niña vestida de búho. A regañadientes su hermano la siguió. Preocupada y dispuesta a rebuscar entre sus cosas para lograr encontrar su cartera, casi bajó corriendo del automóvil apenas llegaron a casa.

Se despidió de los Quinn, y tomó a Harvey de la mano para cruzar la calle.

Subieron de dos en dos los seis escalones del porche, en donde estaban colocados dos sillones largos de tres asientos cada uno. Cómodamente estirado en uno de esos asientos había un hombre. Estaba un poco oscuro, pero no lo suficiente como para que ella no pudiese identificarlo.

Se quedó helada.

Harvey pasó corriendo y se detuvo en la puerta esperando a que ella abriera.

—Me parece que se te olvidó algo —dijo Luke poniéndose de pie. Había estado esperando desde hacía tres horas. Saber que tenía un hijo, quizá explicara su renuencia al besarla. ¿Y el padre, dónde estaría? —. Aquí tienes —le entregó la billetera mostaza.

Ella lo miró con desconfianza.

—Te la dejaste esta mañana en el desayuno — explicó al ver su rostro—. Llamé a la señora Evans para que me diera tu dirección, y aquí me tienes entregándotelo —le tendió la cartera. Ella la tomó con gesto inseguro.

—¿Quién es Bree? — preguntó receloso el niño observando al extraño.

Brenda iba a responderle, cuando Luke se adelantó agachándose junto a Harvey.

—Soy Luke —estiró la mano. Después de mirar a su hermana titubeante, y al verla asentir, Harvey estiró la suya. El dueño de

Blue Destination apretó suavemente la pequeña mano —.

Trabajo con tu mamá.

Harvey lo miró como si tuviera la peste. «¿Mi mamá?».

Brenda rió ante lo que el guapo restaurador asumió, pero no intentó aclararlo. Luke la observó con el cejo ligeramente fruncido.

—Ve dentro Harvey —abrió la puerta y el niño entró corriendo. —Cuando estuvo segura de que su hermano estaba bastante lejos, dirigió su atención a Luke—. Gracias por tomarte la molestia de viajar hasta Londres. No era necesario, pudiste llamarme al móvil para decirme que tenías mi cartera.

Él se metió las manos en los bolsillos. Un repentino aire meció el vestido de Bree, y sus cabellos. Luke se recordó que era una mujer casada y reprimió el impulso de acariciar la suave piel de su rostro y volver a besarla. «Su maldito marido debía ser un hombre con suerte», refunfuñó pensando en cómo el condenado podría acariciar íntimamente la esbelta y voluptuosa figura de Brenda, sumergiéndose en las profundidades de su cuerpo hasta que ella gimiera y...

«Pensamiento inadecuado. Está casada. Está casada», se repitió en la mente sin dejar de observar como el vestido se ajustaba a su cintura y dejaba a la vista un par de piernas perfectas.

Era una estupidez, pero saberla casada y que fuera otro hombre quien la hiciera suya, lo hacía sentir irritado. Tuvo que hacer acopio de su sentido común, pues él no andaba con mujeres casadas. Bree no llevaba anillo, aunque esa no era prerrogativa en los tiempos modernos, se dijo. Sin embargo, si él estuviese casado con una mujer como esa, la haría lucir su anillo, para que nadie se le acercara.

Él podía llegar a ser posesivo, aunque no era un rasgo habitual en su personalidad. Brenda, curiosamente, producía en él emociones más vívidas que ninguna otra mujer que hubiera conocido.

Envió sus conjeturas al diablo.

—Intenté llamarte al número que me dio la señora Evans, pero en la autopista no hay buena señal, y ya que estaba aquí decidí esperarte. De todos modos tenía que venir a Londres para hacer un par de cosas este fin de semana. Dos pájaros de un solo tiro. ¿No te parece? — preguntó sin esperar respuesta—. Quizá tu esposo ya no tenga que llamar a cancelar tus tarjetas de crédito, pensando que estaban perdidas —señaló mirando la cartera en la mano de Bree—. Y por si te lo preguntas, no husmeé entre tus cosas.

El corazón de Brenda le latía profusamente. Con los ojos azules brillantes, el cabello negro ligeramente despeinado, una camiseta polo y unos jeans negros que le quedaban como un guante, Luke Spencer era toda una visión.

Ella había interactuado con hombres atractivos, sexys, guapos, no tan sexys y no tan guapos,

pero Luke le parecía irresistible. Y eso ponía en aviso a sus neuronas, además de sus hormonas para que se escondieran al tenerlo cerca.

—Supongo que tengo que darte las gracias, entonces por tomarte el tiempo de venir, y por no haber figoneado entre mis papeles — sonrió, al verle la cara de frustración porque pensaba que estaba casada. Sin saberlo, él acababa de darle la excusa perfecta para no acercarse físicamente y justificar su reacción al beso ardiente que se dieron.

—Supongo —dijo Luke entre dientes. La primera mujer desde Faith que lo atraía y tenía que estar comprometida con otro hombre. ¡Maldición! —. Tengo que hacer mis diligencias ahora. Te veré el lunes... jefa — expresó en tono indiferente, mientras bajaba las escaleras del porche.

Brenda lo observó irse, hasta que él puso en marcha un carro lujoso. Suponía que a veces a los hombres que ganaban bien con trabajos tan especializados como el de Luke, les gustaba fanfarronear comprándose carros caros. Aunque lo más probable fuese que él lo hubiese rentado. «Y a mí, ¿qué más me da?».

Prefería que Luke pensara que estaba casada, así no tendría que volver a sufrir ningún ataque de pánico, ni a recordar ningún momento incómodo de su pasado. Luke la deseaba, y el destino se apiadara de su necesidad, porque ella también sentía lo mismo. «Una aventura no era para ella, así que asunto zanjado».

Con ese pensamiento se enrumbó a la cocina para hacerse un poco de té.

Luke condujo como si el mismísimo diablo lo persiguiera. Jack le había dicho que su Range Rover estaba como nuevo, así que por un momento pensó que Brenda lo interrogaría por tener un auto tan caro, cuando trabajaba para los hoteles. Él ya tenía una respuesta preparada, si ella hubiese preguntado le habría dicho que el automóvil era rentado. No volvería a tentar a la suerte y descuidar el hecho de que ella ignoraba que era un Blackward. Mantendría su identidad real en secreto, hasta que se fuera de Guildford. Así ella no podría presumir ante su esposo que trabajaba de cerca con uno de los hombres más adinerados del Reino Unido, y no intentaría aprovecharse de él.

Por un segundo ese último pensamiento le pareció absolutamente inapropiado.

Necesitaba darse un baño de agua fría. Así se quitaba la idea de que había compartido un beso delicioso la noche anterior, con una mujer casada.

A pesar de sus reflexiones, mientras aparcaba en una de las calles de Mayfair, no dejó de tener un par de dudas. ¿Brenda habría tenido miedo de verse impulsada a sincerarse con su esposo y decirle que se besó apasionadamente con un completo extraño? ¿Su mirada de miedo, luego de acariciarla, habría sido fruto de un hombre demasiado celoso que quizá la golpeaba? Porque si acaso la golpeaba, él volvería sobre el camino y...

«Y nada, ella no es tu problema», se repitió hasta que entró al vestíbulo de su casa.

Capítulo 6

Los siguientes días de trabajo se desarrollaron con normalidad. Luke evitó a Brenda, y si acaso se la topaba por algún lugar del hotel, apenas la saludaba con una inclinación de cabeza y

seguía su camino. Además de entretenerse tallando y retocando madera se escabullía a ratos para ir a su habitación y ponerse al corriente si lo necesitaban en su empresa. George mantenía todo a raya y él lo agradecía porque esos días, lejos del ruido de las metrópolis a las que usualmente viajaba, le hacía n bien.

Sin embargo, estaba algo inquieto. La última vez que habló con su tía Alice, lo puso al corriente de que una de las gestiones para los próximos meses, se preveía un recorte de personal. El motivo radicaba en que al parecer había muchos empleados desempeñando funciones que podían unificarse y estar bajo la supervisión de una sola persona en lugar de diseccionar tanto el trabajo y sobrecargar la nómina. Luke le aconsejó que no hiciera tal cosa, y si acaso pensaba despedirlos mejor podría optar por enviar a Blue Destination los currículos para que él pudiese encontrar el modo de reubicarlos. Su tía le explicó que se lo pensaría. «A veces su tía podía ser obstinada como una mula», pensó ante esa respuesta.

Bree, en cambio, estaba preocupada por su madre. Llamaba cada día para saber los progresos, y el pronóstico del doctor Andrews era alentador.

Con respecto al atractivo restaurador de ojos azules, se mostraba exactamente como hacía él: cortés y distante. En algún momento, entre llamadas y pedidos de materiales, se cuestionó si quizá habría hecho mal en no aclararle que Harvey era su hermano. Luego recapacitaba y ratificaba su postura inicial al respecto.

Una mañana se sorprendió al verlo cargar un pesado armatoste como si no le pesara, para luego sentarse con la camisa semiabierta en el corredor cerca de su ventana de la oficina a tallar como si también estuviera en su elemento. Esos contrastes de fuerza y sensibilidad la atraían. Pero ya había probado lo que sus emociones podían llegar a causarle, y no quería volver a pasar una experiencia dolorosa de nuevo.

Varios huéspedes procedían de diversas partes del país, quizá porque Surrey era un destino bastante tranquilo del Reino Unido, y el hotel, un lugar magnífico para pasar los fines de semana amparados por un ambiente acogedor y una cocina de primera categoría con dos estrellas Michelin, como el restaurante WHG en el que se encontraba Brenda en esos momentos.

Y casualmente, ese último detalle de la buena mesa, era lo que más apreciaba Sam McEvoy, un escocés de cabello cano con ascendencia irlandesa que se había enamorado del excelente menú de platos. Sam residía en Guildford, y junto a su esposa Meg, una encantadora mujer, habían entablado amistad con Bree desde que coincidieron por primera vez con la joven, a la hora del almuerzo.

—Hola, Bree, ven con nosotros a comer —invitó Sam, al verla caminar por el salón principal del restaurante.

Ella les sonrió saludándolos, y se acercó para acomodarse en la silla con vista a la puerta principal. Le gustaba charlar con los McEvoy, pues eran muy amenos y ella se sentía libre de conversar sobre su vida como guía turística, contarles sus anécdotas y algún comentario personal que no revelara demasiado.

El matrimonio era dueño de un famosísimo bar de Guildford, Rebel Wine Bar, desde que se habían asentado en Inglaterra luego de salir de Edimburgo, veinte años atrás.

—Querida hoy tenemos un grupo que va a tocar en vivo han venido directamente de Irlanda.

De Cork para ser exacta. ¿Te gustaría acompañarnos? —invitó Megan.

La señora McEvoy era una mujer menuda con el cabello lleno de rizos chocolate y una inquisitiva mirada de ojos marrones. Una belleza, para los sesenta años, cinco hijos y un matrimonio con varias décadas de duración.

Bree aceptó encantada. La última vez que visitó un pub tenía un grupo de turistas empujándose para conseguir puesto donde sentarse, cerveza y comida. Un caos. «Algo de relax me vendría genial». Aunque era miércoles, al siguiente día no tenía que despertarse temprano, pues el puente de Easter Monday no lo había tomado, así que contaba con ese día libre a su favor. Enviaría un correo electrónico a la central para notificar que se tomaría libre el jueves.

—Sería fabuloso, gracias.

Sam hizo un gesto con la mano.

—Después de saber que estás aquí sin tu familia, y siendo tan amable con este par de viejos bribones, es lo menos que podríamos hacer. Todo corre por cuenta de la casa — expresó con una sonrisa bonachona.

—¡Es que ustedes son geniales! — exclamó con sinceridad.

—Aunque —Sam se acarició la barba blanca pensativamente — eres muy guapa y joven para no tener novio. Creo que Meg — miró a su esposa quien puso los ojos en blanco — y yo podríamos presentarte a uno de nuestros muchachos...

—Sam —lo reprendió Megan—. Deja a la muchacha en paz —se dirigió a Brenda—: No le hagas caso, si alguno de nuestros hijos estuviera soltero tendrías que preocuparte, pero sus días de casamentero han acabado.

Bree rió fingiéndose aterrada, y los McEvoy también se unieron a ella.

Luke se dirigía a su habitación, cuando una risa lo detuvo en seco a las puertas del WHG.

Discretamente contempló cómo brillaban los ojos verdes que lo perseguían a pesar de sus intentos de ignorarlos, en especial por las noches cuando sabía que Brenda estaba durmiendo a pocas habitaciones de la suya. Antes de que ella notase que la observaba, dio media vuelta y se alejó de mal humor.

«No puedes desearla, maldita sea. Está casada. ¡C-a-s-a-d-a!».

Con ese pensamiento carcomiéndolo decidió cambiar su rumbo, en lugar de ir a revisar los correos de Blue Destination volvió al trabajo para descargar su frustración con la madera.

El bar estaba ubicado en la High Street lucía abarrotado. Las risas, el correr de un lado a otro de la cerveza, el buen ambiente, contagiaron a Bree. Se había sentado en una discreta mesa y a pesar del gentío, la butaca frente a ella se conservaba vacía.

«¿Mensaje del destino? Mejor sola por el momento entonces», pensó con buen humor.

La decoración era muy simpática. El techado de madera pintado todo de blanco, más de veinte clases de diferente cerveza se vendía en la barra, y diligentes camareros vestidos con las típicas faldas escocesas iban de un lado a otro atendiendo a los comensales. La carta de vinos era excelente. Rojos, blancos, y también había champán. Un lugar magnífico.

—¡Bree! saludó Megan llegando hasta la mesa, en donde ella probaba una copa de vino tinto. Ya van a empezar los reels. ¿Alguna vez los has bailado?

Ella agradeció llevar un ajustado jean, sandalias cómodas, una blusa roja de seda, el cabello recogido en una coleta juvenil. Moría por bailar.

—Nunca —sonrió dándole un trago a su vino. Estaba delicioso.

—Aunque somos escoceses nos gusta mucho disfrutar con todos los matices tradicionales de Gran Bretaña. Y los reels, que son tan típicos de Irlanda, nos encantan por ser muy animados.

Sin más, Megan la tomó de la mano llevándola hasta la pista en donde varios animados comensales se preparaban para el típico baile irlandés de ritmo vivo. Sam la saludó con su buen humor, y extendió la mano invitándola a bailar. Megan aplaudió contenta, y luego se escabulló para atender a sus clientes.

El ritmo de la música empezó suave con el primer reel. Poco a poco cobró intensidad, y Sam la iba guiando con pericia. Jamás se había divertido tanto, pensó Brenda, mientras giraba, movía los pies al compás de la música acomodándose al swing de la danza. Sam aplaudía, y los demás bailarines también.

Ella empezó a reírse cuando una pareja inventó su propio estilo, y todos trataron de seguirlos aplaudiendo, y acoplando los pies a los sonidos de la flauta, el violín, el harpa celta, el Bodhrán irlandés (o tambor), y el modo extraordinario de tocar de los músicos que combinaban los sonidos de los instrumentos hábilmente.

Dando vueltas y riéndose, como hacía mucho tiempo no ocurría, se sintió libre. Fue como si pudiera por un breve instante conectarse con los primeros músicos irlandeses, a través de sus

movimientos al bailar, sintiendo el fervor en las venas, la aventura, el misticismo, la alegría, el misterio, la pasión, el amor a la tierra de magia celta.

Cuando el tercer reel terminó estaba sedienta. Sam le hizo una ligera inclinación de cabeza y se fue sonriente a buscar a Meg para ayudarla con el negocio. Un muchacho, que de seguro no pasaba los veinte años, pidió bailar con ella. La sed quedó de lado, y guiándose por la euforia que la recorría, aceptó encantada. El jovencito, en un impulso, se inclinó y depositó un fugaz beso en sus labios, y luego se alejó haciéndole un guiño.

Brenda se echó a reír por el gesto. Con las mejillas arrojadas volvió a su mesa, y bebió con entusiasmo otra copa de vino. Moviendo la cabeza al ritmo del nuevo reel que empezaba a sonar, observó su alrededor. Algunos comensales se dedicaban a aplaudir, otros solo a comer y el resto danzaba en la pista.

Cuando reparó en la barra del bar, la sonrisa se le congeló. Luke estaba bebiendo una cerveza, junto a una hermosa pelirroja agarraba posesivamente del brazo. Una estúpida y ridícula sensación de celos se filtró en su sangre. Apenas logró contenerla. «Ridícula, absolutamente ridícula Russell», se reprendió.

Él, al encontrarse su mirada, le sonrió de aquel modo tan peculiar. Una sexy semisonrisa. Luego elevó la cerveza hacia ella saludándola. Brenda le devolvió la sonrisa, aunque casi sentía que tenía congelada la cara por el esfuerzo, y elevó su copa emulando el brindis. Muy dentro le habría gustado decirle que... ¿Qué? No tenía derecho a decirle nada. Si quería tocar o besar a otra, por ella bien, pues estaba haciendo lo posible para que él no se acercara.

Además, Luke no era nada suyo.

Con un suspiro dejó la copa en la mesa.

A pesar de que Luke se giró dándole la espalda para atender a la mujer de pechos gigantescos, Brenda pudo quitar la mirada de la barra. Ni tampoco apartó su atención cuando notó cómo la efusiva mujer se enroscaba alrededor del esculpido dorso masculino cubierto por una camisa informal azul. No tenía motivos para sentir celos, pero era eso exactamente lo que sentía. Lo había evitado todos esos días, eludía su mirada, buscaba ocuparse la mayor parte del tiempo, y cuando estaba en su habitación se aseguraba de que no pudieran coincidir. Y esa noche, la única que decidía divertirse tenía que encontrárselo y con una mujer pegada a él como cepo.

Luke acudió al bar, porque Sam lo había invitado cuando se lo topó caminando con Meg por las caballerizas. Después de tener semanas tranquilas, pensó que beber un poco y cambiar de ambiente le vendría estupendo. Además la fama del bar de los McEvoy era merecida, pues contaba con lo mejor y una decoración excelente.

Conocía al matrimonio porque eran sus clientes habituales, generalmente les transportaba mercadería de un negocio de repuestos de transporte pesado que tenían en Finlandia. Un asunto curioso, aunque los McEvoy eran una pareja peculiar. Pagaban puntualmente y ambos mostraban una sonrisa perenne.

Lo último que había esperado era encontrarse a doña mandona bailando el reel con rostro sonrojado, los ojos brillantes y ese espectacular cuerpo contorneándose al ritmo de la música irlandesa. Fue un golpe directo a cierta parte de su anatomía. Deseo puro y duro. ¿Dónde estaba el esposo que le permitía estarse contoneando y mostrándose así en público sin acompañarla...? Estaba seguro que ni siquiera la visitaba, pues jamás escuchaba ruidos — y eso que tenía un oído muy agudo — en el pasillo en donde estaban sus habitaciones por las noches, y seguro que a Muriel se le habría escapado algo frente a él al respecto.

La mujer que estaba con él en ese momento, Anastasia, había sido su amante muchos años antes. Era muy guapa, con el cabello corto, negro y ondulado, pero ahora le resultaba excesivamente voluptuosa. Quizá en los años que la conoció su libido, deseosa de conocer diversos cuerpos femeninos, cedió a la tentación que le ofrecía. Y ahora, que se contoneaba a su alrededor tocándolo como si le perteneciera, solo sintió ganas de alejarla. Pero se contuvo cuando notó una mirada clavada en él.

Sentía la mirada de Brenda, y no quería que le importase. «Mujer del demonio, si no lo tentara como lo hacía podría dormir tranquilo», pensó dándole un trago a su cerveza. Después de dos cervezas, pensó en retirarse, porque no tenía intención de quedarse, menos cuando el objeto de su deseo estaba a pocos metros y demasiado tentadora. Había aprendido a sobrevivir y enredarse con una mujer casada sería un absoluto error.

Empezó a incorporarse del banco, pero Anastasia, Tasia como la llamaban todos, se inclinó y le plantó un beso. Después de haber hecho un brindis silencioso con Brenda, Tasia no lo soltó. Era un hombre, no le incomodaba que una mujer guapa le diera sus atenciones, pero por el motivo que fuere saber que Bree estaba observándolos le pareció sumamente inadecuado. Él no creía que le hubiera hecho gracia verla besarse con su esposo. Y el beso que aquel chiquillo le robó en el baile era una absoluta tontería... que no evitó que apretara los puños y hubiese querido tomarlo del cuello y enseñarle su sitio.

Brenda observó cómo la mujer de cabellos ondulados besaba con ímpetu a Luke, como si en

ese instante fuese a acabarse el mundo y fuese su última oportunidad de besar a un hombre. «Incómodo asunto. Suficiente».

Con determinación decidió que había tenido su dosis de ridiculez por una noche. Tenía que quitarse ese arrullo que le brindaba el vino y espabilarse para irse a dormir. No quería continuar ahí. Al menos no cuando Luke estaba besándose con otra, y ella seguía en su racha firme de la soltería.

Se disponía a bailar con uno de los músicos que la invitaba a la pista, ante los aplausos de la gente de alrededor animándola, cuando su móvil empezó a vibrar. En un principio pensó en no atender la llamada, pero cuando vio la pantallita no lo dudó. El músico al verla insegura, le hizo una venia y fue a invitar a una señora de gruesos cachetes a bailar.

Era Eloise observó en la pantalla de su Iphone. Ella rara vez la llamaba.

Se asustó.

—¿Señora Quinn?

—Oh, Bree querida, menos mal respondiste. Te he tratado de localizar al hotel, pero me han dicho que saliste. No te impacientes, escucha con calma.

Y eso le causó aprensión.

El ruido alrededor apenas le permitía escuchar, así que salió del bar.

—Dígame qué ha ocurrido. —El aire fresco la golpeó.

—Harvey... — A Brenda se le fue el alma al piso—. Mira ha tenido una caída, estaba en el patio jugando en el columpio... no sabemos qué sucedió. Quizá no podía dormir y bajó a jugar. Cuando llegamos corriendo a su lado gritaba de dolor. Lo estamos llevando a emergencias. No te asustes — dijo al escuchar la voz rota de Bree—. Te avisaremos cuando estemos de vuelta en casa, no debe ser nada grave. Los niños se ponen bien pronto. Pero, oh por favor perdónanos, cariño, no ha sido...

Ella no quería señalar culpables.

Necesitaba ver a su hermano. De inmediato.

—¿Dónde? ¿A qué hospital? — La mujer le dio un nombre, la dirección, y Brenda lo memorizó.

—Ahora mismo busco un taxi y voy para Londres.

—No, no, cálmate por favor. Estamos seguros que no es tan grave, querida...te avisaremos...

—hablaba apresurada y preocupada, mientras Oswald conducía, y Harvey se quejaba.

Fue ese quejido lo que hizo a Brenda cerrar rápidamente la llamada, ya no podía escuchar más. Luchando con la ansiedad entró rápidamente al bar, para buscar su bolso. Fue a despedirse de Sam y Megan, quienes lamentaron que tuviera que irse tan pronto, pero al saber el motivo, le pidieron que les comunicara cualquier novedad de su hermano.

Sin esperar más salió en busca de un taxi. No pasaba ninguno. No estaba hecha de cristal, así que emprendería el camino a pie por las calles que tuviera que recorrer hasta llegar al hotel. Si no encontraba un taxi, entonces pediría uno o inclusive haría auto-

stop. No le importaba nada más que ver a Harvey.

Luke la vio entrar como una ráfaga en el establecimiento, y se fijó en que su rostro alegre de hacía un rato se transformó en uno preocupado. No espero a nada, e impulsivamente fue hacia ella, ante la queja de Tasia que ya le había propuesto pasar juntos la noche. Él la dejó sin respuesta.

Ir tras Bree, en ese instante, no tenía nada que ver con el hecho de que la deseara, sino que de algún modo esa muchacha despertaba en él un instinto protector que no sabía de dónde había salido. Se preguntaba qué estúpido marido dejaba a su mujer vivir lejos sin su hijo y su hogar por un trabajo. No merecía la pena sacrificar de ese modo un matrimonio... bien lo sabía él.

La siguió muy de cerca con largas zancadas, porque ella avanzaba a paso rápido por el asfalto. Estaban lejos del hotel como para que ella emprendiera un camino sola a pie sin destrozarse las sandalias rojas que llevaba. Tuvo que casi correr hasta llegar a su lado, y cuando lo consiguió se estiró y la tomó del brazo girándola hacia él.

—¡Espera! omó aire—.

¿Dónde vas? A esta hora no suelen pasar taxis por aquí. Es casi media noche.

Ella lo miró agitada con los ojos empañados de preocupación.

—Voy a Londres... vuelve al bar, no te inmiscuyas por favor. —Se giró para seguir su camino, cuando Luke la detuvo con firmeza del brazo nuevamente—. ¡¿Qué?! Tengo que irme, suéltame — se soltó del agarre firme de Luke, que la observaba con determinación.

Se cruzó de brazos.

—Vamos, yo te llevaré a Londres si es lo que quieres.

—No quiero nada de ti, Luke Spencer. Déjame tranquila, por favor. Vuelve con la mujer del bar. Yo tengo mis asuntos.

Él descartó sonreír, al saber que sí que había visto el beso con Anastasia, porque era más importante el motivo por el que estaba tan agitada.

Ella le dio la espalda y emprendió la marcha de nuevo. Para no perderla, ni detenerla pues parecía que era lo que la enfadaba, se puso a su altura manteniendo el paso. Ahora podía ralentizar su andar, porque los pasos de Brenda eran cortos, pero rápidos, aunque no lo suficiente como los suyos.

—Usa la parte racional, no la impulsiva. Si continúas por esta calle oscura, puede sucederte algo y el motivo por el que quieres volver tan desesperadamente a Londres no tendrá solución.

—Es Harvey susurró deteniéndose abruptamente, y a punto de echarse a llorar—. Necesito verlo —lo miró con desesperación.

Le puso las manos sobre los hombros confortándola.

—Vamos. No voy a hacer más que llevarte a la capital. ¿Está bien? —en un impulso le secó con los pulgares, las lágrimas que finalmente se deslizaron por las suaves mejillas. Alcanzó a contener el deseo de besarla, cuando notó el modo en que se pasaba la lengua por los labios para contrarrestar el frío de la noche que seguramente los habría dejado resecos.

Brenda hubiera querido apoyarse en él, pedirle que la abrazara, pero no necesitaba su consuelo. Solo quería ver a su hermano. Además, no era tan cabezota como para no darse cuenta que Luke le ofrecía una salida rápida. Ir en automóvil le tomaría menos tiempo que si esperaba hasta que hubiera un taxi disponible para hacer la hora y algo más de camino, hasta Londres.

Ella finalmente asintió.

—Buena chica —dijo, mientras emprendían el camino de regreso al parqueadero del bar en donde estaba el Range Rover—. Ponte el cinturón de seguridad.

Ella estaba demasiado preocupada para pensar en por qué tenía él un carro como ese cuando evidentemente el salario que percibían por el contrato con la cadena Wulfton no podía afrontar un gasto como un Range Rover. Luke en cambio se olvidó de su tapadera en el intento de que Brenda llegara rápido y se le borrara esa expresión de ansiedad del rostro.

Durante el trayecto a Londres, Brenda intentó comunicarse con el hospital, pero la señal se cortaba a cada instante incrementando su ansiedad. Luke en cambio permanecía tranquilo, y la miraba por el rabillo del ojo cuidándose de mantener sus opiniones a raya sobre la situación. De su matrimonio aprendió a cerrar la boca cuando una mujer lucía estresada y poco propensa al razonamiento no iba a intentar irse en contra de su propio buen juicio masculino.

Cuando finalmente aparcaron cerca del London Bridge Hospital, Brenda bajó del automóvil murmurando un agradecimiento, antes de correr a buscar a su hermano. Una enfermera la guió hasta la habitación 200, en donde, aliviada, encontró a Harvey. El niño tenía un semblante risueño, a pesar del brazo escayolado. Los Quinn estaban a su lado con una expresión afligida.

Luke entró al hospital sin prisa. Con su sonrisa encantadora logró que la enfermera le dijese dónde había ido Brenda. Mentalmente se preparó para encontrarse con el esposo de doña mandona. Así que antes de ir a pieza 200, pasó por un café de la máquina expendedora, pues era lo que tenía a la mano.

Eloise y Oswald se disculparon profusamente al verla entrar, pero Bree los tranquilizó explicándoles que no tenían la culpa, y que ya bastante hacían al cuidarlo.

—Hola, pequeño superhéroe —se acercó a su hermano, y le dio un beso en la cabecita de cabellos rubios. Contuvo las ganas de abrazarlo con fuerza para no lastimarlo ni ella perder la compostura al verlo tan pequeño y con un yeso y un cabestrillo.

—¡Mira, Bree, me pusieron una bandita de Thor, y acá una de Superman! — exclamó señalándose la frente y la barbilla en donde había tenido ligeros cortes por el impacto al caer de bruces, cuando una de las cadenas del columpio en el que jugaba se zafó de repente.

Ella le sonrió conteniendo las lágrimas.

—¿Brenda Russell? — preguntó la doctora, en quien no había reparado por tener como prioridad comprobar el estado de Harvey. Se giró, y reconoció a la mujer de inmediato.

—¡Estela! —se acercó a su amiga del colegio para darle un abrazo. No la había visto en un par de años—. ¡Válgame Dios!

Estela era dos años mayor a ella y lo último que supo de su vida fue que se divorció de un prominente médico londinense con el que duró solo tres años casada. Con el cabello negro y aquellos ojos gatunos, Estela había sido la reina del baile de graduación, la capitana del equipo de cheerleaders y una amiga muy querida para ella.

—No me puedo creer que nos encontráramos en éstas circunstancias... ¡Me da gusto volver a verte! Estás guapísima. Ahora veo a quién ha salido éste pequeñajo — dijo mirando a su pequeño paciente.

—Tengo buenos genes — expresó Brenda con una risa suave y sintiendo que la tensión se disipaba. Su hermano estaba bien.

—Y muy valiente este hombrecito, ¿cierto, Harvey? — preguntó Estela ajustándose el estetoscopio al cuello.

—¡Sí! — contestó el pequeño reafirmando con la cabeza.

A Harvey le dolía mucho el brazo, pero no quería que su hermana se pusiera triste. «Aguantaría cualquier dolor como Thor», pensó el niño. Además estaban los señores Quinn que se veían apenados porque creían que eran malos cuidadores. Pero eran muy buenos.

—¿Estará mucho tiempo con la escayola? — preguntó a Estela —. Espero que quede sin cicatrices... —Nada que unos huesitos jóvenes no puedan reparar. Se ha golpeado severamente el brazo, lo enyesamos para que se mantenga firme el hueso pues está un poquito dislocado.—En la medicina no existía un poquito dislocado, o completamente dislocado, pero Estela trataba con un niño y no quería asustarlo—. En unas semanas le quitaremos el yeso. ¿Verdad, Harvey?

Él asintió, mientras los Quinn se mostraban menos agobiados ahora que Brenda estaba con ellos.

Desde el umbral de la puerta, Luke observaba la escena consciente de que Brenda se había olvidado por completo de él, así como de la maleta que permanecía en el Range Rover con las pertenencias que se trajo de Surrey. «Al menos es una madre que haría cualquier cosa por niño».

Sin embargo, aún no entendía cómo era posible que el esposo de Brenda fuese tan irresponsable como para dejar a su hijo en manos de unos ancianos, y no se aparecía por ninguna parte del hospital, mientras su esposa había estado tan desesperada y dispuesta a poner su seguridad en peligro para volver a la Londres. Incapaz de permanecer al margen más tiempo, dio un paso adelante.

—¿Dónde demonios está el padre del niño?

Todos se giraron hacia él e interrumpieron una amena charla que sostenían sobre las travesuras que había hecho Harvey durante esos días sin su hermana.

Eloise se sintió intimidada al ver al desconocido con el rostro ceñudo. Oswald lo caló inmediatamente como alguien decidido y que iba por lo que quería. Estela por su parte estaba asombrada por lo atractivo de ese hombre, y eso que su ex esposo había sido modelo en un par de ocasiones, así que si alguien sabía de hombres guapos, esa era ella. Harvey observó con su

sonrisa infantil habitual al recién llegado, tal y como habría hecho con cualquier otra persona.

Brenda no replicó al tono altanero, porque se sentía agradecida porque la había ayudado. De hecho, pensó que Luke se iría sin más...

—Mamá no lo sabe...— Harvey repitió exactamente lo que había escuchado decir durante tantas borracheras a Marianne.

Estela y Luke observaron extrañados a Brenda.

—Disculpe, ¿señor...?

—intervino Oswald.

«Modales Luke, modales», se reprendió antes de mirar al anciano con gesto educado.

—Luke Spencer — replicó, para luego escrutar con la mirada a Brenda. «Si es una mujer que ha llevado una vida disoluta, tanto como para no saber quién es el padre de su hijo, no me explico por qué demonios reaccionó con miedo cuando la besé... A lo mejor tenía miedo de que su esposo supiera que no había dejado de ser una fresca», caviló molesto por las conjeturas a las que estaba llegando—. Traje a Bree desde Guildford. Somos compañeros de trabajo —explicó a la reducida audiencia que lo observaba con cautela y curiosidad.

Oswald le dedicó un gesto molesto e intercambió una mirada con Eloise. «¿Qué le pasaba a ese muchacho para ofender al pequeño diablillo Russell?», se preguntó alisándose las mangas de la camisa de dormir. Había salido vestido en pijamas por la urgencia de los gritos de Harvey.

—A él nunca se le ha mentado y Dios sabe que no debería estar al corriente de muchas cosas para un niño de su edad. En realidad nadie sabe quién es el padre de Harv, ni la propia madre. Lo que importa es que todos lo queremos — aseveró Oswald, ante la mirada inquieta de Bree.

Brenda sentía un ligero sudor frío recorrerle la columna vertebral, pues su mentirijilla sobre su estado civil perdía solidez con velocidad acelerada. Además, la mirada de Luke era intimidadora, y parecía oscilar entre una tormenta a mar abierto y oleadas salvajes capaces de llevarse al que tuviera enfrente. En ese caso probablemente ella.

Podía entender el porqué de su enfado. Lo estaba haciendo sentir como un idiota por haberlo engañado y la gente de la habitación lo observaba como bicho raro. Ella no quería revolver el pasado, para explicarle por qué se asustó aquella noche, pero sentía que iba a tener que hacerlo en algún momento. Y esa certeza, la horrorizó.

—Que no sabe quién es el padre... — repitió Luke con tono ácido con la mirada clavada en Brenda, que hizo un gran esfuerzo para no apartar la mirada.

Estela observaba a uno y a otro, así como el matrimonio Quinn. Harvey era ajeno a la conversación de los adultos, pues estaba entretenido con el botón de inclinar y detener la cama del hospital.

Una enfermera entró de pronto, ajena a la confusa situación de la pieza 200.

—Buenas noches, ¿a nombre de quién debemos poner la factura?

—Brenda Russell explicó

Bree rápidamente, y agradeciendo la distracción—. Aquí tiene — le enseñó su carnet de

conducir — envíemela a esa dirección.

—¿Señora, o señorita? — preguntó tomando notas.

—Señorita... — se mordió el labio, y miró de reojo a Luke, quien frunció el ceño.

—Deberías presentarse como señora Russell si estás casada — señaló Luke con sarcasmo y tensando los músculos al cruzarse de brazos. —La enfermera lo ignoró y se acercó a Estela para hacerle un par de consultas en voz baja, y luego se retiró con rapidez.

Estela miró a su amiga. Aunque no eran demasiado cercanas, definitivamente un matrimonio era una noticia que no podía dejarse escapar entre ellas, inclusive si no hablaban tan frecuente como antes.

—¿Te has casado, Bree? — preguntó sonriente—. ¡No me contaste!

Los Quinn ya habían comprendido de qué iba la confusión. Ambos tenían suficiente experiencia para saber que Brenda y Luke tenían un asunto por resolver, pero no les gustaba meterse donde no los llamaban, así que mantuvieron silencio.

—Yo...errr... — miró a Luke, y luego bajó la vista hasta algún extraño e inexistente polvo en la camiseta de su hermano—. No soy la mamá de Harvey... y no estoy casada — confesó casi en un susurro.

Luke la taladró con la mirada.

—¡Bree es mi hermana! — exclamó Harvey tratando de que los adultos dejaran de confundirlo.

Brenda se sonrojó.

—Comprendo... —expresó Luke.

Él asumió que Harvey era el hijo de Brenda por el parecido físico, sumado a los factores que ocurrieron la tarde en que fue a dejarle la cartera. Ella jamás lo sacó de su error. Si pretendía que él quedara como un idiota, iba lista.

Al ver que todos empezaban a esbozar sonrisas al aclararse la extraña confusión fingió relajarse y aprovechar el curso que acaba de tomar la situación—. Seguramente los señores — miró a los Quinn — necesitan descanso, y la doctora tendrá otros pacientes a los que atender —Estela le sonrió asintiendo — lo justo es que los lleve, a ti y a Harvey, a casa.

Sonrojada y con el corazón agitado porque todo había quedado al descubierto tomó de la mano a Harvey, para ayudarlo a bajar de la cama con cuidado de no lastimarse el brazo escayolado. Él llegó al suelo de un brinco y sonriente. —Oh, no hace falta Luke, de verdad... — dijo sin querer mirarlo. Estela se aguantó una risa.

—Insisto.—Él habló en tono tan gélido que Brenda no se atrevió a contradecirlo. Lo había hecho quedar en ridículo frente a otras personas, así que iba a discutir.

—Gracias muchacho —se adelantó Eloise—. Oswald y yo nos vamos a descansar —se giró hacia Brenda—: Querida de verdad sentimos mucho lo del pequeño y espero que continúes confiando en nosotros para cuidarlo... —Su esposo la tomó de la mano.

—Claro que sí, Eloise, no podría encontrar mejores personas para cuidar de Harvey. Fue solo un accidente con suerte.

—Oh, bien, gracias Bree — expresó Oswald antes de salir de la habitación.

Estela le dio un par de recomendaciones sobre cómo manejar a Harvey y le apuntó la próxima cita de seguimiento. Antes de marcharse le arrancó a Brenda la promesa de encontrarse pronto en un café para ponerse al corriente de sus vidas.

Cuando se quedaron solos, Bree sostenía de la manita sana a su hermano. Al mirar al hombre elegante que tenía a su lado sintió un nudo en el estómago, no porque fuera demasiado guapo para considerarse algo normal, no. Se trataba de la furia que lo veía contener.

Él empezó a caminar para alejarse.

—Luke yo... —empezó, mientras Harvey iba a su lado.

—Tu equipaje aún sigue en el parqueadero — replicó.

—Luke...

—Después—contestó apretando la mandíbula. Como si nada ocurriera, se dirigió con voz diáfana y jovial a Harvey —: Hey campeón veo que has llevado todo esto con absoluta valentía. Así que irás conmigo en el asiento del copiloto. ¿Qué tal eso?

—¡Siiii! —exclamó el pequeño ayudándose de Bree para acomodarse el cinturón de seguridad.

A pesar de estar enfadado por su engaño, le abrió la puerta del automóvil y luego fue a ocupar su sitio detrás del volante.

Brenda iba en silencio y escuchaba cómo Harvey contaba su caída del columpio como una gran hazaña, y Luke se reía sin afectación. Casi parecía estar disfrutando de la historia. Ella no podía más que frotarse las manos de los nervios. ¿Qué iba a decirle a Luke? ¿Cómo podría explicarle? No podía hablar de su pasado, apenas lo conocía...

—Hemos llegado gritó Harvey deshaciéndose del cinturón de seguridad. Abrió la puerta del maletero para tomar su equipaje de mano, pero Luke se adelantó.

Sin esperar ser invitado entró en la casa y dejó la maleta cerca de las escaleras.

—Si deseas tomar algo puedes pasar a la cocina — señaló el lugar con el dedo—. Vuelvo en un momento.

—Gracias — replicó observándola subir los escalones.

Brenda subió con Harvey para cambiarlo de ropa y acostarlo. Le leyó un cuento y procuró abrigarlo bien. Apagó la luz, y se quedó un rato junto a él, hasta que escuchó cómo se ralentizaba la respiración. Se inclinó a darle un beso.

Sabía que si permanecía más tiempo en ahí encerrada, Luke iría por ella. Había visto la determinación de querer hablarle, cuando insistió en acompañarlos a casa. Él irradiaba fuerza y masculinidad, pero sabía que no era como Ryan. Luke no le haría daño físicamente.

Brenda respiró profundamente antes de salir de la habitación infantil.

Luke contempló el pequeño cuadro pintado al óleo que pendía sobre la chimenea. Después de estar al menos una hora en medio de la sala, tuvo suficiente tiempo para buscar con la mirada algún indicio sobre la familia que habitaba la casa. Además de fotografías de Brenda con Harvey, aquel cuadro era lo único que mostraba a los miembros al completo.

El dibujo era muy bueno, y resultaba fácil reconocer las similitudes de la madre con la hija. Ambas con una belleza diferente. La madre poseía rasgos fuertes y una mirada algo perdida, como si no pensara en nada más que sí misma; Brenda tenía rasgos delicados y elegantes. Aunque no le hacía justicia a la mujer de carne y hueso. En el cuadro, Harvey exhibía rasgos físicos bastante mezclados, lo suficiente para no parecerse al padre, quien tenía el cabello negro azabache y los ojos del tono del carbón.

—El trabajo es muy bueno —expresó de espaldas cuando supo que ya no estaba solo. Mantuvo las manos detrás de su espalda sin quitar la atención de la pintura.

Brenda se sobresaltó, porque había procurado no hacer ni el menor ruido al bajar las escaleras. Desde su posición podía apreciar los hombros anchos, la espalda fuerte y la imponente estatura de Luke.

—Sí. Lo es... —¿Quién lo pintó?

—Tom.

Luke inclinó la cabeza como si buscara en el cuadro algún indicio sobre el autor. Tan solo atisbó a observar una ligerísima forma con las iniciales T.F.

—¿Es un artista reconocido acaso?

—Mi mejor amigo, se llama Tom Fawler. Un aficionado, pero pudo haber hecho dinero si hubiera tomado la pintura como su profesión. Es muy

talentoso.—Recordó el día en que su madre, uno de sus días de sobriedad, posó con aparente entusiasmo para Tom—. Lo pintó cuando yo era más joven. Mi padre había fallecido, pero Tom con una fotografía que le dimos pudo pintarlo como si estuviera presente. Así que plasmó nuestra familia como se la imaginó.

A Luke no se le pasó el tono de añoranza.

—Siento lo de tu padre.

—Fue hace mucho tiempo atrás... y el cuadro que nos hizo Tom ha sido lo único que terminó de pintar. Se dedica a otras cosas ahora, aunque siempre lo he empujado a que deje su vena de artista surgir...—Se encogió de hombros.

—¿Tu mamá vive lejos? — preguntó al recordar que la mujer del cuadro no estaba en el hospital minutos atrás.

—No. — Él comprendió que aquel era un punto sensible, y lo dejó pasar.

—Mmm... —Luke se giró y a

Brenda se le cortó el aliento. «No debería ser permitido nacer tan guapo»—. Te gustan los artistas. —No era una pregunta—. Hablas con verdadera lealtad de este en particular.

—Tampoco me disgustan, pero en el caso de Tom, él prefiere los chicos a las chicas, si es lo que

tratas de saber.

—No, no era lo que trataba de saber, pero es bueno conocer que Tom no compite conmigo.

Brenda enarcó una ceja.

—Hay una pregunta bastante sencilla que te quiero hacer —la miró con aquella media sonrisa—. ¿Por qué me mentiste?

—No fue una mentira, sino una omisión —se cruzó de brazos—. Además, no es mi estilo mentir.

—Esa no es la respuesta correcta, Brenda.—La miró pensativo, percatándose en cómo ella iba erigiendo sus barreras con el mismo cuidado que un niño meticuloso armaba un lego—.

Inténtalo otra vez.

Luke dio dos pasos hacia ella.

—Desconocía que la Inquisición estaba en mi casa — elevó el mentón. No quería que la cuestionara, porque sentía recelo de hablarle de su pasado.

Luke estudió su rostro serio, algo sonrojado y los ojos brillantes como dos gemas al calor de la luz. Sabía que tendría que ir con mucho tacto si quería obtener respuestas.

—Fue una pregunta muy sencilla se encogió de hombros—.

Brenda, ¿me puedes ofrecer algo de beber por aquí?

Ella se quedó perpleja por unos segundos por el brusco cambio de tema.

—Zum o agua. No hay bebidas alcohólicas. — Podía beber fuera de la casa, pero bajo esas cuatro paredes jamás. Después del infierno que había padecido, imposible. Gracias a su terapeuta aprendió que beber no era malo, y que ella bien podría hacerlo sin terminar convirtiéndose en su madre.

—Zum o está bien, gracias.

Ella aprovechó para recomponerse en la cocina, mientras sacaba el litro de zumo de manzana de la refrigeradora. Casi sentía como si Luke pudiese ver a través suyo, y no le gustaba la idea. Sirvió el líquido en un vaso de vidrio, y volvió a la pequeña sala.

Luke se había acomodado en el sofá negro con un brazo sobre el asiento del respaldo, y el tobillo derecho sobre la rodilla izquierda. Su masculinidad parecía abarcar toda la casa. Su aura de poder y un magnetismo solo lo había percibido en los clientes más importantes de Alice. «Si Luke viviera en la misma nube que los millonarios que negociaban con su jefa, probablemente les ganaría».

A ella le daba igual si el hombre era un betunero o limpia caminos. Lo que le interesaba era su buena disposición y eficiencia en el hotel.

Le entregó el vaso, y luego se sentó con cautela a su lado.

—No me gusta hacer el papel del tonto frente a otras personas, Bree. Tan solo te pido que me expliques tu motivación detrás de ello.

—Te repito que no es mi estilo mentir. — Inclusive a ella le empezaba a sonar ridículo ese argumento.

—¿Ni mostrarte aterrada por un beso? —preguntó sarcástico. Al ver el gesto de sorpresa en ella, suavizó el tono—. No comprendo el porqué de tu reacción la otra noche. Casi pensé que creías que iba a violarte o algo así... —Le pasó suavemente la mano sobre la fría mejilla de Bree. Ella se tensó—. Nunca te haría daño — dejó flotar las palabras—. ¿Me crees?

Le creía.

Asintió.

—Hablar de mí misma con un extraño no es mi mejor plan. —Luke se terminó el contenido del vaso y lo dejó reposar sobre la mesita—. Tú eres un extraño...

—Te equivocas —murmuró sosteniéndole la mirada.

Ella posó la vista en el pequeño reloj que estaba cerca de la ventana que daba a la puerta. Casi era la una de la madrugada.

—Entonces —suspiró dirigiéndole su atención— te pido disculpas, porque con mi omisión te sentiste como un tonto frente las personas que estaban en el hospital. Supongo que no es una sensación agradable.

Él sonrió.

—Supones bien.

—De acuerdo, ya es tarde, así que... —empezó a incorporarse.

La voz de Luke la detuvo.

—Acepto tus disculpas. Por cierto, volviendo al tema anterior, estábamos hablando sobre esto de que no soy un extraño — insistió.

«Comprendido... no te irás sin respuestas», aceptó finalmente.

—No sé nada de ti... Apenas te he visto un par de veces. Eso te convierte en un extraño.

—¿Al que te asustó besar? indagó sonriendo. Apoyó el brazo contra el respaldo, y la mejilla derecha sobre la palma, para observarla.

La salita estaba en silencio, apenas interrumpido por el tic-tic del relojs de pared.

—No me apetece hablar del tema, en serio.

A pesar de que estaba tan cerca suyo, se sentía solo algo nerviosa, en lugar de temerosa.

—Te ofrezco un trato, Brenda —sonrió con un brillo de astucia y diversión—. Haremos una pregunta cada uno, y cuando sientas que he ido demasiado lejos, o yo piense lo mismo de ti, nos detenemos. ¿Te parece justo?

Ella sabía que estaba tendiéndole una trampa, pero tan sutil que si protestaba iba a quedar en ridículo.

—De acuerdo —murmuró bajando la mirada. Él estiró la mano, y elevó el suave mentón hacia

él.

—Mírame —ella obedeció—.

Me gusta cuando lo haces, el color de tus ojos va cambiando con tus emociones.— Satisfecho, él bajó la mano y la puso sobre su propio muslo—. ¿Por qué me tienes miedo, Brenda?

«Correría el riesgo de que él la acusara de haber provocado a Ryan o la culparía en todo caso de lo que le había ocurrido. Ella escuchaba cómo los hombres solían culpar a las mujeres de los abusos que sufrían. Por eso era reticente a hablar del tema... por eso y porque le dolía recordar. Quizá al hablarlo con Luke, conseguiría que él no intentase acercarse más a ella... ¿Acaso no era eso lo que ella tanto quería?».

—De acuerdo, Luke... jugaremos a tu juego de las preguntas. Solo tengo una condición.

—Tú dirás...

—Si crees que soy culpable, no quiero que me lo digas.

—Pero...

—Solo promételo.

Él asintió.

Brenda reunió coraje y fijó la mirada en un punto a la derecha de Luke.

—Hace varios años estaba saliendo con Iguien. Apenas un poco mayor a mí. Yo cuidaba a su primita en las noches. Ella era una preciosidad y se comportaba magníficamente. —Luke se dio cuenta que en ese instante ella estaba reviviendo una parte importante de su vida, puso la mano sobre la de ella y sintió alegría al ver que no retiraba la suya. Era un buen indicio—. Me enamoré de él o eso creía en esa época. Él era muy apuesto y me dejé llevar por el sentimentalismo. Creí que lo quería. A lo mejor lo quise o lo amé, ahora ya no estoy tan segura —frunció el ceño—. Una noche fuimos a bailar una discoteca muy de moda en la ciudad. Yo no contaba con un trabajo que me proporcionara ingresos demasiado altos para el tipo de lugar al que me invitó, pero él dijo que no le importaba cómo vistiera y que la cuenta corría por su cuenta. Me hizo sentir aceptada, hermosa, importante... Sus amigos no me aislaron, al contrario, fueron gentiles. Entre la música y risas, lo vi charlar un poco alejado con dos de sus amigos, Mark y John. Les dio dinero — se cuidó de no mencionar el nombre de Ryan—, pero supuse que quizá le estaba pagando por las bebidas o no sé.

Luego me sacó a bailar. Cuando estábamos en la pista se aclaró la garganta, porque el recuerdo le quemaba. La mano de Luke la confortaba y ella agradeció no haber retirado la mano—. Él empezó a besarme... y todo iba bien, hasta que observé a esos dos amigos que intercambiaban miradas lascivas dirigiéndolas luego hacia mí. Eso me descolocó, pero no le di importancia. Después de un rato, me sacó apresuradamente por la puerta trasera de la discoteca. Casi a rastras —dijo en tono amargo—. En medio de la bruma de la fiesta, pensé que quizá era la salida y me llevaba para tomar un poco de aire o quería irse a un lugar menos abarrotado. Estaba equivocada —tembló, y Luke apretó su mano sobre la de Brenda—. Era un callejón... la salida de emergencia del local. Él... — se le partió la voz, pero no dejó de hablar— él intentó abusar de mí... me golpeó... me insultó como si fuera una ramera, se mofó de mi clase social —las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas—, y sus amigos me manosearon — se secó las gotas saladas con el dorso de la mano. —Luke no quería interrumpirla, porque entendía que

después de una crisis tan fuerte lo mejor era expulsarlo todo, pero tenía unas ganas terribles de conocer quién había sido el malnacido que la había lastimado. Ninguna mujer merecía pasar por ese infierno—. Yo grité aterrada en cuanto pude hacerlo, y gracias al cielo una pareja decidió salir por esa puerta de emergencia de la discoteca... y me ayudaron...

Las lágrimas empezaron a correr fluidamente por el rostro de Brenda.

—Maldito bastardo... — gruñó

Luke conteniendo la cólea y limpiando con delicadeza el agua salada con los pulgares.

—Desde ese día... cada vez que alguien intenta... yo no puedo... —meneó la cabeza—. Lo siento, Luke... —susurró mirándolo finalmente. Se sorprendió al notar que no la observaba con reproche, ni acusatoriamente, sino con algo distinto... era comprensión y rabia por lo que ella había vivido.

—Por eso aquella noche pensaste que te forzaría por el modo en que te acariciaba apasionadamente —afirmó sintiéndose un completo imbécil al saber lo que estaba detrás de esa mirada asustada y de su mentira. Un hijo de puta y sus bastardos amigos habían intentado violarla.

Ella asintió. Al contárselo a Luke sintió alivio. Como si aquel episodio se hubiera alejado años luz de su vida. El apretón de la mano grande y fuerte de Luke sobre la suya la hizo sentir anclada. Segura. Fue una sensación extraña, y agradable al mismo tiempo.

—Lo siento mucho —le tomó el rostro entre las manos—, no fue mi intención asustarte de ese modo.—Salvó la corta distancia que existía entre ellos—. Lo siento, Bree, lo siento tanto — la abrazó y ella se acurrucó entre sus brazos sollozando.

Él la arrulló acariciando con lentas y tranquilizadores círculos su espalda suave. Brenda sentía cómo poco a poco su sangre corría fluidamente por su cuerpo. Sus sollozos remitieron poco a poco. El aroma de Luke y la fuerza de su abrazo la hacían sentir protegida.

—¿Lo denunciaste? ¿Está al menos preso ese bastardo?

—N... no, Luke... nunca hice la denuncia.

—¿Por qué no? — preguntó con rabia —. ¿Te amenazó?

—Su familia era adinerada y yo no hubiera podido costear un buen abogado, y tampoco tenía ganas de revivir esto y ser juzgada frente a extraños sobre algo que me haría sentir culpable.

Luke se mantuvo en silencio mirándola.

Bree esperó a continuación una crítica, o que dijera que ella era quien había provocado la situación.

No fue nada de eso lo que escuchó. —Debiste denunciarlo... debiste hacerlo.

—Luke...

—Ven aquí, princesa...

—susurró acercando sus labios hasta los de Bree, lentamente, sin tocarlos—. Déjame borrar con mis besos tus lágrimas — murmuró casi sus labios.

Antes de que sus bocas se fundieran en una sola, él la miró esperando que se negara o lo rechazara.

Ella asintió despacio, e inmediatamente Luke se apropió de sus labios suaves con absoluta ternura, como si estuviese aplicando medicina para su dolor. Él dibujó el contorno de los labios generosos y suaves con la lengua.

Bree sintió acelerársele la respiración, cuando Luke dejó un reguero de dulces besos en su rostro, su cuello, detrás de las orejas y mordió el lóbulo derecho, mientras con la mano acariciaba su sedoso cabello rubio.

El beso los consumió, pero no había prisas. Fue un beso de reconocimiento, confianza y desahogo mutuo. Él apaciguaba su deseo y la consolaba, y ella, por primera vez, podía entregarse a sus emociones sin el temor de sentirse asaltada físicamente.

Poco a poco el sabor de Luke la embriagó y sus bocas pronto desconocieron en donde empezaba y terminaba la del otro. Eran uno solo en aquel beso cargado de entrega y un palpable deseo.

Él deseaba acariciarla más profundamente, pero no era el momento. Primero, porque la confesión de Brenda le brindaba la llave a su confianza y sabía cuán lastimada estaba en relación al sexo masculino, no quería echar a perder la brecha que acababan de sortear. Segundo, porque si la seducía, Bree se sentiría utilizada aún cuando lo consintiera, pues estaba vulnerable.

Él se sentiría canalla y aprovechador, así que no iba a permitir semejante estupidez de su parte.

Luke tocó reverencialmente las mejillas suaves y adornadas con hermosas pecas. Luego disminuyó la intensidad del beso, hasta que poco a poco empezaron a separarse. Su entrepierna protestó cuando Bree abrió los párpados con ensoñación y deseo, pero él ya había decidido que la confianza era lo primordial y la confesión de Brenda era un paso gigantesco. Si él transgredía el frágil vínculo que acababa de crear estarían en un punto muerto.

—Será mejor que nos detengamos, Bree —la besó una vez más, en esta ocasión con menos intensidad—. No quisiera hacer algo de lo que ambos podamos arrepentirnos.

—Tú no... ¿no me deseas, Luke, por lo que acabo de contarte?

Él se maldijo por su falta de tacto comprendiendo lo que ella interpretó cuando con la palabra arrepentimiento.

—Bree —le acarició los pómulos altos y elegantes— quiero dejar algo muy claro.— Ella sonrió con timidez, y Luke quiso volver a perderse en su sabor a menta y naranja—. Te deseo como no sentía con ninguna mujer desde hacía muchos años, pero no creo que sea el momento — miró alrededor — ni el lugar para que algo suceda.

Ella asintió con los labios deliciosamente hinchados por sus besos.

Sin poder resistirlo le dio un beso rápido, luego la acercó más y la abrazó. Era eso o recorrerla con las manos.

—¿Luke...? — susurró aspirando la fragancia del hombre a quien por primera vez le abría aquella puerta de su vida.

—¿Sí?

—No me has dicho nada sobre ti.

Él sonrió contra el cabello del color del sol.

—Bueno, supongo que revisaste las hojas de vida — la vió negar con la cabeza.

—Me guié por la reputación empresarial y del propietario. Él es responsable de su plantilla, yo no. Ni Alice.

Luke se sintió complacido con la respuesta. «Una mujer práctica».

—Mmm... no hay mucho que decir sobre mí en realidad —se pasó la mano sobre la incipiente barba de dos días—. Desde hace algunos años tengo cierta pasión por la madera, cualquier tipo, y me gusta tallar formas. Animales principalmente. He pasado etapas complicadas y tallar ha sido mi escape.— Le pasó el dorso de la mano por el brazo y Brenda lo miró con una sonrisa—. Tengo contratos en algunas partes y viajo con frecuencia por eso me es complicado tener una familia. Me gustan los negocios, se me da bien negociar y hacer dinero.

«Eso implica que no se quedará mucho alrededor », reflexionó Bree, cómodamente abrazada a él.

—Comprendo —sonrió.

—¿Ah sí? preguntó con picardía. Ella lo estaba enredando todo en su cabeza de seguro, pero si empezaba a darle detalles, Brenda podría desentrañar suspicazmente cosas sobre su realidad lejos de Guildford, y no quería ser Luke Blackward. Sus vacaciones estaban yendo mejor de lo planeado siendo simplemente Luke, el restaurador. Nadie lo incordiaba con preguntas absurdas, nadie trataba de complacerlo ni adularlo. Necesita esa dosis de naturalidad y realidad que le daba Brenda—. Mi deseo por ti no está en duda, pero no quiero vínculos emocionales.

«Ahí tienes. Dicho por su propia boca», observó Brenda.

—Yo... no me gusta mantener vínculos con personas con quienes trabajo. Así que será un poco complicado verte en el hotel, y bueno... quizá no deberíamos volver a besarnos...

—¿Tú crees que lo que existe entre nosotros es fácil eludir? —se inclinó hacia ella sin darle tiempo a nada, y la besó a conciencia. Bree tembló ligeramente. Al sentir su respuesta él se retiró—. ¿Ves lo que te digo? — ella murmuró algo sobre lo presumido que era, pero él volvió a besarla para acallarla—.

Con respecto al trabajo, técnicamente no trabajas conmigo, yo trabajo para Alice Blackward, ¿recuerdas? Me parece que lo dejaste muy claro hace unos días —expresó riéndose.

Ella se sonrojó.

—Lo recuerdo...

—Si te prometo que iré despacio... ¿me prometes a cambio que dejarás poco a poco tus miedos cada vez que me acerque a ti?

Ahí tenía su propuesta, pensó Bree. Claro que deseaba volver a besarlo, sentir su aroma, la calidez que expedía su cuerpo, el roce de sus dedos...

—Ya no tengo miedo.

—¿No? ¿Por qué?

—Siento que puedo confiar en ti. Jamás le había hablado a nadie de aquel episodio... bueno, solo a Tom.

—Quiero acercarme más a ti.

—Me acabas de decir que no te involucras emocionalmente, entonces, ¿me estás proponiendo una aventura? — se arriesgó a preguntar.

—Te estoy proponiendo lo que tú desees. Si quieres llamarlo una aventura, romance, interludio, amor de primavera, como desees, hazlo. Yo dejo en claro que quiero salir contigo, deseo besarte y tocarte en los términos que tú quieras.

Si él le permitía decidir los términos en que se encontrarían implicaba que no podría reclamarle absolutamente nada. Él no estaba haciendo promesa alguna, más que ir despacio.

—En los que yo quiera... — repitió dándole vueltas a las palabras en su mente.

—Bree, no te forzaré a nada, pero si me dices que no quieres volver a verme fuera de las horas de trabajo entonces, te garantizo, que trataré de hacerte cambiar de idea.—Ella sabía de qué estaba hablando y su piel vibró de anticipación—. Pero quiero insistirte en que si me dices que me detengas, yo lo haré. No voy a lastimarte. Ahora, ¿satisface eso tu pregunta sobre lo que estoy proponiéndote?

«No, no lo hace. Sin embargo, después de que termines los arreglos, sé que no volveré a verte más, porque emprenderás un nuevo contrato quién sabe dónde», quiso decirle. La pasión que volaba entre ellos era casi tangible. Lo sabía. Durante tanto tiempo se negó la posibilidad de volver a sentirse como en ese instante: deseable, apasionada, sensual, sensible... Ryan le quitó todo eso, pero no permitiría que aquel mal recuerdo continuara apropiándose de su mente. No podía seguir viviendo con ese fantasma envenenándole la existencia.

Con Luke veía una oportunidad de empezar a escribir una página nueva. A su lado no se sentía amenazada. Además era sincero. No habría mentiras, porque Luke le estaba diciendo claramente que buscaba una aventura, y no un compromiso emocional.

Brenda solo quería terminar de sanar, y si el deseo y la confianza eran un modo, lo tomaría. Estaba segura que Luke Spencer le enseñaría a no temer a los hombres, a volver a confiar en sí misma en un plano ajeno al trabajo y la familia.

Ella tomó su decisión.

—Sí, Luke.

A modo de respuesta, él dedicó una sonrisa encantadora y frotó su nariz con la de ella.

—Quiero invitarte a cenar mañana por la noche.

—Lo siento, mañana no puedo, pedí el día libre y tengo que cuidar a Harvey...

Él se tomó un tiempo para besar una a una las pequeñas pecas de sus pómulos.

—Será después de mañana, entonces.

Ella asintió y en un impulso se inclinó y besó los labios que había tenido ganas de probar por iniciativa propia. Era tan fácil acceder a él y tomar lo que le ofrecía. Con él se sentía cómoda.

—Bree... —murmuró inclinándose hacia su cuello. El cosquilleo en la piel lo sintieron ambos—. Quiero saber el nombre del malnacido que te hizo sentirte insegura y triste durante tanto tiempo.

Se apartó poco a poco y lo observó.

—¿Seguimos en la ronda de preguntas...?

Él inclinó la cabeza estudiando la mirada inteligente de Brenda.

—Si lo deseas.

—Entonces me acojo al derecho de no responder. Olvida que existe, que existió alguna vez —pidió—. No quiero volver a nombrarlo. No quiero recordar, Luke.

Al ver la preocupación en sus ojos verdes, le habló tratando de calmarla.

—Entonces no recordaremos, cariño. —Le dibujó el contorno de su rostro con los dedos. Y si quieres preguntarlo — dijo bromista—, yo tampoco salgo con nadie.

Ella se rió.

—No iba a preguntarlo... —«Me moría por hacerlo».

—Mmm.

—Aunque quizá yo sí expresé bromista.

Luke dejó de lado su expresión juguetona.

—¿Lo estás? —preguntó con tono frío de pronto.

Ella puso su mano en el brazo de Luke. Ella no podría seguir el patrón de su madre: varios hombres al mismo tiempo. O uno tras otro. No podría, y no quería intentarlo siquiera. Tan solo había hecho una broma.

—No, Luke, no salgo con nadie. Tan solo he accedido a salir contigo...

Él se tragó una maldición antes de hablar.

—Si salgo contigo, lo hago en exclusiva. Eso espero de ti. Que no te presione y permita que tú marques los límites, no implica que quebrantaré la única regla de mi vida cuando quiero salir con alguien. Si veo a una persona es solo a esa persona. Si no puedes con ello, necesito que me lo hagas saber. Tienes veintiséis años y puedo entender que sientas curiosidad por experimentar más cosas, pero yo ya tengo treinta y cinco, sé exactamente lo que necesito. No me gustan las mujeres volubles, sin importar el tipo de relación que tenga con ellas.

—Vaya... —dijo sorprendida por el pequeño discurso sobre la madurez— es lo más largo sobre ti mismo que has dicho esta noche. Supongo que también tienes un pasado más allá del hecho de que trabajas restaurando obras de arte, piezas caras, viajando y negociando. ¿Puedo preguntar al respecto?

Luke erigió automáticamente sus defensas.

—Me acojo al derecho de no responder.— Al ver el rostro extrañado de Bree, se dio cuenta que había respondido bruscamente a una sencilla pregunta. Solía ponerse a la defensiva cuando la idea de ser traicionado o utilizado con ardides femeninos surgía en su cabeza. Tenía la maldita costumbre de comprar a las mujeres con las que salía con Faith. «Demonios, ni de lejos podrías comparar a Brenda con esa arpía de Faith». Estiró la mano para tomar la de Breda, y acarició sus nudillos—. Lo siento, no quise ser brusco contigo... — se puso en pie, y ella lo siguió hasta la puerta —. Bree creo que ha sido una noche bastante intensa. Gracias por confiar en mí —declaró esta vez con tono suave.

Brenda le acunó la mejilla con su mano.

—Está bien... yo también necesito descansar. Te veo el viernes. ¿Sí?

—Lo estaré esperando —le dio un beso fugaz en los labios antes de irse.

Cuando Luke salió al aire de la madrugada, sonrió. Brenda era una muchacha generosa, hermosa y sensata. Exactamente el soplo de viento fresco que su vida necesitaba. Él la ayudaría a superar sus demonios personales, y ella a cambio, lo ayudaría a vivir las mejores vacaciones en el anonimato.

Las luces de su mansión en Mayfair estaban encendidas cuando llegó de la casa de Brenda. El vestíbulo estaba encendido, la sala, y también la escalera que daba a los tres dormitorios de la planta superior.

Antes de llamar a Charles, el mayordomo, él ya estaba frente a él con su pulcro uniforme.

—Señor — saludó de modo formal.

—Vamos, Charles, no estamos en el siglo XVIII. Relájate.

El hombre carraspeó y lo miró casi ofendido.

—Si me disculpa, señor Blackward, mi familia tiene a su haber una gran estirpe de mayordomos que han servido desde los años 1750 a la realeza y clase noble de Inglaterra. Es mi deber ser formal, señor — replicó solemne con la espalda recta.

—Lo sé, lo sé Charles. —A veces creía que en realidad él era el asistente y no su mayordomo—. ¿Por qué está todo encendido? — indagó ceñudo encaminándose hacia la consola, para dejar las llaves del automóvil.

—La señora se encuentra en casa.

—¿Eh?

—La señora Faith.

«¿Qué rayos hacía ella en su casa? Ya no era la señora de nada», pensó molesto. Elevó la ceja a modo interrogante, para que su mayordomo continuase hablando. —Explícate — preguntó enfadado.

—Está aquí hace tres horas —empezó Charles—. Llegó llorosa, señor. Le dije, tal como me indicó usted hacer, que se encontraba fuera de la ciudad. Pero me expresó muy enfáticamente que lo esperaría. —«Es decir le habló a gritos», supuso automáticamente Luke. Ese era el estilo de su ex mujer: tratar al servicio como si fueran venidos a menos. No se había dado cuenta

hasta que la señora que cocinaba para él, durante diez años, fue despedida.

Tuvo que sonsacarle al verdad a Charles, quien tendía a ser excesivamente discreto, con él inclusive—. Además ha traído consigo tres grandes baúles de ropa, y se ha instalado en la recámara de invitados. Supongo que a estas horas debe estar durmiendo.

Sin esperar más tiempo, Luke subió hasta la segunda planta. Sin llamar, abrió la puerta de la recámara de invitados, y encendió la luz. Esa mujer no tenía ningún derecho a interrumpir en su vida.

—¡Apaga esa luz, Charles! sonó desde la cama aquella voz que lo había embrujado años atrás.

—No soy Charles —replicó gélido.

Faith empezó a desperezarse y la sábana se deslizó por su piel dejándola expuesta totalmente. A Luke no le causó ninguna sorpresa percatarse que estaba desnuda. Ella siempre fue abierta y bastante desvergonzada con su cuerpo. Al principio aquello lo encandiló, porque su libido la prefería desnuda... hasta que supo que no era el único hombre que ocupaba su cama.

Ahora todo era distinto. El Luke de aquellos años no existía. No era ciego ante lo que veía: una figura conservada bella y grácil; una figura de bailarina que él conocía bien, pero ya no la deseaba. No cuando tenía una preciosa mujer de ojos verdes a la que vería dentro de dos días.

—¡Oh, Luke! — se incorporó con agilidad y se echó a sus brazos presionando sus pequeños pechos contra su camisa—. Te he echado de menos... —lo besó con insistencia, pero él rehusó devolverle el beso. Se alejó ligeramente mirarlo antes de decirle con fingida sorpresa—: Tú no por lo que veo.

—Estamos divorciados y me causaste muchos dolores de cabeza — replicó con desprecio.

El aparente buen ánimo de Faith no decayó.

—Y también te causé muchos orgasmos — apuntó con la lengua rápida que tenía. Luego se echó a reír.

—¿Qué es lo que quieres? — contestó con la mirada gélida y el tono de voz como un látigo.

—Tengo un problema — dijo con voz melosa—. Necesito tu ayuda.

Luke no podía creer que aquella mujer, después del infierno que lo había hecho pasar tuviera el descaro de presentarse en su casa y acomodarse en ella como si tuviese algún derecho a hacerlo.

—Lo nuestro acabó hace bastante tiempo. ¿Qué clase de ayuda es la que quieres? El divorcio te dejó una buena tajada de dinero. ¿O es que ya te la acabaste viajando y acostándose con el mejor postor? — preguntó con la intención de herirla—. Nunca te ha resultado complicado encontrar un hombre que te excitara lo suficiente para dedicarte a follártelo en cualquier lugar — atacó sin un ápice de tacto en sus palabras.

Ella hizo un puchero y en lugar de reprochar sus palabras se encogió de hombros. El movimiento provocó que sus pechos se agitaran. Luke no era un eunuco, así que se acercó al clóset y le tendió una de las batas de baño que tenía para invitados.

Con una mirada gatuna y demorándose en ponerse la bata, le sonrió.

—Veo que aún no me disculpas por mis juegos. Creo que éramos explosivos en la cama... nunca te fue infiel, Luke. Nunca me pediste que cubriera mi cuerpo, al contrario...

La mano de Luke apresó con rapidez la muñeca de Faith apretándosela. Ella se quedó callada, y sorprendida por la reacción de su ex esposo.

—Me parece que ya hemos superado esta etapa. ¿Qué es lo que quieres? — preguntó soltándole la muñeca como si le diera asco—. N tengo reparos en echarte. Habla. —Qué insensible — lo miró con resentimiento, mientras se frotaba la muñeca.

A él no le importaba cómo se sintiese Faith. Esa mujer convirtió su vida sentimental en un infierno.

—Se te agota el tiempo — repitió con la mirada impasible.

Faith suspiró con cansancio. Su rostro adquirió un matiz serio.

—Como sabes me puse mi propia compañía de baile en Dublín — él asintió — pero unas primas han venido de Estados Unidos con sus esposos e hijos y se han instalado en mi casa. Ya sabes que en Irlanda apreciamos mucho la familia. Yo tengo que preparar un programa de baile y la bulla llega hasta mi estudio. No puedo concentrarme y por eso decidí venir a Londres, para alejarme un poco de ellos y así retomar el ritmo del programa de danza para tenerlo listo. Necesito un lugar que me resulte igual de familiar, acogedor y tranquilo... no tengo dónde quedarme.

—Hay muchos hoteles en Londres — dijo tajante.

—Oh, Luke, por favor. Me dijo Charles que estás de vacaciones en un pueblito en Surrey.— «Resulta que ahora sí se acordaba del nombre del pobre hombre», pensó con sarcasmo—. No vas a estar aquí, no voy a verte, no vas a verme. ¿Qué daño puede hacer?

—Ni lo pienses, aquí no vas a quedarte.

Ella elevó la comisura de los labios de aquel travieso modo que en otros tiempos, lo había enloquecido. «Tiempos lejanos», reflexionó observando los ojos celestes y el rostro de huesos finos. Faith llevaba la cabellera corta a la altura de los hombros. Le gustaba tinturarse el pelo, en esta ocasión lucía rubia.

—Tan solo tres semanas. Solo ese tiempo — aseguró ajustándose el cinturón de la bata beige.

A él le llevaría quizá un poco más terminar los ajustes en Surrey, así que no tendría que verla.

—¿Eso es todo?

—¡Absolutamente! — exclamó con un brillo optimista en la mirada.

No le creía, así que decidió tomar precauciones con ella.

—Quiero que me firmes una cláusula con la cual aseguras que en tres semanas exactas te irás de aquí.

Ella se fingió ofendida, pero en realidad estaba aliviada. «Quizá él nunca llegaría a saber cuánto».

Luke tenía experiencia con sus ardides. Presentía que algo más había detrás de su presencia en

Londres, pero se iba a ahorrar los posibles escándalos que ella querría armar estando en Londres si él no accedía. No tenía ganas de vivir un circo mediático, así que sus abogados se encargarían.

—¿Lo dices en serio?

—O firmas o verás dónde te hospedas a buscar tu inspiración.

—Acepto firmar tu cláusula.

«Demasiado rápido... », pensó Luke con sospecha. Le diría a su equipo legal que atara todos los cabos.

—Mi abogado vendrá mañana — declaró antes de encaminarse hacia la puerta.

—Espera... —le pidió cuando lo vio presto a salir de la habitación.

Él se detuvo pero no se giró hacia ella. No tenía ganas de verla más, solo necesitaba dormir y esperar a que pasaran esas tres malditas semanas para que Faith se fuera de su vida... otra vez—. Gracias, Luke.

A él, le pareció notar cierto dejo de incertidumbre y tristeza en la voz de Faith. «No te dejes embaucar y sal de aquí».

Luke no dijo nada y se marchó.

apítulo 8

La expectativa de una cita la ponía algo ansiosa. Más allá de la cena de esa noche, sus nervios tenían que ver con el hombre que la había invitado. Después de aquella noche que le confesó su pasado sabía que una barrera dentro suyo se había desmoronado. No podía explicarlo, pero el hecho de que su pasado no fuese más una cadena pesada que la arrastrase sin piedad significa mucho.

En los últimos cuarenta minutos

se había cambiado al menos cinco veces de blusa, falda, pantalón, pasó también por una gama de colores. Finalmente se decidió por un vestido con escote palabra de honor color negro. La prenda era corta hasta la rodilla, sin mangas, entallada justo debajo del pecho, y floja desde la cintura para darle libertad de movimiento.

Desconocía dónde iba Luke a llevarla esa noche. Se ajustó unas sandalias cerradas en forma de zapatillas de bailarina. Hizo presa de sus conocimientos básicos y se aplicó delineador verde agua en el borde inferior del ojo, y delineador negro en el superior, dejando un ligero gancho hacia arriba para acentuar la forma almendrada de sus ojos. Después aplicó un poco de máscara para pestañas, un toque de blush rosado, y un poco de brillo rojizo en los labios. Domó su cabello con una pinza, dándole forma a los mechones rubios que caían debajo de sus hombros.

Luke era una cita diferente, pero no quería darle vueltas a los motivos que la llevaban a establecer esa conclusión. Si le daba vueltas al asunto se acobardaría y no iría a ninguna parte esa noche. Ni ninguna otra... Mejor pensaría en la idea de que una aventura sería un concepto

interesante a aplicar a su vida por primera vez.

Si ponía las cosas en perspectiva en relación a un affaire todo tenía sentido. El trabajo de Luke era el de un trotamundos, lo cual era distinto en su caso, pues ella preferiría vivir en un sitio estable. La idea de que él se fuera de Surrey apenas culminara el contrato con el señor Hudson le proporcionaba el escenario perfecto para no mantener ningún compromiso, pues no volvería a verlo.

Algo dentro suyo no se alegraba del todo con la idea de no volver a saber de aquel guapo restaurador de antigüedades, pero al final de la aventura sabía que la ventaja estaría de su lado, pues no tendría que sufrir con los adioses.

El día anterior había cuidado a Harvey, que a pesar de su corta edad se mostró muy cooperador al tomar las pastillas. Eleonor y Oswald no dejaron de disculparse al fijarse en el brazo escayolado de su hermano, hasta que finalmente tuvo que amenazarlos con no visitarlos nunca más si ellos no dejaban de culparse por un accidente. Los Quinn lo aceptaron y la abrazaron con calidez antes de que ella se fuera con el chofer de Alice para volver a Surrey.

Al escuchar que llamaban a la puerta de la habitación se sobresaltó.

Fue a abrir intentando contener sus nervios, pero todo fue en vano en cuanto lo vio frente a frente y se le atoraron las palabras de saludo. Luke se había afeitado y podía afirmar, sin equivocarse, que el aroma del aftershave y el perfume que llevaba estaban a punto de crear una maratón entre sus hormonas femeninas. Tenía el olor más sexy que hubiera percibido en mucho tiempo.

Además que él tenía un cuerpo...

¿De infarto? No. Eso era demasiado cliché para describir una oda a la virilidad. La camisa gris que llevaba se adhería a su cuerpo firme y ejercitado; el que ella había visto a hurtadillas, claro. Bueno, está bien, lo aceptaba. Había acariciado parte de ese magnífico cuerpo al besarse. Fuese restaurador, panadero, mesero, empresario o arquitecto a ella le daba lo mismo, él era cautivador y poseía una elegancia innata.

—Estás hermosa —le dijo Luke con una sonrisa y consciente de que lo estaba examinando. La miró de arriba abajo con aprobación masculina. «Hermosa no; cortaba el aliento», pensó él. Sin darle tiempo a nada, se acercó y la besó en los labios con avidez. Había deseado aquella boca generosa y sensual a todas horas. Debido a temas de su empresa se vio obligado a confinarse en su habitación para atender una larga conferencia por Skype con su socio, y el momento que estuvo libre, la encontró reunida con el señor Hudson. Ahora tenía esos labios exquisitos para él solo y lo complació sentir cómo Bree se dejó llevar devolviéndole con entusiasmo sus besos, mientras él acariciaba sus brazos desnudos y buscaba llegar un poco más allá, pero si lo hacía no iban a cenar—. Preciosa... —murmuró contra sus labios.

—Gracias... —se sonrojó por el beso.

Él le pasó un dedo por la mejilla, para sentir la piel satinada.

—Mejor nos detenemos. Si no lo hago no llegaremos donde quiero llevarte hoy...

Brenda asintió.

—¿Me has echado de menos?

Ella se rió. A veces podía ser pretencioso.

—No, pero seguro que tú sí — le dijo bromeando y soltando con la risa la tensión sexual... o eso creía estar haciendo.

—Apuesta todo lo que quieras, porque no te equivocas — hizo un guiño y ella se echó a reír de nuevo. Con Luke se sentía cómoda—. Ven — dijo y la tomó de la mano, sacándola de la habitación.

—¿Dón...?

—Sígueme, Bree — entrelazó los dedos con los suyos, en un gesto que a ella le pareció demasiado íntimo. Trató de deshacerse de su agarre, pero no pudo porque él apretó más los dedos—. No te preocupes saldremos por la puerta de atrás.

Las alarmas se encendieron en la mente de Brenda.

—No — dijo asustada y de modo brusco. «Por qué, por qué tenía que recordar la discoteca de Londres», gimió para sus adentros.

Luke se detuvo y soltó las manos de Brenda. Ella lo miró preocupada.

—Bree — expresó con suavidad como si imaginara lo que ella estaba pasando—. Si salimos por la puerta principal, seguramente la recepcionista, los botones, el portero, el cochero, la señora Evans y quién sabe qué otros empleados más del hotel, se preguntarán qué hace la asistente de Alice Blackward saliendo con uno de los empleados de la compañía restauradora. No me importa que hablen de mí, pero no creo que le haga bien a tu posición como representante de la señora Blackward dar de qué hablar al personal administrativo.

—No... —bajó la mirada — no lo haces porque te avergüenzas de mí, ¿verdad?

Él se sintió desconcertado. ¿De dónde sacaba esa idea tan tonta? —Explícame por qué piensas eso, Bree — pidió acariciándole el cabello y maravillándose con la suavidad.

—Olvidalo, Luke... — empezó a apartarse, pero él se lo impidió bloqueándole el paso.

—No, no vamos a olvidarlo. Creo que has estado evadiendo tu pasado demasiado tiempo y sé que algo tiene que ver ahora. De nuevo. Así que Bree, quiero saberlo.

Ella suspiró con cansancio.

—Mi ex me dijo que no... que no podía creer cómo yo había pensado que una mujer sin alcance social ni de mundo podría llegar a interesarle a un hombre como él, más allá de un poco de... de... — se aclaró la garganta, mientras sentía cómo Luke la acercaba para abrazarla — en fin...

Él soltó un insulto por lo bajo.

—Maldito bastardo. Olvídalo de ese idiota — la alejó para que pudiera mirarlo a los ojos—. Escucha. Aquí estamos bajo las mismas condiciones. Trabajamos en el mismo sitio y somos Luke Spencer y Brenda Russell — se sintió culpable por mentirle, pero no quería exponerse a decirle quién era en realidad. No quería que ella lo viera diferente o evitara decirle las cosas de frente y directamente como lo hacía ahora. Brenda era refrescante y sincera; no quería que dejara de serlo, peor cuando quizá quedaban solo unos días para que no volvieran a verse—. Eres tan digna de interesarle a un hombre pobre, como a un hombre adinerado; tú eliges si quieres una

aventura o algo duradero. Tú puedes elegir. No te permitas creer que alguien te dejó sin salida.

Ella lo miró intrigada.

—¿Y si te mienten? Creo que en ese punto no hay salida, Luke porque confiaste — preguntó de pronto sorprendiéndolo—. Yo no puedo confiar en las personas.

Él apretó los dientes.

—Pero por algún motivo siento que puedo confiar en ti... —le sonrió con timidez.

Él acarició sus mejillas y luego besó la pequeña nariz, sin dejar de sentirse como un gusano por dentro. Ella confiaba en él, después de lo que había vivido con su maldito ex novio. Lo único que podía agradecer era que Brenda nunca sabría quién era en realidad. Porque si alguno de los empleados de Hudson, o inclusive Muriel abría la boca, él se encargaría de hacerles la vida miserable.

Luke la abrazó con fuerza. La idea de no volver a saber de ella no era en absoluto alentadora e iba más allá de un deseo sexual, porque la deseaba. Con locura. Ella era algo más... algo distinto a lo que hasta ahora había conocido en el género femenino. Brenda era genuina... Sin embargo, no quería ahondar en sus motivaciones detrás de las conclusiones que estaba sacando. Al menos no esa noche.

—Gracias, princesa — dijo besándola con ternura en los labios—. Creo que ahora queda claro el porqué de salir por la puerta de emergencia. ¿Cierto?

Ella asintió y se dejó tomar nuevamente de la mano.

Se encaminaron por un sendero. Ella logró divisar las caballerizas. Era la primera vez que veía ese paisaje, pues Muriel no le había enseñado esa parte de los terrenos.

Seguramente, porque ningún empleado podía utilizarlos.

Aprovechó que Luke iba delante suyo para fijarse en lo bien que le armaba el pantalón negro de vestir. No habituaba a fijarse tanto en el físico de un hombre, pero había vivido los últimos años reprimiendo tantas emociones físicas que con Luke sentía cómo esa parte suya se abría de nuevo como un dique al dejar salir el agua a borbotones.

—¿Vamos a cenar en los establos? — preguntó al escuchar el relincho de uno de los caballos.

—Quiero enseñarte un lugar que descubrí hace unos días — respondió caminado hacia el fondo de la caballeriza. Con un gesto, le pidió a Brenda que lo esperara. No iba a contarle que él utilizaba los equinos de la propiedad.

—¿Un potrillo recién nacido quizá? — dijo con voz fuerte desde la entrada para hacerse escuchar, mientras él desaparecía poco a poco al final del pasillo.

Intrigada avanzó unos pasos al no escuchar nada, cuando él la sorprendió saliendo con una gran cesta. Brenda enarcó una ceja, interrogante.

—Un picnic — intentó adivinar.

Él le hizo un guiño llegando hasta donde se encontraba.

—Algo mejor. —Con la mano libre, tomó la de ella—. Solo confía un poco más, además recuerda lo que te dije Bree, tú llevas las riendas.

Después de mirarlo y sentir la solemnidad de sus ojos azul cobalto, asintió.

—Anda ven. —La guió de la mano.

Caminaron despacio y en silencio por un camino que parecía haber sido muy transitado en alguna ocasión. La maleza cubría una enredadera que había vivido mejores días, pero ahora estaba botada a un lado. Los árboles frondosos se movían al compás del viento que parecía susurrar a través de las hojas palabras arrulladoras.

Cualquier indicio de preocupación se desvaneció en Brenda.

Después de casi quince minutos de camino, ella observó una cabaña pequeña. Lucía abandonada. Afuera contaba con algunas tumbonas y una piscina que, según comprobó al acercarse, tuvo épocas más prósperas. La casa quizá habría sido refugio contra el invierno, pues a pesar de estar descuidada denotaba que era una estructura relativamente moderna. La puerta de entrada, que a Luke no le costó nada abrir, era de madera y vidrio.

Dentro del lugar no había más que un mueble, la chimenea que pedía a gritos una limpieza y unos cuantos trastes mal colocados en las esquinas. Las paredes tenían grandes espacios marrones en los que al parecer estuvieron colgados cuadros de diversos tamaños. La estancia era de un solo ambiente. Lo cual ratificó la idea inicial de Brenda de que se trataba de un refugio.

—¿Luke?

—Es impresionante el lugar, ¿verdad?

—Eh...

Él se echó una carcajada.

—A pesar de su mal estado tiene una sorpresa muy agradable en la parte trasera. Un poco curioso el hecho de que la piscina esté delante y no detrás, ¿eh? —Ella asintió—. Bien, ahora quédate un segundo por aquí. No grites —susurró con una sonrisa taimada, y Brenda lo miró con fastidio. Él volvió a reírse—. ¿Dónde está tu sentido del humor, princesa?

Se encogió de hombros.

—En el castillo, supongo...

Sin poder resistirse, él dejó la cesta a un lado, la tomó entre sus brazos y la besó. La chispa entre ambos fue inmediata. Ella se apretó contra el fuerte cuerpo masculino, mientras Luke la acariciaba presionando sus dedos sobre la espalda, y luego deslizó las manos hasta posarlas justo antes de llegar a la parte más baja, pero ella estaba tan sumida en el beso, que no le importó.

Estaba excitada y no le importó ser ella quien, en un gesto atrevido y descarado, dejara las manos muy cerca de la cinturilla del pantalón de Luke. Él dio un respingo, respirando agitadamente.

—¡Vaya! Me voy a sentir ofendido — fingió escandalizarse. Brenda se ruborizó e intentó apartar las manos. Luke se las retuvo—. No. —Se miraron y él dejó de lado la expresión bromista—. Si deseas tocarme, hazlo, Bree. Tenemos un acuerdo los dos. ¿Cierto? —Brenda asintió recordando que ella tenía las riendas—. Pienso cumplirlo. Solo estaba bromeando, pero puedes tocarme y pedir lo que deseas. ¿Recuerdas?

Asintió.

—Yo... — se mordió el labio—. Sí. Lo recuerdo, Luke.

—Piensa en eso que deseas, mientras me acompañas, no creo que quedarnos aquí sea lo más idóneo. Además hay un lugar que deseo enseñarte dijo con picardía, y luego levantó la cesta con la mano y Brenda siguió su paso sin dejar de observar el entorno.

La llevó por una puerta que los condujo a otro pequeño camino, mucho más corto esta ocasión. Anduvieron unos cuantos metros y ante ellos se abrió la vista de un precioso lago. El cielo aún mantenía los últimos trazos de sol en el horizonte. Una bandada de pájaros eligió ese momento para alzar vuelo, como si se despidieran encargándoles el cuidado de ese singular espacio de naturaleza.

El agua del lago aún reflejaba la luz del atardecer. Todo en conjunto lucía como un paraje místico alejado de la humanidad. Un espacio destinado para dos personas. «Dos amantes», pensó Brenda, sintiendo cómo su corazón aumentaba las palpitaciones.

Luke empezó a sacar una suerte de manta de la cesta y la extendió sobre el césped. Una botella de vino. Dos copas. Servilletas. Cubiertos de plástico y finalmente dos platos de aluminio con comida precocinada. Brenda guardó una sonrisa, ante la muestra de un picnic muy masculino, pero complacida por el trabajo que se había tomado por todo ello.

—En mis treinta y cinco años nunca he hecho algo como esto expresó con su voz fuerte y profunda cuando terminó de encender cinco pequeñas antorchas que incrustó sobre la tierra. La flama de cada una era bajita y le brindaba un aspecto mágico al entorno.

—Nunca nadie había tenido un gesto tan bonito conmigo, gracias... no debiste tomarte tantas molestias para una cena... — comentó emocionada.

Él se le acercó. La acomodó entre sus brazos enlazando las manos detrás de la espalda de Brenda. Sus cuerpos quedaron completamente encajados, a excepción de sus rostros que estaban apenas separados por unos centímetros.

—No es por una cena. —El brillo de las llamas iluminaba las profundidades del color del mar, mientras hablaba—. Es por la mujer que está conmigo ahora.

—Oh... —se sonrojó—. Me siento como si estuviéramos en una época muy lejana de la vieja Inglaterra... eres un hombre muy distinto a los demás, Luke.

Él sonrió.

—Pensé que un restaurante era demasiado típico y aburrido, se me ocurrió que esto era un poco más... personal.

—¿Qué tan personal? — preguntó, aunque ya sabía la respuesta. Ella estaba ahí por el mismo motivo que Luke había organizado una velada tan bonita. Seducción. Y como ella ya había elegido tener una aventura y avanzar con su vida, no sentía ningún impedimento para dejarse llevar.

La risa ronca de Luke retumbó en el claro.

—Tengo la ligera impresión de que está coqueteando conmigo, señorita Russell — si inclinó para aspirar la fragancia de su cuello.

Ella era deliciosa. ¿Me equivoco?

—No. Estás en lo correcto... —Ah... entonces continúas siendo la mujer respondona que conocí en la recepción varios días atrás, ¿eh? —preguntó mientras mordisqueaba la oreja enviándole descargas eléctricas a la piel de Brenda.

—Me encanta lo que has hecho aquí... un picnic nocturno invadiendo una propiedad privada y abandonada se rió nerviosa—. Has sido tan...

Él subió las manos hasta dejarlas justo debajo de sus pechos.

—¿Cursi? — indagó con una carcajada ronca, al ver cómo a ella se le llenaban las mejillas de color.

—Auténtico.

Se encontraban aislados de todo. Quizá resultaba extraño, pero a veces le daba la impresión de que algo se le estaba escapando con Luke. En ocasiones, lo sentía demasiado sofisticado para ser un restaurador, o quizá fueran prejuicios absurdos; otras veces, le parecía particularmente fuera de su elemento, casi se lo podía imaginar más en una sala de juntas que en el patio tallando una pieza muy cara. A lo mejor buscaba excusas, para evitar aproximarse a él.

Alejó sus reflexiones, porque Luke la observaba atento, como si pudiera ver los pensamientos que iban pasando, a través de las sombras de sus ojos.

—Me gusta esa definición — susurró él con un ligerísimo cargo de conciencia, porque le había. Cuando Brenda se enterara de la verdad, él seguro ya la habría olvidado, pues en dos meses tendría que estar en Roma atendiendo unos negocios. Pasaría bastante ocupado como para pensar en algo más que sus negocios—.

Creo que hemos hablado mucho por ahora...

Luke inclinó la cabeza, sorteando los escasos milímetros que lo alejaban de la tentadora boca de Brenda. Con un suspiro ella acogió la dulce invasión, permitiendo que el sabor tan propio a especias y menta se confundiera con el suyo. El beso era suave, a ratos feroz, luego volvía a fundirse en una cadencia enloquecedora.

Las manos de ambos empezaron a vagar por sus cuerpos. Suave. Rápido. Él se cuidaba de no tocar los perfectos pechos que el vestido negro exhibía como una tentación a los más débiles. Y definitivamente, él lo era. Quería ir poco a poco, sin asustarla, algo que su palpitante virilidad no comprendía, pues pugnaba por abrirse paso para poder deslizarse en el delicado canal entre los muslos de Brenda. Él tenía que controlar la pasión que amenazaba con desbordarse para no incomodarla.

—Tócame... —pidió él con un gruñido, tanteando el cierre del vestido. Cuando lo encontró, empezó a bajarlo despacio—. Hazlo, dulzura...sí, así —gimió cuando en un atrevido movimiento ella empezó a desabrocharle la camisa y deslizar sus manos por el pecho fuerte y varonil, maravillándose con su textura.

Brenda estaba hipnotizada por la fuerza y el autocontrol que sentía de parte de Luke. Era maravilloso ver cómo un hombre tan esbeltamente musculado y que exudaba una virilidad notable pudiera tener tal contención. Sabía que era por ella, y de algún modo aquel gesto la halagó. No importaba cuánto tiempo durara aquel vínculo con Luke Spencer, lo único que sabía

con certeza era que él sería el primer hombre al que le permitiría tocarla y hacerle el amor. Lo sabía con la misma certeza que se prevenía a sí misma de que enamorarse de él sería una absoluta insensatez.

Con ese pensamiento terminó de desabotonar la camisa, para tener una vista completa de unas abdominales perfectamente trabajadas sin el estorbo de la tela. Si le sumaba la fortísima luz naranja del horizonte que ya empezaba a mezclarse con el negro y gris, además de las llamas de las antorchas, Luke era una visión impactante. Se aventuró a recorrer con más ímpetu de arriba abajo el dorso totalmente desnudo con las manos.

Él gruñó algo antes de dejarle flojo el vestido al ganarle la batalla al cierre.

—Cariño... — murmuró contra el delicado cuello perfumado con el aroma de las flores—. ¿Puedo...? —preguntó mirándola, con la mano sujetando el vestido de Brenda y a un tirón de dejarla en ropa interior.

Los ojos de Bree brillaban de deseo y él lo sabía, pero no podía avanzar, a menos que le dijera que podía hacerlo. Ella se detuvo en seco. Iba a responderle cuando el móvil de Luke empezó a sonar. Él fingió ignorarlo esperando a Brenda y con ganas de asesinar a cualquier que estuviera llamando.

—Luke... —El teléfono no dejó de sonar—. A lo mejor es una emergencia, creo que deberías responder — manifestó temblando y sosteniéndose el vestido con la mano sobre el pecho y ajena al modo en que el sexo de Luke vibraba dentro del costoso pantalón de tela negra.

—No me importa — gruñó con las manos aún sobre el cierre del vestido deseoso de que ella le diera su aprobación. No parecía nerviosa por el hecho de que estuvieran a punto de hacer el amor, no. Al parecer el deseo era tan fuerte en ella, como lo sentía él.

La magia se rompió cuando el aparato continuó sonando.

—Demonios —gruñó él, subiéndole el cierre del vestido negro, para luego besarla apasionadamente en los labios—.

Voy a responder y no vas a moverte de aquí.

Ella se rió.

—Creo que me perdería...

—No sin mí — respondió en doble sentido y ella le sonrió con picardía.

—No, no sin ti.

Con una maldición, Luke se alejó un poco para que llegara mejor la señal.

Mientras Luke estaba al teléfono ella fue aclarándose y la bruma de deseo se calmó. No así su curiosidad. Admiró la línea perfecta de la columna de Luke flanqueada por un conjunto de músculos que se movían al compás de su guapísimo dueño al caminar de un lado a otro hablando por teléfono. El tono de voz que tenía era casi amenazador. Se preguntó qué podría conseguir que el rostro de Luke fuera tan duro y frío como en ese momento, le parecía irreconocible. Una muralla de hielo, cuando hacía solo unos segundos era todo ardor con ella.

Ella lograba escuchar a medias lo que hablaba. “Hum... una vez más está mintiendo la elfa... me

parece bien... tu llamaste supongo... bien... si, iré... dile que se mantenga en calma... puedo decir el nombre que se me pegue la gana, Charles... lo que sea... deja tus modales ingleses... me estás incordiando... adiós... ". Lo único que se le quedó en la cabeza fue la palabra "elfa". ¿Qué significaría? Además lo había dicho con un dejo de desprecio y, ¿dolor? No lograba identificar exactamente de qué se trataba.

Él estuvo alrededor de tres minutos más al teléfono antes de guardarse de mala gana el aparato en el bolsillo trasero del pantalón

—¿Problemas? — se aventuró a preguntar, cuando lo vio recoger la camisa y abrochársela mecánicamente como si se hubiese olvidado de lo que estaban a punto de hacer hacía poco.

Luke suavizó la mirada al dirigirse a ella y ralentizó los movimientos, y se acercó.

—Lo siento, Bree — la miró con una mezcla de arrepentimiento y frustración—. Al parecer no puedo quedarme, ha surgido un problema con un cliente en Londres. Tengo que marcharme esta noche.

Ella sonrió, pero el gesto no le llegó a los ojos. Él estaba tan fastidiado que no lo notó.

—Todo saldrá bien. Lo que sea que haya sucedido — contempló con pesar la cena sobre la tela para el improvisado picnic—. Seguro que puedes llegar a un acuerdo. ¿El señor Hudson suele pedirle un porcentaje de cualquier trabajo que tomes por tu cuenta?

«Claro. Ella piensa que se trata de eso».

—Sí, a veces —replicó esquivo—. Vamos, princesa, tenemos que irnos. Te compensaré por esta interrupción — rápidamente empezó a recoger todo y guardarlo en la canasta —. Nos llevaremos esto y podemos dárselo a alguien.

—¿Alguien como quién?

—¿Los caballos...? — preguntó tratando de que a él se le borrara el ceño de la frente.

Él se detuvo entonces y la contempló.

—Lamento en serio no poder quedarme... vamos a retomarlo muy pronto en donde lo hemos dejado — declaró.

Bree se sonrojó y Luke se acercó y dejó un beso justo en el principio del escote que llevaba a sus pechos.

—La próxima vez... — sonrió.

—Luke. ¿Qué es elfa? — preguntó de pronto.

Él enarcó una ceja, y Brenda se arrepintió de haber conseguido que el ceño volviera en lugar de mantenerse alejado del atractivo rostro de Luke.

—¿Te gusta escuchar las conversaciones ajenas?

—Estamos en un claro, Luke, resulta casi imposible si además estamos los dos solamente —se defendió—. Lamento haber escuchado si te incomoda el tema. No tienes ninguna obligación conmigo, ni yo contigo, así que lo siento...

Él colocó los dedos sobre sus labios y le acarició las mejillas. A Brenda no le gustaba que la trataran de fisgona, porque además de una u otra miradita furtiva a Luke no se metía en los asuntos ajenos. Él notó que se puso tensa, así que trató de calmarse. No era culpa de Brenda.

Condenada fuera Faith por meterse en líos.

No le importaba que ella hubiera escuchado, de hecho, esperaba de algún modo que aquello ocurriera, por eso se cuidó de los nombres que pronunciaba en la conversación. Eso no impedía que tuviera el mal humor subiéndosele a la cabeza por la llamada de su mayordomo.

—Elfa es el modo en que me refiero a los clientes molestos, nena. Es un código que utilizo con mi compañero de trabajo en Londres, Charles. — Una mentira más a la lista, pensó Luke con culpabilidad, pero no podía decirle la verdad sin descubrirse.

Ella se inclinó para besar a Luke en la mejilla con dulzura.

—Oh, ya comprendo... —le sonrió con candidez. Los temas de trabajo eran primero, se dijo—. Bueno, mejor no lo haces esperar.

Luke apretó el agarre sobre el borde desde el que sostenía la canasta con fuerza.

—Eres demasiado buena, Bree — murmuró con cargo de conciencia, mientras iban caminando de regreso.

—Y tú en este momento demasiado gruñón — expresó con voz más relajada.

Pobre Luke, pensó, aunque no creía que Danny DeVito fuera un explotador, sí que había notado que era ambicioso. Hacerlo trabajar de un lado a otro como si fuese un esclavo... ella también lo vivió en algunos empleos, y quizá por eso se identificaba con Luke. Ambos trabajaban duro para mantenerse, indistintamente de si uno ganaba más que el otro. Era bueno tener un igual por primera vez.

—¿Crees que puedas ayudarme a dejar de serlo? — respondió tratando de corresponder la renovada alegría de Brenda. Doña mandona estaba por ahora de paseo, y aunque le gustaba que fuera decidida y enérgica, en ese momento prefería la Brenda más dulce, sonriente y que empezaba a confiar un poco más en ella misma y en él... aunque no se lo merecía. Habitualmente no se sentía culpable por sus artimañas para llevarse a una mujer a la cama, pero con ella era diferente. La pregunta seguía siendo por qué, pero aún no tenía argumentos al respecto.

Ella se burló con una risita.

—¿Estás coqueteando conmigo, Luke? — preguntó haciéndole un guiño que le arrancó una carcajada.

—Probablemente. Ven aquí y dame un beso, princesa. — Ella obedeció gustosa.

Cuando volvieron al hotel, Bree entró por la puerta principal, pero Luke salió del camino de los establos directamente hacia su auto, no sin antes darle un largo y profundo beso que dejaba promesas en el camino.

Luke entró en el caro hospital de Londres a paso rápido, dio su nombre en la recepción y luego le indicaron dónde encontrar a Faith. Charles, como era de esperarse, aguardaba justo en la puerta como si estuviese haciendo guardia a algún personaje importante.

—Señor — saludó.

—Maldita sea, te dije que no me interrumpieras a menos que fuera algo importante. Faith ya no es parte de mi vida. ¿Por qué no llamaste a su madre?

—Ella me pidió que lo llamara a usted...

Imposible discutir con su mayordomo. Sin decir más entró en la habitación.

Se asustó al ver a Faith completamente pálida y con los aparatos médicos alrededor. Una enfermera comprobaba que todo fuera bien, al verlo murmuró algo sobre que no estuviera mucho tiempo, y luego abandonó la pieza. —Luke... —susurró su ex mujer, mientras estiraba la mano hacia él.

Renuente, se acercó a la cama, pero no la tocó.

—¿Qué ha pasado? —indagó preocupado, cuando ella dejó caer la mano con cansancio sobre el colchón.

—Lamento causarte molestias — expresó en un hilillo de voz.

—Naciste para ello — dijo con amargura.

Una risa que parecía más un quejido surgió de la garganta delicada de la bailarina.

—Cuando me enfermaba solías llamarme pequeña elfa... también cuando querías hacer el amor conmigo... no sabes cuánto te he extrañado estos años... lamento haberlos arruinado... lo lamento — expresó con voz rota y los ojos tristes.

Luke apretó los dientes. No se lo creía. Ella había utilizado muchas artimañas. Quería saber qué planeaba esta vez.

—Faith, ¿por qué estás aquí? — preguntó ignorando las disculpas que llegaban demasiado tarde y evocando recuerdos que causaban incomodidad en él. Sentía como si lo suyo con la pelirroja hubiera sido muchas vidas atrás.

—¿Charles no te lo ha dicho cuando te llamó... ? —lo miró acomodando sus pequeños pies dentro de la sábana blanca con rojo del hospital—. Al parecer ya no me odia tanto.

—Desde que lo llamas por su nombre y lo tratas como tu amigo, al parecer ha inclinado la balanza hacia ti. Así que se ha guardado la información para sí mismo — replicó con reproche.

Faith meneó la cabeza logrando que algunos rizos rojos se agitaran con el movimiento. Luke no pudo evitar acariciarlos y ponerlos en su lugar. La veía tan desvalida, parecía como si alguna fuerza hubiera extraído toda la vitalidad el cuerpo tan vibrante de la inquieta irlandesa.

—En realidad, te he mentado... —tosió. Él la miró con enfado—. No quise hacerlo, pero no tengo dónde ir Luke. Por eso acudí a tu casa la otra noche. Sé que no es justificación haberme metido de ese modo en tu mansión. Pero... estoy enferma, y... un compañero de la empresa me estafó llevándose todos mis ahorros. Mi madre no me habla desde que nos divorciamos... no tengo a nadie. Sé que me odias...

No estaba fingiendo. Ella no habría admitido equivocarse jamás. Demonios.

Su mirada se suavizó.

—No te odio — respondió. Porque era cierto. Además, para odiarla debería tener algún sentimiento hacia ella y lo único que sentía era incordio cuando sabía algo sobre ella—. Entonces tus primas de Estados Unidos en realidad no están en Inglaterra...

Ella negó con la cabeza observándolo con sus ojos celestes casi etéreos. Palmeó la cama para que él se acercara un poco. Le costaba hablar desde que la enfermera le dijo que iba a aplicarle un sedante. Se le habían bajado las defensas y sentía mucho dolor también.

Luke se sentó a su lado.

—¿Qué tienes? — indagó pasándole la mano por la frente. No tenía fiebre, pero lucía muy frágil.

Ella tomó una respiración y lo miró.

—Cáncer al útero... estoy desahuciada, Luke — confesó trémula.

La noticia lo golpeó con fuerza. Él podía no amarla, pero era un ser humano y la quiso en algún momento de su vida. Se frotó la cara con las manos, despeinándose.

Su cabeza era un completo pandemonio.

—¿Por qué simplemente no me lo dijiste? ¿Qué esperabas? ¿Morirte en mi casa de Mayfair para que los medios hicieran un circo de todo esto?

Al ver la mirada de dolor de Faith, recapacitó.

—Perdóname... he sido un completo estúpido con ese comentario — a ella le rodaron las lágrimas por las mejillas—. Estoy aturdido. Lo siento, Faith... lo siento, nena... —se inclinó y la abrazó, mientras ella sollozaba contra su hombro—. ¿La quimio no ha surtido efecto?

Ella negó sobre su hombro, aspirando el aroma del hombre que la había enloquecido tantas noches, tantos días... y que tan estúpidamente dejó ir por caprichosa. Se arrepentía de haberle sido infiel, aunque siempre lo negó. De lo que más se lamentaba era de haberlo torturado al darle celos, cuando Luke era el mejor hombre que había conocido. Y era tan apuesto y generoso. Había sido una completa tonta, se dijo con tristeza, mientras él la confortaba.

—Quiero calidad de vida y no tengo esperanzas. Al menos prefiero que el tiempo que me quede pueda vivirlo bien. A veces los dolores son insoportables, pero los remedios me ayudan. La quimioterapia me aniquilaría... lo intenté, y ahora no servirá ya de nada —manifestó con voz débil.

—Oh, Faith...

Permanecieron abrazados durante largos minutos, hasta que el efecto del sedante empezó a hacer mella. Cuando Luke sintió que los sollozos habían remitido, también notó que ella estaba dormida contra su hombro. Despacio, la acomodó en la almohada.

Los recuerdos con Faith, las sonrisas, su vitalidad, empezaron a rondar su memoria como una película. Sintió una profunda tristeza. Ningún ser humano merecía que la vida se le fuera de las manos sin tener la oportunidad de luchar, y a ella se la habían arrebatado.

Luke fue a hablar con el médico que llevaba el caso de su ex esposa, y le confirmó el diagnóstico. Ella tan solo lo sabía desde hacía seis meses, según le informó el doctor, y aquella

noche sufrió un desmayo a causa de una baja en el potasio y los electrolitos. Con el cáncer no tenía un tiempo definido de vida, aunque no era demasiado lo que viviría, le aseveró el experto.

«El cáncer ha tomado también parte de sus intestinos, puede quedarle una semana o dos meses. Es imposible puntualizar al respecto, señor Blackward». Luke le pidió que la mantuviera dos días más en vigilancia y indicó que enviara las facturas de cualquier mínimo medicamento a su empresa. «Él le costearía lo que le quedara de vida. Tenía suficiente dinero para hacerlo».

Capítulo 9

Brenda pasó el fin de semana con Harvey. El niño quería aprender sobre la vida de los canguros, y decía que iría a Australia alguna vez para fotografiarse con ellos. Bree lo impulsaba a ahorrar un poco del dinero que solía darle semanalmente por si tenía ganas de comprarse una golosina, solían ser cinco o seis libras. Él decía que con eso en poco tiempo se costearía el pasaje a Sidney. Bree lo animaba a mantener sus sueños.

No supo nada de Luke durante varios días. Le daba cierto recelo preguntar por él, en especial a alguien de la empresa de Thomas Hudson. Se sentía un poco ansiosa, pero también era sensata y sabía que no tenían ningún vínculo sólido. Un par de besos y caricias no podían llevarla a comportarse como una idiota...aunque fueran los besos más deliciosos que hubiera experimentado.

Luke Spencer no le debía nada ni él a ella, así que se enfrascó en el trabajo.

Llevaba más de tres semanas viajando de Londres a Guildford y viceversa, y aunque le gustaba mucho su trabajo, sí resultaba agotador. Lidar con los diez trabajadores de Hudson le solía dar dolores de cabeza. Reparaban un lado, y se descolocaba otro; discutían porque uno eligió una herramienta, que solía utilizar su compañero; se quejaban porque a veces no podían repetir tres veces la ración en la comida; decían que los colchones eran demasiado suaves y ellos eran hombres. Tener diez hombres a su cargo se había convertido en todo un reto.

Dado que muchos de los huéspedes no utilizaban la piscina temperada, Brenda había tomado el hábito de ir a nadar en las noches antes de dormir. Dejaba las tensiones en el agua y luego subía a su habitación para hablar por teléfono con los Quinn, el doctor de su madre y con Harvey. Al final del día se dejaba envolver por un sueño apacible.

En una ocasión se encontró a sí misma frente a la puerta de la habitación de Luke observándola como si en algún momento fuese a sonar algún ruido, como ocurría cuando él estaba ahí. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo se castigó a sí misma obligándose a quemar la energía en el gimnasio.

Alice casi se había desaparecido del mapa, lo cual implicaba que debería tener a la pobre Emma en un estado de esclavitud. Es decir, como ella en sus horas de oficina en Londres. Extrañaba su casa, aunque no por eso dejaba de gustarle el ambiente cálido y apacible de Guildford. Le hubiera gustado vivir en la época del primer dueño de la propiedad, con aquellos vestidos largos y hermosos.

Por otra parte, su relación con Muriel se volvía poco a poco más abierta. Una de las cosas más personales que le contó fue que tenía dos hijos de veinte años, pero eran imposibles. Exactamente esa fue la confesión. Tan escueta como ninguna otra confidencia que alguien le hubiera hecho. Ella solo le habló de Harvey, brevemente, pero nunca de su madre. Ese tema

solo lo discutía con Tom.

Llegó el sábado y no pudo volver a Londres, porque el chofer de Alice tenía que hacer algunos mandados en Oxford, y ya era demasiado tarde para tomar el tren o alquilar un automóvil. Harvey se puso triste por no verla, pero ella prometió que a cambio el siguiente fin de semana lo llevaría con ella al hotel. Tom prometió hacer lo posible para verse.

En vista de que tendría que pasar sola la noche decidió continuar con su rutina de bajar a nadar en la piscina.

Agradeció la calidez del agua y el hecho de que pudiese observar a través del tumbado transparente la noche estrellada. Estiró los brazos en el agua y giró en círculos dejando que el agua la tocara, que refrescara su cabello y se adhiriera a su piel. Había un lucero en el firmamento que ella se quedó observando. Pensó en todas las cosas maravillosas que podría hacer por su hermano cuando creciera. Lo llevaría de viaje, le pagaría el mejor colegio y la mejor universidad. No quería que tuviese ninguna carencia, como la tuvo ella.

Se puso en pie hasta tocar el fondo de la piscina, en la parte menos profunda, con una sonrisa relajada.

—Echaba en falta esa sonrisa — murmuró Luke sentado en una tumbona. Estaba inclinado hacia adelante con los codos apoyados en las rodillas, observándola.

Bree se quedó inmóvil. «Una semana sin saber de él...y ahí estaba».

—¿Luke... ?

—Espero que no te encuentres con alguien más mientras estás conmigo — dijo bromeando.

Ella no se rió. No tenía ningún derecho a interrumpir su noche tranquila, después de haberla dejado a un lado.

Le dio la espalda y empezó a nadar. No estaba a su disposición ni tenía que aguantar sus bromitas. Con agilidad se sumergió en el agua e hizo cinco largos más, hasta que sintió cómo sus músculos se volvían flexibles y ella se recuperaba del impacto que le causó verlo.

Cuando salió a la superficie se llevó una sorpresa.

Luke estaba desvistándose.

—¡¿Qué haces?! — preguntó retóricamente.

Él se encogió de hombros como si estuviese en su elemento.

—Ya que estás decidida a ignorarme, quizá darme un baño me venga bien. Ha sido una semana larga. ¿No lo crees?

Ella se tragó una maldición.

—La piscina es para huéspedes. —Él se terminó de sacar la camisa blanca y empezó a desabrocharse el cinturón—. No es apropiado que hagas esto — dijo sin poder apartar la mirada — te pueden descubrir...

Un brillo de picardía destelló en los ojos azules de Luke.

—¿Tú crees? —empezó a bajarse el pantalón al escuchar el tono de voz muy estilo doña mandona. El sonido de la hebilla del cinturón al caer en la moqueta resonó—. No habrá problemas, porque esta área está restringida por las adecuaciones que necesita. Supuse que estarías aquí, pues el recepcionista me dijo que no habías abandonado el hotel este fin de semana como acostumbras los sábados. —Ella mantuvo silencio, pero bajo el agua sus piernas se sentían débiles. ¿Sería él consciente de lo sexy que era casi desnudo? Probablemente sí, porque a veces parecía muy pagado de sí mismo, pensó Bree—. Si te preocupa la señora Evans, créeme que debe estar durmiendo en su casa. Es sábado.

Se alejó hacia el borde opuesto de la piscina como si de ese modo pudiera protegerse de aquel hombre que parecía un depredador a punto de saltar sobre su presa... en esta caso, ella. Brenda se sumergió y nadó hasta alcanzar la escalerilla; subió los tres escalones y al pisar la moqueta observó que Luke estaba completamente desnudo. Ahogó un gemido cuando intentó huir hacia la puerta. «Demasiado magnífico... demasiada tentación. La primera vez que veía un hombre completamente desnudo. Se sentía una idiota por estar tan nerviosa... ».

Él llegó hasta ella con facilidad y la atrapó desde atrás, por la cintura, pegando sus caderas al trasero mojado de Brenda.

—¿A dónde vas? — le susurró en la oreja lamiendo las gotas de agua que se deslizaban por el cuello de Brenda.

Ella no se movió. No podía.

Sentía la piel arder y el corazón agitado. Los sonidos del agua golpear contra el borde de la piscina y la respiración de Luke contra su cuello eran los únicos en la estancia. La necesidad y el deseo llegaron como un vendaval, convirtiéndose en sensaciones casi insoportables de sobrellevar. Jamás había sentido algo así en su vida.

Como si supiera lo agitada que se encontraba, él movió sus caderas para que notara cuánto la deseaba. Las manos masculinas tocaron los lazos de la parte inferior del bikini morado como si estuviera pensando en desatarlos, mientras su boca no dejaba de besar el cuello, los hombros y la espalda de Brenda.

—Tienes una piel deliciosa...

Ella suspiró involuntariamente cuando los dedos traviosos subieron por su abdomen plano y suave. No pudo evitar inclinar el cuello y él aprovechó su debilidad para apropiarse de sus pechos respingones y llenos, amasándolos con intención, mientras la escuchaba soltar un gemido y moverse contra su miembro erecto.

—Luke.

—Aún no me respondes, princesa. ¿A dónde pensabas ir? con maestría desató los nudos del sostén del bikini, y la volteó hacia él.

Brenda tenía los ojos velados y la boca ligeramente abierta; lo contemplaba sin vergüenza. Luke poseía una piel bronceada, y los músculos —cada uno— parecían haber sido esculpidos con detalle y precisión. Como sus obras de restauración en madera. Los brazos eran fuertes, y la sensación de estar entre ellos la hacía sentir protegida. Sin poder evitarlo siguió con la mirada la línea elegante de vellos que desaparecía justo en el vientre bajo...

Elevó la mirada abruptamente y sonrojada, hasta conectar con la mirada de Luke que estudiaba

con una sonrisa muy masculina su inspección.

—Yo...esto es una locura. Una completa locura.

—¿Sí? —la tomó de la mano y la guió hasta posarla sobre su potente erección. Ella hizo amago de alejarse, pero él la retuvo—. Tócame. No tengas miedo de mí — indicó con voz gutural al sentir la suave piel contra su duro sexo—. Así —movió la mano adelante y atrás enseñándole el ritmo. Ella cerró instintivamente los dedos para palpar su grosor y Luke gimió—. Oh, nena... sí...

No sabía cómo controlar lo que estaba ocurriendo, pero le fascinaba la sensación de la dureza de Luke entre sus manos. Al escucharlo gemir se sintió poderosa de poder causarle a un hombre como él, los estremecimientos que observaba cuando él contraía los músculos del abdomen. Se dejó guiar por su instinto, mientras acariciaba su sexo que era acero y suavidad al mismo tiempo; una combinación fascinante.

Él la obsequió con una sonrisa sexual, la tomó de pronto de las nalgas y la acercó a él, para que sus pechos quedaran pegados al suyo.

—Lo siento, nunca he acariciado un hombre de esa manera...

—susurró.

Luke la miró con ternura.

—No tienes por qué disculparte, princesa — intentó recordar que ella tendría miedo por su pasado, así que procuró controlar su deseo. Ni siquiera cuando estaba con aquellas experimentadas mujeres había sentido un ansia sexual que lo consumiera como ahora—. ¿Por qué huías?

Ella se cubrió los pechos con las manos, pero él las retuvo y negó con la cabeza. Brenda miró hacia un lado sonrojada.

—No lo hacía — él enarcó una ceja—. Me iba a... a mi habitación —consiguió decir, porque estaba absolutamente subyugada por la sensualidad que Luke irradiaba. Lo había visto y sentido en sus manos... él era grande... si ellos llegaban a... a algo más, quizá la lastimaría.

—No huyas de mí. Te he dicho que no va a pasar nada que no quieras — le acarició la mejilla con ternura. Luego se inclinó para besarla, mordisqueándole y devorando los labios exuberantes y delicados.

Brenda recordó el rostro frío y enfadado que tuvo Luke, después de aquella llamada en el claro. Sin embargo, ahora coqueteaba con ella y se mostraba controlado. ¿Sabría que era virgen? Notar que la deseaba tanto, no obstante se mostraba considerado como si no quisiera asustarla. Y ella sabía que era por su pasado, tan consciente era de ello que anhelaba conocer la sensualidad que estaba segura él podría enseñarle, quería perderse en aquel cuerpo dorado como no había querido tanto antes en su vida. Sería una aventura que recordaría siempre.

—Lo sé.

—¿Me invitarás a tu habitación? — preguntó entonces deslizado las manos hacia sus pechos. Al sentir la caricia, Brenda fue consciente de la bruma de excitación que nublaban sus sentidos y de aquella explosión de anhelo entre sus piernas. Se apretó contra aquellas manos que parecían estar obrando magia sobre sus senos desnudos.

Luke le apretó los pezones erguidos. Ella gimió al sentir cómo la boca diestra se apropió de uno de los suaves y duros botones, Brenda enredó las manos en el cabello negro y espeso de Luke. Él la besó en uno seno, y luego chupo y mordió el pezón hasta que ella tembló de placer, luego siguió el mismo procedimiento con el otro pezón, incitándolo hasta que las caderas empezaron a moverse buscando algo que solo él podía entregarle.

—Tus pechos son maravillosos — para demostrárselo los lamió; reemplazando así la humedad del agua en su piel con la de su lengua — tienen el tamaño perfecto...

—Luke... — dijo con voz ronca y sintiéndose cautivada acarició los hombros y brazos tocando cada pedacito de piel—. Eres hermoso — expresó con sinceridad, mientras aún lo sentía devorando sus pechos.

Las palabras sinceras de Bree eran como una brisa fresca para él que estaba acostumbrado a los halagos de mujeres que buscaban adularlo para conseguir algo a cambio. «Ella era tan distinta».

Él elevó la cabeza y detuvo así la erótica caricia que estaba prodigándole con su boca.

—Un hombre no es hermoso, princesa, pero tú si eres magnífica — sin interrumpir el contacto visual que sostenían en ese momento, él empezó a introducir su mano derecha en la parte inferior del bikini. Deseaba con locura tocar aquel punto vulnerable y henchido por el ardor de esperar ser acariciado. Ella soltó un gemido cuando lo sintió cerca de su humedad.

—La tienes... la tienes tan grande, Luke... —tragó nerviosa.

—No te asustes.

—Es que yo...

—Lo sé — la miró fijamente —. Entiendo tus miedos. Pero quiero que sepas que estás segura conmigo. Jamás haré nada que te lastime. Si algo no te gusta, dímelo y me detendré. Solo espero que te sientas lo suficientemente cómoda para permitirme darte placer. ¿Me dejarás?

Sería ella noche. Porque no quería esperar. Lo quería a él. Deseaba a Luke Spencer con locura. Y que el destino se encargara del resto, porque no pensaba renunciar a ese placer. Era imposible negarse. No podría pensar en alguien más perfecto para experimentar el sexo por primera vez.

Luke tocó sus pliegues y frotó su propia humedad de adelante hacia atrás, lubricándola y haciendo que sus piernas parecieran gelatina.

Ella gimió.

—¿Ese delicioso gemido es tu forma de decir que estoy invitado a tu habitación? — indagó con sensualidad tocándola tortuosamente.

«Dios estaba empapada de deseo. Se volvería loco si no podía poseerla esa noche».

Se sentía vulnerable, pero también excitada al verlo desnudo. Al contrario de lo que quizá hubiera esperado, no estaba asustada, ni temerosa. Con él sabía que estaba a salvo.

Ella no contestó porque había cerrado los ojos concentrada en sentir cómo él la acariciaba tan diestramente. De pronto, Luke se detuvo y eso la hizo abrir los ojos de golpe. Tenía los nervios tensos por el deseo insatisfecho. No le importaba estar medio desnuda, no le importaba si alguien entraba de pronto, solo quería sentir placer con él.

—¿Hmmm? — preguntó con voz ronca. Él sonrió y se inclinó para besarla profunda y concienzudamente.

—Lamento haber estado ausente y no comunicarme.

—No tenemos nada de qué explicarnos, Luke. Apenas nos conoce.

—Yo quiero explicarte interrumpió con suavidad.

Ella suspiró.

—De acuerdo, me hubiera gustado saber que estabas bien...

Él asintió y colocó una mano en su mejilla.

—Tuve un cliente en Londres que me obligó prácticamente a quedarme. No dormí bien en toda semana.—Esa parte no era mentira. Faith le había dado dolores de cabeza, y tuvo que complacerla en muchas cosas en las cuales ya no tenía obligación. Lo hizo prácticamente por lástima—. Apenas he tenido tiempo de respirar. Si no hubiese terminado esos asuntos aún estuviera en Londres, y no podría tener el placer de besarte y tocarte de nuevo.

—Lo comprendo...

Ella tenía muy claro que para Luke era un pasatiempo, una aventura que se acabaría con el trabajo en Surrey. Lo cual no estaba muy lejos ya de cumplir su ciclo.

Aunque era romántica por naturaleza, también la vida le enseñó a ser un poco cínica. Si él obtenía placer, a cambio le ofrecía lo que más anhelaba: volver a confiar en que un hombre no volvería a hacer daño físicamente. A entregarse sin miedo a ser forzada a hacer algo que no desea. Estaba segura que con Luke, podía conseguirlo. Su corazón empezaba a vibrar no solo de anhelo de sus caricias y sus besos... había algo más, pero ella no tenía ganas de definirlo. No ahora.

—He pasado imaginándome la noche en que pudiera estar a solas contigo —la miró con ojos brillantes de pasión—. Deseo hacerte el amor. Quiero recobrar ese momento en el claro la semana pasada.

Bree tragó en seco contemplando los preciosos ojos zafiro. Las manos de Luke la agarraban de la cintura y subían a ratos para acariciar sus pechos, mientras hablaban. Estar así era una mezcla erótica. Como si estuviesen suspendidos en el tiempo. Un tiempo perfecto... con fecha de caducidad.

—No me debes nada, Luke. Ni yo a ti... — murmuró.

—Nos debemos esta noche —susurró sonriente—. Quiero probarte — se inclinó para morder de modo provocativo sus labios.

Supo que estaba perdida. Una batalla que perdería con la más dulce de las resignaciones.

—Yo también te deseo expresó empujándose para dejar un beso en su hombro, al tiempo que presionó su pelvis contra el sexo erecto y vibrante de Luke con picardía.

Él gruñó algo sobre las tentaciones antes de tomarla de la mano con apremio, para medio vestirse y salir sigilosamente de la piscina.

Llegaron a la habitación de Brenda y él no tuvo problemas en desnudarla totalmente. Era una mujer preciosa. Lanzó su ropa sobre la alfombra, antes de tomarla en brazos y besarla largamente, ella respondió con ardor. Le gustó cuando la sintió abandonarse ante el fuego y la necesidad que los consumía a ambos.

—Me gusta sentir tus manos en mi cuerpo — expresó cuando las pequeñas manos le recorrieron la espalda con apremio, palpando sus músculos, llevando sus caricias hasta sus nalgas—. Aunque me gusta más —le devolvió el favor acariciándole los costados y elevando sus dedos hasta lograr pellizcar los pezones de aureolas rosadas— sentir el tacto de tus pechos en mis manos—. Sin embargo, esto... —se inclinó hacia sus botones suaves y dolidos por el deseo, para lamerlos, succionarlos, y luego recorrer y chupar sus senos, mientras ella enterraba los dedos en el denso cabello masculino— es definitivamente glorioso.

—Oh, Luke —gimió presionando su cuerpo hacia adelante, cuando sintió la punta del glande coquetear con la abertura de sus pliegues femeninos.

Ella estaba inflamada y el calor húmedo palpitaba entre sus muslos, mientras Luke dejaba una estela de besos en su cuello, los hombros, su rostro.

Él fue especialmente dulce con sus suaves y generosos senos. Los sopesó, acarició, hasta enloquecerla. Bree se atrevió a deslizar la mano a lo largo del miembro erecto impresionada por la textura de esa parte de la anatomía masculina.

Luke gruñó, mientras acunaba el trasero prieto y firme de Brenda entre sus manos, moviendo su sexo sobre el de ella dándole un indicio de lo que deseaba con desesperación. Los gemidos de ambos se entrelazaban con los besos apasionados, descarnados y eróticos que se prodigaban mutuamente.

Las acaricias eran arrolladoras.

Luke ardiendo por conocerla toda, y Bree extasiada ante la primera vez que se sentía con un poder femenino especial, para tener un hombre tan guapo como Luke tan excitado entre sus manos. Para ella fue un reconocimiento de su sexualidad, una liberación de los sentidos y una expansión de su autoconocimiento femenino.

La marea de deseo los consumía no había tiempo para el arrepentimiento. Solo tenían ese instante. Sus bocas danzaban en una batalla en la que Luke provocaba, y

Brenda aceptaba el reto transmitiéndole no solo su deseo, sino su confianza. Confiaba en él. Una barrera de temores se había diluido.

Cuando introdujo un dedo en el húmedo canal, este lo recibió contrayéndose primorosamente dejándolo mojado.

—Estás más que lista para mí. —La llevó a la cama y se tumbó sobre ella cuidando de no aplastarla. Se apoyó en los brazos provocándola con las caderas sin penetrarla. Con la rodilla se hizo espacio suavemente entre sus piernas, ante la mirada expectante y velada de deseo.

Ella elevaba las caderas, pero Luke no quería penetrarla todavía. Así que se deslizó hacia abajo y empezó a recorrer cada centímetro de su piel con besos, adorándola y demostrándole que no solo la deseaba, sino que agradecía la confianza que estaba depositando en él al permitirle tocarla de esa manera. La veneró con la boca, con las manos, piel con piel; recorrió sus brazos, senos, el abdomen, las caderas, los muslos... Luego devoró los labios de Brenda cada vez que

ella intentaba pedirle que la hiciera suya. Quería tenerla al borde del precipicio sensual antes de poseerla. Se sentía enfebrecido.

En un descuido, Brenda se incorporó tumbándolo a él, y quedándose encima.

—No hagas esto... —susurró con la voz ronca de Luke al ver sus pechos moverse, mientras ella apoyaba las manos en su tórax bronceado y giraba sinuosamente las caderas a lo largo de su sexo, sin permitirle al glande topar sus pliegues suaves e inflamados de anhelo —. Si vas por ese camino... ahhh, Bree... —gruñó de placer cuando ella se inclinó hacia adelante poniéndole sus pechos a disposición y él no tuvo que pensárselo siquiera antes de chupar las cumbres magníficas que le ofrecían, mientras sentía cómo la mano de Brenda masturbaba con atrevimiento su sexo—. Vas a matarme... —sonrió antes de cambiar de posición, y volver a colocarse sobre ella, con la respiración agitada.

—Si me sigues tocando así... —jadeó, alejando la mano de Bree que intentaba apropiarse de su sexo—, probablemente no lleguemos al final de la noche...

—¿No? —preguntó coqueta.

—No tanto como quisiera que fuera en tu primera vez.

Ella dejó de contonearse y lo miró a los ojos.

—¿Cómo sabes que...? —preguntó con un sonido entrecortado, cuando sintió los dedos de Luke sobre sus pezones.

—Tus reacciones, el sonrojo y... —le besó la punta de la nariz — me lo dijiste entre líneas —sonrió mirándola. Le encantaba verla tan confiada con él.

—Oh... ¿Te molesta, quizá no sea lo que estás acostumbrado?

Ella sintió el suave mordisco de justo debajo de sus pechos y luego en su vientre. Al sentirlo acariciándola, se le erizaba la piel.

—Me parece que eres un afrodisíaco y me alegra enseñarte.

—Eres un poquito presumido.

Él soltó una carcajada ronca.

—Bree... ¿estás segura de que quieres continuar? Recuerda que tú...

—Sí, Luke, lo sé, yo decido. Y quiero que me hagas el amor.

—Iré despacio. No quiero hacerte daño.

—Sé que no lo harías.

Ese voto de confianza le mereció un beso prolongado, una caricia sobre su sexo y dos dedos frotando su monte de venus lubricándola y enloqueciéndola. Podía sentir la erección de Luke contra su muslo y creía escuchar su sangre correr como lava ardientes por sus venas.

—No dejes de tocarme —susurró

Luke cuando la sintió dudar. Ella sonrió mordiéndose el labio inferior—. Has lo que quieras

conmigo tan solo deja ese espacio de mi anatomía para dentro de un rato... — dijo con tono ronco.

Brenda se echó a reír nerviosa, y sin poder evitarlo lo tomó de la nuca atrayéndolo hacia sí, y lo besó.

Él la acarició escuchando excitado cada quejido entrecortado de Brenda. Ella era toda entrega y pasión. Su inexperiencia era su afrodisíaco.

Se cuidó de no ser brusco ni apremiante, pero era difícil contenerse cuando tenía una mujer que parecía salida de sus más recónditas fantasías, tan dispuesta, e inocentemente mojada esperando por él. Su cuerpo era sinuoso y con la proporción perfecta. Con las manos acarició los suaves muslos internos, masajeó sus pantorillas y deslizó sus dedos por los curvos costados, hasta entrelazar los dedos ligeramente callosos por el trabajo diario con los dedos delicados de Bree, dejando ambas manos una a cada lado sobre su cabeza de cabellera dorada.

—¿Te he dicho que eres la mujer más hermosa con la que he tenido el placer de estar?

—Supongo que has estado con muchas...

—Ninguna que merezca la pena recordar. —Porque era cierto. Intentaba recordar cómo se había sentido con su última amante, pero no podía. Brenda llenaba todas sus expectativas físicas y lo hacía sentir un arrollador deseo que parecía abrir una brecha sensual que nunca antes había explorado.

«Como seré yo dentro de poco», pensó Brenda sin poder evitarlo.

—Aquí solo somos tú y yo, princesa. ¿De acuerdo? — preguntó rozando la nariz respingona con la suya.

Bree asintió.

Luke se incorporó con una velocidad impresionante y rebuscó en su pantalón un preservativo. Lo colocó en su miembro con rapidez antes de colocarse sobre ella.

—¿Estabas muy seguro de ti mismo? — dijo con tono acusatorio.

—Apostaba por mi buena suerte.

No pudo evitar reírse, aunque la expectativa de lo que iba a ocurrir la hizo jadear.

—Te va a doler un poco... solo al principio — le separó un poco más los muslos para hacerse espacio—. Necesito estar dentro tuyo colocó la punta de su miembro en la entrada de Bree—, luego será todo más suave —le beso la nariz, las mejillas, y después se apoderó de los labios hinchados por los besos de esa noche—. Quiero hacer el amor contigo toda la noche... —la besó de nuevo—. Ahora princesa... solo tienes que disfrutar lo que haremos juntos...dime si te duele y bajaré el ritmo.

—Sí... yo... —se quedó sin hablar cuando Luke empezó a balancear su peso muy despacio. Introdujo su erecto miembro unos centímetros, palpando la calidez que emanaba de Brenda. Ella se movió ante la ligera invasión, incómoda, y él la calmó con un beso tierno. Luke no le permitió cerrar los ojos. Quería ver cómo los preciosos ojos almendrados se velaban con el deseo, y también anhelaba observar las emociones que se reflejarían cuando la poseyera por completo.

Poco a poco fue deslizándose dentro de ella, y cuando se topó con la barrera de su virginidad, le susurró lo preciosa que estaba y la besó apasionadamente para calmar cualquier indicio de dolor que pudiera sentir. Cuando la vio disfrutar y relajarse con el vaivén de su casi completa conquista, solo entonces la penetró totalmente con un firme y definitivo empujón. Ella se abrió dulce y totalmente para él.

Bree cimbrecó su cuerpo alrededor del largo y grueso miembro, frotándose, mientras él bombeaba tres y cinco veces, en una cadencia sinuosa. Rápido, suave, fuerte; rápido, suave, profundo. Un ritmo que también lo estaba enloqueciendo al sentir el modo en que los músculos internos de Brenda lo apretaban.

Ella lo rodeó con sus piernas, permitiéndole introducirse más profundamente en su cuerpo, poseyéndola de forma total y absoluta.

—Luke...

—Sigue moviéndote así... —continuó penetrándola varias veces, lubricándose así el uno al otro, en una cadencia de acometidas empapada de sudor, lujuria y deseo desenfrenado. Luke se ayudó con los dedos para incrementar las sensaciones de placer en ella.

—Es...oh... —jadeó cuando sintió la última embestida que la llevó a desintegrarse en un orgasmo fabuloso. Echó la cabeza hacia atrás para permitirse disfrutar de la sensación. Su centro femenino se contraía alrededor del sexo de Luke, enviándole las ondas de placer que se expandían en ella a través de sus placenteros espasmos. Ella sintió estar viviendo una sensación de libertad absoluta, como si el agua corriera por un cauce a raudales, con fuerza, salvaje y libremente. Era glorioso.

Cuando él la observó volar se permitió dejarse ir, hasta que alcanzó la cima de un clímax que lo arrastró a las profundidades, para luego liberarlo en una conjunción de sacudidas subyugantes. «Esa mujer lo había embrujado». Con ese último pensamiento se liberó totalmente dentro de ella.

Luke se incorporó para no aplastar a Brenda, y al hacerlo la abrazó para llevarla consigo, mientras él se acostaba de espaldas. Le gustaba sentirla a su lado.

Al recuperar la respiración normal y aún con el rostro enterrado en el sedoso cabello de Bree empezó a retirarse con cuidado del cuerpo suave y recién amado. Ella protestó, hundiendo los delicados talones, sobre sus nalgas firmes.

—No. Quédate así... me gusta sentirte dentro.

Luke sonrió observándola, pero no la complació.

Le dio un beso en los labios con ternura. Algo había cambiado para él. No se trataba de haber sido el primero — aunque eso contaba mucho —, ni de haber tenido el mejor orgasmo de su vida. Había algo más, pero él ignoró la idea deliberadamente.

—Te voy a lastimar si me quedo así mucho tiempo, vamos despacio dulzura. Ha sido tu primera vez y tus músculos están más sensibles —le dio un beso en la mejilla y salió con pesar de aquel cálido guante que lo había acogido con tanta generosidad—. Ahora ven, déjame abrazarte, princesa — susurró, arrastrándola hasta que quedó sobre él.

Le acarició las mejillas sonrosadas y depositó un beso suave sobre sus labios.

Estuvieron quietos, el uno sobre el otro un rato. Luke no podía estar sin tocarla, ni besarla. Ella dibujaba trazos sin sentido con los dedos sobre los trabajados músculos del brazo de su amante. A Bree le gustó sentir el contraste de la piel áspera de las piernas de Luke con las suyas.

—Gracias por haberme permitido ser el primero... ha sido un privilegio — declaró con sinceridad, mirándola.

El corazón se le aceleró.

—Oh, Luke —recostó el rostro sobre el firme pecho masculino y luego depositó un besó—. Ha sido maravilloso.

—Tú eres perfecta —murmuró acariciándole el trasero—. Me gusta esta parte de tu anatomía.—Empezaba a excitarse de nuevo—. ¿Estás bien? — le apartó un mechón rubio del rostro y se lo colocó detrás de la oreja.

—Más que bien — sonrió de tal manera que él sintió que la habitación de luces tenues se iluminaba completamente.

—Mmm —acarició los contornos de sus pechos— en realidad — la aupó hacia él de tal manera que sus rostros quedaron a la misma altura—, me gusta todo de ti — empezó a besarla—. Necesito...

Ella supo lo que quería, porque sintió cómo él se ponía duro debajo suyo.

—Hazme el amor otra vez...

—Tus palabras son órdenes. Iremos despacio hasta que tu cuerpo se acostumbre a mí, ¿sí? — murmuró tumbándola para quedar sobre ella—. Mmm... tengo cierta debilidad por tus pezones son simplemente deliciosos, como toda tú, ¿te supone algún inconveniente si los torturo con mi lengua? — preguntó lamiéndolos.

—Yo... oh... —gimió perdiéndose en las sensaciones que Luke le producía. Cuando él se introdujo uno de los inhiestos picos en la boca para atormentarlos sintió que podía morir ese día. Y no le importaba nada más que él.

Ambos se perdieron en una bruma de besos. Hicieron el amor durante el resto de la noche y madrugada redescubriendo un nuevo sentido de crear magia con los sentidos.

Capítulo 10

Desde aquella noche amanecía cada día que pasaba en Surrey en los brazos de Luke. Aprendía con entusiasmo los modos de complacerlo, y la compensación siempre era una subida al paraíso entre besos y halagos. La trataba con dulzura. Luke era considerado y absolutamente sexy. Cuando al caer la noche el deseo entre ambos se volvía irresistible, prácticamente se arrancaban la ropa y se deslizaban en un salvaje mar de sábanas, gemidos y caricias.

La primera vez que él la tomó con la boca protestó, pero él le demostró lo placentero de ese modo de estimularla, y pronto se encontró pidiéndole que llegara al final de la promesa que sus labios ofrecían en su entrada femenina. Aprendió también a darle placer de esa manera tan

íntima, sumiendo a

Luke en una vorágine de sensualidad cuando lamia y poseía con sus labios la viril muestra de excitación masculina.

Él era un amante fabuloso y a veces no podía evitar preguntarse cuántas mujeres habrían pasado por su cama. Ahuyentaba esos pensamientos, porque no servía de nada. Además ninguno de los dos solía hablar de temas “demasiado” personales, y al ser consciente de ello, Bree se dio cuenta de que en realidad no sabía nada de Luke Spencer. No obstante decidió que aquello no influiría en su tiempo con él.

Estaba dispuesta a disfrutar lo que tenían juntos, hasta que durara. Luego ella se llevaría un precioso recuerdo. «Mentirosa», le gritó su conciencia.

Lo que en realidad ocurría era que estaba aterrada. Muy a pesar de sus intentos de mantener su tonta idea de controlar las emociones y llevar un affaire, se había enamorado profundamente de Luke. ¿Cómo no hacerlo? Siempre la hacía reír, era generoso, sus formas de razonar la descolocaban pues daban cuenta de lo brillante de su mente, era ingenioso, compartían ideologías sobre la vida y entre las sábanas eran maravillosos. Le escocía era saber que nunca podría darle a conocer sus sentimientos, porque sería obligarlo o presionarlo a algo que jamás le había ofrecido. Ella conocía las reglas del juego... aunque acababa de aceptar haber roto la principal. No enamorarse de su amante. En este caso era algo más que su amante. Luke Spencer era quien la ayudó a superar sus propios miedos como mujer, a recuperar la confianza en sí misma y en los hombres.

Él le había dado algo maravilloso, e intentaría conformarse con eso cuando las reformas en el hotel acabaran y tuvieran que separarse cada cual por su lado. Por eso jamás se mostraba disgustada o incómoda cuando él se iba a hacer trabajos en Londres dos días o tres, sin más explicaciones, y ella tampoco las pedía.

Una tarde mientras llenaba formularios en la recepción, se acercó a Fred Turnis, uno de los encargados de las tuberías de la compañía Hudson Corporation, a preguntar por unos paquetes. Stella, la recepcionista, lo atendió, al tiempo que Brenda continuaba escribiendo diligentemente las direcciones que solicitaban en el papel que tenía entre manos. Segundos después llegó William Limmer, compañero del área de tuberías de Fred, y empezaron a discutir de varios temas.

—Fred, el jefe ha invitado unas cervezas mañana que viene de Londres — dijo William saludando a uno de los huéspedes que pasó cerca.

Bree empezó a leer la correspondencia que le había llegado de Londres, pero la conversación despreocupada de Fred y William se le antojó curiosa.

—¿Sí? —William masticaba un chicle—. Ese muchacho es buena persona, pensé que sería estirado, pero no lo es para nada.

—No sé por qué le molestan que le digan jefe — murmuró Fred completando una plantilla en blanco con medidas de tubería del cuarto doscientos sesenta—. Decirle Luke iría mejor, pero yo prefiero el respeto. Al fin y al cabo es el jefe, ¿no?

Brenda se quedó inquieta. ¿Por qué habrían de decirle jefe a Luke? ¿Por su capacidad de liderazgo?

—Sí... —había dicho William rascándose la cabeza de cabellos rojos y desordenados— oye, necesito que mañana me des una Cuando los observó alejarse se quedó con una sensación extraña en el pecho. Ella se había percatado que toda la plantilla solía escuchar atentamente y no contradecía a Luke cuando él hablaba o pedía algo. No era un comportamiento normal en esa panda de renegados. «Quizá se debía al encanto de Luke, pero, ¿hasta el punto de llamarlo jefe? A lo mejor era un modo sarcástico de referirse... ».

Estaba elucubrando en su cabeza cuando una llamada de su hermano distrajo toda su atención. Harvey quería verla. Ella no iba a retrasar más días para ver al pequeño. Le pidió al chofer de Alice que lo llevara a Surrey.

Horas más tarde, con el muñeco de Thor en mano y un canguro de goma muy pequeño en la otra,

Harvey corría hasta ella ni bien se bajó del automóvil. Se quedó abrazado a sus piernas.

—¡Hola, mi superhéroe! — lo aupó en brazos, aunque ya era bastante pesadito para su edad. Ella no podía resistírsele—. He tenido que pedir permiso a tu profesora para que te quedes hoy y mañana viernes, pero el sábado debes volver con los Quinn tengo trabajo que aún me queda pendiente. —Le acarició las mejillas regordetas y se las besó con entusiasmo—. ¿Te ha gustado el viaje desde Londres? — lo dejó en el suelo.

—¡Claro que sí! Había muchos automóviles, pero el señor

—señaló al chofer de Alice que ya se alejaba por el camino de grava— manejaba como turbo.

Ella se sonrió.

—¿Qué tal está ese bracito?

—Ya no me duele, pero quiero quitármelo.

—Lo harás cuando te lo indique la doctora. —Él asintió obediente—. ¿Quieres un sándwich, cariño?

—¡Sí!

Lo tomó de la mano sin escayola.

—A mí también me gustaría uno — dijo Luke llegando hasta ellos. Justo volvía de Londres cuando había visto a mitad del camino de grava del hotel a la mujer que lo cautivaba cada noche abrazada de su pequeño hermano. La escena le pareció tan familiar, que a pesar de que años antes le hubiera causado resistencia tener hijos, en ese instante la idea no se le hacía tan difícil de aceptar. Se fijó en la pequeña mochila de Hulk del niño, y lo saludó—: Hola, Harvey.

El pequeño se giró hacia él, mientras Bree lo contemplaba con una sonrisa en el rostro. Su hermano se lanzó a los fuertes brazos sin pensarlo, cuando Luke se agachó para saludarlo. Harvey era un niño sociable, pero ella se sorprendió de que tan fácilmente hubiera acogido a Luke.

—Hola, princesa — le dijo sobre el hombro de Harvey.

Ella le sonrió murmurando un hola silencioso.

—¿Por qué le dices así? — preguntó Harvey, mirando a su hermana. «Que él supiera, las

princesas llevaban vestidos largos, y los príncipes las rescataban de los dragones, cosa que obviamente no existían», pensó ceñudo.

—Pues porque es muy hermosa — contestó riéndose. Brenda se sonrojó cuando Luke se acercó y del modo más natural la besó.

—¿Tú no vas a golpearla...? — indagó Harvey de pronto con inocencia, y el ceño ligeramente fruncido.

Luke se quedó con la sonrisa congelada, mientras Brenda lo observó preocupada. Su hermano jamás le hizo comentarios sobre el modo en que, cuando él era apenas un niño de tres años, su madre solía golpearla. Saberlo, la apenó.

—¿Por qué habría de hacer eso? — preguntó Luke siguiendo el tono del niño. Bree quiso llevarse a Harvey, pero él se lo impidió guiando al pequeño de la mano hacia un espacio alejado de donde se encontraban.

Ella no quería que escarbara en esa parte de su vida. Se avergonzaba de ello.

Llegaron hacia un área para hacer barbacoa que estaba desolada. Luke colocó las gafas sobre la mesa de madera y puso a Harvey justo a su lado con cuidado de no lastimarle el bracito. Brenda no tuvo otra opción que sentarse frente a ambos. —Mamá siempre lo hacía... —empezó a hablar el niño de pronto—. Bree se defendía, pero nunca golpeó a mamá Marianne. Cuando tomaba mucho de esas botellas que olían mal —hizo un gesto de asco— mamá gritaba... ahora ya no lo hace... — bajó la mirada — no la he visto hace muchos, muchos días.

A Luke le dio rabia saber que alguien tan pequeño pudiera tener esa clase de recuerdo. Sin embargo, lo ponía aún más furioso el hecho de que Brenda hubiera sido maltratada, y tuviera que hacerse cargo de su hermano siendo tan joven. Estaba seguro que además también mantenía a su madre, alcohólica según deducía de lo que Harvey estaba contando.

Miró al niño con solemnidad.

—Yo jamás pondré un dedo sobre tu hermana —le aseguró mirándolo fijamente para que tuviera la plena seguridad de que iba a ser así—. Bajo ninguna circunstancia.

—Luke, por favor... —pidió Bree angustiada. Él se limitó a mirarla negando con la cabeza. Se dirigió entonces al pequeño rubiecito de nuevo—: ¿Me crees?

—Sí.

Bree no quería continuar esa conversación, así que se puso de pie para hablarle a Harvey.

—Tesoro vamos por ese sándwich, no molestes a Luke que ha venido cansado, ¿de acuerdo?

—¿Tu mamá golpeaba a Bree? — preguntó Luke con suavidad ignorándola deliberadamente. Harvey era un niño receptivo y susceptible, Bree había hecho un estupendo trabajo al cuidarlo. —Luke... — rogó Brenda en un susurró entrecortado—. Por favor, no...

Harvey giró la cabeza de Thor e hizo que pateara con las botas de superhéroe al canguro que ya no tenía la cola, porque se había portado mal y no comió vegetales.

—Mamá siempre la golpeaba y gritaba. Bree trataba de calmarla. Luegoapestaba toda la casa.—El canguro se vengó de Thor, quien se quedó sin un brazo. Harvey se lo recolocó

nuevamente—. Yo no quiero que tú le pegues — dijo poniendo los muñecos sobre la mesa y observándolo con bastante seriedad—. Si lo haces, yo la defenderé.

Las lágrimas empezaron a correr por los ojos de Bree al darse cuenta de todo lo que su hermano había revelado. No solo eso, sino que supiera lo que ocurría en casa, cuando siempre trató de protegerlo.

—Nunca. Tienes mi palabra que cuidaré de tu hermana. ¿De acuerdo, socio? — intentó sonar suficientemente serio, para que el niño no se preocupara.

Harvey pareció pensárselo unos segundos, y después le dedicó una sonrisa resplandeciente.

—Sí.—Harvey se giró hacia

Bree, que había logrado secarse las lágrimas, y le dijo entusiasmado—: Bree, ¿has escuchado? Luke no va a tratarte mal. Es un amigo, como los señores Quinn —sonrió sin su diente de leche frontal— ¡Bree, quiero mi sándwich!

Brenda abrazó a su hermano y Luke los observó inquieto. Ella despertaba un sentimiento protector que no había querido sentir por nadie, pero con Brenda le resultaba natural e inevitable.

No quiso presionarla para hablar sobre lo que acababa de escuchar, y la dejó alejarse y perderse en el interior del hotel.

El resto de la tarde evitó acercarse a ella, principalmente porque estaba contrariado y no sabía cómo abordar la información que Harvey tan inocentemente le había soltado. No debería ser de su incumbencia lo que le hubiese ocurrido a la familia Russell. Se suponía que estaba viviendo un affaire, no intentando construir algo estable en una relación que acabaría de un momento a otro.

Por otra parte, no lograba alejarse de la idea de que no estaba portándose honesto al ocultarle la verdad sobre su identidad. Tácitamente ambos sabían que estaban viviendo una aventura. No existían promesas ni recriminaciones, pero Brenda le había dado mucho en esas semanas que habían compartido. Demasiado, quizá para lo que él se merecía. Su virginidad y su confianza. Y eso estaba aumentando su cargo de conciencia, pero también lo asustaba.

Quizá todo se debía a estar por primera vez lejos de los círculos sociales a los que solía ser adepto, a haber dejado la vida bohemia por una temporada y a no ser Luke Blackward. «Sí. Todo se debe a las emociones que causa la novedad. Pronto pasará y me habré olvidado de todo». Con eso en mente se tranquilizó, y fue con paso rápido hasta las caballerizas.

Cabalgó un largo rato, mientras dejaba que el aire del campo despejara su cabeza.

Brenda agradeció que Luke le diera su espacio mientras su hermano estaba en el hotel, porque ella necesitaba hablar con Harvey y saber hasta qué punto tenía conciencia de Marianne, y lo que vivieron durante años. El pequeño le comentó que siempre escuchaba los gritos, pero conciliaba el sueño cuando ella llegaba de noche de su trabajo y Marianne se calmaba.

Harvey le preguntó dónde estaba su madre, y con mucha precaución tuvo que decirle que se encontraba en un centro especial para personas que se enojan con mucha facilidad. Él pareció satisfecho con su explicación.

El día sábado en la mañana llevó a su hermano a casa, y no supo de Luke. Asumía que su

pasado era una carga molesta para un amante, aunque para ella fuera más que eso... Esperaba que al menos se despidiera de ella antes de no volver a verse. Pero si no ocurría, no tendría alternativa más que aceptarlo y recomponer su corazón, aunque muy dentro sabía que jamás podría amar a otro como amaba a Luke Spencer.

Los Quinn invitaron a Harvey a pasear a Oxford, ella se mostró entusiasmada con la idea de que el pequeño disfrutara de otros sitios de Inglaterra. Harvey no paró de hablar sobre la nueva ciudad en la que iba a pasar el resto del fin de semana.

Bree aprovechó para pasar a visitar a su madre. La encontró amena en su conversación. El centro especializado era de lujo y aquel gasto representaba al menos la mitad de su salario, pero valía cada centavo si finalmente podía hablar con Marianne de modo coherente, sin gritos o peleas humillantes.

El cabello entrecano de su madre tenía un corte de cabello y se la veía más recuperada en el peso. Ya no poseía aquellas marcadas ojeras, y sus labios agrietados ahora estaban más lozanos. Las arrugas del tiempo casi parecían sonreír, en lugar de fruncirse y desdeñar. Y el tono de voz áspero ahora alcanzaba un cierto matiz dulzón.

—Gracias, Brenda — le dijo sosteniendo una taza de té sobre el regazo. El asiento tapizado con rosas se amoldaba a la decoración acogedora de la sala de visitas del centro médico especializado—. Ha sido más difícil esta ocasión... muy duro...

Ella contuvo las lágrimas. Era la primera vez que su madre le agradecía por algo.

—Soy tu hija. No podía hacer menos por ti —colocó la mano sobre la rodilla castigada por el tiempo—. Me alegro verte, mamá.

—He sido una mala madre... no te merezco... —se llevó la taza a los labios. Brenda le sostuvo la delicada pieza de porcelana ayudándola a beber—. No te merezco... — insistió tragando el líquido azucarado.

Brenda negó con la cabeza. A pesar de los sinsabores que tuvo que vivir tantos años, Marianne continuaría siendo su madre. Su sangre. Después de todo ella le había dado la vida.

—Mamá, no digas esas cosas ya ha pasado todo... ahora estás mejor. En dos semanas te darán el alta.

Marianne, a sus cuarenta y seis años, se sentía como de cien y aparentaba ochenta. El alcohol y las drogas la habían convertido casi en un despojo humano. Los médicos la ayudaron a recuperar el peso, las ganas de vivir no solo con tratamientos medicinales, sino con psicólogos y psiquiatras. La terapia de grupo era enriquecedora y después de tantos años en el abismo encontró personas que la miraban sin reproches, que no la trataban como una furcia y le hablaban con respeto. Había tocado fondo. Y quería recuperar el tiempo con sus hijos. Tan solo tenía miedo de volver a ellos y fallarles.

—Quiero pedirte perdón... — empezó dejando la taza a un lado. Miró a su hija a los ojos como nunca antes lo había hecho. Ambas compartían los ojos verdes.

—Mamá, no hace falta.

—Déjame hablar — interrumpió con firmeza. Necesitaba sacarlo de dentro. Elizabeth, su psiquiatra, le había dicho que era necesario. Y ella sentía hacerlo—. Hija... casi me parece

extraño llamarte de ese modo cuando te he castigado injustamente, te arrebaté la posibilidad de prepararte, no te aleccioné sobre cómo defenderte de los malos hombres, no estuve contigo en la graduación de la secundaria, tampoco cuidé a

Harvey y te lo endosé como si fuera un accesorio... — Brenda se limpiaba las lágrimas que corrían por su rostro joven y apesadumbrado, al ver su madre hablar con tanto dolor—. Sé que no tengo derecho a pedirte... he sido una persona horrible, y una madre aún peor, pero... ¿podrías darme otra oportunidad, Brenda, podrías...? — preguntó con un hilillo de voz.

Bree se acercó a su madre y la abrazó. Aquel contacto físico, el primero desde que ella podía recordar, se sintió extraño, duro, áspero e incómodo, pero a medida que permanecían más tiempo de esa manera, el abrazo se tornó natural, cálido y comprensivo.

No había mucho que pensar.

—Claro que sí, mamá —le limpió las lágrimas de Marianne con la servilleta—. Claro que sí.

Luke se paseaba de un lado a otro. El médico le dijo que la salud de Faith empeoraba cada día, a pesar de que los medicamentos la mantenían bastante animada. Él había insistido en que se quedara en Mayfair, pero ella quiso una casa en Portobello. Por una parte sentía alivio de que ya no estuviera en su mansión, pero por otra lo fastidiaba tener que complacerla. «Una mujer en sus últimos días de vida», se recordaba cuando llegaban las ganas de mandarla al. Así que le rentó la casa más bonita que hubo y contrató una enfermera personal para que la ayudara.

La verdad era que sentía gran pena por aquella bailarina que había sido toda vida, sensualidad y travesuras, y ahora se encontraba al borde del ocaso de su corta existencia. La segunda petición de Faith había creado una de las tantas peleas a las que estaban habituados cuando aún eran marido y mujer. Luke se negó en redondo y ella sacó su lado manipulador a flote.

—¡No puedo creer que no puedas concederle un único deseo como ese a una moribunda! —le gritó—.

Quiero morirme al menos sintiéndome que pertenezco a alguien... protegida por un nombre, acompañada. Luke, no tengo a nadie. ¿Acaso no lo entiendes? Mi madre no quiere saber de mí, no tengo dinero, tan solo lo que me das por caridad...

—Esto no es caridad. Es lo que haría un amigo, por otro.

Ella se rió.

—¿Amigos? ¡¿Amigos?! Después de tener sexo como locos tantos meses y conocer los más sórdidos deseos de cada uno, ¿tú pretendes compararnos con amigos, Luke Blackward?

—Aquello fue hace mucho tiempo y no siento ya nada por ti.

No iba a conseguir nada si iba por esa línea, pensó Faith.

—¿Lo pensarás al menos? — lo miró desvalida desde la cama.

Luke suspiró y se acercó a acariciarle con pena los cabellos rojos que lucían opacos. No tenía ganas de discutir.

—Casarme de nuevo contigo no tiene sentido. No te amo. No me amas. Ha pasado demasiado tiempo —se metió las manos en los bolsillos, frustrado—. Demasiado.

—¿Lo pensarás? —insistió, cubriéndose con la colcha al sentir escalofríos. Tenía las defensas algo bajas—. Por favor, Lukas...

Él bajo la mano y la guardó en el bolsillo del pantalón.

Escuchar el tono lastimero y el modo de decir su nombre casi suplicante, lo ablandó. «Una mujer moribunda», volvió a recordarse. No iba a casarse con ella. La idea era ridícula, sin embargo, hacerle creer que meditaría al respecto y dejarle una esperanza en su capricho, no causaría ningún mal a nadie.

—Sí, Faith. Me lo pensaré.

Ella pareció relajarse y empezó a cerrar los párpados, hasta que se quedó dormida. Luke le pagó la visita al doctor y salió de

Portobello para ir a la casa de su tía.

Alice lo recibió con un abrazo.

Su tía casi lo forzó a comerse un risotto di funghi, y un lomo stroganoff. El vino le sentó perfecto. No pretendía comentarle a su tía el asunto de Faith. Los nombres de ambas mujeres no podían mezclarse en una misma oración sin causar problemas.

—Estás muy pensativo, ¿has revisado la información de los hoteles? — preguntó observándolo con sus inquisitivos ojos azules.

—Lo he hecho, tía. Me parece que tu negocio es fantástico, pero realmente, y aunque no han pasado todavía los seis meses estoy seguro que lo mío es la naviera. Claro, te puedo echar una mano con las estrategias de marketing, las cuales he notado pueden mejorarse, pero a quedarme en la dirección... creo que podrías pedirle a la prima Gynette que se ocupe. Ella estará más que contenta de mandar a tus empleados — se echó una carcajada. Su prima era una bruja tanto como su tía. Por eso Alice no le daba las riendas del negocio, el temperamento de Gynette era explosivo y su tía prefería darle tiempo a que madurara—. Es una opción — añadió al ver cómo

Alice fruncía el ceño.

—Estoy cansada — suspiró.

Sorbió un poco de su Montrachet de 1978—. Necesito sangre joven en la empresa, pero no impulsiva como mi querida Gynette. ¿Por qué no le vendes a ese tal George tu parte de Blue Destination y te quedas con la cadena Wulfton?

—¿Tan fácil entregas tu legado, tía? Me sorprendes — le dijo provocándola.

—No es por fácil, muchacho atrevido, eres condenadamente astuto y sé que si ahora gano millones de libras anuales contigo lo duplicaré. —Luke tamborileó los dedos sobre el mantel de hilo azul—. Ya te dije que quiero retirarme. No pienso darle mis pulmones puestos en los Wulfton a algún zopenco, ni a tu prima cabeza de chorlito que se divierte tentando mi buen humor —gruñó acabando con elegancia la última gota del carísimo vino.

—Mi respuesta sigue siendo no, tía Alice — se metió un bocado de comida; le supo a gloria. El chef de la casa era excepcional—. Sin embargo, si decides irte de vacaciones me voy a apuntar esa posibilidad, tan solo a intervalos al año durante la temporada baja de mi empresa para ser

preciso. ¿Qué te parece?

Ella pareció meditarlo, mientras tocaba con sus bien cuidados dedos el medallón de zafiros y diamantes que le había regalado diez años atrás su difunto esposo.

—Me suena una oferta tentadora.

Por cierto, mi asistente está en Surrey y es una muchacha muy competente.—«Y deliciosa...», se contuvo de agregar él. No podía decirle que la conocía en todo el sentido de la palabra—. Cuando se terminen los trabajos en Guildford estoy segura que te ayudará a ponerte al día con cualquier duda que tengas, si acaso accedo a la propuesta que acabas de hacerme, claro.

—Seguramente, tía — replicó lacónico.

Si Brenda se enteraba que él era Luke Blackward por otra persona, perdería su confianza. Y él era consciente de que la habían defraudado demasiado en la vida.

Después de estar con la manipuladora de Faith tomó una decisión. Él encontraría la manera y el mejor momento de abordar el tema de su identidad y contárselo a Bree. Aún había mucho tiempo por delante, y varias decisiones por determinar, no quería apresurarse innecesariamente.

Aunque resultara difícil reconocerlo empezaba a encariñarse con doña mandona. Le causaba gracia el contraste entre la

Brenda trabajadora con voz dictatorial, y su amante, toda pasión, dulzura y entrega. Ambos lados de Bree hacían de ella alguien especial.

—Por cierto, querido. La próxima semana haremos una cena de gala .—Él puso los ojos en blanco, porque no entendía la manía de su tía con los eventos sociales—. Vendrán los patrocinadores de Wimbledon, porque probablemente seamos asociados para la temporada de tenis. Recuerda que los Duques de Cambridge podrían asistir al torneo. Ya sabes que asociarlos a nuestra marca sería la cereza del pastel de este año. Te necesito en

Londres. Puedes traer una acompañante, por supuesto. Y ya sé, no tienes que repetírmelo. No habrá fotografías para ti.

Luke le sonrió.

—Gracias, tía. Me interesan esos patrocinadores y el asunto de Wimbledon... para mí empresa, obviamente.

—No me puedo creer que solo pienses en tus negocios — fingió enfadarse.

—Tía... he tenido a la mejor maestra del mundo — le hizo un guiño con el ojo.

Ambos terminaron la comida con una carcajada.

Capítulo 11

La cafetería Primrose estaba ubicada en el número 42 de la calle Tavistock. Brenda era adicta a los cupcakes y muffins que ahí servían. Aquella mañana de domingo había tenido tiempo de descansar, después haber pasado por primera vez en mucho tiempo, sola en casa.

Lo que más le agradaba del lugar era su calidez. En el exterior una carpa protectora a rayas, blanca con negro, cubría del sol o la lluvia, y una pequeña pizarra con un cupcake dibujado en tiza blanca, daba la bienvenida. En el interior, el ambiente era acogedor. Tenía apenas tres mesitas. Los asientos eran una mezcla adorable de mostaza con rosa y blanco, y el panel de dulces era toda una tentación.

Los domingos, la cafetería solía ser más concurrida de lo habitual. Agradeció que una pareja dejaba la mesa de la esquina y pudo sentarse. A pesar de que el clima no era tan frío, prefería estar dentro. Desde donde se encontraba podía contemplar, a través de las amplias vidrieras, la calle. Cerca de Primrose quedaba el mercado de Convent Garden, a donde solía ir a deambular de vez en cuando.

Su cafetería favorita le pareció el sitio perfecto para encontrarse con Luke, aunque ninguno de los dos vivía cerca de allí, el viaje merecía la pena. Se rehusó a que él fuera a recogerla a la casa; ella insistía en ir en metro, algo que a Luke no le hizo gracia. “Por tu seguridad”, le había dicho, pero lo desoyó. Ella sentía un gusto especial por viajar en el metro de Londres. La sensación de perenne compañía, las conversaciones a voz viva, la urgencia, el ir y venir; toda una suma de detalles que hacían de la experiencia interesante. Además, el metro era tan seguro como cualquier medio de transporte, y nadie iba a quitarle aquello de la cabeza.

Mientras bebía su taza de chocolate caliente, vio a Luke aparcando. Él tenía un modo de sensual de hacerlo. Sus amigas le dirían probablemente que estaba loca, pero no conocían a Luke. Él poseía la diligencia de una pantera, la pereza felina de un puma y la sonrisa de un pícaro. Y aquellas tres analogías la fascinaban.

—Hola, preciosa —llegó hasta ella, besándola de un modo más largo que el de un habitual saludo—. Me encanta tu sabor a chocolate.

Bree se echó a reír. «A ver si mantenemos el buen espíritu sin hablar de aquella bomba que soltó mi hermano el otro día».

—Hola, Luke —le dijo dando un sorbo al chocolate—. Gracias por venir, sé que estabas con un cliente.—Él apretó imperceptiblemente los dientes. Odiaba continuar mintiéndole, aunque disfrutaba de ser tan solo Luke Spencer, sin expectativas. No era el momento de hablarlo. Aún tenían entre ellos un tema pendiente.

—Siempre es un placer verte... —se acercó a ella, para susurrarle en la oreja—: Te he echado de menos —vigilando que nadie se fijara, mordió el lóbulo derecho, haciéndola estremecer—. Mucho.

—Oh, Luke... —se sonrojó— no hagas esto —él se empezó a reír con aquel tono ronco y grave que a ella le encantaba.

La dependienta le llevó un té a Luke y un cupcake de naranja con avellanas para ella, además de una galleta de vainilla con chispas de chocolate.

—Me gusta que una mujer no desayune lechugas, ni almuerce tomates —dijo sonriente al verla comer con tanto gusto.

Bree se limpió una miga de galleta que quedó en la comisura de sus labios con la lengua y Luke sintió al instante tensarse una parte específica de su anatomía.

—La verdad es que sí que me cuido, pero los domingos son los días de autocomplacencia. Así

que me permito embotarme un poco de dulces. Aunque si viviera cerca de Primrose estaría rodando por las calles. Menos mal mi altura compensa que no me vea como un repollo.

—Yo conozco ciertas partes que en absoluto están demás, de hecho... —limpió con un dedo una gota de chocolate de la boca de Bree y luego se la llevó a sus labios. Ella lo observó con ojos como platos. Luke le sonrió provocativamente—, yo conozco perfectamente unos lugares maravillosos en tu cuerpo que me encantaría rodear con chocolate.

—¡Luke!

Él se volvió a acomodar en su asiento riéndose. Le gustaba el modo en que ella se sonrojaba. Provocarla era tentador. Y probarla también.

—Y hablando de verdades Bree, ¿qué fue todo eso que me soltó Harvey...? —su tono fue relajado, tanto como deseaba que ella se sintiera. Él había sostenido un sinnúmero de aventuras con mujeres diferentes, pero ninguna generó una necesidad o interés de su parte fuera del dormitorio. Con Brenda era muy diferente, y aquello empezaba a preocuparlo. La consideraba demasiado joven para él, pero aún así, lo sorprendía cada vez que la conocía un poco más...

—Yo... —«Bien, finalmente ha llegado el momento que temías», se dijo tratando de ser valiente. Era la primera vez que, además de Tom y los médicos de Marianne, iba a contarle a alguien algo tan complicado. Sabía que Luke no le brindaría compasión, sino comprensión, y ella sentía que podía confiar totalmente—. Es muy difícil contarte esto, prácticamente no sé nada de tu vida...

—Lo haré, pero sé que primero necesitas dejar ir tu tristeza con tu madre —le tomó las manos entre las suyas—. Déjame ser tu amigo ahora. —Ella quiso arrojarle a sus brazos y quedarse ahí acurrucada.

Poco a poco empezó a relatarle su historia. Con calma. El matrimonio fallido de sus padres y el dinero que les quedó a la muerte de su padre y que Marianne se gastó en licor. Las múltiples aventuras de su madre, de hombre en hombre, sin saber bien quiénes entraban y salían de su casa siempre a altas horas de la noche. Los golpes e insultos cuando no había licor en la bodeguita.

La mano grande y fuerte de Luke acariciaba la de Bree con dulzura, mientras ella hablaba y se deshacía de sus demonios personales.

Luego le contó el nacimiento de Harvey y cómo tuvo ella que dejar de estudiar la universidad y utilizar el fondo que su padre le había destinado para ese fin, en pagar los tratamientos fallidos de rehabilitación de su madre. Su trabajo en GreenRoad, sus aventuras con Tom y el modo en que él incondicionalmente la ayudó. Omitió la parte de Ryan, porque además que ya la sabía, no era nada agradable repetir algo que sentía haber superado.

Cuando terminó de hablar, Luke se puso en pie, sin importarle que hubiera gente alrededor, la hizo levantar para rodearla con sus brazos y no la soltó en un buen rato.

Ella se quedó en blanco, absolutamente conmovida. No había preguntas adicionales, tan solo lo que sabía que Luke podía ofrecerle, comprensión. ¿Serían así todos los amantes, aunque fuesen temporales? «No».

—Gracias por confiar en mí, pequeña le murmuró al oído. Tomándola de la mano fue hasta la

caja y pagó la cuenta—. Eres una mujer admirable, luchadora y valiente... —declaró con sinceridad, mientras salían de la cafetería.

—Solo he sobrevivido — expresó cuando él abría la puerta del copiloto de su Range Rover.

Él la quedó observando. Le sonrió con ternura, luego inclinó la cabeza y la besó con suavidad. Bree sintió como si un millar de mariposas hubieran aleteado al mismo tiempo sobre sus labios.

Durante el trayecto a casa, Luke le contó un par de cosas de su infancia. El accidente de sus padres y cómo una tía suya, obvió mencionar el nombre, se hizo cargo de su educación.

—¿Y el gusto por hacer cosas prácticas o manuales de quién fue? — indagó, mientras tomaban una curva.

—En realidad fue algo que descubrí hace no mucho tiempo. Un par de años atrás. Fue un desfogue, un medio de quitarle el peso a una situación y exorcizar el pasado. Sucedió en una época en que pasé una situación personal bastante complicada...

—¿Una mujer? — se atrevió a preguntar sin quitar la mano entrelazada con la de Luke sobre la palanca de cambios del automóvil.

Él gruñó algo sobre las mujeres intuitivas.

—Digamos. Sí... —replicó escuetamente cuando la luz de un semáforo cambió a rojo.

—¿La amabas?

Él se giró, y Bree observó la frialdad que se operó en su mirada antes de responderle.

«Las amantes temporales no preguntan esas cosas». El problema era que ella no quería ser algo temporal. Deseaba más... y no podía tenerlo. Él parecía apreciarla y respetarla, pero jamás cruzaba aquella línea, aún cuando hacían el amor y la adoraba con su cuerpo, lo sentía distinto, cauteloso. De hecho, en Surrey parecía como si estuviese de vacaciones, relajado más sonriente, pero las pocas veces que habían coincidido en Londres, él parecía estar como un tiburón en el mar, alerta, cuidadoso y deslizándose como en su hábitat natural. ¿O eran impresiones suyas?

La luz cambió a verde y Luke puso en marche el automóvil rompiendo así el contacto visual con ella. Le quería decir muchas cosas, y quizá fuera cobarde por no querer romper la burbuja en la que ambos vivían en esos momentos, pero le gustaba sentirse “normal”.

Estaba siendo egoísta, lo sabía, pero sentía que por primera vez con Bree, vivía algo real... que acabaría dentro de unas semanas.

Brenda se enteraría de quién era en realidad cuando las refacciones en Surrey se acabaran. Ya lo había decidido esa mañana. Después de todo lo que ella le había contado, sabía que confiaba en él, como también sabía que lo disculparía por su omisión. No quería que ningún otro hombre la tuviera, así que le propondría extender su affaire un poco más de tiempo. Estaba convencido de que esa sensación de ternura y ganas de protegerla se evaporarían una vez que todo volviera a la normalidad. Es decir, ella ascendiendo en la empresa de Alice, y él retomando sus viajes y contratos dentro y fuera de Gran Bretaña.

—Creía que lo hacía. Digamos que no fue una mujer que se comportó decentemente.

—¿Por qué? — quiso saber observando las calles de la ciudad que iban pasando. ¿Aún le importaba aquella mujer y por eso respondía tan tajantemente?

—Me fue infiel. Le gustaba jugar con mis emociones provocándome celos con otros hombres. Se vestía provocativamente y coqueteaba... —su voz era dura y Bree notó el modo tenso en que sostenía el volante—. Luego me lo compensaba en la cama.

Ella tragó en seco. La idea de Luke con otra mujer no la ayudaba, pero quería continuar sabiendo más sobre él. La infidelidad le parecía a ella una bajeza. Algunas personas lo entendían así, otras simplemente preferían vivir de cama en cama lastimando a quien había confiado su afecto en ellas.

—Lo siento.

—Pasó hace mucho tiempo.

—Pero si aún te cuesta hablar de ello, puede que quizá aún...

—¡Basta, Brenda!

Ella se calló inmediatamente. Jamás le había hablado en ese tono. Ella acababa de contarle una parte de su vida que la marcó, y él se atrevía a portarse como un idiota. Lo miró con fastidio, y luego empezó a buscar su Oyster Card en el bolso.

Tenía toda la intención de tomar el metro e irse a casa.

Al darse cuenta de su brusquedad, Luke buscó un punto ciego para apearse en el camino. Había conducido hasta Hampstead Heath casi sin darse cuenta; estaban bastante lejos de la casa de Bree. A pesar de que era domingo logró estacionarse en un espacio sin nadie alrededor.

Luke se quitó el cinturón de seguridad, le arrebató la cartera de

Brenda sin contemplaciones lanzándola al asiento trasero. Ella lo observó furiosa, y al darse cuenta de que él trató de quitarle su cinturón de seguridad, le ayudó en la tarea sacandosela ella misma. «Bien. Entonces si quiere que me baje también, no tengo problema, aunque esté en este maldito lugar casi inhóspito», pensó enfadada.

Con un movimiento rápido, Luke hizo hacia atrás el asiento del copiloto, sin darle tiempo a abrir la puerta del automóvil, y con pasmosa facilidad la tomó de los brazos, la alzó y la colocó sobre sus rodill

—¡Suéltame, Luke! se debatió en sus brazos, pero él era más fuerte—. ¡He dicho que me sueltes! Voy a gritar.

—Nadie va a escuchar.

—¿Quieres intentar?

Él la sacudió para que se callara y lo mirara. Los ojos verdes destellaban de indignación.

—No quiero hablar de ella —la miró fijamente y con un fuego extraño en su mirada—. No significa nada para mí. ¿Está claro? — Ella asintió con la respiración agitada ante la evidente erección de Luke contra su abdomen. Estaba sentada a horcajadas. Él había enmarcado su rostro con las manos—. Solo me interesa el ahora — se inclinó a darle un beso suave en la nariz — lamento si he sido brusco, princesa.

Brenda pareció analizar sus palabras.

—No vuelvas a hablarme de esa manera.

Él sonrió de aquel maldito modo tan encantador.

—Lo siento, Bree.

Ella asintió.

—Te he hablado de mi vida, ¿por qué te resulta tan complicado hablarme de la tuya?

—Lo he hecho. Te he contado retazos importantes de ella. El resto

—la besó profundamente— no importa.

Sin permitirle siquiera protestar empezó a recorrerla con las manos. «¿Pretendía seducirla en media calle?», se preguntó asustada, al sentir cómo la despojaba de la blusa y apretaba sus pechos llenos y ya excitados.

—Luke... —jadeó, cuando él pellizcó sus pezones—. ¿Estás pensando en tener sexo conmigo en plena calle?

—Quizá — dijo acariciándole la espalda.

Lo miró preocupada, pero no hizo nada por detenerlo.

—Estamos en el automóvil, alguien podría venir — susurró, mientras él desabrochaba con presteza los tres broches del sostén.

—Nadie va a venir... — murmuró lanzando por donde aterrizara el sostén de seda azul e inclinándose para chuparle un pezón—. Y respondiendo a tu primera pregunta, sí. Pienso seducirte en el auto... en este momento — se inclinó para lamer y mordisquear el otro pezón—. Tú solo disfruta y déjate ir...

La protesta que tenía en la boca fue acallada por un beso apasionado.

Ella no podía pensar cuando la besaba de aquella manera, cuando lo único que era capaz de hacer consistía en devolverle la pasión y tocar su rostro hermoso con las manos. Mientras Luke la besaba, ella le quitó la camisa para presionar sus pechos desnudos contra el dorso masculino, aquella sensación de piel con piel era embriagadora.

Los gemidos de ambos llenaban el espacio del automóvil, al acariciarse febrilmente. Luke condujo sus manos desde el vientre plano de Brenda, hasta los preciosos montículos coronados por dos erectos picos, que él acarició entre sus dedos haciéndola mover contra su erección. Los latidos del corazón de Bree se entremezclaban con los jadeos que él le arrancaba al apretar sus pechos con un ritmo enloquecedor. Con el dorso de la mano acariciaba sus aureolas rosadas en círculos, y mientras lo hacía apretaba y soltaba sus pezones con los dedos; la tocaba como si nunca la hubiera probado, como si fuera la primera vez y la última al mismo tiempo.

—Luke...

—¿Hmmm?

—Me encanta cómo me tocas.

Él gruñó algo cuando ella deslizó hacia abajo el zipper del jean y metió las traviesas manos en la cinturilla hasta llegar al interior.

Abriendo el suave elástico del bóxer tomó entre sus manos el rígido y grueso miembro, lo acarició arrancándole un quejido de placer a Luke. Deslizó sus manos con audacia desde la base, hacia la punta roma. Mimó la aterciopelada textura caliente maravillándose con el modo en que vibraba entre sus dedos. Utilizando el dedo medio acarició toda la extensión del miembro erecto, desde el glande, hasta los testículos tocándolos con sus uñas con tal suavidad que produjo un espasmo en Luke, quien a su vez maniobró rápidamente hasta que sus caderas quedaron libres del pantalón y pudo presionar con libertad su erección, contra la mano que lo torturaba. La evidencia de su deseo fue la ligera gota perlada que surgió en la punta de su pene.

—Bree dijo con voz entrecortada — deja de hacer eso si no quieres que...

—¿Qué...? — lo desafió.

Él no respondió, tan solo metió uno de los pezones de Bree en su boca y lo arrasó con sus labios, delineándolo con su lengua y sintiéndolo endurecerse más en su humedad. La sensación de la boca de Luke contra la suya, atormentándola y seduciéndola enviaron oleadas de calor a un punto específico entre sus muslos.

Sabía que estaba húmeda. Empapada. Lo deseaba desesperadamente.

—Perfecta... —susurró él contra el otro pecho, mientras con la mano presionaba la abertura de los labios íntimos de Bree sobre el pantalón de algodón—. ¿Te gustaría que te toque... sin la molestia de la ropa, quizá? — la provocó agitado, porque ella no había dejado su miembro tranquilo.

En respuesta, ella arqueó sus caderas contra la mano que empezaba a presionar su húmedo centro. Necesitaba que la tocara y la poseyera. Él no la decepcionó y con presteza movió la tela del pantalón y tuvo acceso a sus pliegues suaves, separándolos y acariciándolos con su propia miel tibia femenina. Brenda a cambio se removió contra el dedo torturador y masajeó la gloriosa erección que tenía entre manos, al tiempo que ambos se perdían en un beso abrasador.

El aliento de Bree estaba agitado y cuando Luke finalmente introdujo del todo su dedo entre sus muslos mojados, ella casi gritó de placer, luego deslizó otro dedo más, abriéndola para él y lubricándola con el cálido oro fundido que se deslizaba entre sus yemas. Ambos jadeaban respirando dificultosamente. Se llenaban sus bocas de susurros, y sus partes sensibles de toques eróticos. Un ronco gemido inarticulado brotó de los labios hinchados de Bree cuando el pulgar de Luke embistió le acarició con reverencia el clítoris, sin dejar de penetrarla con los dedos.

—Ah, Luke. Necesito...

Él buscó un preservativo en su pantalón y se lo colocó con rapidez.

—Ven aquí, hermosa... — musitó contra el suave canal entre sus pechos, mientras la levantaba—. Quítate ésta molesta prenda — gruñó ayudándola a deslizar los pantalones y la tanga azul hacia los tobillos, para quedar así expuesta ante él. La idea de que pudieran descubrirlos en algún momento incrementaba la adrenalina y el nivel de excitación—. Así... oh, cariño, me robas el aliento —gimió cuando ella apartó las pequeñas manos de su miembro y a cambio, él la deslizó a ella hacia abajo sobre su poderosa virilidad.

—Oh, Luke...eres tan...

—¿Tan...? — preguntó agitado cuando Brenda empezó un vaivén de movimientos con sus caderas lubricándolos a ambos con sus fluidos tibios como la miel más dulce, y el oro líquido más exquisito.

—Grande y perfecto. Encajamos perfectamente.

Los pechos de Brenda estaba casi a la altura de la boca de Luke y mientras se poseían mutuamente con rápidas embestidas, los senos de Bree se bamboleaban en una tortuosa cadencia visual para Luke.

Él los tomó con su boca, chupándolos, mordiéndolos, y combinando sus caricias con las manos. Bree enterró las manos en el espeso cabello de su amante cuando su cuerpo se movía con fiereza intentando alcanzar la liberación.

El estallido de placer llegó casi al mismo tiempo para ambos con un ronco y gutural gemido surgió de sus gargantas. Los espasmos de Brenda apretaban y soltaban el miembro grueso y rígido entre sus muslos, mientras disfrutaba de un tórrido orgasmo. Ella se dejó caer sobre el hombro de Luke. Él sentía cómo su sexo era absorbido por aquel perfecto canal húmedo y disfrutó de las oleadas de placer que se expandían por su cuerpo. Saciado y con una sonrisa de suficiencia le acarició el cabello, y esperó a que las contracciones de Bree remitieran poco a poco.

—Dios mío, princesa —murmuró Luke asombrado por la fuerza y la pasión con que se habían dado placer. Le besó a Bree uno de los hombros desnudos—. Estar contigo es... jamás había tenido un placer tan devastador. Eres fantástica — con una sonrisa de complacencia ella se dejó besar. Esta vez fue un intercambio apaciguador y mimoso, que logró que sus respiraciones fueran ralentizándose poco a poco.

Con una sonrisa, Bree elevó la cabeza saliendo de la nube de deseo satisfecho.

—Luke...

—¿Si, preciosa? — preguntó acariciándole la espalda.

Desde la posición en que se encontraba ella podía ver la calle.

—Hay una patrulla de policía que se aproxima hasta esta parte... —¡Demonios!

Rápidamente encendió el automóvil, entre las risas de Brenda que se apresuró a vestirse y acomodarse en el asiento del copiloto. Él puso en marcha el Range Rover, mientras Bree lo ayudaba a vestirse con unas posiciones tan ridículas que no paró de reírse, y conforme le abrochaba un botón dejaba un sinnúmero de besos por el dorso cincelado con músculos de Luke. Él se quejó diciéndole que si no quería que terminaran en la cárcel por conducta inmoral mejor dejaba de provocarlo. Ella simplemente le sonrió con coquetería y con descaro se demoró poniéndose el sostén y la blusa, no sin antes asegurar de rozarlo con su cuerpo en cada movimiento.

Al llegar a su casa, Luke tuvo una llamada de aquel exigente cliente que últimamente lo ponía de mal humor. Él murmuró una disculpa, pero no se fue sin antes dejarla con el recuerdo de uno de aquellos besos que ella adoraba. Dios, lo amaba tanto, y cuando tuvieron que separarse estaba segura que le tomaría toda la vida recuperarse por todo el amor que sentía

por él. Pero... ¿y si se arriesgaba y le confesaba su amor? Ella no era una cobarde. Quizá no fuera una idea tan descabellada. Se lo pensaría.

Cuando llegó la noche no se sorprendió que su hermano asomara gritando las maravillas del paseo.

Los Quinn le seguían detrás, y ella los invitó a cenar el pescado frito y las papas a la francesa que había cocinado para todos.

Alrededor de las diez de la noche su pequeño hermano acabó de contarle todo sobre la antigua Universidad de Oxford, los preciosos parques de la ciudad, los helados que se había comido y un sinnúmero de curiosidades para un niño de seis años. Ella lo dejó hablar todo lo que quiso y cuando reparó en el modo que los pequeños párpados se cerraban, lo llevó aupado a la cama. Los Quinn se despidieron y le obsequiaron un pequeño relicario que compraron en una tienda de antigüedades.

Brenda se disponía a dormir cuando recibió la llamada de la última persona que esperaba contactar un domingo en la noche. Su jefa, Alice.

La voz dictatorial no la abandonaba ni siquiera los fines de semana, pensó somnolienta y agotada.

—Brenda, a pesar de los informes que me has enviado en que me expresas que el trabajo está al setenta por ciento en Surrey, no puedo prolongar más tu estadía allá. Te necesito en Londres.

El primer pensamiento de Bree fue Luke. Eso implicaba que aquella preciosa aventura iba a acabarse. No volvería a verlo. Su cabeza empezó a inventar excusas para Alice. Pero estaba tan nerviosa que no se le ocurría ninguna.

—¿A... a qué se refiere? — Su habitación se le antojó oprimiente. El aire se volvió denso y sintió la garganta seca.

—Mañana vuelves a la oficina de Londres y en tu lugar irá Emma. Quiero que sepas que antes de hablar contigo lo he hecho con Muriel Evans. Me dijo que tu estadía ha sido un éxito con el personal, y que has sabido manejar adecuadamente a los empleados de Hudson. Hace tiempo trabajé con la empresa de Thomas y son ciertamente muy diligentes en su quehacer. Me alegro de haberte delegado a Surrey, pero ahora tienes que estar en la central de nuevo.

—Pero... —Ella quería decirle que necesitaba firmar los cheques de los trabajadores de Hudson, pero sería una excusa endeble, pues Muriel también tenía la firma autorizada en ese hotel. «¿Dónde está tu inventiva?», se reprochó con la ansiedad carcomiéndole las entrañas—. Yo, Alice...

—Sin peros. No tienes que preocuparte más, sé que tienes familia y te he alejado suficiente de ellos. Tampoco soy tan tirana. Entiendo lo que significa tener personas que dependen enteramente de ti.

—Alice, aún tengo que...

La famosa empresaria continuó diciendo lo que tenía en mente.

—Voy a hacer una cena de negocios. Tenemos la posibilidad de auspiciar Wimbledon y nadie conoce mejor que tú a mis contactos, ni puede atenderlos tan bien. No es necesario que vuelvas por tus cosas a Surrey. He pedido a Muriel que las empaque y mi chofer se encargará de traértelas. Gracias por todo tu empeño. Lo has hecho inmejorablemente. Te espera una bonificación y mucho trabajo. Hasta mañana, Brenda.

—Gra... —Su jefa cortó la comunicación.

Con la mente en cualquier lugar menos en Londres se quedó observando el auricular en su mano.

Se le había acabado el tiempo con Luke.

Capítulo 12

Luke manejó hasta Portobello. El doctor lo había llamado ni bien dejó a Brenda en casa, para decirle que Faith preguntaba por él y se negaba a tomar medicamentos si no acudía. Le hubiera gustado que Faith recurriera a otro con su dolencia.

—¿Qué pasa doctor Walters? — preguntó sentándose junto al hombre de confianza de Faith. Era muy alto, delgado y con grandes lentes. Lucía más como un filántropo del siglo pasado que un médico.

—Ella necesita ayuda más psicológica que otra cosa. Los remedios surten el efecto esperado, pero si no coopera, no servirá de nada. Sé que ustedes tuvieron... digamos diferencias en el pasado. No soy nadie para pedirle esto, pero tome en consideración que lo hago por mi paciente. ¿Podría procurar al menos ser un poco menos hosco o ajeno con ella? —Luke miró enfadado—. Por favor, comprenda mi posición. La señora puede ser muy caprichosa, pero cuando está usted cerca su comportamiento es más blando y obediente.

A regañadientes, él aceptó procurar ser más condescendiente. Sería lo último que haría por esa condenada mujer, se dijo, cuando el especialista abandonó la casa.

—Hola, Faith —saludó cuando llegó hasta la habitación. El acondicionador de aire mezclado con el perfume que caracterizaba a la mujer de cabellos rojos le traía recuerdos agrisados de su vida juntos—. Me ha dicho el doctor Walters que te has puesto medio imposible, ¿eh?

—Luke... qué dura suena tu voz últimamente —susurró sonriéndole—. Recuerdo que antes me decías que era como un elfo — se rió—. Pero yo era tu elfa, ¿cierto? Hacía magia con tu cuerpo Y...

Elevó una mano para callarla.

—Ha pasado mucho tiempo y dejaste de ser muchas cosas —replicó sentándose en la silla junto a la consola con maquillajes y perfumes, justo frente a ella que comía una gelatina sentada en la cama—. No hagas de esto algo insufrible, Faith. ¿Por qué simplemente no puedes colaborar? Te he dado todo lo que has pedido. Los mejores médicos, la casa más bonita de Portobello, tienes un chofer para ir de compras si te place. No sabes cómo lamento tu diagnóstico, pero no me puedes pedir más de lo que estoy haciendo ya por ti. Toma tu medicación.

Ella siguió comiendo en silencio, de aquel modo que él conocía. Estaba maquinado en esa pequeña cabeza rojiza.

—No me has respondido aún...

si me vas a conceder mi última petición... —tragó lo que quedó de la gelatina de mora—. ¿Cuándo me vas a decir si te has decidido o no a casarte conmigo de nuevo? ¿No te aflige que a pesar de todos los momentos maravillosos que tuvimos, ahora tenga que morirme sola? ¿De cuándo acá te has vuelto tan insensible? ¿Es que hay alguien en tu vida ahora y no me lo has dicho?

Luke apretó las manos.

—Mi vida personal no es ya de tu incumbencia. Casarse no es algo que se haga por deporte, peor por pena. Y si quieres una respuesta ahora, entonces es absolutamente no. No me voy a casar contigo. ¿Dónde está tu autoestima? — al ver la sombra de dolor que se asomó en la expresión de ella, tomó una respiración resignado—.

Hazme el favor de seguir la receta, porque tu enfermera recibe una paga para ello. No me lledes al límite. —Faith lo observó sagaz—. Ahora me voy. Tengo cosas que hacer.

—Oh... no quise enfadarte... por cierto, Luke —se limpió la boca con delicadeza—. ¿Recuerdas a Elisse? —Él asintió—. Solía ser inseparable mientras estuve casada contigo, pero ya sabes que su marido falleció de un ataque al corazón. Hemos retomado el contacto desde que supo que estoy en Londres.—Eso a él no le importaba quiso decirle, pero aguardó a que ella concluyera su cotilleo—. Me ha dicho que el hombre con quien está saliendo va a patrocinar Wimbledon, porque es gerente de la Coca-Cola. También me ha dicho que tu tía dará una fiesta...

Él la miró. Ya sabía por dónde iba.

—¿Y?

—Quiero ir... —hizo un puchero lastimero—. Quizá sea mi última oportunidad de lucir un vestido de gala sin desmayarme o verme en huesos.

—No te verás en huesos, a menos que dejes de comer.

—Llévame contigo a la cena de tu tía.

—Si continúas presionándome se acaba el trato de ayuda contigo y tendrás que buscarte otro mecenas que te tolere.

Ella puso rostro esperanzado.

—¿Entonces me toleras?

—Lo que existe entre tú y yo se llama trato humanitario. No lo eches a perder, porque ya estás acabando con mi paciencia y como sabes no tengo demasiada. Mi tía Alice no te soporta, ¿por qué habría de causarle malestar con tu presencia?

Ella se puso de pie y se le acercó, sin importarle que la bata de seda que tenía empezara a abírsele dejando entrever la curvatura del pequeño pecho izquierdo.

—Porque es el último deseo de una moribunda.

—No me chantajees, Faith.

—¿Qué daño puedo hacer?

Además es cierto, me voy a morir pronto.

—Lo pensaré.

—Lo pensaré, lo pensaré. Es todo lo que sabes responderme. ¿Acaso crees que soy una niña de ocho años pidiéndole permiso a su padre?

—Ya te dije que no tengo obligación contigo.

—Una obligación humana.

—Nadie está obligado a nada. Se trata de voluntad y tú estás echando a perder la mía contigo — bramó.

—Si no me llevas —empezó con tono amenazante — te prometo que mi muerte te va a pesar en la conciencia. No me tomaré ni una medicación más. ¿No lo comprendes? No tengo ninguna motivación más para vivir. No me queda absolutamente nada.

Luke no lo soportó más y la agarró con fuerza de los brazos sacudiéndola. Había colmado su paciencia.

—¡Estoy harto de ti! ¡Cansado! Maldigo la hora en que me compadecí de ti y tu enfermedad. No tienes ningún derecho a...

Ella se zafó de su agarre, inclinándose para besarlo en la boca. Lo besó con avidez, como si aquel fuera el primer contacto con alguien del sexo opuesto en meses. Y quizá porque así era. Luke no le devolvió el beso y la alejó, asqueado.

—No vuelvas a hacer eso —se limpió la boca con el dorso de la mano. Ella sonreía—. Tengo un ultimátum para ti. —La expresión de Faith se volvió seria—. Te llevaré a la maldita fiesta a cambio aceptarás volver a Irlanda con tu madre. No te quiero cerca de mí. Se acabó esta idiotez. ¿Te queda claro? Tómalo o déjalo.

Eso pareció hacerla reaccionar. Él sabía que la relación de Faith con su familia no era alentadora.

—Yo... está bien. Luke, no tengo dinero... —respondió cerrándose la bata de estampados grises con rosado.

—Con tal de que te vayas de mi vida te pagaré todo tu tratamiento lejos de Londres. Solo llegas a enredarlo todo.

Al ver que no tenía salida, ella asintió.

—El viernes a las nueve de la noche pasaré a recogerte. Adiós —se despidió furioso.

—Adiós... —susurró al aire, cuando lo observó alejarse. Ya lo había provocado suficiente. Al menos agradecía que no le hubiera quitado la subvención.

Ella no era ninguna estúpida, pero sentir que se le iba la vida de las manos la llevaba a actuar con todo lo que podía. Después de tantos años y tantas estupideces sabía que su matrimonio con Luke fue lo mejor que pudo haberle ocurrido, y lo echó a perder. Antes de irse a Irlanda lo reconquistaría.

Fue una mala táctica intentar chantajearlo, pero no tenía con qué más negociar, y siempre fue una mujer impulsiva. Por otra parte, había escuchado el rumor de que Luke se veía con una mujer. Una de sus amigas lo vio con una muchacha rubia, mientras pasaba por la calle Bow y Tavistock en la mañana. Por eso decidió llamar a Mayfair y sondear a Charles, lo cual no le resultó difícil. Soltar un comentario por aquí, otro por allá, no logró vencer del todo la reticencia y secretismo del mayordomo, sin embargo aquella prudencia de Charles habló con elocuencia.

Ella conocía a su ex marido y si de algo estaba segura era que si el mayordomo se mostraba tan

receloso con sus preguntas era porque, efectivamente, Luke estaba viéndose con alguien. Se encargaría de averiguarlo todo. Tenía hasta el viernes.

Por otra parte, recordaba a la vieja bruja Blackward. Nunca la quiso y ella menos, eso era conocido en las altas esferas, pero nunca le importó. Ahora era diferente. Se mostraría de otro modo. Aunque la anciana era un hueso duro de roer por aguantarla una noche tampoco se caería el cielo. Además, nunca deseo tanto verse como en sus buenos tiempos: saludable, brillante y vivaracha... del brazo de Luke. Al menos conseguiría aquello. El doctor le había dado dos meses de vida, pero no quería que se lo dijera a Luke... ni siquiera ella misma podía asimilarlo.

Moriría como una Blackward, mas no como una simple bailarina desahuciada y divorciada. Con ese pensamiento en mente y una sonrisa en los labios escuchó cómo su enfermera se aproximaba con la siguiente dosis de medicamentos.

Lo único bueno de estar de vuelta en Londres era poder acompañar a Harvey a la escuela, pero sentía como si algo le faltara... alguien más bien. Se había acostumbrado a hablar con Luke todos los días en Guildford, a cualquier hora; cuando se reían o desnudaban las hipótesis más locas, hasta las más profundas. Él era un conversador maravilloso. Y un amante... no tenía palabras para describirlo.

Luke la hacía sentir tan plena, libre confiada y enamorada.

Nunca pensó que alguien pudiera llegar tan hondo en su vida, y él poco a poco se había ido metiendo en su piel.

Aquella mañana cuando había llamado al hotel en Guildford, le contestó Muriel y le explicó que el señor Hudson enviaría un informe detallado de los avances si acaso lo necesitase, además le comentó que Emma estaba adaptándose al entorno y todo fluía con naturalidad. Aunque ya no estaba a cargo del proyecto en Surrey se había encariñado con el hermoso caserón convertido en hotel. Cuando las refacciones concluyeran el lugar volvería a brillar con todo su esplendor y mucho más.

Con las cosas en la oficina, apenas tuvo tiempo de enviarle un mensaje de texto a Luke para decirle que se quedaba en Londres. Pensaba hacerlo al concluir el día. Quizá él estaría ocupado con aquel cliente, y no quería parecer molesta, aunque moría por escuchar la cadencia grave y sexy de su voz.

—¡Ha vuelto la mujer más guapa de este hotel! ¡Lady Bree! — exclamó Kevin llegando hasta ella e interrumpiendo sus pensamientos. Dejó sobre su escritorio el informe semanal de monitoreo de medios.

Ella rió cuando el americano besó su mano e hizo una reverencia fingiendo revivir los saludos del siglo XVIII.

—Hola, Kev. ¿Cómo han marchado las cosas por aquí con Emma? — preguntó con una sonrisa en los labios.

Él se encogió de hombros.

—Emma me acompañaba en las comidas, pero ver lechuga y tomate durante un mes no me ha hecho bien. Extraño los cupcakes, pasteles de chocolate... ya sabes, una dieta balanceada, que tú sí me permitías.

Brenda volvió a soltar una isita. —Supongo que ya sabías que volvería hoy, ¿no?

Alice estaba en una conferencia y el reloj marcaba las ocho y media de la mañana. El ritmo de trabajo era frenético.

—Absolutamente, ¿qué clase de relacionista público sería, si no tuviese toda la información en mi mano? Por ejemplo —bajó la voz—, te tengo un secreto. De hecho, te lo voy a contar tan solo porque me debes una cita —ella se sonrojó—. ¿Te habías olvidado? — preguntó sin dejar su buen humor, al ver la reacción en el rostro de Bree.

—Yo... —«Luke », fue toda la excusa. Se había olvidado durante todo ese tiempo de Kevin y cualquier cosa que no fuera el hombre de quien estaba enamorada—. He tenido mucho trabajo.

El impecable traje de Kevin se ajustó cuando cruzó los brazos a la altura del tórax y apoyó la cadera contra el escritorio de Brenda. Ella, que también estaba de pie, colocó las manos detrás de la espalda. Él no la intimidaba, pero le producía un cosquilleo de inquietud en el estómago. Quizá si no hubiera ido a Surrey, él y ella...

—Tendremos que ponerle remedio a ello muy pronto.

—¿Me vas a contar el secreto? — preguntó sonriendo.

Él se echó a reír.

—¡Ajá! Ya veo que los cotilleos son lo tuyo, ¿eh?

Brenda meneó la cabeza riéndose también.

Quizá fuera parte del encanto de la profesión de Kevin, pero Brenda nunca lo había visto enfadarse con nadie. Bueno, salvo con los periodistas que publicaban notas incompletas cuando él había dado indicaciones de los datos, o cuando se querían entrometer con la reputación del hotel. Ella lo había visto actuar en diferentes escenarios en el casi medio año que llevaba en la compañía, y podía dar fe de que Kevin Parsons era un demonio cuando de defender sus puntos de vista, y su trabajo profesional se trataba.

—Te contaré. Y esto sí que es de verdad —se puso serio. Bree frunció el ceño—. El sobrino de Alice ha estado rondando por las oficinas.

—¿El famoso petimetre y mujeriego? — preguntó con el mismo tono confidencial, sin ocultar su sorpresa. La idea de que el engreído aquel que le contestó el teléfono muchas semanas atrás mientras tenía sexo con una mujer estuviera incordiando a Alice no le gustaba. Aunque claro, la mujer bebía los vientos por su sobrino. Seguramente que si lo conociera y la provocara de algún modo, ella le plantaría cara. A esa clase de hombres le huía—. Qué extraño pensé que después de la fiesta de aniversario, por cierto gracias por las fotos que me enviaste, el tal Luke Blackward había vuelto a sus andanzas. ¿No dicen que es dueño de una naviera?

Kevin se encogió de hombros.

—Sí, pero creo que Alice quiere vincularlo al hotel. Me han dicho mis fuentes que él se rehusó... — se encogió de hombros — pero ya sabes que la mente de los hombres de negocios no tienen rumbo fijo, bueno, más bien el rumbo que siguen es el del dinero y la cadena Wulfton es una mina de diamantes. —¿Tú crees, Kev?

—Sí. Suele venir muy entrada la noche, no todos los días. Se sienta en la oficina de la señora Blackward, lee informes, se actualiza sobre el negocio y luego se marcha alrededor de la una o dos de la madrugada. Tiene reputación de ser un trabajador compulsivo, pero creo que se ha tomado unas vacaciones.

—¡Já! Pero si vive de país en país. Y ya sabes bien lo complicado que me resultó localizarlo durante semanas enteras bufó no creo que con su reputación de playboy pueda ayudar mucho a los hoteles. Que se quede perdido en cualquier lugar y que siga en sus negocios de la naviera.

—Así es el mundo de los ricos. Yo creo que tarde o temprano la ambición va a ganar y tendremos a otro Blackward a bordo.

—¡Dios nos libre!

Ambos iban a echarse a reír cuando la presencia de Alice los calló.

—Me alegro que se pongan al día —dijo la voz dura, pero amable de la dueña del im erio hotelero—.

Kevin, tú y Brenda asistirán a la cena del viernes conmigo. Necesito que lo preparen todo. Kevin, no habrá prensa, mi sobrino estará presente; ya sabes lo quejica que se pone con los fotógrafos. A cambio tú harás las fotos y difundirás las que yo elija. Procura que no esté Luke en ellas —se dirigió a Bree—: Querida, por favor, ven a mi oficina que tenemos que actualizarnos con lo que ha dejado Emma.

—No hay problema se despidió Kevin, mientras Brenda seguía a Alice al despacho principal.

Luke habló con Bree en la noche. Saber que estaba trabajando de nuevo en Londres lo preocupaba, porque tendría que acelerar la idea de contarle la verdad finalmente.

En ningún momento de la conversación ella se puso sentimental ante la posibilidad de que ahora que no estarían más en Surrey, el affaire se terminara. Y eso no le gustó para nada, porque él no quería dejarla. Necesitaba averiguar sus sentimientos por ella, pues estaba seguro que se había convertido en algo más que su amiga y amante.

—¿Vas a terminar tus trabajos en Surrey o esta semana tienes que atender tu cliente de Londres? — preguntó Bree, mientras acariciaba el cabello rizado y rubio de su hermano que se había quedado dormido en sus piernas, después de tomar un vaso de leche tibia. Escuchar la voz grave y sexy de Luke era una pequeña compañía, pero lo que realmente le hubiera gustado era tenerlo junto a ella, abrazándola.

—Mis días están algo complicados estos días princesa, no tengo nada decidido en agenda e inclusive el viernes quizá tenga que volver a Surrey. —Prefirió mentirle. La última mentira que le contaría, se prometió. Le resultaba muy difícil negarse a verla. Seguro que el viernes a la salida del trabajo ella querría verlo... y él también, pero no podía fallarle a su tía. Sabía que Alice necesitaba unas vacaciones, después de todo era prácticamente como su madre y si tenía que ir a aquella aburrida reunión solo para que ella cumpliera su palabra de pensarse ir de vacaciones, entonces lo haría.

Menos mal que los asistentes de Alice jamás iban con su tía a sus reuniones, su tía siempre había preferido manejar ella misma todo. Así que por ese lado no corría riesgo—. ¿Qué te parece vernos el sábado, cariño? Me gustaría hablar contigo.

—Suenan bien, Luke. Estos días tendré que actualizarme con las notas que ha dejado Emma en la oficina, créeme —dijo riéndose—, son un montón. Y... ¿Luke?

—¿Hum?

—Te noto un poco extraño, ¿seguro va todo bien? ¿Tu cliente te está pagando a tiempo? —«Si tú supieras quién es ese cliente... que más parece una pesadilla», pensó él, cruzando las piernas sobre su cómodo colchón en la mansión de Mayfair—. Creo que aunque tu trabajo te mantiene relativamente bien, si estás en un hotel vas a gastar mucho dinero en Londres... ¿Dónde dijiste que estabas quedándote?

—El hotel no está mal —evitó responderle—. Me han hecho un descuento, no te preocupes. Y de mi lado está todo perfectamente tan solo, al igual que tú, estoy cansado. Va a ser una semana difícil. Bree, cuando tu mamá salga de la clínica, quiero acompañarte.

—¿Estás seguro...? De verdad que no tienes por qué hacerlo, Luke.

«Demasiado bueno para ser cierto», le dijo su lado sensato, pero en ésta ocasión lo ahuyentó.

—Absolutamente.

—Te veo el sábado entonces...

—Sí, princesa. Ve a dormir, sueña conmigo.

—Pretencioso.

Él se echó una carcajada antes de cerrar la comunicación con una sonrisa de ambos lados.

Bree estaba en el Salón Malva, del Wulfton de Mayfair, y Alice la hizo recitar dos y tres veces la lista de nombres de los ciento veinte invitados. Repasaron la historia de Wimbledon, la influencia en la cultura británica del tenis, los exponentes más destacados; inclusive invitaron por Skype a Pete Sampras, una leyenda del deporte blanco, quien era amigo de uno de los accionistas minoritarios de la cadena, para que les comentara ciertos detalles que eran importantes.

La estancia lucía sobria. Los detalles de colores consistían en cinceladas color malva y palo rosa; en el tumbado estaban engarzados en diseños de yeso en forma de hojas y era casi como observar una oda a la arquitectura barroca. Los pilares esquineros exhibían iguales figuras, más pequeñas, que simulaban la hiedra en un tono verde musgo muy bajo. Los muebles eran sofisticados, todos blancos, y los centros de mesa color café almendrado.

Ante la exigencia de Alice, ella tuvo que comprarse un nuevo vestido, costado por la empresa. El traje era color rojo oscuro, entallado, escote en forma de corazón sostenido sobre sus hombros por finísimas mangas; la falda del vestido tenía suficiente movimiento para permitirle desplazarse sin inconvenientes y la espalda estaba absolutamente descubierta. Bree aún no se explicaba cómo logró utilizar el truco que la dependienta de la boutique le enseñó para que sus pechos generosos se mantuvieran erguidos y resguardados de cualquier accidente.

Los zapatos eran un sueño de tiras color avellanas, finísimas, y cubrían el empeine como si fueran una trenza cerrándose en el tobillo y permitiéndole caminar con seguridad en los tacos-aguja. Lucía al menos unos seis centímetros más alta.

El atuendo casi la hacía sentir como aquella ocasión en que posó para Dolce & Gabbana, solo

que esta vez estaba vestida de gala.

Los invitados empezaron a llegar poco a poco. Kevin lucía muy apuesto con su esmoquin y se comportaba muy caballeroso, en ningún momento le hizo una insinuación sobre salir o quedar para verse luego; ambos estaban trabajando y lo tenían claro. Además ella solo quería terminar ese evento, porque al siguiente día se vería con Luke. Oh, cuánto lo había echado de menos. Hablaban cada día, pero ambos caían agotados en la cama al llegar la noche. Ella acababa molida en especial después de ayudar a Harvey con sus deberes, luego de haber despachado orden tras orden de su tiránica jefa.

—¿Seguro no trajiste a la prensa? —le preguntó Bree cuando en medio de las decenas de personas alguien comentó que el sobrino de Alice había llegado—. Escuché que el quejica de Luke Blackward ya llegó.

Él la miró con una sonrisa. Brenda era una mujer preciosa y estaba dispuesto a que lo considerara como algo más que un compañero de trabajo.

—Sí, ya lo he visto, me parece extraño pero ha venido con una mujer que se asemeja mucho a su ex esposa.

—Con la colección que tiene, ¿cómo no vas a confundirte?

Kevin se rió.

—Ahora creo que debemos separarnos, Bree, ve donde Alice. Yo acabo de ver a Novak Jokovic con su novia Helena, y quiero que él sea la imagen de la próxima campaña que tengo en mente para impulsar el deporte.

—¡Consígueme un autógrafo! — exclamó discretamente, y al instante empezó a perderse entre los caros vestidos, los atuendos de diseñadores, cuyos nombres le resultaban difíciles pronunciar.

La orquesta de cámara inglesa que se había contratado para la noche tocaba la música de Strauss. A ella le gustaba la música clásica. Los compositores austríacos eran sus predilectos. Aquella pieza que sonaba era el Vals del Emperador Op. 437, y le arrancó una involuntaria sonrisa. Evocaba la época dorada de las monarquías europeas. Se sentía orgullosa de pertenecer a un país con tanta historia.

Moviendo la cabeza casi imperceptiblemente al ritmo de la música fue a hablar con el jefe de cocina, para comprobar que la cena empezaría a servirse dentro de pocos minutos. Ya había cumplido su trabajo por esa noche. Ayudó a Alice con los invitados, y ahora que estaba todo dispuesto, tan solo iba de un lado a otro para ratificar la fluidez del evento. El asunto de la organización de evento era responsabilidad de Kevin y ella estaba admirada de lo bien que iba todo.

Los licores corrían de un lado a otro, así como los bocaditos. Observó de lejos a leyendas británicas del tenis. Tim Henman, John Lloyd, Mark Cox y atisbó a ver al altísimo Andy Murray conversando con Alice. Siguió su camino por el salón.

«Finalmente el momento de retirarse». Alice le había indicado que una vez que llegaran todos los invitados ella era libre de irse. Y eso exactamente pensaba hacer en ese instante. Salvo que no contaba con la conversación que una mujer empezó a hacerle de pronto y no le quedó más remedio que escucharla.

Faith había fastidiado durante todo el camino. Así que Melinda, su enfermera, estaba en el automóvil por si acaso la necesitaran. Luke desde un principio le dijo que el vestido azul era demasiado fino y si tenía las defensas bajas iba a enfermarse con facilidad. Ella no quiso escucharlo, de hecho, estuvo insinuándosele durante todo el camino. Lo único que mantenía el buen humor de Luke era saber que al siguiente día podría hablar con Brenda y aclarar las cosas.

—Si al menos quieres guardar un último recuerdo bonito de esta noche, por Dios deja de hacer el tonto —le reprochó cuando ella intentó deslizar su mano por el pantalón de diseñador de Luke.

—¿Acaso ya no me encuentras atractiva?

«¡Mujer imposible!».

—Sigues siendo muy atractiva —respondió escuetamente—. Ahora, compórtate con mi tía. Recuerda nuestro trato. Hemos llegado — indicó cuando detuvo su jaguar. Él la ayudó a bajarse, y luego le entregó las llaves al valet parking.

Cuando entraron al salón, este estaba casi lleno y la música de Vivaldi llenaba la estancia. Una reunión tan importante para su tía, no podía ser sino con la Orquesta de Cámara de Londres, se dijo Luke admirando una vez más el buen gusto de quienes trabajaban para Alice.

Mezclándose entre la gente, al tiempo que Faith saludaba a algunos conocidos, alcanzó a ver de lejos a Kevin Parsons conversando con una preciosura que se le hacía vagamente familiar, pero no logró identificarla. Entre tanta gente, meseros y conversaciones resultaba difícil fijar su atención en un solo punto. Lo que sí tenía claro era que Parsons era muy competente, de hecho, estaba pensando en proponerle trabajar para Blue Destination, pero seguro que su tía lo tacharía de anti-ético por querer llevarse un activo intelectual a su empresa, así que tendría que pedirle al hombre un referido que fuera igual de eficiente.

Desvió la mirada de aquella mujer que acompañaba a Parsons, cuando su tía llegó hasta él, aunque no antes que Faith. La expresión que le dirigió Alice primero a él, y luego a Faith, ya se la esperaba. No estaba en absoluto complacida, pero Alice Blackward no arruinaría su noche por nadie. Su ex mujer, para su sorpresa, se comportó casi encantadora.

—Señora Blackward —saludó, dándole dos besos—. Espero que no le moleste que haya irrumpido en este evento. En realidad soy fanática del tenis, y cuando Luke me contó de esta reunión insistí en venir.—Luke se contuvo de rodar los ojos—. El lugar ha quedado magnífico — expresó apreciativamente.

—¿Desde cuándo estás en Londres? preguntó sin un ápice de delicadeza. No le gustaba la mujer. Punto —. La última vez que te vi era cuando mi sobrino —lo miró con reproche—, traía firmado los papeles de divorcio.

Faith fingió no afectarse. «Vieja bruja».

—Oh... bueno es una historia triste del pasado. ¿Para qué recordar cuando estamos en un salón tan hermoso? — expresó zalamera.

Luke le apretó el brazo para que no provocara a su tía.

—Tía, Faith quiso pasar una temporada en la ciudad, pero hoy es su última noche. Como somos

amigos, le pedí que me acompañara — le sonrió a Alice de tal forma, que su tía entendió que no estaba ahí de muy buena voluntad.

La dueña del imperio Wulfton no pensaba complicarse la vida porque su necio sobrino le permitiera otra vez a esa mujer pisar los mismos círculos en que se desenvolvía.

—Ya veo. Si me disculpan tengo que ir a hablar con mi asistente — murmuró dejándolos. En realidad se alejaba porque no soportaba a esa trepadora y del otro lado del salón la esperaban sus prometedores contactos.

Faith llevó a Luke hasta un espacio del salón donde no se había congregado mucha gente. A él no le sentó del todo bien la noticia que le acaba de soltar su tía, desconociendo lo que implicaba.

Sentía como si le hubieran dado un puñetazo quitándole todo el aire de los pulmones. La única asistente ejecutiva que tenía su tía era Brenda. «La mujer que estaba de rojo conversando con Parsons...».

—¿Qué pasa, querido? De pronto te has puesto demasiado serio — indagó apoyándose contra su hombro con tal familiaridad que lo molestó.

Si de algo se jactaba una mujer como Faith era de su sexto sentido. Se fijó en que él buscaba con la mirada insistentemente un punto en específico: la espalda desnuda de una chica de vestido rojo. Para su fastidio, cuando la muchacha les permitió verle el rostro mientras estaba sonriendo a un grupo de personas entre los que se encontraba la joven tenista Katie O'Brien, notó que era muy guapa.

La mirada de Luke no era de desinterés, al contrario, podría jurar que era de posesión y pertenencia. Ella lo conocía casi como la palma de su mano y saber qué estaba detrás de esa mirada, así como el rechazo que él le prodigaba, la hizo notar algo que resultaba muy doloroso. Lo había perdido.

Le quedaban pocos meses de vida... semanas, y a pesar de su determinación inicial reparó en que no quería desperdiciar sus últimos días luchando por un hombre que ya había perdido para siempre.

—Luke lo llamó, acercándosele y poniendo sus manos en los hombros fuertes, para apoyarse. La revelación personal la conmovió mucho. decirte algo. Necesito ¿Qué sucede? Preguntó mirándola a los ojos.

—Yo... siento todo el daño que te causé... lo siento de verdad... has sido la mejor persona que he conocido. Lo digo de verdad.

—Si este es otro de tus trucos — gruñó fingiendo amabilidad en su rostro, porque no quería que ella armara una escena. En ese momento también estaba velando por sus intereses comerciales, pues en la sala estaban miembros del Comité

Olímpico Británico, los organizadores por default de Wimbledon.

—No, no lo es —le puso la mano en la mejilla—. Me he dado cuenta de que no vale la pena luchar por algo que ya no me pertenece. Esta será, tal como acordamos, mi última noche en Londres... y la última vez que voy a molestarte. —Luke iba a protestar ante esa pasmosa declaración cuando ella le puso los dedos en los labios—. ¿Te interesa de verdad la muchacha

del vestido rojo, cierto?

Él la observó con sorpresa. Faith sonrió con algo parecido a la ternura.

—Te conozco muy bien. Me solías mirar a mí de un modo muy similar. Es el peor momento para aceptar que no tengo esperanzas contigo... pero te amé mucho cuando... —se le quebró la voz—.

Te amé mucho. Lo hice... —Faith no es necesario.

—Lo es para mí.

Él pasó un brazo sobre los hombros delicados y castigados por el cáncer que corría por sus células.

—Te perdoné hace mucho tiempo. De verdad, ya no importa. Déjalo estar. —Ella elevó la mirada y sonrió. Luke sintió por primera vez desde que volvió verla en Londres, que era sincera—. No tiene sentido remover el pasado.

Ella asintió.

—La chica...

Él la miró a los ojos.

—Hay algo entre nosotros — le confesó.

La mente de Faith empezó a maquinarse. No podía darse por vencida tan fácilmente. Así que ganaría un poco de tiempo. Siempre había una oportunidad para sacar sus intenciones. Luke solía decirle que era voluble. Quizá lo era, sin duda, pero no iba a permitir que le quitaran su último capricho. Él.

—Entonces es muy afortunada — sonrió—. No te enamoras fácilmente.

—Yo no est...

Faith colocó su mano en el pecho de Luke de modo conciliador.

—Piénsalo. No tienes que negarme ni confirmarme nada. Solo sé que te conozco lo suficiente para hacer ciertas conjeturas. Espero que esa muchacha sepa que ha ganado al mejor de los hombres.

Luke la miró extrañado. Esa no era la mujer arpía que él conocía. Intuía que se traía algo entre manos, pero más le valía que mantuviera las garras guardadas, porque él era capaz de hundirla si acaso llegaba a hacerle algo a Brenda. Vaya si lo haría. Ya tenía suficiente con la ansiedad que estaba sufriendo al saber que tarde o temprano se enfrentaría con Bree en ese salón.

Al principio, mientras charlaba con Katie, a Bree le pareció que aquel hombre alto con una pelirroja era casi idéntico a Luke. Cuando él giró ofreciéndole una vista nítida mientras le sonreía a la mujer aquella, las piernas estuvieron a punto de dejar de sostenerla en pie.

«No podía ser».

Sintió la garganta seca cuando la pelirroja le acarició el rostro y luego los labios que ella tantas veces besó y adoró. Habría sido muy fácil tener dos aventuras al mismo tiempo. ¿Era acaso ese

su trabajo en Londres...? ¿Otra mujer? ¿Qué hacía él en una fiesta evidentemente muy exclusiva?

Jamás nadie se colaba en las fiestas o reuniones de Alice. Las preguntas empezaron a surgir por cientos en su cabeza, pero ninguna de las posibles respuestas le gustaba.

Sentía como si una tormenta fría le hubiera calado los huesos. Apenas recordó haberse despedido de Katie, cuando alguien empezó a hablar cerca suyo. Por inercia se giró con una sonrisa pegada en la cara.

—¿Es guapo, verdad? — le preguntó la mujer. Se presentó como Lucy Ashford, una baronesa de no recordaba dónde. En ese momento no podía recordar nada. Tan solo sentir. Rabia, pero más que eso, un dolor profundo y lacerante.

—¿Eh? — respondió cuando volvió a respirar.

—Luke, el sobrino de Alice Blackward.

«El sobri...».

—Seguramente debe estar confundida — replicó muy segura Brenda. «Una cosa era que Luke la engañara con otra mujer y otra muy distinta que la baronesa aquella lo confundiera con el mujeriego Blackward. Lo primero de por sí ya dolía, y lo segundo sería... no, eso no tenía pies ni cabeza», se dijo—. Su apellido es Spencer.

La mujer de cabello negro se rió.

—Claro que sí, de él te hablo querida. —Bree la miró extrañada—. Lukas, lo conocemos como Luke. Su nombre es Lukas Ian Spencer Blackward. ¿No te lo ha presentado Alice? Y aunque no lo hubiera hecho, el chico solía salir en todas las revistas del corazón con una mujer trofeo distinta en cada ocasión...

La mujer continuó hablando, pero

Brenda apenas entendía. Tampoco podía opinar porque se le atascaron las palabras.

Tan solo negó con la cabeza.

—Lo que sí me sorprende es que haya traído a Faith. «¿Faith?...», empezó a procesar en su aturdida cabeza lo que meses atrás le comentó Kevin. Una bailarina. Ex esposa del sobrino de Alice. Locos el uno por el otro. Divorcio escandaloso. Luego los comentarios de Luke en el Range Rover sobre la mujer que amó y lo engañó... «¡Oh, Dios mío...! ¡Oh, Dios mío...!», gimió para sus adentros cuando los cabos empezaron a tener coherencia sintiendo cómo el corazón se le hacía añicos. Aquella mujer le hizo la vida imposible a ese muchacho — continuó parlotando la mujer vestida de Givenchy, mientras contemplaba el entorno. Cuando se fijó en que su joven interlocutora mantenía silencio, se giró hacia ella. Al notarla tan pálida la tomó del brazo y la llevó para que se sirviera una copa.

Bree aceptó el trago y lo apuró de un solo sorbo.

—Vaya, tú sí que sabes cómo aprovechar un buen scotch le dijo la baronesa, mientras sonreía ajena a las emociones de Bree. Solo le interesaba charlar un poco con la asistente de su querida amiga Alice—. ¿Quieres que te lo presente? — preguntó con amabilidad al reparar en que la joven observaba fijamente al atractivo Lukas. Si ella tuviera unas décadas menos seguro

también habría mirado a ese guapísimo muchacho de esa manera, pensó Lucy con las cinco copas que llevaba encima.

Ella le respondió que no era necesario cuando la voz salió de su garganta como un graznido.

Cuando las miradas de ambos chocaron a la distancia, él lo supo. Luke se dio cuenta por la frialdad y el dolor en la expresión de Bree que ella había descubierto quién era en realidad. Y también era consciente de que se sentiría traicionada, después de haberle dado su confianza y su virginidad, y él le había pagado con una mentira.

Una mentira que pensaba aclarar al siguiente día, pero ahora no tendría oportunidad de hacerlo. ¿Un capricho o quizá una cruel broma del destino? Quizá. Era el peor momento en que podría haber ocurrido aquello.

Nunca se había sentido tan miserable y desesperado en toda su vida como ahora. Ver la decepción, el dolor y la rabia reflejados en los preciosos ojos verdes almendrados de Bree era más de lo que podía soportar.

Necesitaba hablar con ella.

De fondo sonaba el segundo movimiento de la Séptima Sinfonía de Beethoven, tocado por la Orquesta de Cámara de Londres.

Capítulo 13

Brenda sintió cómo la sangre se convirtió en hiel en sus venas. El corazón le latía a mil, pero ya no era el mismo de siempre; estaba roto. La culpa no era de Luke. Ella se enamoró de él, aún cuando no había una promesa de por medio.

Lo que le rompía el corazón era la mentira. La mentira cuando él conocía todo lo que había sufrido. Le dolía el engaño y que hubiese jugado con ella. Con todos los millones en su cuenta bancaria, Luke debió considerarla un entretenimiento más que sumarle a su cinturón. Sus palabras de consuelo, el modo en que la sedujo, aquel modo de tocarla, la aparente comprensión e interés por Harvey o su madre... todo, absolutamente todo, fue una mentira.

Si solo quería acostarse con ella, perfecto, porque de su lado fue así desde un principio. ¿Para qué negarlo? ¡Pero la vil mentira sobre su verdadera identidad! Eso no pensaba disculparse. ¿Por qué engañarla? Si acaso pensaba que quería o le interesaban sus millones entonces se sentía todavía más decepcionada de él. Desconocía al hombre elegante que destilaba opulencia desde el otro lado del salón.

Ella estaba enamorada de Luke Spencer, y aquella persona no existía. Amaba a una ilusión, porque el hombre que en ese momento la miraba intentando decidir si se acercaba o no a ella era Luke Blackward, coleccionista de mujeres, quien solo quiso pasar el rato mientras se reconciliaba con su ex mujer. Quizá cuando se quedaba como una estúpida esperándolo con una sonrisa en Surrey, su cliente en Londres lo espera con los brazos abiertos. Aquel supuesto cliente debería ser su ex mujer.

Haciendo un gran esfuerzo logró que su rostro poco a poco recuperara el color. Sin embargo, sus ojos no se despegaban de los de Luke. Lo observaba con desprecio y quería que él captara el mensaje.

—¡Querida! exclamó de pronto Alice cuando llegó hasta ella, logrando romper el contacto visual que tenía con Luke—. Veo que entre tú y Kevin lo han hecho estupendo — comentó abarcando con sus elegantes manos llenas de diamantes el espacio en el que se encontraban.

Lucy Ashford no se había movido del lado de Bree, ni dejó de parlotear en ningún momento, a pesar de que recibía por respuestas monólogos. Cuando observó a la anfitriona acercarse, su mirada se iluminó. Se conocían desde hacía algunos años.

—Me encantaría apoyar el voto de la junta para que seas patrocinadora de Wimbledon este año —intervino la baronesa, saludándola con dos besos, uno en cada mejilla—. ¿Cómo estás Alice?

La aludida sonrió al verla. En alguna ocasión Lucy fue su paño de lágrimas, cuando quedó viuda y con Luke a su cargo.

—De maravilla, ahora que tengo a mi sobrino en el salón. ¿Ya lo has saludado? — preguntó, mientras Bree escuchaba desde otra realidad. Se sentía devastada por dentro, como si hubiera pasado un ciclón dejándola expuesta y vulnerable.

—No, porque está con su ex mujer, quise presentárselo a esta jovencita — dijo Lucy mirando a Bree, quien sonreía por inercia—. Creo que mejor se lo presentas tú, al fin y al cabo será tu heredero, ¿no? Ahora me despido, querida Alice, porque veo a mi marido que está haciéndome de la mano — bajó el tono de voz cuando volvió a hablar—: no le gusta que me adelante a sus decisiones, pero te aseguro Alice que serás una de nuestras patrocinadoras, ya lo verás.

—Gracias, Lucy — se despidió y luego se giró hacia su asistente—:

Brenda...

—Alice si ya no me necesitas, me gustaría retirarme — se apresuró a decir.

La empresaria observó el rostro preocupado de Bree, mal interpretando que quizá estuviera nerviosa por la idea de conocer a su sobrino. Ella bien sabía que el muchacho podía intimidar por su altura y el aura de poder que irradiaba, lo que era un rasgo de los Blackward, pero le demostraría que así como ella podía ser muy agradable cuando se lo proponía, Luke también.

—Quiero presentarte a mi sobrino...

Brenda intentó controlar el tono de su voz.

—No es necesario, seguro nos conoceremos en otra ocasión — intentó deshacerse de tan mala idea. Ella quería huir del salón y hundirse entre las sábanas y no volver a salir de ahí nunca más.

—Ya sabes que no me gusta ser interrumpida, Brenda.— Ella tuvo que callarse a regañadientes e intentar recuperar el aplomo—.Vamos — ordenó sin opción a réplica.

«Astros, ayúdenme».

Casi arrastrando los pies llegó hasta donde Luke. Él estaba riéndose de una broma que soltó Faith sobre lo rígido que podía ponerse a veces Charles, cuando notó que Brenda y su tía se acercaban. Se tensó. Él y Faith se giraron cuando Alice los saludó con la misma ceremonia que hacía algunos minutos atrás al llegar a la cena.

—Luke, me gustaría presentarse a una de las personas más eficientes y gracias a quien esta

cena de gala está saliendo tal y como lo esperaba. Mi asistente Brenda Russell, una joya si me permites decirte.

Él la miró a los ojos tratando de disculparse, pero la mirada de Bree era absolutamente fría. No podía leer las emociones que cruzaban por sus ojos.

—Señor Blackward — saludó con indiferencia extendiéndole la mano. Por dentro quería abofetearlo, pedirle explicaciones, odiarlo. No podía odiarlo, porque lo amaba con desesperación. ¿Por qué, Brenda? ¿Por qué tenías que volver a confiar?

Faith le hizo un escaneo visual de la cabeza a los pies, sin dejar de lado aquella mirada celeste de superioridad.

—Puedes llamarme Luke — murmuró tratando de mostrar una calma que no sentía. Lo único que deseaba en ese momento era abrazarla y decirle porqué mintió. Notarla esquiva, fría y altiva, contrastaba totalmente con la muchacha dulce, espontánea y apasionada que él conocía. Y sabía que era su culpa, y por ello lamentaba aún más que las cosas se hubieran dado de ese modo antes de haber podido hablar—. Por favor.

Se estrecharon las manos y el sostuvo un rato más la de Bree, quien casi haló sus dedos de los de Luke. Su contacto dolía. Dolía profundamente.

—Prefiero la formalidad, pero le agradezco — replicó tajante.

Alice se mostró complacida de que, por primera vez, una mujer no sucumbiera a los encantos tan bien conocidos de su sobrino.

—Y ella es... —empezó girándose hacia la ex mujer de Luke, quien no se perdió en ningún momento la tensión del ambiente— Faith O'Connor, la ex esposa de mi sobrino — hizo hincapié Alice, mirando sonriente a Bree e ignorante de todo lo que ocurría en las mentes de quienes tenía a su alrededor.

Faith quería a Luke, pero le quedaba poco de tiempo de vida. Quizá su idea de reconquistarlo no era tan acertada. Hacía un rato le parecía divertido, pero ya le había causado bastante daño en el pasado. Sin embargo, sí que quería aprovechar esa oportunidad para vengarse de Alice por todos los desaires que siempre le había hecho. Lástima que quizá la rubia que tenía encandilado a Luke pudiera salir escaldada. En ese instante solo importaba ella y dejarle un disgusto a Alice.

—Señora Blackward — saludó Brenda con una sonrisa imperceptible.

Él no le quitaba los ojos de encima.

—Era la señora Blackward — corrigió Alice sin dejar de mantener un tono de voz ameno, que no sentía en absoluto.

Faith decidió que era el momento de salvar la situación. Tosió disimuladamente, atrayendo la atención de sus interlocutores.

Luke la miró extrañado.

—A decir verdad, Alice —empezó Faith, mientras él la observaba inquisitivo— su sobrino y yo vamos a casarnos nuevamente. Y es algo que hemos decidido durante las últimas semanas.—Le dedicó a la mujer de cabellos canos una de sus mejores sonrisas, al tiempo que recostaba la

cabeza en el hombro de Luke, quien intentó separarla de su lado, pero no podía porque se le pegó como una plasta.

Si Brenda tuviera que elegir entre ponerse a llorar y gritar... haría una combinación letal de ambas. «Últimas semanas...», la frase de Faith estaba grabada como hierro fundido en su memoria. «¿Qué faltaba para que el pastel estuviera completo?», pensó con amargura, sin dejar traslucir en su mirada lo que sentía por dentro.

Ahora entendía plenamente por qué él estaba enamorado de esa mujer. Ella era preciosa, lo reconocía. La tal Faith tenía el cabello rojo perfectamente peinado en una media coleta, un maquillaje que realzaba unos ojos celestes casi etéreos, un rostro ligeramente pecoso y un cuerpo frágil y delicado, sin demasiadas curvas, pero atractivo. Parecía un pequeño elfo... «¡Elfa! Era ella la que llamaba... siempre había sido ella». Ya tenía una de sus respuestas entonces.

Luke miró fijamente a Faith, e iba a negar lo que acababa de soltar, cuando su tía, como si conociera lo víbora que podría ser la pelirroja, continuó comentándole a él y a Brenda, dejando de dirigirse a Faith, sobre la reunión, los invitados y lo emocionante que resultaría Wimbledon para la cadena. Alice ya estaba habituada a las pataletas y desafueros de la irlandesa.

—Brenda —continuó Alice—, ya que mi sobrino se ha tomado la molestia de venir a mi cena creo que es justo que cumpla mi palabra, pues tú te verás involucrada de cerca.—«Oh, no, no, no», pensó preocupado Luke de inmediato, sabiendo lo que su tía iba a decir. «Un pésimo momento, tía». A partir de hoy me tomaré unas vacaciones —sonrió— y desde el lunes serás la asistente personal de Luke, hasta mi retorno.

«Esto no puede estar pasándome... ¿Esta era la cereza del pastel que estabas pidiendo?», pensó Bree con desesperación, mirando con ojos incrédulos a Alice. La mujer interpretó la mirada como si su asistente temiera no poder cumplir con las exigencias profesionales de su sobrino.

—No te preocupes, querida, Luke no es un tirano.

«Es peor...es el hombre que amo y acaba de romperme el corazón», hubiera querido responderle. Ella tenía que cancelar la cuenta de la clínica de su madre y no podía renunciar, y se encargaba de mantener a Harvey y pagar a los Quinn para que lo cuidaran, mientras trabajaba. Seguro que Dante se habría divertido haciendo una versión moderna de La Divina Comedia.

—Estoy segura que no consiguió decir, casi en un tono fluido, mientras Faith le sonreía. —Tía Alice...

Luke se disponía a decirle a su tía que no iba a casarse en realidad con Faith, y que necesitaba hablar con ella en privado sobre el tema de quedarse al mando, cuando Alice hizo de la mano a Kevin Parsons que terminaba de despedirse de Pete Sampras.

El norteamericano era un invitado de honor junto a su mujer, la modelo y actriz Bridgette Wilson. Invitar a tenistas reconocidos había sido sugerencia de Brenda, porque argumentó que la cadena Wulfton no solo debería reflejarse en el Reino Unido, al menos no con un evento tenístico tan importante, sino también en Estados Unidos y otros países. Por ello la gala contaba con uno o dos representantes de países europeos. André Agassi y Steffi Graf también estaban presentes.

—Luke Blackward, qué gusto verte — extendió la mano Kevin con entusiasmo al acercarse, mientras con la mano libre sostenía una copa de champán. Luke le devolvió el gesto con educación.

—Lo mismo digo.

—Tengo que atender al tesorero honorario de Wimbledon — dicho esto, Alice caminó con paso distinguido a recibir elogios y halagos por tan fastuosa cena que minutos atrás se había servido. Los platos eran carísimos y los chefs de Francia e Italia hicieron una comida fusión, incluyendo platos españoles. No solo era una integración de estrellas, patrocinadores y hombres de negocios, sino de buena mesa.

El silencio cayó entre los cuatro, pero Kevin con su encanto empezó a darle ánimo. Las respuestas eran tensas y las risas forzadas. Él conocía en algo a Brenda, y la mirada de súplica silenciosa que le dedicó dijo todo lo que necesitaba saber. Quería huír de ahí. Seguro que estaba cansada, pensó Kevin.

—Brenda y yo ya nos retiramos, espero que sigan disfrutando de la velada — empezó a despedirse estrechando manos.

Aliviada, ella se giró para irse, dándole a Luke una perspectiva muy cercana de su espalda desnuda. Él quiso llegar hasta ella, besarla y tocarla, pedirle disculpas por todo el enredo que mentira había causado, sobre todo por la humillación que estaba seguro sentía Bree.

—Bree me gustaría hablar contigo un momento —pidió Luke, ante la mirada de fastidio de la pelirroja vestida de azul. A Faith no le gustó en absoluto aquel diminutivo de confianza. Kevin lo pasó por alto, pues pensó que seguramente ya se habrían hecho amigos, mientras Alice estuvo con ellos.

Brenda se giró logrando que el bajo del vestido rojo acariciara sus piernas.

—Señor Blackward, si desea conversar conmigo puede hacerlo el día lunes estoy segura que su futura esposa —sonrió con frialdad— querrá su atención. Buenas noches.

Luke apretó los puños haciéndole daño involuntariamente a Faith, quien no dejaba la sonrisa complacida en el rostro. Él observó impotente cómo Brenda se alejaba con aquel provocativo vestido rojo. Sintió una oleada de celos cuando reparó en cómo la mano de Kevin se posaba muy cerca de la espalda baja de Bree. «Ella le pertenecía.

Era su mujer. Y estaba dispuesto a hablar con Brenda Russell esa misma noche», aquel fue su último pensamiento antes de que un grupo de conocidos lo rodearan engulléndolo con una cháchara sin fin. Pero Luke no dejó de seguir con la mirada a la única mujer que le interesaba en esa fiesta, y en cualquier lugar.

La única mujer de quién estaba enamorado.

Despedirse de cuanta persona se cruzaba con Kevin le dio poco a poco la calma que estaba buscando. Algunas estrellas del tenis e inversores eran muy agradables, y pronto se encontró riendo. Su cuerpo se relajó y su compañero de ojos grises en ningún momento la dejó sola; ella se lo agradecía en silencio, porque no importaba en qué lugar del salón estuviera podía sentir la mirada de Luke persiguiéndola.

—Bueno señores, creo que la dama junto a mí ya ha hecho suficiente por hoy. Nos retiramos y

no se olviden que es un placer atenderlos. Mi despacho para ustedes atiende 24/7 — dijo Kevin con una sonrisa, y sus famosos interlocutores rieron, pero no sin antes guardarse las tarjetas de presentación que intercambiaron.

Bree se fijó que su amigo realmente los tenía a todos en un guante. Le resulto toda una revelación verlo desplegar su encanto innato profesional y hacer sentir a sus acompañantes como si fueran realmente importantes, aunque quizá no lo fueran. Ahora entendía por qué Alice lo tenía en tal alta estima. Si ella fuera empresaria, no dudaría ni dos segundos en pagarle a Kevin lo que pidiese para que se ocupara de sus relaciones públicas. Además, que él poseía un carácter lleno de buena disposición, sin sombras... sin secretos.

Ella y Kevin iban riendo al bajar las escaleras de piedra del hotel cuando sintió una mano cálida y condenadamente agradable y conocida sobre la piel de su hombro. No necesitaba girarse para saber de quién se trataba.

—Necesito hablar contigo, Brenda — al ver la mirada de sorpresa de Kevin ante su tono demandante, le dijo—: ¿Kevin nos dejas a solas unos minutos?

El relacionista público no vio motivo para objetar nada, al fin y al cabo, era el sobrino de la dueña. Kevin asintió y le dijo a Bree que la encontraría en el parqueadero, y que si necesitaba algo lo llamara al móvil.

Ella quiso objetar, pero su compañero ya se alejaba.

De pie, en el último escalón, Luke al fin la tenía frente a frente. Deshacerse de Faith no le resultó fácil, menos mal una amiga la retuvo y pudo abandonarla.

—¿Qué desea, señor Blackward? — preguntó inexpresiva.

—Deja esa tontería, por favor.—Iba a acariciar la mejilla de Brenda, pero ella se hizo para atrás. Él dejó caer la mano—. Sigo siendo Luke.

El aire de la noche agitó el cabello rubio de Bree que lucía brillante y en ondas de agua sobre sus hombros. Parecía una visión en vintage.

—Yo conocía a Luke Spencer, y lo que me encontré esta noche es alguien absolutamente diferente. No te conozco.

Él la observó con impotencia.

—Bree... cariño, lo siento tanto... —la miró arrepentido— iba a decírtelo, pero no encontraba el momento. Spencer es el apellido de mi madre. Lukas Ian Spencer Blackward. Solo utilicé mi otro apellido...

Una oleada de furia se apoderó de ella. Lo miró con fastidio.

—¿Sí? ¿Y qué es lo que lamenta exactamente, señor Lukas Ian Spencer Blackward? preguntó con un tono suave, pero absolutamente duro, al que agregó una dosis de sarcasmo—. ¿Lamenta burlarse de una persona que desconocía su identidad? ¿Siente acaso el engaño? ¿Lamenta haberse vinculado con alguien que tiene una realidad muy distinta a la suya, y cuyo pasado seguramente le causó repulsión, pero tener sexo podía hacerlo tolerable? ¿Qué más siente? ¿Acaso haberse llevado a la cama a una mujer, mientras también lo hacía con otra? —Soltó cada pregunta, una tras otra llena de ira, dolor y veneno—. ¿Disfrutó al igual que con la mujer con quien I interrumpí meses atrás, cuando estaba en plena faena sexual y yo llamé para

decirle que su tía lo buscaba?

Luke le atrapó las muñecas con firmeza haciéndola callar. La acercó a su cuerpo. Necesitaba quitarle esa mirada, necesitaba... necesitaba que lo quisiera como él a ella. Pero lo que acaba de decir no iba a consentírselo. Él nunca estuvo con otra, mientras hacía el amor con ella.

—Faith y yo no nos hemos vuelto a acostar juntos. Lo nuestro se terminó hace mucho tiempo. ¿L comprendes? —Bree no respondió ante el tono firme de Luke, estaba asqueada y herida. Giró la cabeza hacia un lado, pero él no dejó de hablar—. Se inventó lo que acabaste de escuchar. No me voy a casar. Ella está enferma. Simplemente le pagaba su tratamiento. No quise decírtelo, porque no deseaba mezclar un mundo con otro —al ver que ella iba a replicar, continuó hablando—. No, no es lo que estás pensando. No me avergüenzo de ti, ni de lo que ocurrió entre ambos. Simplemente que eres una mujer muy distinta a las que he conocido.

Yo necesitaba la mujer genuina que hay en ti... no quería mezclarte con el mundo en el que vivo: frívolo, insensato y tan enredado. Lo que pasó entre tú y yo, no lo siento en absoluto; no deseo que termine.

Ella se echó una carcajada vacía, y tan rota como se sentía.

—¡Déjame, por favor...! — Luke la soltó y guardó sus manos en los bolsillos para evitar la tentación de tocarla. Su piel de seda lo atraía como Ícaro el cielo y el sol—. Yo no quiero tener nada que ver contigo. Debiste pasarlo muy bien sabiendo que era yo tan ingenua como para no reconocer tu cara.

Luke se pasó las manos sobre el espeso cabello negro azabache, despeinándolo. La mezcla de ese cabello salvaje, y su barba de dos días le conferían el aspecto de un dandy. Pero Brenda lo único que quería era terminar esa conversación que solo conseguía lastimarla más y más por dentro.

Él aspiró profundamente, antes de continuar.

—Me sentí aliviado de que por primera vez nadie supiera quién era yo. Siempre he recibido halagos, tratos especiales y estaba agobiado de las mujeres aduladoras, de los empleados condescendientes, necesitaba un poco de verdad y frontalidad. No pensé encontrar todo lo opuesto a mí mundo en ti, y que me devolvieras un poco del sentido de realidad. Cariño, yo jamás me burlaría de ti.

Ella lo miró con reproche y apretando su c l u t c h con incrustaciones de brillantes, que la tienda Chanel había obsequiado aquella noche.

«¿No se burlaría de ella? ¿Cariño? ¡Já!».

—Te abrí mi alma —casi gimió de rabia— jamás había hablado de mi vida tan abiertamente con nadie, sabías lo que odio la falsedad y los engaños... confié en ti, Lukas. Confié en ti — dijo con amargura.

Luke no pudo aguantar ver la tristeza en su precioso rostro, se inclinó y la abrazó. Al principio Bree se debatió entre sus brazos, pero él no la soltó. Ella dejó de luchar contra la fuerza de su abrazo, y embriagada por su olor, la fuerza de su cuerpo y el recuerdo de su tacto, muy a su pesar, las lágrimas empezaron a manchar la camisa blanca de Luke. Él sintió cómo las gotas tibias pasaron su piel. Nunca había pretendido causarle tal daño.

—Brenda, mi intención jamás fue herirte. Créeme, princesa — susurraba contra los cabellos suaves, mientras ella se mantenía en silencio dejando caer las lágrimas.

Alejándose de aquel cuerpo cálido que tantas noches había recorrido con sus besos y su piel, Bree se secó los rastros de humedad.

Luke permanecía con el rostro preocupado. Ella no tenía en absoluto el semblante de una mujer que fuera a perdonarlo. Nunca. Y él nunca había querido tanto algo como deseaba importarle a ella. Deseaba que Brenda lo amara.

Fue un estúpido al no darse cuenta que los celos, la automática alegría que se operaba en él con la sola perspectiva de verla, el modo en que su cuerpo reaccionaba a su presencia y cómo su conversación inteligente estimulaba su intelecto eran la prueba inequívoca que él la quería. Estaba enamorado de Brenda y había cometido un gravísimo error.

—No puedo creerte, nada, Lukas.

—Bree, todo esto no puede ser causado solo por la decepción, ¿hay algo más que sientas? ¿Existe algo aparte de rabia y decepción hacia mí? — preguntó esperanzado de que al menos en el estado sensible en que se encontraba pudiera darle una migaja, un indicio, una esperanza a la cual poder aferrarse.

Bree volvió a reírse, mientras de la otra esquina de la escalera empezaban a salir algunos invitados. Ellos estaban lo suficientemente lejos como para que no escucharan lo que estaban conversando.

—¿Es que acaso esperas una declaración de amor? ¿Eres tan estúpido y cínico que esperas que te diga que te amo, para poder darme la estocada final con alguna otra de tus mentiras? ¿Un poco más de verdad le hace falta, señor Blackward, o adulación quizá? ¿Nunca lo han amado por lo que es, sino por lo que puede ofrecer económicamente? ¿Tiene siempre un precio su corazón... si es que acaso lo tiene en alguna parte?

Bienvenido a la vida real. Aquí, los simples mortales como yo, no tenemos las comodidades de haber nacido en cuna de oro, no tenemos las conexiones, solo dignidad y orgullo. Y maldito seas, me has humillado como jamás nunca nadie lo ha hecho. Ni siquiera Ryan Caversham, cuando intentó violarme me lastimó tanto como tú.

—Bree...

Ella desestimó sus palabras con un gesto, porque sabía que estaba hiriéndolo. Compararlo con Ryan fue un golpe bajo. Muy bajo. Pero no podía evitarlo. Se sentía estafada.

—Cualquier retorcido nombre que quieras darle a lo que ocurrió entre aquel fantasma llamado Luke Spencer y yo, no volverá a ocurrir. Estoy convencida de que habrá muchas mujeres estúpidas que no leen las revistas de chismes, ni de negocios, porque están ocupadas tratando de sobrevivir, y entonces podrás jugar al tallador de madera o lo que desees inventarte. La próxima vez que quieras hablar conmigo será en horarios de oficina.

—Brenda... — murmuró tratando de calmarla.

—Ryan Caversham murió tiempo atrás en un accidente de tráfico. —Él la miró sorprendido—. Pero tú Lukas estás muerto en vida para mí. No quiero volver a hablar de nada personal contigo. Se acabó.

Él colocó la mano en el brazo de piel de seda. Y ella sintió la piel arder. Se soltó con facilidad.

—Princesa, no te vayas así...

—Buenas noches, señor Blackward. — Dicho esto y dejándolo inmóvil caminó rápidamente hacia donde estaba Kevin. No podía volver la vista atrás. Porque se pondría a llorar y lo más probable era que quisiera arrojarle su amor a la cara, lo cual sería añadir un pompón a esa nefasta noche.

Kevin estaba apostado contra la puerta del automóvil, y ni bien llegó hasta él, la ayudó a entrar. Sin preguntar, ni decir nada, condujo hacia la dirección que ella le indicó.

Luke no se iba a dar por vencido.

Eso no estaba en su sangre Blackward. Subió de dos en dos las escaleras, llegó hasta Faith y le dijo que en el primer vuelo de la mañana tenía que regresar a

Irlanda. Ella protestó, pero no le hizo caso. Le daba igual lo que ocurriera de ahora en adelante con Faith O'Connor. Su única meta en la cabeza era aclararlo todo con Brenda y lograr que lo perdonara.

Kevin supo que entre Luke y Brenda había un asunto importante. Él siempre estuvo interesado en ella, y luego de ver esa discreta escena a lo lejos, supongo que tenía una oportunidad. Bree era vital, alegre y hermosa, ¿qué hombre en sus cinco sentidos no querría tenerla? Si Blackward la había decepcionado, él jugaría la ruleta para su lado. Deseaba a Brenda y siempre conseguía su propósito.

—Gracias, Kev. Me has salvado — sonrió sin alegría, mientras él la acompañaba a la puerta de la casa. Harvey estaba durmiendo con los Quinn—. Bueno, casi. Me dejaste con ese ogro ahí afuera — intentó bromear.

Kevin se mantuvo serio.

—Prométeme que si algo necesitas vas a recurrir a mí.

Ella estuvo a punto de ponerse llorar. Tenía los nervios en tensión y ahora Kevin se mostraba tan atento y considerado. Oh, cuánto necesitaba a Tom en esos momentos.

—Seguro, gracias, Kev. Por cierto, Luke Blackward va a ser el jefe durante unas semanas, Alice se va de vacaciones... —se mordió el labio nerviosa, antes de

continuar—: Yo... si hay trabajo extra en tu área, no me importará ayudar.

—No hay problema — replicó con el mismo tono ameno de siempre, y sus ojos grises brillaban con algo parecido a la alegría—. ¿A qué se debe tu oferta de contribuir en mi área? No me molesta, de hecho me encantará contar con tu opinión, pero estoy seguro que Luke va a tener bastante que delegar...

Ella se encogió de hombros.

—Digamos que no he tenido una buena relación con él al conocernos contestó una mota inexistente de polvo de la falda roja del vestido.

—Bree, además de compañeros de trabajo somos amigos, ¿verdad? —Ella asintió—. Bien, entonces los amigos saben sus limitaciones. Si quieres hablarlo, lo hablamos. Si no quieres

hacerlo, lo respeto. Además —sonrió—, me debes una salida si mal no recuerdo. Para bailar no necesitamos hablar.—Eso la hizo reír—.Ya nos pondremos de acuerdo sobre eso, por ahora mereces descansar. Hemos hecho un gran trabajo esta noche. Yo tengo que volver a la fiesta para despedir al personal de catering —comprobó la hora—. Son casi las dos de la madrugada. Te veo el lunes.

—Gracias, Kev.

Bree subió las escaleras a su habitación. No tenía fuerzas para desvestirse. Se desplomó en la cama y cerró los ojos.

Capítulo 14

Le hubiera gustado abrir los ojos, y que fuera el año 2050. Se deshizo de mala gana del recogido casi desbaratado de la noche anterior. Lanzó los zapatos por donde cayeran y empezó a tironear de su vestido. Cuando se quedó en ropa interior se permitió aspirar profundamente y dejar que el aire se colara en sus pulmones.

Le apetecería muchísimo decirle un par de verdades a la solapada de Muriel, porque ahora que ataba cabos reconocía que tenía pleno conocimiento sobre la identidad de Luke. ¿Quién en la tierra podía decir que la mujer regalaba sonrisas? Imposible, solo lo hacía con Lukas. Y no solo eso, sino también el tema de haberle dado una habitación porque no había espacio. ¿Cómo fue tan ingenua cuando Muriel era prácticamente una dictadora? Luego pensó en la cara de sorpresa del señor Thomas Hudson cuando la escuchó hablarle al sobrino de Alice aquel día en la recepción del hotel. ¿A qué chiflada se le ocurría plantarle cara a uno de los solteros más adinerados e influyentes de Gran Bretaña? A ella, claro.

Deberían darle una medalla a la idiotez. Seguro que con eso se hacía algo de fama y la contrataban para algún programa de la televisión británica. Splash, quizá. O, quién sabe, a lo mejor encajaba en Britains Got Talent... aunque para ser sincera, ella sí que tenía el X Factor, a la necesidad.

Molesta consigo misma decidió que empezaría una nueva etapa. Luke podría ser su jefe una temporada, pero pretendía dejarlo muy al margen de su vida personal.

Desnudándose fue hasta la ducha. Dentro de pocas horas tendría que ir a la clínica para recoger a su madre. Esperaba que en esta ocasión las cosas fuesen diferentes. Con Marianne ser optimista era la única vía de enfrentar la vida. No le quedaba otra salida.

A pesar de que aún no llegaba al medio siglo de vida, Marianne mostraba arrugas que eran la secuela de sus vicios. La recuperación, de acuerdo a su médico de cabecera, era satisfactoria, pero no impedía que ella acudiese periódicamente a las reuniones que se celebraban en la clínica para personas adictas.

Marianne había logrado finalmente darse cuenta del daño que causó a sus hijos. A Bree principalmente, al privarla de sus estudios, y a su pequeño Harvey, sin conocer a su padre. Ahora estaba más que dispuesta a enmendar su vida.

Con una pequeña maleta gris en mano observó llegar a su hija con una sonrisa. Ella no pudo hacer otra cosa que devolverle el gesto, y abrazarla cuando Brenda se acercó a saludarla. Era

extraño y a la vez reconfortante sentir el calor del cariño. Le daba gracias a Dios que su hija mayor no era rencorosa.

—¿Lista? le preguntó, sonriéndole.

Con un nudo en la garganta asintió.

—Gracias por venir a verme.

—Vamos a empezar una nueva vida juntos, mamá. Tú, Harvey y yo. Tenemos que recuperar el tiempo. O al menos intentarlo. ¿Quieres hacerlo?

Marianne entendía lo que se ocultaba detrás de esa pregunta. Podía percibir el tono tensionado de su hija. Le estaba dando una última oportunidad, o los lazos endebles que las acompañaban en ese instante se desvanecerían para siempre. Le pedía una promesa. Un compromiso. Ella había pasado sola demasiado tiempo, en un vaivén de oscuros túneles, aventuras con hombres que la vejaron y menoscabaron su autoestima por la droga, y el alcohol. No más de eso.

Los meses internada en la clínica la ayudaron a repensarse su existencia y estaba lista para cumplir con un compromiso que olvidó que era inherente al hecho de ser madre. El compromiso de amor y cuidado por sus hijos.

—Sí, hija. Totalmente —dijo sincera, ante la comprensión inmediata de Brenda de todo a lo que ella estaba aceptando vincularse.

—Gracias... mamá —apretó la mano de su madre. La miró con calidez—. Ya es tiempo de volver a casa.

Harvey las recibió con una gran sonrisa. Los Quinn estaban también acompañando al pequeño. Les daba pesar que ya no pasaría mucho tiempo con ellos, pero se alegraban que su madre volviera. Tan solo rezaban para que Marianne finalmente recuperara del todo su hogar, reflexionó Eloise cuando observó a Brenda y su madre llegar hasta el porche de la casa.

Bree tuvo tiempo, antes de recoger a su madre, de poner en práctica un par de recetas. Que Marianne volviera a casa era una celebración y quería conmemorarlo. Así que decidió hacer un cake de banano, galletas de avena con chispas de chocolate y frutillas con nata.

Ahora era un buen momento para pensar en recuperar sus estudios universitarios. La idea de ser repostera nunca se iba de su mente y quizá ahora podría conseguir graduarse y crear su propia empresa de catering. Así dejaría el trabajo en la cadena de hoteles y podría convertirse en una pequeña e independiente empresaria.

—Marianne —dijo Harvey. Él aún no se acostumbraba a llamarla siempre mamá—. ¿Vas a quedarte para siempre, o volverás a irte?

Las cucharas se detuvieron sobre las frutillas con nata.

—Me quedaré para siempre, hijo. Si tú quieres, claro —sonrió apretándole la manita blanca y de rechonchos deditos.

Harvey la observó. Primero el modo en que ella apretaba su mano y luego subió su atención a los ojos tan verdes como los suyos.

—Sí quiero, pero no deseo que vuelvas a golpear a Bree. Ella me ha cuidado...

Los Quinn en ese momento se excusaron diciendo que habían dejado encendido un artefacto en casa y se despidieron. Brenda los acompañó a la puerta, y con un efusivo abrazo les agradeció todo lo que habían hecho por ella. Eloise aseveró que no le importaría continuar cuidando del pequeño de vez en cuando. Bree les agradeció.

El resto de la tarde transcurrió con calma, Harvey y Marianne estaban pasando tiempo juntos, y Brenda escuchaba todas las explicaciones de Harvey sobre sus descubrimientos de los animales en Australia, los canguros, la barrera de coral y también de la extinción de los dinosaurios, que era su tema favorito. Ella se dio cuenta la capacidad de amor y perdón que tenía su hermano. Mientras lo escuchaba hablar con su madre, él no daba muestras de tener algún resentimiento, parecía como si Marianne jamás hubiera estado ausente de sus vidas perdida en el alcohol y ajena a sus hijos.

—Bree llamó Harvey entrando a su habitación horas más tarde. Estaba vestido con un pequeño jean, una camiseta a cuadros y los zapatos deportivos.

Ella lo observó extrañada. Eran las seis de la tarde.

—¿Te han invitado los Quinn a alguna parte?

Él negó con la cabeza observándola como si no la comprendiera del todo.

—Luke me invitó a un helado.

—¿Luke? — Entonces recordó que el niño había empezado a encariñarse con aquel mentiroso, desde que lo acompañó a quitarse el yeso de la mano y lo premió por su valentía comprándole toda una colección de juguetes de dinosaurios y legos, que ella aún no encontraba dónde guardar. También sabía que su hermano no tenía por qué pagar los errores que cometía ella por su mal juicio—. Ven aquí, cariño — le dijo, mientras el pequeño avanzaba observándola con sus ojos inocentes y la boquita fruncida. Lo abrazó—. Me temo que no será posible. Lo siento... Luke no vendrá hoy. Él es una persona muy ocupada, no te pongas triste — se disculpó besándole los cabellos olorosos a shampoo infantil.

El pequeño se removió en sus brazos poniéndose de pie en el piso.

—Eso no es posible. Él vino a verme hoy cuando estabas yendo a recoger a mamá, y dijo que vendría por mí... — dijo con el ceño fruncido y los bracitos cruzados.

El rostro de Brenda cambió de desconcierto a un visible enfado.

—¿Ah, sí? ¿Y qué más te dijo él, cariño? — contuvo su tono de voz. Su hermano no tenía la culpa.

—Bueno... me dijo que probablemente estarías enfadada, pero me hizo prometer que no te diría nada. Y él tenía razón estás enfadada.

Ahora sí estaba furiosa, ¿cómo se atrevía a meterse en la vida de su familia, después de haberse comportado como un idiota?

—Contigo no estoy enfadada en absoluto, cariño. Pero lo siento, Harvey, no irás con Luke. Él no es parte de la familia y desde hoy tienes absolutamente prohibido verlo.

Apenas concluyó su reprimenda se lamentó. Dos gruesos lagrimones empezaron a brotar de los ojitos de Harvey rodando por sus redondas mejillas. Ella se aproximó a él, maldiciendo

mentalmente a Luke por esa triquiñuela. Lo abrazó y luego lo calmó diciéndole que sería por esa vez que podría ir a tomar un helado, pero que no volviera a aceptar invitaciones sin antes consultarlo con ella. Notó aliviada que su hermano no era un niño caprichoso y asintió aceptando sus palabras, mientras se dejaba secar las lágrimas.

Lo último que quería era ver a Luke. Pero no le quedaba de otra si el muy taimado había decidido hablar con ella usando a su hermano como punto de enganche.

Se quedó en blanco durante un largo minuto cuando escuchó que llamaban a la puerta. El corazón empezó a latirle con rapidez, sin poder controlarlo. Luego escuchó los pasos de Marianne aproximándose, abriendo la puerta y los susurros del intercambio de saludos.

—Brenda —llamó su madre desde abajo—, aquí está el señor Blackward. Dice que ha venido por Harvey.

Su hermano ni bien escuchó su nombre se dio media vuelta y bajó corriendo las escaleras. Ella por su lado intentó controlar los nervios y se observó en el espejo. Estaba aceptable. Unos pantalones chinos, flojos, una blusa sin mangas algo ajustada, y una coleta cerrada en forma de cebolla sobre su cabeza. Que estuviera resentida, no implicaba que iba a presentarse como una bruja. Tenía su orgullo.

Bajó las escaleras como si nada en el mundo le importara. Pero sí que lo hacía. El corazón empezó a acelerarse aún más cuando observó a Luke vestido con un pantalón blanco, camisa azul que resaltaba sus ojos, y el cabello perfectamente peinado hacia atrás. Lucía como uno de esos modelos de ropa de diseñador.

Después de insultarse mentalmente por reparar en aquellos detalles, se motivó a recordar por qué estaba decepcionada y dolida con él. Eso le dio fuerzas para andar con más aplomo y detenerse lo suficientemente lejos para que el aroma de Luke no enturbiara sus sentidos.

—Hola, Bree — saludó él, sin quitarle un ojo de encima. Marianne se despidió de Luke con un apretón de manos y una cálida sonrisa. Cuando ella hubo desaparecido al final de la escalera, Luke se dirigió nuevamente a Brenda—: Me hubiera gustado poder acompañarte hoy a recoger a tu mamá — aseguró, mientras Harvey lo agarraba firmemente de la mano. El gesto de confianza de su hermano hacia Luke, la conmovió. No podía permitir que lastimara al pequeño.

Brenda se acuclilló soltando sutilmente la pequeña mano de aquella mucho más grande. Giró a Harvey hacia a ella.

—Dulzura, Luke y yo tenemos que decidir a qué hora puedes volver. ¿Qué te parece si hablas con mamá y le preguntas si acaso ella no querrá ir más tarde a cenar al restaurante que está a la vuelta?

—¿Luego puedo ir con Luke?

—Sí, Harv. Ahora ve arriba, ya te llamo cuando haya terminado de conversar.

El niño subió corriendo las escaleras.

Brenda se tomó su tiempo para incorporarse.

—No quiero que hagas las cosas a mis espaldas, me parece miserable y poco recursivo de tu parte utilizar a un niño de esta manera.

Él sonrió. De aquel maldito modo que tenía.

—En realidad, me gusta Harvey, es un niño muy despierto. Si pasar un rato con él, me lleva hasta a ti, pues qué mejor aunque no lo he hecho con esa intención. —Se pasó la mano sobre los cabellos, desordenándoselos apenas y adquiriendo una apostura que a Brenda le pareció imposible de superar. ¿Por qué tenía que ser tan condenadamente encantador? Lograba que cualquier estupidez que hiciera o dijera se viera reducida a una simple travesura. «No fue una simple travesura»—.Y sobre el tema de ser poco recursivo, lo pongo en tela de duda. Anoche dejamos una conversación pendiente y tengo toda la intención de retomarla.

Luke alargó la mano y acomodó un mechón de cabello rubio detrás de la oreja de Brenda. El solo roce de sus dedos con su piel, le envió ondas eléctricas que se dispersaron por los poros de su piel. Ella le dio un manotón, apartándolo.

La mirada de advertencia de Bree, lo hizo meterse las manos en los bolsillos. Le daría tiempo e intentaría ser razonable, luego buscaría el modo de volver a ganársela.

—No me llamaste para acompañarte a ver a tu mamá — comentó.

Ella lo fulminó con la mirada. —Anoche, te dejé muy claro que no quería volver a verte fuera de la oficina —expresó con tono fastidiado—. Y no creo que estuvieras lo suficientemente bebido para no comprender mis palabras. Eso incluye alejarte de todo lo que tenga que ver conmigo.

Él se encogió de hombros.

—No me das alternativas. Y casualmente por eso estoy aquí...

—Utilizando a mi hermano —completó ella. Él negó con la cabeza, pero Bree continuó—. Así como utilizaste al personal del hotel en Surrey. Todos habrán pensado que era una idiota. —Lo punzó en el pecho con el dedo, presionando con fuerza con cada palabra—. Me siento como una estúpida y difícilmente voy a olvidarme de esta afrenta que me has hecho, Luke Blackward.

—No lo veas de ese modo. Yo les pedí que no te dijeran nada... y acepto que cometí un error. No pensé que las cosas pudieran irse de las manos.

—Sinceramente, no tengo ganas de escucharte, Luke. Si quieres ir por un helado con mi hermano, hazlo, cuidalo y tráelo de vuelta dentro de una hora. Será la última vez que te acerques a él. No lo metas en esta situación. Si tienes alguna duda con respecto al trabajo que hago para Alice, pregúntamelo... el día lunes. Sobre trabajo es lo único de lo que pienso hablar contigo.

—Me lo vas a poner difícil, ¿cierto? — la observó inquisitivo.

—No te lo voy a poner de ninguna manera. Simplemente se acabó. Te sugiero que vuelvas con tu prometida...

—Ya te dije que no es mi prometida —gruñó—. Ella es mi ex esposa...

—Tu clienta en Londres, ¿cierto?

—Sí replicó apesadumbrado. Ya sabía que Brenda ataría cabos—. No me pude negar a ayudarla. Llevarla a la fiesta fue un error. Escucha —suspiró— a Faith le quedan dos meses de vida...

—Ella le dijo en un murmullo que le daba pena que así fueran las cosas. Él continuó—: Se marchó esta mañana, no volveré a verla.

—¿Es decir que estás aceptando que jamás pensabas decirme la verdad, Luke? ¿La quieres aún?

Él negó con la cabeza sin dejar de estudiarla con sus profundos ojos color zafiro.

—No. Lo que sentía por ella se extinguió hace muchísimo tiempo. No he estado con nadie más desde que empecé a salir contigo. —Bree lo observó desconfiada—. Pensaba decirte la verdad sobre quién era yo... solo que postergué demasiado el momento de hacerlo y las cosas se me salieron de las manos. En teoría no te mentí...

Ella echó a reír, porque casualmente era lo que ella hizo cuando él asumió que Harvey era su hijo. Aunque en esos días la situación era distinta, porque no existían vínculos entre ellos.

—Solo omitiste tu apellido paterno — dijo sarcástica —, ah, y también sobre lo que hacías para vivir. Así que cuéntame, ¿cómo aprendiste a tallar tan rápidamente? ¿El señor Hudson quizá te enseñó?

—Lo que te conté sobre el modo en que llegué a apreciar el arte de hacer pequeños ornamentos y diseños con las manos es cierto. El tiempo de terapia en que lo desarrollé fue cuando mi matrimonio con Faith se acabó. Casarme con ella fue un error, y mi tía me impulsó a hacer algo distinto a zambullirme de cabeza en el trabajo, viajar y...

—Entonces empezaste a seducir mujeres — soltó ella y Luke sonrió con petulancia masculina. Bree quiso golpearlo.

—Bueno, aquella vez en España cuando llamaste, ciertamente yo estaba en medio de...

—No quiero saber —zanjó Bree.

La sonrisa de Luke se esfumó.

—Quiero recuperar tu confianza — declaró sincero.

—Ya es demasiado tarde, no va a suceder —suspiró cansada—.

Mira, simplemente límitate al papel que tienes ahora. Tú serás mi jefe a partir del lunes y yo tu asistente personal. Ahí queda todo. Cuando vuelva Alice harás de cuenta que nunca me conociste. Cada cual seguirá el curso de su vida — lo expresó como si no le afectara, pero ni ella se creía la última frase.

—Imposible... —dijo mirándola en tono posesivo. Ella sintió cómo un fogonazo de calor se colaba por su piel—. ¿O acaso estás interesada en alguien más...?

Recordó el modo en que los ojos de Luke se clavaban en ella, mientras estaba con Kevin.

«¿Estaría celoso?». Ella sabía que su ex esposa lo había hecho sufrir con las infidelidades y jugando con sus celos. No era mala, no podría hacerle eso... aún a pesar de que él era un embustero y le hubiera roto el corazón.

—Luke, hazme un favor, ¿sí? — evadió responderle—. Métete en tus propios asuntos. —Luego se giró dejándolo solo. Subió las escaleras, para buscar a su hermano—. Tráelo en una hora — le gritó desde arriba, cuando Harvey bajó eufórico las escaleras.

—Sí, señora — replicó él en voz baja. Doña mandona volvía. «Le iba a tomar mucho trabajo lograr que la Bree dulce, entregada y apasionada volviera a confiar en él», concluyó, mientras el pequeño se aferraba a su mano. Más allá de que Harvey fuera un vínculo con su hermana, le

tenía afecto.

Luke encontró interesante darse cuenta que el niño era una fantástica fuente de información, y ahora él conocía la rutina de Brenda al dedillo. Pensaba utilizar esos datos para su beneficio. Luego de dejar a Harvey, volvió a su mansión y estuvo repasando números para ponerse al día, ahora que tenía que encargarse de cuidarle las espaldas a su tía, mientras ella estaba de vacaciones.

Se sintió más solo que nunca en medio de aquellas paredes ostentosas. Necesitaba a la mujer que amaba a su lado.

Desesperadamente.

La mujer que no quería saber de él.

Estiró las piernas sobre la mesa de centro de su salón de piano, mientras giraba el whisky alrededor del hielo de su vaso. Deseó poder compartir con Bree más aspectos de su vida. Había comprendido que todas las mujeres que pasaron por su cama fueron meras sustitutas, hasta que llegó Brenda. Lo que menos esperaba al iniciar una aventura con una desconocida era enamorarse de ella. Pero ahí estaba, absolutamente cautivado y arrepentido por haberla lastimado.

Cuando fue a buscar a Harvey y tuvieron oportunidad de hablar, le habría gustado decirle lo que sentía por ella. Hubiera sido un error, porque ella no lo quería ver. No lo creía. Y después de lo hiriente que fue en los escalones del hotel la noche del viernes, prefería darle tiempo a que su furia remitiera. No demasiado tiempo.

Lejos de ella sentía como si hubiese regresado a su vida gris. Brenda le había dado otros matices a su vida. Y lo más importante: calma. Después de hacer el amor con ella, no se sentía usado o inquieto del modo en que Faith lo hacía sentir. Cuando yacía con Bree lo que ella le obsequiaba era plenitud, sosiego y una pasión tan pura, que llegaba a quemarlo. Y él quería volver a tener la oportunidad de perderse y consumirse en ese poderoso fuego.

Aquella mañana se sintió aliviado cuando Charles le confirmó desde el aeropuerto de Heathrow que el vuelo a Dublín había salido con la pasajera Faith O'Connor en primera clase. Sin problemas.

Con Faith no hubo más disculpas, ni palabras de pesar. Simplemente una rúbrica y una garantía de mutuo acuerdo para no volver a saber el uno del otro. Alex Lindl, su abogado, se encargó de dejar todo pulcramente estipulado, sin cabos sueltos.

Por más taimada y manipuladora que Faith fuese, sí sentía lástima por la batalla final que le tocaba lidiar contra el cáncer. Cuando habló con su ex suegra, Charlotte, le comentó que aceptaría de vuelta a su hija y que no sabía del padecimiento que llevaba a costas.

La anciana aprovechó para pedirle disculpas por todos los sinsabores que Faith le causó, y prometió que no volvería a incordiarlo.

Su preocupación ahora era Brenda. Pretendía reconquistarla a toda costa y averiguar si ella sentía algo por él, además de decepción y resentimiento.

El reloj marcaba las 06h00 y Luke ya se encontraba en la confortable silla de Alice en la oficina central de la cadena Wulfton. Trabajar casi de madrugada no era parte de su itinerario habitual, pero no le había quedado de otra. Apenas pudo conciliar el sueño y menos después de leer el último correo electrónico de su amigo y vicepresidente ejecutivo de Blue Destination, George.

Además de quejarse diciéndole que no daba abasto con la cantidad de reuniones que tenía que cubrir en su ausencia, George le expresó que si no volvía a su puesto para hacerse cargo de la presidencia pensaba vender sus acciones y trasladarse definitivamente a Southampton. Aquella noticia le agrió por completo el humor y cualquier posibilidad de dormir.

Tener un negocio lejos de la naviera era un plan que George había postergado continuamente. Luke lo convenció de invertir con él, luego de mostrarle la estadística de los altos índices de ganancias en Blue Destination, y persuadirlo de que le iría mejor asociarse con él que montando un negocio por sí solo. George era un privilegiado, no solo con sus contactos, sino que realmente era bueno negociando y tomando ventajas de las oportunidades, y supo que la propuesta que le estaba dejando sobre la mesa era ventajosa, y aceptó.

Ambos habían hecho de Blue Destination la naviera de referencia para quienes deseaban hacer negocios por mar en Inglaterra, e inclusive en el Mediterráneo. Las ganancias que obtuvieron los cinco primeros años superaban en un doscientos por ciento la proyección inicial de Luke. Ahora que George sacaba nuevamente la idea de tener un negocio propio lejos de la naviera, suponía dos problemas para Luke.

Primero. Si rompían la sociedad, George Osmond se convertiría en un agresivo competidor que contaba con una información de primera mano: cómo se movía Luke, pensaba y negociaba. Es decir, podía estar un paso adelante suyo en las mesas de negocios y eso no le causaba gracia alguna. Segundo. Tendría que dejar a un responsable para la cadena de hoteles, mientras Alice estaba de vacaciones en la Toscana italiana, y no conocía a nadie que tuviese la perspectiva global que se necesitaba. Por otra parte, entregó su palabra a Alice y no pensaba fallarle.

No podía especificar en qué momento su vida quedó de cabeza.

En realidad sí que podía. Empezó cuando tomó vacaciones y encontró la excusa perfecta para pasar desapercibido, jugando a forjarse un perfil falso de su pasado y su futuro. Se encontró con una mujer a la que estaba engañando con respecto a quién era él en realidad, luego su ex esposa apareció de pronto para desbaratar su tranquilidad y finalmente cuando lo que en un principio era una omisión consciente e inofensiva se puso al descubierto, terminó por darse cuenta que estaba enamorado de Brenda, y ahora ella no quería saber nada de él. ¿Podía ir peor la situación?

Realmente esperaba que no.

Necesitaba la cabeza despejada.

Utilizó las siguientes tres horas para revisar los archivos de Alice con más minuciosidad. Sacó las notas que había tomado en su Ipad durante las noches que estuvo poniéndose al día del negocio hotelero y las analizó. La buena noticia vino con un archivo que le llegó de su tía al correo electrónico. Él le respondió con una sonrisa: «No seas workaholic. Descansa. Gracias por el reporte. Ahora yo me encargo. Te veo en tres semanas. Luke». El documento adjunto era un reporte sobre la cena con los representantes de Wimbledon. Entre otras cosas exponía que la empresa solo necesitaba que Phillip Haymore diera su voto decisivo para que Wulfton fuera auspiciante del evento.

Aquello era un tema confidencial. El hecho de que Haymore fuera el voto decisivo lo había comentado Lady Lucy Ashford, off the record a Alice. Su tía resaltaba el tema en el correo, así como la necesidad de manejar la relación con Haymore con mucho tacto, pues de lo contrario correrían el riesgo de perder el patrocinio. Luke conseguiría darle ese punto ganador al hotel y cuando Alice volviera de sus vacaciones podría retomar el mando. Luego ajustaría cuentas con George.

Estaba tan concentrado revisando detenidamente la nómina de empleados que no escuchó cuando llamaron a la puerta. Lo único que lo alertó de la presencia de alguien fue un perfume que le era familiar.

Levantó la cabeza para encontrarse con la mujer que rondaba sus pensamientos.

—Buenos días — la saludó sonriente.

Él notó que Brenda estaba radiante. La falda verde oliva y la americana a tono le iban de maravilla y marcaban cada una de sus curvas. Al parecer, como siempre, ella parecía no ser consciente de su innata sensualidad y atractivo.

—Señor Blackward — respondió. Él enarcó una ceja y luego se reclinó contra el respaldo del asiento relajándose por primera vez en toda la condenada madrugada. La idea de reconquistar a Brenda no le resultaba aburrida ni preocupante en absoluto. Estaba consciente de que se sentía atraída por él, y se encargaría de arreglar su error. Solo tenía que explotar esa atracción en su favor.

Le sonrió.

—En realidad, Bree, preferiría que me llames por mi nombre. Ya hemos pasado por la etapa de los formalismos.

Ella frunció ligeramente el ceño.

—Y yo preferiría que no lo hiciera señor Blackward. Habitualmente Alice y yo nos reunimos dos veces al día. —Sacó su agenda cambiando de tema y mantuvo su tono profesional. Aunque ver a Luke tan guapo con el traje de oficina era un factor distractor muy fuerte para sus intenciones de permanecer indiferente. Además que no estaba habituada a verlo vestido de ese modo, en Surrey él vestía un jean o pantalones sencillos y una camisa común. Ahora estaba segura que ese traje café que llevaba debía costar unos seis salarios suyos—. A esta hora establecemos los puntos en la agenda, y a media mañana confirmamos las citas posteriores y planes del siguiente día de trabajo.

El modo profesional y distante era exactamente el mismo que empleó Bree para llamarlo cuando estaba en España y quería que volviera a Inglaterra por pedido de su tía. A él lo frustraba no poder besarla y tocarla como deseaba. Su mente no le jugaba limpio, porque empezaba a imaginársela sin esa molesta ropa de oficina y aquel peinado que llevaba encima; pensaba en cada curva y espacio de su piel, en su sabor, sus respuestas apasionadas.

Se aclaró la garganta.

—Toma asiento, por favor. Si es así como quieres que hablemos de ahora en adelante. Lo haremos a tu m a n e r a , señorita

Russell.—Entrelazó los dedos de sus manos bronceadas sobre el caro escritorio de Alice.

—Bien — replicó ella, poco confiada del modo tan fácil con que Luke aceptó su posición. Iría con cuidado.

Luke por su parte procuró concentrarse en lo que ella empezaba a decirle, evitando reparar en las fantásticas piernas que la falda cubría hasta la rodilla. Le iba a permitir que pensara que ella marcaba la pauta, lo cual por supuesto, no era ni remotamente posible. Ahora jugaban en su terreno. Él pondría las normas.

Estuvieron dialogando sobre el itinerario de trabajo.

—Si eso es todo, me retiro — empezó poniéndose de pie cuando terminó de apuntar la última cita que le indicó Luke.

—¿A qué hora es tu hora de salida habitualmente?

—Cuando Alice me lo indique. — Al ver la sonrisa taimada supo que había cometido un error táctico.

Le acaba de dar las garantías para que la retuviera hasta que a él se le diera la gana. Intentó recapitular—:

O cuando...

—Cuando yo te lo indique me parece perfecto, así no te quitarás los buenos hábitos que sueles tener y al volver mi tía. Seguro me agradecerás no haber alterado tu rutina. Bien. Eso es todo por ahora, señorita Russell.

Ella lo quedó mirando fijamente, y él a su vez la observó interrogante esperando a que pusiera alguna objeción.

—De acuerdo — dijo Brenda. La jugaba le había salido en contra, ahora estaría a la voluntad de Luke. «¡Bien hecho, Bree! Yeiiii», se dijo sarcástica.

Kevin se presentó en la oficina, cuando Bree estaba ya de salida. La mirada cálida que ella le dedicó al relacionista público hizo que Luke retuviera la bilis.

—Luke — saludó el americano. Brenda le recordó a Luke que su próxima reunión sería a las once de la mañana, luego dejó a ambos atrás.

El sobrino de Alice observó a Kevin.

—Qué bueno que te presentas, porque estaba por pedirle a la señorita Russell que te llame.
—«Así que estos dos aún continúan con sus diferencias», pensó Kevin sonriendo por dentro—. Necesito que me hagas un clipping con toda la información de la semana pasada. Adicionalmente, necesito un reporte con los archivos correspondientes a la cobertura de prensa que se hizo de Wimbledon el año anterior. Auspiciantes. Montos. Para finalizar, organiza una reunión, con la encargada de Publicidad. Debo revisar el presupuesto. Creo que no hemos sido expuestos lo suficiente en los medios a pesar de la cantidad de dinero que estamos invirtiendo. Necesito también una estadística de los medios de comunicación en los que hemos aparecido los últimos seis meses.

Él consideraba a Luke Blackward un hombre de negocios implacable, exigente y también exitoso, no esperaba menos del sobrino de Alice. Sin embargo, ahora la situación implicaba dos asuntos: no solo era su jefe, sino también su competencia con

Brenda. Tenía que ir con cuidado para que las líneas en ambos lados no se cruzaran.

—Sin problemas — replicó a modo de despedida.

—Ah, y Kevin. —El aludido se volteó—. Quiero toda esa información para hoy — indicó, mientras empezaba a teclear en la computadora.

—La tendrás al finalizar la tarde.

Luke detuvo sus dedos y lo miró con arrogancia.

—Eso espero.

Quizá no era muy profesional lo que estaba haciendo, pero no le importaba. Pretendía mantener ocupado a Parsons hasta entrada la noche, para que no coincidiera con Bree. Se estaba comportando como un Neanderthal, lo sabía, pero le daba igual.

Brenda llegó a su puesto y empezó a hacer llamadas. Estaba tomando notas cuando vio acercarse a Kevin.

—Hola, Bree — se arrimó al escritorio de madera—. Al parecer el jefe ha sacado su vena tiránica de Alice, ¿eh?

Ella se echó a reír, por el modo en que él lo decía. «Tiránico era poco», pensó. Se había tomado el tiempo de leer entrevistas de medios especializados en el negocio naviero que se referían a Luke como el soltero de oro, o la mente maestra detrás de la naviera Blue Destination, y otras cosas por el estilo. Lo resaltaban como un hombre con escrúpulos, pero sin un ápice de compasión para sus competidores. Y su socio, un tal George Osmond, al parecer contaba con las mismas

“cualidades”.

—Sí, pero serán solo tres semanas.

—Lo que me recuerda que hoy es lunes y seguramente estarás estresada al finalizar la jornada. Me vendría bien una acompañante para una clase demostrativa de salsa.

—¿Salsa? Oh, pero para eso hay que tener buen ritmo y créeme que las clases de baile no son lo mío.

—Me rehúso a tomar un “no”, por respuesta. Te ofrezco un trato. —Brenda se recostó en la silla, cruzó los brazos y lo observó con una sonrisa. El modo de hablar de Kevin era tan encantador que ella ya se estaba visualizando haciendo el ridículo intentando bailar salsa. Le costaba aprender los ritmos latinos—. Me acompañas a la clase de baile, y si te animas, te unes a practicar. Si no, igual espero que vengas conmigo porque quiero invitarte a cenar.

Ahí la tenía. La oportunidad de divertirse un rato. Quizá salir un rato con Kevin era lo que necesitaba. Reírse un poco. No dejaba de amar a Luke, pero ya no había nada que arreglar ahí. Había perdido la confianza en él, y no existía vuelta atrás.

—¿Y piensas cumplir el trato en caso de que no pueda con la música? — preguntó girando el lapicero entre los dedos.

Kevin se arriesgó a hacer su primera movida. Se inclinó hacia abajo y ajustó un par de hebras de cabello suave y rubio detrás de la oreja de Bree. Ella se quedó inmóvil. Era la primera vez que él

hacía algo así.

—Absolutamente. —Retiró la mano como si no hubiera pasado nada—. Te veo en el lobby a las siete. —Luego se alejó por el pasillo hacia su oficina.

—¡Hombres! — exclamó en voz baja antes de volver su atención a la pantalla del ordenador.

Luke atendió todas las llamadas que Bree le pasaba. Se reunió con varios ejecutivos de la empresa, tres clientes y estuvo en un almuerzo de negocios, al cual ella también asistió. Lo sorprendió gratamente ver cómo se desenvolvía y aía bien de forma instantánea a los hombres y mujeres de negocios.

Se fijó en que Brenda era muy eficiente y comprendía por qué su tía la contrató. En ningún momento hicieron mención de lo que ocurrió entre ellos, ni él cayó en la tentación de acercársele o tocarla. Y la tentación era muy grande.

Una hora antes de finalizar la tarde, George lo llamó para decir que necesitaba que alguien se ocupara de Renno Brown, un español que buscaba una empresa que transportara muebles de oficina de modo constante desde España a Inglaterra. Era una cuenta que prometía cuantiosos ingresos, porque Brown era un conocido negociante y además muy amigo de los dueños de Ikea.

—George —comprobó el reloj del ordenador— no puedo ir en este instante a la central. Ajusta la reunión para mañana. Estoy seguro que podré con todo, pero hoy no. Me estoy poniendo al día con el negocio de mi tía. Tiene unos malditos enredos que aún estoy terminando de aclarar.

—Lukas. —Él jamás lo llamaba por el ap lativo común—.

Realmente me estoy cabreando, ¿sabes? He tenido a la pobre Christine haciendo doble trabajo busca una solución pronto.

—Mañana tendré una. Dame un respiro, ¿quieres? No han sido las vacaciones que pensaba y ahora esto del negocio hotelero me tiene agobiado. He tenido que suspender mi descanso. Tal como te conté tuve que lidiar con Faith. —George cambió de tema rápidamente, para comentarle sobre un incremento de ganancias y que solo por eso pensaba darle exactamente setenta y dos horas para que encontrara el modo de retomar el mando de la empresa, porque él no se alcanzaba con todo—. De acuerdo, de acuerdo. Encontraré la solución. Gracias, George. Salúdame a Katherine.

—Le daré tus saludos a mi esposa.

Al finalizar la tarde decidió darle un respiro a Brenda. La llamó por el interfono, para decirle que habían acabado. Ella respondió con un escueto “está bien”.

La verdad, él estaba cansado. Encargarse de dos empresas al mismo tiempo con un alcance nacional e internacional no era una tarea fácil. Se había metido en una encrucijada y aún tenía tres semanas por delante.

Bree recogió su cartera. Ella era siempre la última en irse. No quedaba ninguno de sus compañeros en las oficinas principales y la luz del despacho de Alice continuaba encendida. Ya eran las ocho de la noche, y aunque Luke le dijo que podía irse no quería dejar nada pendiente. Dejó listo el cronograma del día siguiente, y luego fue a pedir el ascensor.

Cuando llegó al lobby, Kevin la esperaba en uno de los cómodos sillones color burdeos. Aunque

era apuesto no sentía aquel cosquilleo de anticipación que le causaba Luke. Pero su intención consistía en disfrutar de la velada, mas no comparar a Luke con otro. Así que puso su mejor sonrisa.

—Creo que nos hemos perdido la clase de salsa —comentó Kevin, sin un ápice de mal humor por el retraso de Brenda.

—Lo lamento de verdad no quise dejar pendientes.

—Lo importante es que ya estás aquí. Así que no te queda de otra que aguantar mi compañía con una cena en Avista.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Estás de broma? ¡Es imposible conseguir un sitio en ese restaurante! Además pertenece a un hotel de la competencia.

—No es imposible para un relacionista público a quien le deben algunos favores —le hizo un guiño. Ella se dejó colocar la mano sobre el brazo de Kevin y empezaron a caminar hacia la calle—. No hay nada mejor que conocer las debilidades del enemigo. Así que probaremos la cocina italiana del Mayfair Millenium Hotel. Nos queda a unas pocas calles menos mal, porque con esos tacones que llevas —miró los zapatos imposibles que Brenda utilizaba en la oficina— es lo mejor.

El restaurante era precioso y recogía la calidez del ambiente antiguo que rodeaba a Grovesnor Square, sumada a las modernas y elegantes líneas de diseño de interiores del nuevo y sofisticado Londres. El lugar estaba lleno y la mesa que estaba reservada para ellos era perfecta para conversar sin distracciones.

Kevin empezó a contarle sobre sus peripecias para lograr un empleo en una vieja agencia de comunicación en Estados Unidos. Luego cómo se abrió camino para contactar con un importante diplomático que lo llevó de asesor a Inglaterra. Y luego cómo acabó trabajando para una de las mujeres más influyentes de Gran Bretaña.

Él er un interlocutor ameno, divertido y pronto se encontró riendo de buena gana y relajada en su compañía.

—¿Cómo terminó el asunto de Wimbledon? — preguntó ella.

Kevin dio un sorbo al vino.

—Bastante bien, pero creo que la señora Blackward se ha guardado algún secreto —sonrió cómplice—. Siéntete libre de compartir información conmigo.

Ella negó con la cabeza, mientras batía la ensalada con el tenedor. La comida era deliciosa. Quizá en un futuro podría cumplir finalmente su anhelo de tener su propio negocio de dulces. Ya tenía su libro de recetas casi listo.

—En absoluto. No tuve mucho tiempo de hablar con ella — respondió pensando en todo lo que había descubierto en una noche—. No creo que Alice guarde secretos con su relacionista público es contraproducente, ¿no? —El mesero llegó para retirarle los platos secundarios—. Además, ¿qué tipo de información es la que buscas, Kev?

Kevin estaba llevando la conversa ión exactamente donde quería. Brenda no tenía idea de lo

que estaba tejiéndose desde sus esferas de contactos, lo cual la convertía en una aliada perfecta. La tirantez de Brenda con Luke

Blackward era un factor a su favor, lo podría denominar un golpe de suerte, y pensaba utilizarlo adecuadamente.

La información era un arma que él manejaba al dedillo, y sabía elegir los momentos precisos para actuar. Brenda le interesaba como mujer, pero de hecho también podría convertirse en su socia si todo salía como esperaba. La idea de herirla o lastimarla no entraba en sus planes, así que cuando todo estuviera perfectamente fraguado, él le contaría sus planes y le propondría ser parte de su proyecto.

—Aquella que compartimos entre amigos, por ejemplo. —Bajó un poco el tono de voz, cuando se dio cuenta que Bree se sonrojaba y no era por el vino—. ¿Hay algo entre Luke y tú? —Lo que él necesitaba saber era qué tan comprometida estaba ella emocionalmente.

—Jefe y subalterno —replicó ella saliendo por la tangente—. ¿De verdad tenemos que hablar de trabajo, Kevin? —Él se encogió de hombros—. Ya tenemos casi diez horas al día para poder charlar sobre la cadena Wulfton — comentó limpiándose los labios con la servilleta de tela color oro viejo—. Dejémoslo por un rato.

Él elevó su copa.

—Totalmente de acuerdo contigo. Hagamos un brindis entonces. Por un porvenir fructífero e independiente, y claro —bajó la voz— para verte sonreír más seguido.

—Un fructífero futuro — dijo Bree contemplando por el borde de su copa cómo los ojos grises de Kevin se posaron en sus labios—. Salud, Kev.

El postre fue una copa de helado italiano hecho en el restaurante. En absoluto un sabor comercial. Ella podía descubrir los sabores de los dulces con bastante facilidad, pero el de este postre se le hizo complicado. Sabía a vainilla, manjar, leche condensada, y algún otro ingrediente que se le estaba escapando. Le diría a Joseph, el chef del Wulfton, que tenía que probar los helados de la competencia.

Cuando ambos estuvieron satisfechos se enrumbaron hacia el hotel. Él se ofreció a llevar a casa, pero Bree se rehusó educadamente. No quería darle falsas esperanzas a Kevin. Salió con él como un colega de trabajo y como un amigo. Al parecer él no lo consideraba de ese modo, pero no hizo ningún intento de tocarla, ni seducirla. Además, sería de pésimo gusto estando frente a la entrada del hotel donde los guardias podían verlos.

A la mañana siguiente, Luke tuvo que dejar la oficina por unas horas. La cita con Renno era en las afueras de Londres. El viaje fue rápido, la reunión algo cansada, pero al final él y George lograron que el español firmara el contrato por cinco años. Un gran triunfo.

Al concluir la cita, Luke fue con su socio a almorzar en Balthazar, un famosísimo restaurante de moda. Estuvieron discutiendo los contratos de algunos empleados, las necesidades de implementar el personal en dos puertos y la renovación de las licencias.

—He estado conversando con Christine. Creo que es la persona adecuada para darte la mano en Blue Destination — comentó

George pasándose la mano sobre la cuidada barba.

—¿Pretendes dejarle a cargo la presidencia? Creo que no, George. Es dema...

—Aguarda un segundo, no he terminado. —Luke tomó un bocado de su plato—. Lo que te propongo es que instales a Christine contigo en las oficinas del Wulfton. Es sumamente eficiente. Tú te entretienes jugando al magnate hotelero, y ella puede servirte de nexo con la naviera y así quedamos todos en paz. Katherine se queja todos los días de la cantidad de trabajo que tengo, porque ya casi no paso con ella ni con mi hijo.

—Lo lamento, George... me parece una estupenda idea lo de Christine. Ella mejor que nadie conoce el manejo de ciertos procesos. Mañana te dejaré saber, primero tengo que terminar de revisar la lista de pendientes que ha dejado mi tía. Por cierto —tomó un trago de su coca-cola— ¿conoces a un tal Phillip Haymore?

George asintió.

—Necesito que me conciertes una cita con él. Hay un par de asuntos que quisiera tratar.

—¿De Blue Destination?

—Eso también podría ser. En este caso se trata del Wulfton. Un tema de mi tía. Son casi las cuatro de la tarde y si supieras la cantidad de trabajo que llevo encima... —se estrecharon las manos—. Te debo una George. Buscaré un espacio y veré cómo me puedo ajustar con dos agendas en el mismo lugar.

—Hecho. Te aviso lo de Haymore.

—Yo lo de Christine.

Brenda estaba en la oficina de Luke organizándole el montón de papeles del escritorio. Como él había decidido tomarse el día haciendo preparativos fuera de la oficina, aprovechó para poner al día la documentación. Kevin y ella almorzaron juntos como hacían desde mucho tiempo atrás.

La buena noticia del día fue que Tom llamó para avisar que llegaría a Londres en la noche, porque su novio volaría a Los Ángeles a un entrenamiento sobre los nuevos desafíos del marketing turístico. Ella no podía estar más feliz.

Kevin la invitó a salir nuevamente, pero ella tenía que preparar a Harvey para una obra de teatro. Se lo había prometido y no le gustaba decepcionarlo. Kevin no insistió y quedaron en salir quizá al siguiente día.

Al llegar el final de la tarde, Brenda encontró sobre su escritorio tres preciosas rosas. Tres colores distintos. Blanco, amarillo y rojo. Paz, amistad y... pasión, según dedujo. No tenía remitente, así que lo atribuyó a uno de los gestos galantes de Kevin.

Con una sonrisa fue por un jarrón pequeño y las colocó junto al ordenador de su escritorio.

—Gracias, Kev, son preciosas — le dijo por teléfono.

—¿Qué cosa? — preguntó extrañado.

—Las flores...

—Lo siento, Bree, pero yo no te he dejado flores. Son las siete de la tarde y estoy muy liado llenando unos cuadros de visitas para los medios. Imposible que mi otro yo haya tenido tiempo

de respirar —comentó bromista—. Espero que no sea ningún admirador adicional.

Ella resopló.

—Oh, seguro alguien se confundió de destinatario. Ya se han ido todos por aquí, a lo mejor uno de los admiradores que dejó Em antes de viajar a Surrey.

Siempre ha sido una rompecorazones. —Acarició los suaves pétalos con los dedos.

Kevin giró entre sus dedos un bolígrafo.

—A lo mejor, guapa. Oye tengo entradas para ir al Royal Albert Hall, se presenta Adele mañana. Aunque no es una de mis cantantes favoritas, sé que a una persona que trabaja de asistente ejecutiva, le encanta, ¿qué dices, te gustaría ir?

Bree había querido ir a ver a Adele desde siempre, pero por una u otra cosa, nunca alcanzaba entradas. Además que se acababan muy rápidamente y sus amigas ya casi no tenían tiempo para salir.

—No puedo negarme — expresó contentísima.

—Esperaba que no lo hicieras. Mañana será mejor que lleves algo de ropa en tu bolso para cambiarte en la oficina, no creo que alcances al concierto que es a las nueve si pretendes ir a tu casa a cambiarte.

—Tienes razón.

—Bien — expresó tachando en su calendario la fecha de una entrevista con Alice para la BBC. Un documental sobre el movimiento hotelero y la afluencia de turistas en la capital inglesa—. Me alegro de que pensaras que yo te dejé las rosas eso me recordará que te gustan. Te veo pronto.

—Adiós, Kev.

Las cosas en su vida empezaban poco a poco a calmarse. Su madre y Harvey poquito a poquito trataban de compenetrarse. Los Quinn le dijeron que lo mejor para ellos era que estuvieran alejados, hasta que Marianne se pudiese vincular nuevamente y conocer mejor a su pequeño hijo. Bree también estuvo de acuerdo.

Ese día había llamado Muriel. Al principio se mostró reacia en responderle, pero luego el ama de llaves se disculpó diciéndole que Luke le pidió que mantuviera silencio y ella que no quería causar discordia con el sobrino de la dueña, entonces Brenda se ablandó.

Había decidido esperar una hora más en la oficina, porque tenía que ir a la estación Victoria a encontrarse con Tom. Resultaba que ahora su amigo no quería andar en automóvil, sino disfrutar de un viaje en tren. A ella le parecía perfecto, salvo que tendría que movilizarse en la noche. Tom se negó a que fuera a recogerlo, pero ella insistió e insistió, hasta que él no tuvo más remedio que aceptar el gesto.

Bree estaba terminando de completar un formulario, cuando Luke la llamó a la oficina. Seguramente iba a quejarse de que le movió algunas cosas de sitio y no las encontraba.

—Buenas noches — lo saludó adentrándose en el despacho.

Él estaba sin la americana, y la camisa negra le confería un aura peligrosa.

—¿Te gustaron las flores? — preguntó sin preámbulos.

Ella lo miró intrigada.

—Tú...

Al observar la mirada de incredulidad de Bree, él se cruzó de brazos. Además, también se recriminó que nunca le hubiera regalado flores. Empezaría por corregir aquella omisión.

—Sé que no eres de las mujeres que buscan o esperan regalos ostentosos. Y las tres rosas tienen un significado... —se puso de pie y empezó a acercársele. Ella no retrocedió. Estaba embrujada con la mirada azul cobalto que la analizaba a medida que avanzaba hacia donde se encontraba—. El blanco, que quiero que me disculpes por haberte mentido. No quise lastimarte y aunque he querido darte tu espacio, no me gusta saber que me olvidas por otro.

—Brenda intentó ver detrás suyo. Todo estaba oscuro salvo por la luz de su escritorio y la luminosidad de la estancia donde se encontraba—. La amarilla, porque creo que podemos retomar nuestra relación empezando por una amistad. —No pensaba en ser su amigo, la quería bajo otras condiciones, pero podía empezar convenciéndola de que hablaran poco a poco. Llegó hasta ella sosteniéndole la mirada—. Y la roja... porque quiero besarte y recorrer tu piel de nuevo...

A Brenda le costó expresar lo que pensaba, especialmente porque la sangre empezaba a quemarle las venas al sentirlo tan cerca y recordar cómo la había hecho suya tantas veces. Intentó componer su voz para que no se notara el nudo que la atenazaba, ni el nerviosismo.

—Yo... esto no está bien, señor Blackward yo soy su empleada ahora, así que por favor, mantenga las distancias...

Él ladeó la cabeza.

—¿De verdad quieres jugar a esto?

—No es ningún juego.

Luke quedó muy cerca suyo y los poros de la piel satinada de Brenda sentían la electricidad recorrerla.

—Necesito que me disculpes — declaró él, mirándola fijamente.

—Te disculpo — respondió con rapidez. Necesitaba librarse de él, porque lo sentía oprimiéndole el corazón con cada palabra. Esta vez no pensaba dejarse convencer—. Me tengo que marchar.

—Quiero una disculpa sincera, no algo para salir del paso.

—No puedes tener siempre lo que quieres.

Él se inclinó dejando sus labios a tres milímetros de distancia. Brenda respiraba intentando no moverse demasiado, porque de hacerlo su boca quedaría pegada a la de Luke.

—¿Me crees si te digo que no fue mi intención hacerte daño?

—Jugaste conmigo. Te conté cosas que jamás había compartido con nadie. Me traicionaste. Y tienes razón. No puedo disculparte fácilmente. Tan solo trabajo para ti. Por favor, déjame tranquila. —Su voz sonó angustiada y él dulcificó su tono.

—No puedo, cariño. —Le tomó el rostro entre las manos y la sintió temblar—. No quiero tampoco permitir que te alejes. Te deseo de vuelta a mí lado. ¿O es que acaso ese idiota de Parsons te interesa?

Ella dio un respingo por el modo posesivo y apasionado con que hablaba.

—No tienes derecho a preguntarme, ni exigirme nada, Luke. No te conozco en realidad... Fue una aventura y ya terminó.

—Sal conmigo. Ten una cita conmigo — susurró. El aire se sentía denso cargado de partículas sensuales y también llenas de necesidad y anhelo.

Luke enmarcó el rostro de Brenda con sus manos.

Delicadamente.

—Salir con mi jefe no está entre mis planes.—Se alejó de sus manos. Si él continuaba tocándola, u observándola del modo en que lo estaba haciendo todo el autocontrol que tenía iba a desmoronarse.

Él no pensaba dejarla escapar.

—¿Qué tal besar al jefe? — preguntó, descendiendo hasta sus labios sin darle opción a opinar. Se los acarició con la punta de la lengua tibia y aterciopelada.

La tomó entre sus brazos y aprovechó para devorar su boca con las ansias que lo habían atenazado durante los últimos días. Horas interminables sin su sabor, y estaba casi al borde de la locura. Necesitaba tocarla, acariciarla, hacerla suya.

Recorrió la espalda de Bree, hasta posar las manos en el firme trasero y atraerla hasta su pelvis, para que sintiera el deseo que le producía. Ella no pudo evitar devolverle el beso. Ni tampoco sentir cómo un cálido fuego colmaba su boca y descendía hasta un punto entre sus muslos. Las manos de Luke recorrieron sus caderas, y luego empezaron a subir poco a poco hasta posarlas sobre sus senos, que los sentía pesados y sensibles al tacto.

Brenda no pudo contener un par de lágrimas que se desbordaron de sus ojos, mientras Luke le murmuraba que lo sentía, que le diera una oportunidad más de estar con ella. Cuando él notó la humedad contra sus mejillas, la apartó con suavidad.

—He sido un completo idiota contigo, lo he echado a perder. Mira nada más. En lugar de hacerte reír, te hago llorar. —Le secó las lágrimas—. ¿Qué puedo hacer para que me perdones?

—Lo que está roto, está roto, Luke. —No pudo evitar devolverle el beso, pero sí que podía parar algo que no estaba bien para ella. Puso distancia de su contacto—. La confianza, una vez rota, no se recupera.

Él la observó un momento.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque a diferencia tuya, yo no he tenido una vida de privilegios. Siempre he tenido que defenderme por mí misma y la confianza, he aprendido, es un bien invaluable que una vez perdido, no vuelve.

—¿También piensas lo mismo del amor?

—El amor es diferente. Si es correspondido.

Él pareció meditar un momento antes de hablar.

—Yo te amo... ¿soy correspondido? — Se estaba jugando una carta importante. No había pensado decírselo, porque de hecho, no se consideraba un hombre que hablara tan fácilmente de sus sentimientos, al menos no de uno tan profundo. No estaba siguiendo una estrategia con ella. Pero al verla tan dubitativa su opción era la sinceridad absoluta.

A Brenda se le atascó el aire en la garganta. Le hubiera encantado escuchar esas palabras si él no fuera quien era, y si desde un principio lo conociese como Luke

Blackward, el soltero multimillonario con sus encantadores modos de tratarla y sus ardientes besos para enamorarla. El enfado con él se había desvanecido ligeramente, pero no el dolor del engaño.

Odiaba no podía creerle, porque quería hacerlo. Su corazón palpitaba a dos mil por segundo, y cuando su mirada se cruzó durante un largo segundo con la de Luke, la aterró ver que él estaba hablando muy en serio. No había sombras de mentiras, ni artimañas.

¿Cómo iban a arreglar todo ese enredo?

Se moría de ganas de decirle que era correspondido, pero temía que volviera a engañarla. Ella no podría soportarlo. Necesitaba pedirle espacio. Sentía aturdida por la declaración, tanto así que sentía estar ahogándose en un mar de emociones. «Luke la amaba. La amaba».

—Oh, Luke... yo...

Un ruido los interrumpió.

—Luke, aquí te traigo los últimos informes de hoy con respecto a... —empezó Kevin entrando sin contemplar la tensión de la escena. Luke estuvo a punto de apretarle el cuello con sus manos—. Oh, lo siento — dijo fijándose en el rostro de estrés de su jefe. No lo sentía en absoluto.

—No pasa nada, Kevin, ya hemos terminado la reunión de esta noche— murmuró tratando de recuperarse de la declaración de Luke. Sentía las piernas como gelatina. Agradecía que Tom llegara dentro de una hora, necesitaba hablar con él—. ¿Puedo ayudarle en algo más, señor Blackward?

—No. —La miró intentando descifrar las emociones que se iban entrelazando en los ojos color esmeralda—. Espero que piense detenidamente la indicación que le he dado.

—Yo... lo pensaré, sí.

Ajeno a lo que ocurría entre ellos, Kevin se giró a Bree.

—Si quieres te acerco a la estación del metro — ofreció al ver que Brenda se mostraba algo inquieta. Dejó sobre el escritorio de Luke un pendrive y una carpeta de documentos y archivos que había estado trabajando durante las últimas horas.

Luke no le quitaba la mirada de encima.

—Claro — consiguió articular ella, aliviada de tener una vía de escape. Quizá era una cobarde, pero era eso o quedarse ahí patidifusa frente al hombre que le movía el mundo a su antojo—.

Hasta mañana... — se despidió algo nerviosa, intentando ignorar la incertidumbre que podía notar en los ojos de Luke. Necesitaba tiempo. Lo que le acababa de soltar la emocionaba y la hacía feliz, pero estaba la sombra de la duda y el miedo al engaño. ¿Qué iba a hacer? «Tom. Tom podía ayudarla».

Cuando Brenda y Kevin se alejaron, él se desplomó en la silla y se quedó en blanco durante un largo rato.

Capítulo 16

Desde la declaración de Luke había pasado una semana. Siete días de recibir tres rosas cada día. Sonrisas. Roces intencionados que le hacían arder la piel, pero sobre todo, invitaciones a salir. Las rosas las guardaba. Las sonrisas no las devolvía, y las invitaciones, todas, las rechazaba. Lo hacía por principios hacia sí misma, aunque en más de una ocasión quiso darse por vencida.

Después del concierto de Adele, Kevin se mostró cordial y atento como siempre. Tom se coló durante el recital en el Albert Hall. Bree no comprendía el motivo, pues a su amigo no le gustaba la música romántica, sino el rock y la música clásica.

Más curioso aún, resultó que Tom fuese uno de los amigos del manager de la cantante británica. Consiguió que pudiera entrar al backstage y se tomara una fotografía con la diva de Skyfall. Aún no se lo creía y observaba embobada el autógrafo que llevaba en la mano.

—¿Cómo has conseguido semejante cosa? — le había preguntado aquella noche emocionada. Kevin se había ido a una fiesta a la que ninguno de los dos quiso acompañarlo. A Bree le interesaba más ponerse al día con Tom que verse a solas con Kevin, al menos después de la bomba que Luke le había soltado.

—Influencias, ya me conoces — bromeó, mientras servía un plato de pan tostado con tomate y anchoas. Estaban en la casa de Tom en Notting Hill. Las últimas noches desde que volvió de Brighton, las había pasado conversando largo y tendido con él después de la oficina—. Además no me gusta esa falta de brillo en tu mirada, aunque intentes decirme que me equivoco. Ese Kevin quiere meterte mano. —Brenda se echó a reír—. Mi olfato es infalible. Demás decirte que el hombre no me gusta. —Ella gruñó—. Ya sé que dices que soy fatalista, pero dame crédito cuando te digo que mi instinto masculino está más agudizado.

Ella lo miró y luego continuó en silencio pretendiendo saborear más de lo necesario las tostadas que combinaban con un vino exquisito traído de Chile. Aquel licor era un obsequio del novio de Tom.

—Kevin no es mala persona — lo defendió.

—Mmm... — replicó dándole un mordisco a su tercera tostada—. No seas ingenua. Algo se trae entre manos, después de todo lo que me has contado hay algo que no termina de hacerme clic con ese norteamericano. Ahora sé sincera, hemos hablado todas estas noches, pero no lo has dicho abiertamente, ¿amas en verdad a Luke?

Bree giró el líquido que estaba en su copa como si fuera lo más importante en ese momento.

—De acuerdo, no hace falta. Estás total, completa y chifladamente enamorada de ese millonario. ¿Cierto? — preguntó, mientras ella lo observaba boquiabierta. Luego ambos se

echaron a reír.

—Cierto —dio un trago al merlot—. ¿Qué te puedo decir, sino que soy una estúpida?

—No lo eres. Justificar a Blackward es lo último que quiero hacer, pero creo que las cosas se le complicaron y si te ha dicho que te ama... créeme que un hombre que tiene tantas mujeres a su disposición, no hace esas declaraciones a la ligera. Y él tiene una larga lista de chicas esperando por colarse en su cama.

—Tom, yo no confío en él. No me sueltes esos comentarios sobre las mujeres que lo esperan o no, juegas sucio. — Tom se hizo un mueca—. Me resulta difícil creerle cuando lo que más quisiera es poder confiar de nuevo.

—Mira, Bree, yo tengo muchos conocidos en los círculos en que Blackward se mueve y puedo decirte de buena tinta que el hombre puede ser mujeriego. —Brenda casi se atraganta con el vino—. Oh vamos, no seas mojigata, ¿crees que te ha estado esperando toda su vida? — le dio palmadas en la espalda, hasta que ella volvió a respirar normalmente—. He dicho que puede ser, aunque últimamente no se han escuchado rumores de que esté saliendo con nadie... o quizá sí — la miró significativamente. El vino hizo que se ruborizara—. Lo que quiero decir es que el hombre puede tener reputación de mujeriego, pero es un buen partido, y si te ha dicho que te ama, créele.

—¿Cómo se recupera la confianza?

—Me acabas de confirmar que amas a Lukas. ¿Entonces qué te impide utilizar ese amor que sientes, primero para perdonarlo, segundo para confesárselo y acabar con la agonía que seguro siente el hombre, y tercero, para empezar de nuevo con él?

—No me lo pones fácil.

Tom se acercó a abrazarla.

—La vida nunca es fácil, y tú y yo lo sabemos mejor que nadie. ¿Cierto?

El ritmo de trabajo en la oficina se había vuelto frenético, y a pesar de que pasaba mucho tiempo con Luke, apenas tenía tiempo para pensar en algo que no fueran las órdenes que le daba. Como jefe era implacable, pero cuando acababan las horas de trabajo, antes de que ella literalmente huyera de la oficina, la llamaba para conversar del día de trabajo.

Bree sabía las intenciones detrás de esa “simple” charla diaria. Él buscaba darle a entender que las palabras que había declarado días atrás no eran falsas. No le había repetido que estaba enamorado de ella, o que la quería, y aparentemente le estaba dando el espacio que ella no le había pedido, pero sí necesitaba. Ella era un amasijo de contradicciones.

Kevin continuaba siendo galante, y en alguna ocasión logró robarle un beso, mientras volvían de una reunión fuera de la oficina. Aquel beso solo le sirvió para darse cuenta de que no podía involucrarse con otro hombre, porque ninguno sería Luke.

¿Qué más podía hacer, sino aceptar que su necia mente rehusaba a darle cabida a la posibilidad de un romance con otra persona? Y aún peor, su corazón parecía guiado por otra fuerza gravitacional mayor, porque no dejaba de acelerarse cuando Luke la miraba con dulzura.

—Sí ...

—Creo que el hombre está tratando de disculparse contigo y ni siquiera eres capaz de darle la oportunidad de hablar.

—¿Por qué debería hacerlo? — preguntó mirándolo seriamente.

—¿Por qué no?

—Pues...

Él elevó la mano para que se callara. A veces parloteaba por los codos.

—El orgullo es un mal consejero —se terminó el vino de su copa de un solo trago—. Te lo digo yo. Si hubiera continuado replegado en él, Scott quizá estuviera con otro. Anda, cariño, sé sensata, escúchalo al menos.

—No se lo merece. Le he contado el episodio con Caversham, sabe lo de mi madre, y fue incapaz de ser sincero. Me sentí estúpida y humillada.

—Yo creo que si continúas haciéndote esta tortura personal, al negarte siquiera a hablar con Blackward no vas a ir a ninguna parte. Veamos —la llevó de la mano como una niña pequeña hasta el sillón de la sala y se sentó junto a ella—. Voy a hacer una lista de todo cuanto él ha hecho durante esta semana y que tú misma me has ido contando. Tienes tres invitaciones diarias: a desayunar, almorzar y a cenar. Es decir, si multiplicamos por los siete días que el hombre ha intentado compensar su mentira y hacerse un hueco en la agenda para hablar contigo, nos da un total de veintiún invitaciones. Rechazadas sin contemplación .—Ella frunció el ceño y Tom le dio un golpecito para que dejara de hacerlo—. Todos los días en la mañana está afuera de tu casa esperando que salgas para hablar contigo, pero te las das de Houdini y encuentras el modo de llegar al metro por algún recóndito lugar de tu patio dándole esquinazo a Blackward y dejándolo con Harvey y tu madre. Marianne lo invita a pasar a desayunar al verlo hacerte guardia. ¿Voy bien? —Bree gruñó algo sobre los amigos metomentodos—. Sí, voy bien, ya veo. Luego, al finalizar el día, te encuentras frente a él, y cuando Luke intenta acercársete tú vuelves con tus artes mágicas a desaparecerte. ¿Dónde nos deja eso? Ah sí —hizo un gesto como si hubiera descubierto una veta de oro en una montaña hostil— Kevin Parsons. Aceptas los almuerzos con él. Sales a bailar con él, y si mal no recuerdo, te besaste con ese sonso.

¿Alguna emoción al respecto?

—No seas ridículo. Ya te dije que no sentí nada y le pedí que no volviera a hacerlo, porque no quería dañar la relación de trabajo. Él lo aceptó y no se ha vuelto a proponer...

—¡Ahhh! Qué hombre tan considerado —dijo con

sarcasmo—. Yo de ti no me quedo tan tranquila. Ese Kevin tiene la cara de ser todo menos sincero.

—No quiero discutir sobre eso. —Tom se encogió de hombros.

Cuando su amiga se ponía necia, no había quién la hiciera entrar en razón. Pero en verdad, el tal Kevin le daba mala espina.

Mientras ella observaba cómo Tom servía lo que quedaba de la botella en las dos copas, pensó que lo que decía sobre Luke era cierto.

Se había mostrado cada día encantador, lejos de lo mandón que podía ser como jefe,

continuaba siendo adorable y tratando de sacarle una sonrisa. Pero ella estaba demasiado resentida para apreciar cualquier gesto romántico. Sabía también que le debía una respuesta a su declaración... y aquella era la parte más complicada, porque sería dar su brazo a torcer y rendirse.

Lo más difícil era cada mañana, cuando veía el Range Rover aparcado fuera de su casa. O a veces el Jaguar. Escuchaba cómo Harvey salía disparado a abrazarlo y su madre le ofrecía una taza de té, mientras ella cobardemente había adquirido unas fantásticas habilidades de escaladora y se bajaba por detrás de su ventana cuando los tres estaban en la cocina de su casa, y llegaba casi sin aliento a la boca del metro para ir a la oficina.

Cuando finalmente estaba detrás de su escritorio, Luke llegaba cuarenta minutos más tarde - sin mostrar un atisbo de incomodidad por haber hecho el tonto. Al contrario, le sonreía. Y eso la enfadaba. Quería que estuviera molesto, quería que se sintiera tan furioso como ella con él, quería...

Ya no sabía exactamente qué era lo que le ocurría, últimamente todo le fastidiaba, cualquier pequeña cosa la ponía de mal humor.

—Ya me cansé de ser la Brenda complaciente, amable... Estoy harta de que la gente se aproveche de mí. Paso de ellos. Quiero un cambio en mi vida.

Él rió. Aquellos impulsos de Brenda siempre solían llegar de la mano de algún cambio en su cabello. Tan solo esperaba que en esta ocasión no le diera por tinturárselo de azul, como alguna vez sucedió.

—Deberías darle la oportunidad a explicarse. No creo que esté mal.

Puede que los hombres sean pacientes, pero créeme, Blackward tiene su límite. ¿Sabes cuántas mujeres están detrás de ese bombón?

Ella se echó a reír por el modo en que Tom dijo la palabra bombón.

—Seguramente una larga lista... —respondió con amargura. No le había pasado aún de la cabeza la imagen de Luke con su ex mujer en la fiesta del hotel. Verlos juntos incrementó su sensación de inseguridad con respecto a Luke. ¿Quizá le mintió porque la consideraba poca cosa en relación a otras mujeres que daban más la talla de chicas de alta sociedad?

—Exacto. No es fácil para un hombre confesarle a una mujer que la ama, te lo repito, peor pedir disculpas... y creo que Luke ha hecho todo eso durante esta semana 24/7. Oye dale crédito al hombre.

—Que lo siga haciendo — replicó con soberbia.

Tom le echó una mirada y se encogió de hombros.

—Creo que estás pasándote de orgullosa... te adoro darling, pero estás haciendo de drama queen, y francamente en ti queda ridículo. Tú no eres así. El hombre solo quiere hablar y tratar de reivindicarse — dicho esto se acercó a darle un beso, y fue por la chaqueta para ir a dejar a su casa. Menos mal, pensó Bree, porque esa conversación la había dejado patidifusa—. Solo espero que no sea demasiado tarde cuando te des cuenta que has sido un poco inflexible. Es hablar, no te está diciendo que quiere llevarte a la cama.

«A lo mejor y es lo que quiero», dijo una vocecita rebelde en su cabeza.

—Vamos a casa, Tom. Creo que hemos agotado el tema por hoy.

Tom se encogió de hombros.

—De acuerdo...

Al día siguiente Luke estaba de pésimo humor, porque George había tomado la decisión por su cuenta de enviar a Christine al hotel. Ahora tendría que buscar un espacio en su agenda para organizarse con ella.

La espectacular rubia era tan adicta al trabajo como solía serlo él cuando inició la empresa con George. Era eficiente y diligente, así que esperaba que lo ayudase a salir de tantos papeles de Blue Destination y así mantener a George contento para que no abandonara la sociedad.

Su mal talante se incrementó porque aquella mañana no tuvo tiempo de ir a desayunar con Marianne y Harvey. Ya se había hecho a la idea de que Brenda continuaría reacia a hablar con él de temas ajenos a la oficina. La verdad era que tomó afecto a Marianne y le gustaba escuchar las ocurrencias del pequeño diablillo que Bree tenía por hermano.

Intentar acercarse a Brenda no resultaba en absoluto fácil, y pensaba hacer un último intento. No se caracterizaba por ser un hombre especialmente paciente, pero ella lo merecía. Merecía cualquier esfuerzo de su parte. Se lo debía.

Durante una semana trató por todos los medios de que lo escuchara. Quería pedirle tan solo la oportunidad de empezar de nuevo, pero ni siquiera le daba la apertura para conversar. La amaba y estaba loco por ella, pero también era orgulloso y jamás se había puesto a los pies de ninguna mujer, ni siquiera de Faith. No esperaba, ni quería forzarla, a confesarle si acaso sus sentimientos eran correspondidos, solo pedía una oportunidad para hablar sin interrupciones en un lugar cómodo para ambos. La respuesta era siempre una evasiva.

—Brenda, ven aquí — gruñó por el interfono intentando controlar su frustración. Verla sonreírle al imbécil de Parsons, y observar cómo los trajes de oficina se acomodaban a sus curvas no mejoraba su humor. Al contrario, lo cabreaba soberanamente. No solo quería volver a besarla, escucharla reír o salir con ella, necesitaba hacerla sentir que era tan suya, como él lo era de ella. Jamás había experimentado la intensidad de sentimientos que lo embargaban por Brenda.

—Buenos días — saludó al entrar y cerrar la puerta tras de sí—. ¿Qué necesitas?

Él pareció no prestarle demasiada atención, cuando en realidad se moría por quitarle esa apariencia sofisticada y distante.

—Organiza que el departamento de sistemas configure un nuevo ordenador en la esquina —señaló un espacio a pocos metros de distancia en la gran oficina de su tía—. Llama también a un decorador, porque va a venir una persona a trabajar conmigo.

«¿Pensará en despedirme?», se preguntó inquieta. Él pareció entender lo que pasaba por la cabeza de Brenda.

—Desde aquí tengo que llevar mi empresa naviera y el hotel, hasta que mi tía vuelva. No puedo manejar solo dos compañías tan complejas. Seguirás trabajando como mi asistente, por eso no te preocupes.— Ella sintió un gran alivio, porque tenía muchas cuentas por pagar y conservar su empleo hasta cancelarlas todas resultaba primordial—. Agéndame una cita con Christine

Jasperson para después del almuerzo. — Bree tomó nota del número telefónico que le dictó.

—Bien.— Avanzó hasta la puerta dándole la espalda.

—¿Brenda? —la llamo. Se giró para observarlo—. Cierra la puerta — le pidió, mientras se ponía de pie acercándosele.

El perfume de Luke se coló por su nariz como una droga dulce, seductora y envolvente.

—No... — susurró cuando él se movió para poner el seguro. La tomó de la mano ante la mirada atónita de aquellos ojos verdes, y la llevó a la biblioteca de la oficina que los alejaba de la atención de cualquiera que caminara por los alrededores.

—Shhh — murmuró contra su boca recorriendo con pequeños besos los suaves labios de Brenda, que sorprendida por el repentino asalto permitía que él deslizara las manos hasta dejarlas en su cintura—. Te he echado en falta... mucho... —le mordió el labio inferior—. Quiero empezar de nuevo, cariño, no me rechaces — acarició con las manos la espalda de Bree. Ella se sentía como la mantequilla al sol, al sentirlo tan cerca suyo—. Déjame intentarlo — se sumergió de lleno en el sabor de Brenda. La probó y recorrió con anhelo, con pasión y deseo, haciéndola sentir como si una llama de fuego la envolviera y calentara aquel punto entre sus muslos.

—Esto no está bien...

—¿Por qué? — preguntó recorriendo la forma de los generosos pechos femeninos, y apretando uno de los puntiagudos pezones que pedían ser acariciados.

Le hubiera gustado poder controlarse, pero no podía más. Verla todos los días, distante, rechazándolo... lo quería todo de ella. Todo.

—Me mentiste. —Él le mordió el lóbulo de oreja, enviando así una descarga eléctrica al curvilíneo cuerpo que se deshacía en sus manos—. Me mentiste... — repitió para darse ánimos e intentar deshacerse de una batalla que sabía la tenía perdida.

Luke sacó la blusa de seda azul de la cinturilla de la falda, y subió las manos para desabrochar el sostén. Cuando los pechos de Brenda quedaron libres y cayeron en sus manos, él los acarició con pasión. Los amasó con ternura, apretó los pezones con lujuria y mientras apretaba los pechos generosos, devoró la boca de Brenda, quien no dejaba de gemir y contornerse contra él.

—Lo lamento mucho, mi amor —susurró, deslizando las manos hasta las firmes nalgas de Brenda quien dio un respingo cuando Luke presionó su pelvis contra la de ella, haciéndola consciente del deseo que sentía en ese momento—. He tratado de disculparme cada día.

—Alguien podría entrar...

—murmuró devolviéndole el beso. Era una tonta por dejarse arrastrar por sus enloquecedores labios, y el sabor especiado de la boca que echaba en falta. Solo iba a besarlo un poquito más. Un poquito más y luego se marcharía... —. Disculparse a veces no es suficiente... —siseó intentado respirar, pero sentir el calor masculino recorriéndola no se lo permitía.

Luke la arrimó contra los libros y se frotó sinuosamente contra ella. Trazó una línea húmeda y deliciosa con su lengua desde la base de la clavícula, hasta el lóbulo de oreja. Ella inclinó el cuello para darle más acceso, sintiendo cómo los músculos se le inflamaban.

—Nadie va a entrar. Me aseguré de ello poniendo seguro. Bree... me has vuelto loco. —Empezó a quitarle la americana de Bree, con dedos torpes, pero rápidos. Ella a su vez se deshizo de la cara corbata a la que le siguió el saco color verde oscuro, y los primeros botones de la camisa—. Así que ahora vas a tener que reivindicarte.

—Aún no te he disculpado...

—jadeó, cuando él le sacó la blusa por los hombros, y luego se hizo con el sostén—. Luke...

Él la calló con un beso apasionado y arrebatador que la dejó sin aliento. Brenda se entregó sin reservas, tan obnubilada por la sensación de placer que no se dio cuenta que Luke la dejó completamente desnuda, hasta que el viento frío expedido por el acondicionador de aire la hizo estremecer. Luke, ajeno a cualquier cosa que no fuera el hermoso cuerpo de Brenda, se inclinó para capturar entre sus dientes los pezones fruncidos por la excitación, tanto como por la mezcla del calor de su aliento y el fresco del aire de la oficina.

—No me dijiste que te estuvieras viendo con tu ex mujer —logró articular una frase, al tiempo que le quitaba el cinturón del pantalón a Luke—. Me sentí humillada... dolida... aún lo estoy.

Él pensó en explicarle que no quería que ella se mezclara con esa parte de su vida, porque era lo más auténtico que había podido conocer hasta ahora. Y aunque en un principio creyó que tendrían solo una aventura, ella se había metido dentro de su cínica mente y en lo más profundo de su piel.

Brenda era todo cuanto no esperaba en una mujer. Dulce, entregada, generosa, con una calidad humana impresionante, hermosa como una diosa pagana, apasionada, y sobre todo, casi parecía que podía leer a través suyo. Lamentablemente él no podía descifrar lo que ella sentía por él, y cada rechazo y evasión a los intentos de hablar con ella, lo tenían en vilo.

Sumado a la tensión de no saber lo que Brenda sentía por él, tenía el asunto de sus empresas.

Le respondió del modo en que consideró más sincero posible.

—No quería que te mezclaras en mi vida de esa manera.

Ni bien terminó de pronunciar la frase vio la cara de sorpresa, y luego de dolor de Brenda. Maldita sea, lo había mal interpretado. Le dio a entender lo opuesto a lo que en realidad ocurría.

Ella empezó a acomodarse la ropa.

—No, no, cariño, espera...

—intentó detenerla, pero ella se apartó de su lado.

—Deja de llamarme de ese modo —exigió, al tiempo que recogió con toda la dignidad que fue posible la ropa y empezó a colocársela. Luke por su parte se pasaba los dedos entre el cabello, desesperado porque no sabía cómo abordarla.

Cuando se trataba de Brenda el cerebro se le atrofiaba con las ideas que necesitaba expresar. Como ahora—. Soy una idiota. No quiero que vuelvas a acercarte a mí.

—No he querido decirlo de esa manera — se encogió cuando ella pasó a su lado recogiendo la blusa, y luego le dio un empujón.

—¿Por qué no pruebas otra? Las mentiras se te dan bien — se ajustó la americana. Él continuaba con la camisa abierta y su saco estaba tirado en una esquina, pero no le importaba—. ¿Qué te parece empezar diciendo que te avergüenzas de haber tenido un affaire con una persona de una clase social distinta a la tuya? ¿Quizá explicar que un buen revolcón es bueno, siempre y cuando se mantenga fuera de un círculo social que podría recriminar tu mal gusto por una mujer que dista mucho de ser exuberante, y...?

No pudo terminar, porque Luke se abalanzó sobre ella. La acercó a su cuerpo imposibilitándole moverse o alejarse. Tomó sus labios con fuerza, y la devoró con furia e impaciencia por el modo en que se había tergiversado todo.

—¡Solo quería mantener las cosas hasta que encontrara el modo de decirte quién era yo en realidad! ¡Al principio no pensaba hacerlo, pero cuando me di cuenta que estaba enamorado de ti, todo cambió! ¡Te amo! ¿Te es muy difícil entenderlo?

Él le quitó la ropa a tirones, y se desnudó a su vez en un dos por tres. No le iba a dar la oportunidad de rechazarlo una vez más.

Impresionada por la confesión, furiosa por la reacción traicionera de su cuerpo, y seducida por las manos y la boca de Lukas, se dejó llevar por la pasión que le recorría la sangre.

Luke protegió la espalda de Brenda con las manos detrás, mientras se apoyaba en la biblioteca y con una rápida embestida la penetró. Ella jadeó y enroscó las piernas alrededor de la cintura masculina, sintiendo como si le estuviesen inyectando vida. Se sentía viva de nuevo. Echó la cabeza hacia atrás, dejando que Luke tomara el control. Él, al verla entregada, dejándolo hacer, se inclinó para chupar los senos que tanto adoraba, mientras se hundía una y otra vez dentro de ella.

—Te... amo — se hundió una vez— con locura — devoró su boca — necesito que me perdones, porque no puedo continuar viviendo un infierno sin ti — con una estocada final, se deslizó hasta lo más profundo de Brenda. Ambos se quedaron en silencio, mientras los espasmos orgásmicos fluían como oleadas en sus cuerpos.

Jadeante, ella recostó la cabeza en el cuello de Lukas. ¿Qué acababa de hacer?

Él salió de Bree con suavidad y la dejó el suelo. La tomó en brazos y la retuvo un largo rato, mientras ella dejaba caer las lágrimas.

Estaba furiosa, estaba saciada, estaba confundida. Su orgullo estaba acribillándole la cabeza, pero su corazón luchaba por tener la última palabra.

—Te amo, Brenda — aún desnudos, le tomó el rostro entre las manos—. ¿Qué sientes tú por mí? Lo que acaba de pasar debe tener un significado. Por favor, quítame esta agonía y dime qué sientes por mí, princesa.

Ella lo miró y el corazón se le hizo trizas, porque su orgullo acababa de ganar.

—No sé cómo leer tus señales — continuó Luke— porque me resultan confusas. Danos un respiro, y dime si sientes algo por mí...

Tom le dijo que Luke no se caracterizaba por ser un hombre paciente, pero ella seguía resentida, y haber hecho el amor con él en la oficina la acababa de sumir en una disyuntiva.

Sin decirle nada empezó a recoger la ropa y a ponérsela. Él la imitó. Después de todo estaban

en una oficina.

—Claro que siento algo por ti — dijo finalmente, y él la miró esperanzado—. Fastidio. —Luke dejó caer la mandíbula y luego apretó los dientes—. Eso me causa la gente de clase alta mentirosa que manipula para obtener lo que quiere sin importarle nada, ni nadie. Vengo a trabajar porque tengo una familia que mantener, no porque tengo intención de sostener este affaire por más tiempo contigo. Lo que acaba de pasar aquí ha sido un error tremendo.—Estaba siendo obtusa, lo sabía, pero una vez abierto el dique no podía parar.

—Me parece que estás diciendo cosas sin sentido y en el intento de castigarme te estás castigando tú misma—replicó serio—. He estado todos los días tratando de lograr un minuto contigo, pidiéndote una oportunidad para reivindicarme, para reconquistarte y en cada una de ellas me has hecho desplantes. No quiero que me lo pongas fácil, porque entiendo que estás molesta. Yo lo hubiera estado, pero si tú hubieras cometido un error, yo habría estado dispuesto a escucharte. Acabamos de hacer el amor de una manera tan apasionada y con una conexión que muy pocas parejas tienen, te lo digo yo que tengo más experiencia —ella hizo una mueca—. Brenda, no me estoy jactando, quiero decirte que esto fue hacer el amor contigo. Siempre lo ha sido.

Ella se rio sin entusiasmo.

—Piensa lo que te dé la gana.

—¿Tan dolida estás que no eres capaz de enfrentar tus sentimientos por mí?

—Has dicho que no sabes lo que siento por ti, ¿ahora te has iluminado?

Luke la tomó de los brazos y la zarandeó intentando que dejara atrás aquel condenado tono irónico y herido.

—No siento nada por ti. Eres mi jefe y punto. Te quiero lejos de mi vida personal, en especial de Harvey y mi madre — lo miró con un brillo cargado de furia en los ojos.

—No voy a ponerme de rodillas ante ti. Creo que ya me ha quedado lo suficientemente claro que a pesar de que mi tacto te conmueve, mis caricias te excitan y añoras que te posea, no quieres saber nada de mí — dijo sarcástico. Ella apretó los labios—. No volverás a escuchar una palabra de amor o afecto de mi parte. Será como quieres. Yo seré tu jefe y tú mi subalterna, hasta que dentro de dos semanas vuelva mi tía a hacerse cargo de todo su imperio — declaró antes de soltarla —. Hemos acabado.

Lo hecho estaba hecho, se dijo Bree para calmar el vacío que sintió de pronto en el estómago contemplando cómo Luke se terminaba de poner la ropa en su sitio. Era tan guapo, que dolía verlo. Y ella sentía que acababa de cometer una gran equivocación, pero no estaba dispuesta a rectificar, a pesar de que algo dentro suyo le estaba gritando que le confesara que también lo amaba y que deseaba más que nada en el mundo volver a confiar en él. Su lado obstinado se negaba a aceptarlo y la impulsaba a mantener su posición.

—No puedes acabar algo que nunca empezó. Esto ha sido solo un affaire.

Luke se encogió de hombros y simuló una sonrisa tan fría que a ella le llegó al alma.

—¿Estás segura?

—Claro...

Él la estudio inquisitivamente. Se sentía dolido por su rechazo, y no iba a permitirle que desdeñara lo que existía.

—Entonces supongo que te hubiera dado igual acostarte con uno que con otro.

Brenda automáticamente elevó la mano, pero Lukas la retuvo en el aire.

—¡No te atrevas!

—No me insultes.

Luke aflojó la mano con fuerza y la miró con furia.

—¿Qué no te insulte dices? ¡Estás tan encerrada en tu pequeña burbuja de resentimiento que por una falta, que además he admitido y pedido disculpas por ella, eres capaz de mentirte a ti misma! ¿Por qué no aceptas que sientes algo por mí?

—Porque...

Se pasó las manos por el espeso cabello negro desordenándose. No podía creer lo imposible que era esa mujer, después de lo que acababan de compartir. ¡Por Dios si eran dinamita pura juntos!

—No quiero que me respondas cuando sé que vas a mentirme. Me has arrojado a la cara dos veces mi declaración, sin responderla. Estás equivocada conmigo, Brenda. No soy un niño, y no voy a permitir que me arrastres con tus inseguridades. He hecho cosas que jamás hice por ninguna mujer para llegar a ti. Jamás he tenido que mover un dedo para tener a compañía femenina a mí lado, y, ¿sabes Brenda...?

Ella lo miró con el corazón desbocado. ¿Qué estaba tratando de decirle? ¿Que ahora saldría con otras mujeres? En ese momento quiso morirse. Estaba viendo al dandy y al mujeriego que Tom mencionó frente a sus ojos. Sus gestos eran irreversiblemente arrogantes, y ajenos al hombre que hacía unos minutos la había besado y tocado...

Se detuvo quedándose a dos milímetros de su rostro lozano. —Así como tú, yo también tengo orgullo. No tenemos más de qué hablar —se acercó a la puerta, y abrió el seguro—. No me amas. Ha quedado claro. —Brenda sentía el corazón desbocado. Estaba en blanco. Se había pasado de la raya con su resentimiento y había abierto la puerta para que Luke pudiera salir con otras mujeres—. Ahora, quiero que arregles todo para que Christine Jaspersen venga —miró su reloj—, dentro de cuatro horas. Eso es todo, señorita Russell. Puede retirarse de mi oficina.

Brenda asintió por inercia y salió. ¿El premio a la estupidez? ¡Ella se llevaba la condecoración más importante a tan importante mérito!

Cuando Luke la vio sentada en el escritorio se acercó al minibar de su tía, y sirvió una generosa cuota de un escocés. La amaba y sabía que cometió un grave error al mentirle, pero sentía que ya había intentado expiar su culpa y ella era tan obstinada que no le permitía más avances.

Apuró el contenido del vaso con un solo trago.

George logró concertar una conversación informal con Phillip Haymore. Los círculos en los que el empresario se desenvolvía eran envidiables y llegaban al ámbito de los royals ingleses. Aunque él también se jactaba de contar con una lista importante de conocidos, la realeza estaba fuera de esa liga. Y ahí entraba George.

El restaurante en el que se encontraban estaba al aire libre. Aunque hacía un frío endemoniado, la calefacción cerca de cada mesa no permitía que el viento londinense calara los huesos. Por algo cada plato costaba más de sesenta libras. Entrar a ese local implicaba contar con una membresía exclusiva de cincuenta mil libras por año. Un lujo que él, gracias a sus ingresos, podía permitirse.

—Phillip qué gusto que pudieras ajustar tu agenda para tomar un trago — expresó George. El aludido lo observaba con una estudiada sonrisa social, aunque en su mirada gris podía vislumbrarse que sentía respeto por George Osmond. Y cómo no, si era uno de los más encumbrados socialités de Londres—. Luke es mi socio y actualmente se está haciendo cargo de la cadena de hoteles de su tía, Alice Blackward. —Al escuchar el nombre, el regordete de bigotes pulido sonrió a Lukas—. Él está encargado de los hoteles hasta las próximas dos semanas.

—Un imperio con gran prestigio, sin duda — comentó con educación, llevándose a la boca un bocadillo de ensalada griega con especias y caviar—. Entiendo que dieron una fiesta hace poco porque quieren patrocinar Wimbledon.

Así que el hombre no se anda por las ramas, pensó Luke girando su escocés sobre los tres cubitos de hielo en el vaso de cristal.

—Precisamente. No tuvimos el placer de que nos acompañara esa noche.

Con un gesto casi imperceptible de Haymore, un camarero se acercó para encenderle el puro.

Tomándose su tiempo dio una larga calada y expulso el humo con cansancio.

—Me gusta pasar desapercibido y pedí absoluta discreción con respecto a mi participación en los votos para elegir los patrocinadores. Así que —su voz dejó de ser metódica y se volvió un poco peligrosa—, ¿cómo demonios supo George que yo tenía que ver con este tema? Asumo que

Wimbledon es el motivo por el cual estamos reunidos Blackward y no solo para tomarnos un trago y revisar quién conoce a más royals — espetó sarcástico.

—George no lo supo. Entiendo que no le gustan las encerronas y esta no pretende serlo — contestó evitando darle información sobre cómo sabía que del voto decisivo.

Haymore no insistió en conocer cómo sabían de su conexión con los votos. Él tenía algo más interesante que pedir. No iba a las reuniones, jamás, sin estar preparado. Conocía de antemano que siempre lo buscaban para obtener algo a cambio... exactamente como era su propia costumbre de actuar.

—¿Quieren ser también auspiciantes, Blue Destination?

—Me está diciendo con ese también que ya ha aceptado promover su voto a favor de la cadena Wulfton, ¿o me equivoco?

—Ya que no se va a andar por las ramas. Yo tampoco. Me gustaría tener algo a cambio.

—¿Estamos negociando entonces...?

George optó por comer su plato de sesenta libras y dejarle el asunto a su socio.

—Nunca se pierden las buenas oportunidades —sonrió el hombre que tenía el poder de poner el broche de oro al encumbramiento de la cadena Wulfton—. ¿Y bien?

—No es mi empresa, así que no puedo ofrecerle nada de los hoteles — replicó probando la el filete de ternera.

—¿Te gustaría que Blue Destination figurara en el cartel de promoción?

—A lo mejor — expresó cauto. Le interesaba, porque implicaría que George no podría amenazarlo más con independizarse, pues las regalías de la promoción y la cantidad de contactos no le darían espacio para poner un negocio paralelo—. No es el tema principal en todo caso.

Phillip se limpió la boca ceremoniosamente y con deliberada lentitud.

—Me gustaría tener un porcentaje de acciones en la cadena de Alice a cambio de mi voto.

—Una alarma empezó a sonar en la cabeza de Luke. Él no tenía derecho

a negociar Wimbledon, por acciones. No le pertenecían y su tía lo consideraría una falta de lealtad—. Siempre he querido convencerla, a través de mis abogados de que es un buen negocio unirnos, pero suele ser demasiado testaruda mi buena amiga. Yo podría ayudarla a expandirse en Dubái y otros lugares de Oriente Medio, de hecho, podría duplicar sus ingresos. Entiendo que necesitan mucho la publicidad de Wimbledon para superar a la competencia y dejarlos de lado un buen tiempo. El año fiscal cerró con apenas un veinte por ciento de ganancias que es bastante por debajo del cincuenta por ciento habitual. ¿Cierto?

Luke se tensó. ¿Estaban espiando a su tía?

—No sé cómo puede estar enterado de un aspecto interno tan importante como ese — expresó hostil.

Haymore se relajó contra el asiento. Dio dos caladas más al puro esperando a que el efecto de aquella información estuviera bastante dentro de la mente del joven.

George observó lo que ocurría con preocupación. Cuando convenció a Phillip que se reuniera con Luke tan solo tenía en mente que su socio sondeara el terreno y midiera la posibilidad de que la naviera de ambos pudiera también participar. No contaba con que Haymore saliera con ese tipo de información sobre la cadena

Wulfton. Había un espía sin duda en los hoteles de Alice, y él no quería ni imaginarse lo que haría Luke cuando volviera a su oficina y encontrara de dónde salía la filtración.

Phillip se inclinó hacia adelante y deshizo el puro sobre el cenicero.

—Lo que debería preocuparte muchacho es si me convences lo suficiente como para decidirme a sugerir con firmeza el nombre Wulfton en la próxima reunión con los encargados del consejo, o bien decidirme por una de las cadenas de la competencia.

Lukas fingió relajarse, pero no lo estaba.

—No puedo ofrecerle lo que me pide. La cadena no me pertenece y estoy seguro que mi tía no

pretende dejar que personas ajenas a la familia posean acciones de la empresa. Ya sabe —sonrió fríamente— un negocio familiar debe cuidarse al máximo.

—Piénsatelo. El Langlioni es sin duda una excelente opción para que la élite del tenis se hospede, no creo que le haga bien al Wulfton saber que todos se han ido a la competencia. Puedo incrementar mi propuesta por esas acciones. Incluiría a tu naviera como parte del trato.—La cara de George se ensombreció. No le gustaba nada esa reunión—. Estoy siendo generoso por mi voto decisivo.

Para Phillip no era solo ambición, sino que últimamente no le estaba yendo bien en los negocios y debía cubrir sus espaldas. Necesitaba los ingresos para mantener su reputación social; su estilo de vida. Además, algunos negocios pendían de la decisión que tomara con respecto al torneo de tenis. Pensaba dejar de lado el tema de los torneos deportivos, pues le daban demasiados dolores de cabeza. Las apuestas en el hipódromo no le resultaban; había hipotecado la propiedad familiar para aquella noche de Póker, perdiéndolo todo. Si no lograba reunir el dinero, la casa con cientos de años de antigüedad pasaría a manos del banco. Aquello sería un escándalo que mancharía su prestigio social y no podía permitírselo. Por otra parte, si obtenía las acciones de la cadena hotelera los intereses que generaría serían de por vida, así dejaría las apuestas.

—Puedo ofrecerle una considerable cantidad de dinero si consigue que la cadena Wulfton sea la patrocinadora oficial. Las acciones no están en venta, ni en Wulfton ni en Blue Destination.

—Conuerdo con Luke — apoyó George.

Los ojos de Phillip Haymore brillaron. Pensaba utilizar al máximo la información que le llegara desde dentro de los hoteles. Él tenía contactos en todas partes. Y las acciones del Wulfton le interesaban sobremanera, más que las de la naviera.

—Podríamos lograr un acuerdo.

Para Luke el hombre enfrente suyo tenía el brillo característico de alguien que buscaba desesperadamente mejorar su situación económica. Podía ser joven, pero olfateaba que detrás de esa indiferencia de Haymore se escondía el miedo. Y esa era una de las mejores armas para negociar. —Pensaré en su propuesta. Espero que nos podamos reunirnos nuevamente.

—Tenga en consideración que la reunión decisiva para elegir hoteles será dentro de poco. Si usted no me tiene una respuesta, quizá desde el Langlioni me puedan dar mejores opciones — se puso de pie dando por terminada la reunión.

—No me gustan los chantajes.

—Ah, señor Blackward, pero somos unos caballeros. Estamos negociando.

George intervino rápidamente, y sostuvieron una breve charla, antes de que Phillip recibiera una llamada telefónica que lo obligó a retirarse.

Se despidieron con un apretón de manos.

Cuando Luke y George vieron desaparecer la figura de aquel encumbrado hombre de la alta sociedad se miraron consternados.

—¿Vas a hacer algo con respecto a la información sobre los hoteles que se ha filtrado a Haymore?

—Créeme, George, cuando descubra al culpable va a conocer que la palabra miedo y destrucción son sinónimos. Me parece que mi tía Alice ha dejado por sentado que su equipo es de confianza. Para ser una mujer de negocios con su reputación ha bajado la guardia considerablemente. Me encargaré de cernir al soplón.

—Tu tía necesita Wimbledon. Blue Destination, no. Usa la cabeza fría.

—Supongo que siempre supo que querías verlo por el tema Wimbledon.

—Probablemente. Ya sabes que así se juegan las reuniones. Un poco de hipocresía, toques de sarcasmo, a veces se juega sucio... y creo que Phillip está jugando un juego muy peligroso al utilizar información privilegiada. Si acaso se atreve a dañar los Wulfton va a pagarlo muy caro.

—He escuchado que tiene ciertos problemas financieros.

—Nos encargaremos de él.

Podremos perder el auspicio, pero yo personalmente me daré a la tarea de encontrar el topo.

—Me compadezco de quien quiera que sea el soplón.

—Yo no... —gruñó. ¿Cómo se atrevía ese miserable de Haymore a intentar obligarlo a negociar a cuenta de tener datos internos de la empresa de Alice? Malditos empresarios rastrosos.

—Por cierto, Luk, no voy a salirme de la naviera.

—Por un momento pensé que lo harías y medité la idea de unir Blue Destination al trato con Wimbledon.

—Tan solo tenía demasiado a cargo. Mi mujer está embarazada de nuevo y ha sido un poco delicado esta ocasión, tú estabas fuera y llevar el negocio solo ya sabes que no es tan sencillo, porque solo a nosotros nos compete tomar las decisiones importantes. Y últimamente han sido muchas.

—¡Vaya hombre, felicitaciones por el embarazo de tu mujer! — le dio una palmada en el hombro—. Tendré que llevar una canasta de frutas tropicales de obsequio a tu mujer con lo que le gustan.—George sonrió. Katherine era amiga de Luke, y gracias a él la había conocido.

—Y sobre la empresa... ya he llamado esta mañana a Christine. Aceptó trasladarse al Wulfton, hasta que pueda volver físicamente a la empresa.

—Le pedí a mi asistente que concerté una cita con ella.

—Christine es exactamente lo que necesitas para quitarme un poco de peso de encima — dijo riéndose.

—Sí, ya lo creo. Venga, George, hagamos un brindis por el embarazo de Katherine.

Brenda estaba terminando una llamada, cuando apareció Kevin. Desde la última conversación con Luke, su amigo se había mostrado más atento que de costumbre, casi podría pensar que tenía conocimiento de lo que sucedió en el despacho con Lukas en la mañana. Pero no había comentarios de parte de Kevin que dieran indicios al respecto.

A pesar de que Kevin era fantástico sentía que no podía confiar del todo en él. No era porque Tom le hubiese advertido algo, en absoluto, tan solo sentía que había una pieza que no

encajaba. ¿O estaba volviéndose paranoica?

Lo que necesitaba era unas vacaciones.

—Estás muy pensativa esta tarde, ¿a qué se debe?

—Tengo mucho trabajo y creo que tú deberías estar alistando todo para tus temas de relaciones públicas.

—El trabajo será para luego. Lo que ahora me preocupa es tu salud mental —comentó bromista. Ella sonrió—. Esta mañana ni siquiera me viste cuando te hice de la mano para que te acercaras a tomar un café conmigo cerca del lobby. ¿Marcha todo en orden?

—Estaba preocupada porque tengo un montón de reuniones que agendarle a Luke.

Los últimos días tenía más trabajo de lo que podía manejar y no podía dedicarse a sus temas personales como habituaba cuando estaba Alice al mando. Su jefe de turno era en exceso demandante y no le caía bien.

—Unos amigos de la ciudad están organizando una comida hoy en la noche. Me dijeron que podía llevar una compañía. Y yo no encuentro otra mejor que la tuya —le sonrió con encanto—. ¿Qué te parece, Bree, tienes planes?

Él sabía que estaba colada por el imbécil de Blackward, pero tenía una ventaja y era que Brenda parecía no querer nada con él. En su mundo particular, si había una oportunidad se aprovechaba, sin importar qué cabeza rodaba.

Lamentaba que en un futuro cercano pudiera ser la de Brenda.

—Sí —mintió—. Hoy tengo que llevar a mi hermano al dentista ni bien salga de la oficina, y en la noche debo ayudar a mi madre con la organización del cumpleaños de

Harvey que es dentro de poco.

Listas, detalles y ese tipo de cosas.

—Venga, te pasaré recogiendo a las nueve. Estarás en un santiamén en tu casa. Puedes hacer las listas mañana.

Ella se lo pensó. Qué más le daba, se dijo, si el tonto de Luke se limitaba a hablarle como si de una pared se tratara, ella necesitaba entonces conocer otras personas. —Lo pensaré replicó.

Tampoco quería parecer demasiado desesperada. Últimamente se encontraba en la extraña disyuntiva de que, a pesar de que algo le decía que no podía confiar al cien por ciento en Kevin, su otra parte, la impulsaba a salir con él, porque la hacía reír, expresarse sin temor a represalias y curiosamente no existía esa atezadora corriente sexual que experimentaba cuando tenía a Luke alrededor—. Gracias, Kev.

—De acuerdo —luego se inclinó hacia ella, casi quedando a la altura de sus ojos—. El jefe está entrando por la puerta y trae cara de pocos amigos, mejor sacas tu escudo de protección no vaya a ser que las dagas te atraviesen. —Se incorporó, ante la risa de Bree.

Luke los estudió a ambos no sin antes dedicarle una mirada de fastidio a Brenda, a quien le cayó su actitud como agua fría. Luego fue a encerrarse en su oficina.

Un asunto era que fuera su asistente y que como amante no se vieran más, y otro asunto era que la mirara como si fuera una molestia, como alguien que no tenía el privilegio de acercarse a un empresario tan importante como él, a no ser que deseara recibir órdenes de trabajo.

Luke estaba preocupado y pensaba en la persona que pudiera estar filtrando información confidencial de la empresa de Alice. Por si fuera poco, ver a Brenda con Kevin aumentó su mal humor. Ya había tenido suficiente de mujeres inmaduras y volátiles como Faith, para querer enredarse a largo o corto plazo con otra igual. Quizá el que las cosas entre ellos hubieran terminado era lo mejor, se dijo, dando un portazo cuando llegó hasta su despacho.

—Señorita Jasperson — saludó Bree cuando la mujer llegó ante ella. Las palabras que le dijo Tom sobre Luke se le colaron por la mente. «Él tiene una larga lista de chicas esperando por colarse en su cama». Se preguntó con un nudo en el estómago si la tal Christine era una de ellas, y él no había esperado demasiadas horas—. Soy Brenda Russell, la asistente...

—Sé quién es, por favor, dígame a Lukas que estoy aquí — la interrumpió con un gesto de fastidio con la mano.

Christine Jasperson era todo lo que Brenda detestaba. Una mujer pretenciosa. Hermosa sin esfuerzo con una figura construida a base de ejercicio que la hacía exudar feminidad. Reparó en el cabello lacio hasta la altura de la barbilla con un corte muy moderno. Los ojos de gacela eran marrones y estaban enmarcados por unas cejas perfectamente delineadas y gruesas. Los labios parecían gritar la atención de los hombres.

—Claro — se mordió la lengua para no responderle con uno de sus ingeniosos sarcasmos—. ¿Le ofrezco un café?

—El café daña los dientes — replicó buscando el móvil en su bolso Mulberry. Luego echó un vistazo a sus mensajes con el ceño fruncido.

Bree contuvo las ganas de poner los ojos en blanco, y llamó a Luke para decirle que la mujer que tanto esperaba había llegado a la oficina. Él simplemente le dijo que la hiciera pasar y antes de que pudiera replicar algo más, le cerró el teléfono.

«Será idiota».

—La acompaño al despacho del señor Blackward.

—Como quieras — murmuró fijándose sin disimulo en el atuendo de bajo presupuesto de Brenda. Y no pudo evitar comentar—: Creo que para trabajar en una empresa tan importante como Wulfton y siendo asistente de alguien como Lukas deberías vestirte un poco más acorde al estatus.

Brenda rechinó los dientes y fingió no escucharla.

Abrió la puerta del despacho de Luke.

—Señor Blackward, la señorita Jasperson — dijo con un retintín en la voz.

Luke se puso en pie como un resorte y se acercó con una sonrisa que Bree recordaba tan bien. Diáfana, sincera y cargada de... ¿afecto?

Christine besó las dos mejillas de Luke y esbozó una sonrisa cálida. «Lo único cálido que había visto en esa mujer de hielo», pensó Brenda.

—Qué gusto me da verte, preciosa.

«¿Preciosa?, pero si apenas hacía unas horas ellos habían...». Brenda intentó fingir que le daba igual.

—Señorita Russel, Christine trabajará conmigo durante las próximas dos semanas. El mobiliario que le pedí adecuar en esta oficina es para ella. ¿No falta nada, verdad? — preguntó observando la reacción de sorpresa de Brenda.

—Yo...

—¿Sí, o no? No le pago para que divague — la apuró con actitud.

Ella tragó y negó con la cabeza. Se sintió dolida.

—Bien. —Luego se dirigió a una sonriente Christine—: Puedes instalarte cuando desees. Brenda te ayudará en lo que necesites o yo personalmente como hemos hecho siempre.

La aludida sonrió y observó su entorno con sus fríos ojos marrones.

—Si no necesita para nada más, me retiro — murmuró Brenda pretendiendo mantener la voz firme, cuando en realidad sentía las lágrimas a punto de salirse de sus ojos. No podía creer que Luke estuviera paseándole a una amante cuando le había dicho que la quería. Si acaso estaba tratando de hacerla notar que se pasó de la línea de inflexión, no podía quedarle más claro. Pero cambiarla por otra y paseársela en sus narices tan descaradamente, tampoco le daba puntos... de hecho, lastimarla solo conseguía que ella se replegara más en sí misma.

—Un momento — expresó él, al notar las conclusiones a las que había llegado Brenda. Si la mirada de desconcierto, sorpresa y quizá celos que vio en ella era verdadera, implicaba que Bree sentía algo importante por él. Aquello le dio un atisbo de esperanza. Necesitaba que dejara de castigarlos a ambos por el error que él había cometido, y para eso estaba dispuesto a utilizar cualquier recurso—. Resérvanos una mesa esta noche en Bellamys — miró a Christine con una gran sonrisa— para dos. Y eso es todo, la señorita Jaspersen y yo estaremos ocupados trabajando. No me pases llamadas durante las próximas tres horas.

Brenda le sonrió.

—Claro, señor Blackward, no hay problema — se despidió cerrando la puerta, mientras en su mente se acordaba de todos los insultos mal sonantes que le escuchaba a Tom, a Scott y a todos los amigos cotillas que había tenido en GreenRoad.

Cuando Christine vio que Brenda se alejaba se giró a Luke y se echó a reír con una estruendosa carcajada que contrastaba con su pose frívola. Él por su parte se acercó al minibar y dio buena cuenta de dos vasos de whisky.

Christine rehusó servirse uno, porque de lo contrario no iba a concentrarse lo suficiente para despachar la cantidad de trabajo de Blue Destination.

—¿Qué ha sido todo eso? — preguntó sentándose detrás del escritorio que le habían adecuado. La pose fría e indiferente fue reemplazada por su verdadera naturaleza. Relajada, libre y amable—. Habría podido cortar la hostilidad que manaba de ella hacia mí con una uña.

Él gruñó algo por lo bajo.

—Ya te expliqué por teléfono. Gracias por prestarte a fingir que eres mi amante...

—No creo que sea adecuado lo que estás haciendo. Como mujer te digo...

—Christine, en serio. No quiero consejos ahora — rezongó Luke dejándole una pila de documentos sobre el escritorio. Luego cambió el tema—: Tenemos que dejar listo los arreglos finales para el cliente español. Nos pidió una carpeta adicional, y eso consta dentro del contrato que firmamos. Así que infórmate de los balances. Luego tenemos que hacer un hangout con George, no puedo movilizarme hasta la oficina por eso estás aquí, ya lo sabes Christy. En tu calidad de Gerente General tienes que delimitar el asunto presupuestario.

Hay que agendar un viaje a Southampton, para dentro de tres días. No podré ir. Volverás a hacerlo tú sola como cuando tuve que irme a Surrey.

Ella asintió. Conocía a Luke de toda la vida y haría cualquier cosa por él, porque él fue su punto de apoyo constante cuando más necesitaba de un amigo.

—No hay problema. Me las arreglaré. Tendrás que elevar mi categoría en los hoteles. Ahora quiero que me paguen la suite presidencial.

—Eres imposible — se rió.

Christine se encogió de hombros.

—Tienes también unas cuantas acciones y derecho a darte los lujos que te plazcan, Christy.

—Lo sé, gracias por ello. Sabes que haría cualquier cosa por ti. Además tú no eres igual a ningún hombre que haya conocido y siempre estaré agradecida por tenerte como amigo.

—No mereces menos — se metió las manos en los bolsillos—.

Entonces, ¿lista para entrar en esta pequeña batalla de voluntades?

Ella no pudo contener una risa.

—Más que lista, Lukas — pronunció el nombre con burla, y ambos se echaron a reír—.

Revisaré los balances, mientras tú compruebas que Renno esté en su despacho para pasarle un par de faxes. Tenemos trabajo para dentro de varias horas hoy.

—Empecemos entonces.

Las risas llegaron hasta Brenda, a quien no le hizo ni pizca de gracia que la canción del grupo Keane, que estaba sonando en su Ipod, se hubiera acabado justo en ese momento teniendo que escucharlos.

Bree se alegró de tener planes para esa noche. No solía salir los martes, pero no se arrepentía de haber aceptado la invitación de Kevin. De hecho, tenía pensado pasárselo en grande con él.

También pensaba en virar la página como acababa de hacerlo Luke.

Capítulo 18

La música la animaba y acallaba sus recurrentes preocupaciones. Estaba en un lujoso penthouse ubicado en las afueras de Londres. Kevin le había dicho que era una cena. ¿Cena? ¡Já! Lo que veía era una fastuosa fiesta.

Lucía un vestido color menta de mangas largas y transparentes con cuello en pico ligeramente abierto justo a la altura del nacimiento de sus pechos. El largo del vestido era hasta las rodillas y le confería un aire desenfadado. Exactamente tan desenfadada como intentaba sentirse. Llevaba recogido el cabello en un tocado y algunas hebras se le habían escapado dándole la apariencia de estar despeinada y sexy.

—¿Y bien? — preguntó alguien a su derecha. Kevin la había dejado sola, porque dijo que iría a consultarle un asunto a un colega. Giró la pequeña cereza de su tercer coctel. O creía que llevaba tres en todo caso. Quería olvidarse de Luke Blackward por una noche. Por una mísera noche.

Los efectos del alcohol le permitían sentirse más desinhibida.

—¿Bien, qué? — respondió después de un rato al hombre que continuaba a su lado y al que ni siquiera se había molestado en mirar. Masticó la dulcísima cereza verde.

Estaba sentada en la barra que iba a juego con la decoración estilo

Alicia en el País de las

Maravillas, versión Tim Burton, en el salón de la Reina de Corazones. Todo era rojo, negro y blanco, y los bartenders estaban curiosamente vestidos con una camiseta que representaba los palos de diferentes símbolos de los naipes. Unas personas enanas vestían trajes graciosos, y una de ellas simulaba ser la malvada Reina de Corazones sentada en una silla, cinco veces más grande que su pequeño tamaño.

—Te he invitado a bailar.

—Aquello le sonó a una orden. Bree hizo una mueca de fastidio. Lo miró. Era la cuarta vez que se le acercaba uno de esos sexys especímenes que llenaban el suntuoso salón de baile del penthouse. Ninguno de ellos hacía que el corazón se le desbocara, o sus pezones rogaran caricias con tan solo una mirada. No. Ninguno era aquel incordio mentiroso... guapo y maravilloso hombre llamado Luke, quien estaría a esas horas revolcándose con aquella rubia de piernas sin fin.

«Salud por mi independencia», dijo mentalmente llevándose la copa a los labios.

—No, gracias. Estoy bien así — replicó dándole un sorbo a su copa. El hombre era la versión mejorada de Josh Duhamel.

Él se encogió de hombros mirándola como si fuera un bicho raro.

Después de hacerse amiga del barman, sumar tres cocteles más a su lista, hablar con la Reina de Corazones, reírse de la infame Alicia y bromear con unos cuantos vasallos de la corte de la reina mala, finalmente dio con Kevin. Él parecía haberse olvidado completamente de su existencia. Lo observó ensimismado en una suerte de tensa conversación. Sus interlocutores eran dos hombres que tenían la corpulencia de Arnold Schwarzenegger. Ella quería ir a casa.

Kevin no podía creer lo Stuart y Miles, los esbirros de Charles Smith, estaban diciéndole. Le daban cuarenta y ocho horas para entregar lo que debía a cambio del dinero que tiempo atrás le entregaron. ¿Cómo demonios iba a reunir la información que estaban pidiéndole en ese tiempo?

Smith era un ex convicto procesado por tráfico de influencias, quien en sus buenos tiempos — cuando era libre y con un historial sin mácula — fue candidato al Parlamento. Luego de salir en libertad no fue en absoluto el engreído aristócrata de antes de estar tras las rejas. El resentimiento y anhelo de venganza contra quienes contribuyeron a culparlo, lo llevaba a hacer el trabajo sucio para el que fue alguna vez uno de sus pares del reino, Phillip Haymore.

Haymore era el que daba la cara, hacía los contactos, chantajeaba e intimidaba con datos privilegiados, y era Smith quien le proporcionaba la información. Aunque en un principio Kevin pensó que canjearle unos cuantos contactos de la cadena Wulfton, a cambio de unos miles de libras no tendría repercusiones, se equivocó.

Cuando Haymore y Smith se dieron cuenta de lo valioso que era dentro de la empresa de una

de las mujeres más respetadas del Reino Unido, le ofrecieron cuantiosas sumas de dinero que a él le resultaron difíciles de rechazar. Al principio era simplemente una base de datos, que sabría Dios qué uso le daban ellos. Kevin no estaba enterado de los negocios sucios que llevaban a cabo, tan solo entendía que el chantaje era parte de la estrategia para lograr hacerse con empresas prósperas, o parte de ellas, a base de información clasificada.

Kevin también recibió invitaciones a jugar Póker. Se volvió ambicioso y perdió grandes sumas, pero los golpes de suerte le permitieron comprar la casa en que vivía. Había pensado en comprarse automóviles de colección y deliberó que el último encargo de Charles y Phillip era sencillo. No fue así y el plan se vino abajo. El adquirió la deuda por la compra de cuatro Bentleys, y ya no podía echarse atrás con el banco, porque había firmado como garantía la hipoteca de su casa. Estaba atrapado.

Haymore y Charles se enteraron de su aprieto. Y llegó la opción de salvarle el pellejo con el banco para que no lo perdiera todo, a cambio de que les proporcionara los estados contables de todos los hoteles Wulfton. Aquella información no le resultó complicada de conseguir.

La misión que tenía ahora que era totalmente distinta. El costo de compensación era la última cantidad, por trecientas mil libras, para librarlo totalmente de la deuda del banco. Le pedían nombres de los cuarenta contactos más importantes de Alice Blackward y sus implicaciones en el negocio en los últimos seis meses. Y aquello era lo que a Kevin lo tenía de cabeza. No era nada fácil, pero él ya había tomado parte del bando para el cual tenía que jugar y no eran los Blackward.

Aunque no había un convenio firmado de por medio o pagarés en cada desembolso de dinero que le hacían Haymore y Smith, en alguna ocasión Stuart se encargó de comentarle los modos en que, quienes debían dinero a la organización fantasma, terminaban sus días. Huesos rotos. Suicidios convincentes. Mutilaciones. Rara vez muertos, pero ciertamente al final deseaban haberlo hecho.

Entonces pensó en Brenda.

Ella llevaba todos los contactos de Alice, y él sabía que su ordenador era una mina de oro. Bree poseía toda la información de los tópicos que se iban a tratar, los intereses más importantes, así como las estrategias. Por ende, era la mujer de confianza, la mano derecha de Alice. El único problema era que pasaba adherida a ese ordenador, al igual que él, todo el día. No podía robárselo porque había cámaras de seguridad, y las computadoras de los altos cargos y personal con información sensible —como el caso de Brenda— estaban empotradas a los escritorios con dispositivos de seguridad para que no pudieran ser movidos.

Adicionalmente tenía un problema más grave. El sistema de seguridad informático de los Wulfton era uno de los mejores. «Ya se las ingeniaría. Tenía que salvar su pellejo».

—No tengo ahora mismo lo que me pide, pero le prometí que se lo conseguiría y lo haré. Nunca les he fallado.

—Nosotros no nos encargamos de dar plazos, solo de avisar antes de que los infractores aparezcan con algún extraño percance corporal difícil de componer en unas horas, usted sabe...

—expresó Miles, un corpulento ex combatiente de lucha libre que tenía un diente partido y le faltaba la mitad de una ceja—. En todo caso estás avisado Parsons. No nos gustan particularmente los americanos deudores. Queremos esa base de contactos.

«Si no hubiera sido tan ambicioso», pensó Kevin arrepentido. Ya era demasiado tarde.

—Al señor Smith y al señor Haymore les gustan las cuentas claras — agregó Stuart, a quien lo conocían por su hábil mente para los números; era el encargado de llevar los negocios sucios de Haymore.

Una vez dicho el ultimátum de Miles y Stuart hicieron una mueca parecida a una sonrisa y se largaron de la fiesta.

Kevin intentó relajar la respiración. Si lo habían localizado en la casa de uno de sus amigos implicaba que de ahora en adelante las cosas no iban a ser en absoluto civilizadas.

Cuando reunió el suficiente oxígeno para pensar se giró y se topó con Brenda que estaba observándolo con una copa en la mano desde una esquina del penthouse.

«Ahora iba a necesitarla más que nunca».

Ella se acercó y según pudo apreciar sus pasos no eran tan firmes.

—Lamento haberte dejado sola tanto tiempo — se disculpó acariciándole la mejilla derecha. Ella inclinó la cabeza hacia su mano. Aquello lo desconcertó. Generalmente se comportaba amable, pero jamás receptiva de ese modo—. ¿Cuántas copas has bebido? — preguntó con una sonrisa. Cuando Brenda estaba alrededor él podía relajarse, tenía ese curioso efecto sobre él.

—Unas cuantas... —murmuró atrapada con la voz de barítono de Kevin.

Él la observaba con curiosidad.

—Ya veo. Creo que bailar no será una buena idea, así que, ¿preferirías que te lleve a casa?

—¿Estás de bromaaa? —casi gritó—. ¡En absolutooo! ¡Quiero bailar!

—Me parece que alguien ha bebido demasiado esta noche — sonrió quitándole la copa de Manhattan de la mano y dejándosela a un mesero que pasó a su lado—. Ven, vamos a bailar entonces.

Ignorando las protestas de Brenda sobre lo rápido que iba el ritmo de la música, la tomó de la mano y la llevó al lugar en donde otras parejas bailaban al ritmo de Pitbull y J-Lo.

—Cuéntame, ¿qué te traes con Luke? — preguntó él aspirando el perfume de Brenda.

—¿Quiéeén?

«¿Había gritado de nuevo? ¡Dios!. Debería aprender que el alcohol, la tristeza y los celos no iban en el mismo pack, porque los efectos eran ridículos. Todo daba vueltas. La voz de Kevin parecía muy lejana y ella solo tenía ganas de cerrar los ojos y dormir... Oh sí, dormir y olvidarse de todas las cosas de las cuales debería arrepentirse, como por ejemplo no haberle dicho a Lukas que lo amaba, y...».

—Nena, creo que nos vamos a casa — comentó Kevin riéndose e interrumpiendo su monólogo mental—. La corte de la reina mala te sonrío, así que también has hecho lo tuyo con tus relaciones sociales — dijo en broma, al ver cómo los actores contratados para la cenafiesta gesticulaban con agrado hacia la belleza que tenía a su lado. Ella estaba espectacular con ese

vestido de menta que le marcaba cada curva con la precisión del más perfecto punto cruz—. Te daré algo para que se te vaya el efecto del alcohol.

—A mí no me pasa nada, Kevvvvvv.

—Seguro, nena — dijo riéndose, y guiándola hasta el automóvil.

La casa de Kevin era acogedora. El lugar tenía una sola planta, perfectamente distribuida, con puertas francesas y una hermosa chimenea que parecía haber sido tallada a mano. Ella insistió en que la llevara a su casa, pero él dijo que no podía llegar en un estado en el que no distinguía un índice de un dedo pulgar.

Ahora estaban en la sala principal. Los muebles de cuero color camel se fusionaban con la decoración de tonos cálidos y el resto del mobiliario de formas rectas. Bree lanzó su cartera sobre una silla y luego se hundió en el mueble grande dejando que el aire cálido de la casa la envolviera.

Kevin la observaba sentado frente a ella. Nunca la había visto perder el control y le parecía curioso que justamente ocurriera estando con él. Claro, el alcohol había contribuido bastante.

—¿Me vas a contar de una buena vez qué es lo que te sucede? — preguntó cuando se percató que la mirada de Brenda estaba mejor enfocada—. Suelas ser espontánea, pero no tanto — intentó ser bromista.

Lo miró con cara compungida en lugar de obsequiarle con una sonrisa como él esperaba.

—Supongo que a veces soy un fracaso en muchas cosas — dijo con un tono que sonó a lamento. Se llevó a la boca unos pocos maníes que estaban en un lujoso recipiente de cristal sobre la pequeña mesa de centro.

—Háblame de ello. —«La idea de que estuviera algo suelta de lengua era muy conveniente».

—Te podría contar toooda mi triste historia —elevó un dedo para señalarlo— ¿Sabes, Kev? Odio que la gente se aproveche de mí. Lo odio con toda el alma. Siempre ha sido así. —Él la observaba con un ligero remordimiento, pero dejó que se perdiera en alguna parte. No quería estar en manos de los esbirros de Smith—. Primero mi madre. Luego Luke. Ahora... ¿Tú también?

Él enarcó una ceja para que siguiera hablando. «¿Sospecharía de algo?».

—Ya que te quedas callado, asumiré que es así... —él se limitó a fruncir el ceño—. ¿Me has traído a tu casa para seducirme, porque estoy algo susceptible, es eso... verdad? — preguntó con un ligero atisbo de inseguridad.

—N...no, Brenda...

—¿Pero sabes qué? Sí que he estado atenta a todas las señales que me has lanzado siempre — se puso de pie y se acercó con toda la temeridad que los Martinis, Alexanders y Manhattans le daban—. Tengo una sorpresa para ti.

Kevin se fijó en el modo que las esbeltas piernas de Bree se movían, hipnotizado por el aire de sensualidad que emanaba. Podía ser demasiado crédula, un grave defecto, pero tenía la belleza y un cuerpo de infarto. Se le secó la boca cuando observó cómo empezó a deslizarse el zipper

lateral del vestido sin dejar de mirarlo.

—Brenda, no creo que esto sea una buena idea... —tragó en seco cuando el vestido se descolgó, revelándole la ropa interior color nude—. Nena... —Ella hizo caso omiso, y se descalzó. No era que Kevin tuviera algún fetichismo con los pies ni mucho menos, pero nunca había visto un par de arcos tan perfectos curvándose tan sensualmente al caminar.

—Shhh — susurró Bree acercándosele, y sentándose a horcajadas sobre Kevin, quien la observaba con sus ojos grises velados por el deseo. Le colocó las manos en las caderas para sostenerla—. Bésame, Kev — le pidió inclinándose hacia adelante dándole una vista generosa de las curvas firmes de sus pechos, cuando el vestido se ladeó más a la derecha—. Si lo que quieres es seducirme, créeme, hoy es tu día de suerte.—Dicho eso lo que sintió a continuación fueron las manos de Kevin quitándole el vestido y lanzándolo por donde cayera. Luego un par de labios capturaron los suyos.

Los besos de Brenda eran entusiastas y entregados.

Ella sentía fluir una extraña emoción entre ambos, pero nada en su piel se sensibilizaba, ni su corazón aleteaba como si no pudiera bombear más rápido. Odió más a Luke por hacerle aquello.

Él le acarició la espalda tersa y suave, mientras Bree le enredaba el cabello con sus dedos. Estuvieron besándose un largo rato, pero las manos de Kevin no se alejaron de la espalda, ni las caderas de Bree. Por algún motivo que a ella se le escapaba de la cabeza, Kevin no la tocaba donde se supone que un hombre debería. Por ejemplo, sus senos, o quizá sus nalgas.

Él poco a poco ralentizó los besos, hasta que se detuvo totalmente. Bree sintió cómo él se alejaba, y pronto sus rostros quedaron a pocos centímetros de distancia.

Se dedicaron una mirada de comprensión.

—¿Nada? — preguntó él, pasando el pulgar por el labio inferior de Brenda.

Bree negó con la cabeza y se incorporó de las piernas de Kevin poco a poco, sintiéndose más estúpida que nunca por lo que acababa de hacer. De hecho, en realidad se sentía culpable.

—Lo siento... —murmuró sonrojándose—. Jamás bebo demasiado. Es la primera vez que tomo tanto y me siento tan mal... diablos...

Él se puso de pie y le alcanzó la única prenda que estaba en el piso.

—Siempre hay una primera ocasión.

Ella lo miró como si estuviera loco.

—No cuando tienes una madre alcohólica que te ha destruido la vida.

Kevin se quedó quieto.

—Lo...lamento, nena. Nunca lo habías contado.

Ella desestimó el comentario encogiéndose de hombros.

—No es nada. No creo que me convierta en mi madre.

—Aquello que tanto te molesta o te duele debe ser muy profundo para que hayas recurrido a perder la noción de la cantidad de licor que ingeriste.

—Quizá...

—Creo que ha sido todo un descubrimiento — le sonrió ayudándola a componerse el vestido—. Supongo que esto es lo que lla an “amor fraternal”.

Ella se echó a reír subiéndose el zipper y ajustándose luego las mangas.

—Probablemente... —lo miró con pesar y vergüenza—. Escucha

Kev... yo...

—No tienes que decir nada —la silenció con una sonrisa, abrazándola—. Me siento atraído por ti, pero después de besarnos creo que estamos mejor de colegas, ¿no lo crees?

La apartó para mirarla a la cara.

Aliviada por no haber herido a Kev co su estúpido arrebató de probarse a sí misma que podía librarse de Luke, se acomodó en el asiento. Él se sentó junto a ella.

—Lamento haberte utilizado de esta manera — expresó con sinceridad.

Él la miró con calma, porque con ese beso solo constataba dos cosas que le serían de utilidad. Primero, no tendría que continuar estúpidamente ilusionado con la idea de llevársela a la cama, porque sería como hacerle el amor a una prima lejana. Segundo, si estaba tan involucrada con el jefe, y por l que notaba también resentida, entonces sonsacarle información sería más sencillo. Tercero, tenía un plus esa noche: Ella estaba bastante suelta de lengua y se sentía algo culpable porque creía que lo había utilizado, cuando en realidad era todo lo contrario. Él había planificado esa noche, aunque no contaba con que Brenda se fuera de copas y estuviera dispuesta a charlar con él en un plan más personal.

—No te preocupes, ¿me vas a contar qué es lo que te sucede con el jefe? — se puso de pie como si la pregunta fuera casual. Encendió un reproductor musical que dejó flotando las notas de una balada de Chopin—. El modo en que te trata últimamente dista de cómo lo hacía hace poco más de una semana, podría decir que los temas de trabajo no son precisamente los que se tratan entre ustedes. ¿Me equivoco?

Cansada de darle vueltas al asunto y sintiendo que le debía algo a Kev por haber intentado utilizarlo de sustituto decidió contarle una parte de su vínculo con el jefe. Los detalles íntimos se los quedaría para ella.

—Salimos un par de veces. Después de volver de Surrey jamás pensé encontrármelo en la fiesta y darme cuenta de que no era un simple restaurador... fue en ese momento que para mí se rompió la confianza que habíamos creado —se miró las manos con los hombros caídos. ¿De qué le servía fingir?—. En especial cuando vi a su ex esposa colgada de su brazo; encajan perfectamente...

Le pasó el brazo por los hombros. Su misión de embaucarla para sus propósitos iba a ser inclusive más sencillo, porque acababa de ganarse su confianza

—No te va la autocompasión. Créeme que si no hubiera sido por ese beso que nos acabamos de dar, te habría perseguido hasta tenerte en mi cama —confesó y ella se rió—. Sobre Faith, se

divorció de ella porque se corría el rumor de que le había puesto los cuernos con algunos importantes empresarios... uno de ellos de la competencia de Luke. Aquello terminó por hacerlo estallar. Lo supe, porque ya sabes que tengo contactos en todas las esferas. Así que separado de esa bruja está mejor que con ella. Y te lo digo yo, que alguna vez traté con Faith y es aparentemente una mujer muy dulce, pero no dudes que es una verdadera arpía.

—Imagino lo que debió ser el circo mediático — comentó. «Un infierno, más que un circo».

—No imaginas ni un poquito. Faith se llevó una buena tajada de dinero para cederle el divorcio. Fue un caos para los Blackward, pero Alice influyó mucho para que el golpe en los medios y su círculo social no fuera fuerte, y lo logró a su modo. Lukas Blackward tiene un orgullo muy fuerte. No creo que permita que ella vuelva a colarse por su vida. Además que perjudicaría muchísimo la imagen de su tía, y tengo entendido que es como una madre para él.

—Una lástima —lo miró a los ojos con sinceridad—. Kevin, gracias por haberme sacado de la fiesta aquella vez...

Él le tomó las manos entre las suyas. «El momento es ahora», se dijo. Mientras Brenda hablaba, él ya tenía trazada la estrategia para salvar su cuello.

—Tú eres una buena persona y confías en mí. Así que no podía hacer otra cosa que ayudarte aquella vez —empezó a preparar el terreno—. He visto que Luke te tiene a tope con el trabajo. —Ella bufó. El hombre era imposible y eso era poco decir de su jefe—. ¿Estás manejando tú la estrategia de negocios de Alice también? Porque esos archivos deben ser complicados.

De la respuesta de Brenda dependían sus siguientes pasos. Porque si esos archivos estaban en el ordenador de Luke estaría perdido.

Ella lo pensó unos segundos.

—Los tengo de respaldo, pero no suelo abrirlos con frecuencia. Los maneja directamente Luke y me envía las actualizaciones del estatus, para que cuando regrese Alice yo pueda ponerla al día. Es información confidencial. Así que no puedo hablar más del tema. —Estaba algo tomada, pero no era estúpida.

Kevin respiró con calma. Tenía pocas horas a su favor, pero que Brenda tuviera acceso era un alivio que le permitiría ganar minutos. —Claro. Claro. Lo que sucede es que como te he visto tan agobiada, ya decía yo que te hicieran llevar además aquellas negociaciones y estrategias hubiera sido un abuso muy grande, y sin paga extra además — sonrió.

—Además —concordó ella devolviéndole la sonrisa—. Oye, Kev... creo que ya estoy bastante mejor. Si me das una taza de café y luego me llevas a casa, te estaré agradecida lo suficiente como para hacer de cuenta que no pasó nada aquí — comentó sonriéndole.

—Es que no ha pasado nada, Bree — le guiño un ojo con complicidad, y fue a hacer el café a la cocina.

Cuando Kevin regresó a la sala encontró a Brenda profundamente dormida. Optó por buscar una manta y abrirla. La llevó en brazos hasta el coche y arrancó para ir a dejar a su casa.

Condujo con una sonrisa. El futuro ya no era tan negro. Se arrepentía de haber dejado que la ambición lo consumiera, pero ya no podía hacer nada. Una vez que terminara ese último encargo no volvería a ver a Smith o saber de Haymore. Estaba decidido a volver a Estados

Unidos. No quería líos con las leyes británicas.

Miró a su acompañante plácidamente dormida. Ella era la solución perfecta. Y ya tenía planeado el modo en que la sumergiría en su juego. Él obtendría los archivos que estaba buscando, pero no sería encontrado culpable.

Pondría en marcha su idea al día siguiente.

Capítulo 19

La mañana se presentó lluviosa.

No era ninguna sorpresa en

Londres. Lo que sí la cabreaba era tener ese dolor de cabeza por haber bebido de más la noche anterior.

De un manotón silenció el despertador y con los ojos semiabiertos se fijó en la hora. Pasadas las ocho de la mañana. De un salto corrió a ducharse. No iba a alcanzar el metro y llegaría tarde. «Maldición», gruñó desnudándose.

—Brendaaa te busca un señor — gritó Harvey desde la planta baja, mientras ella terminaba de abrocharse el sujetador gris de seda y se secaba el cabello—. Dice que va a llevarte a la oficinaaaa.

¿Quién sería?, se preguntó pasándose por la cabeza una blusa negra de mangas cortas. Se enfundó en la falda amarilla, luego se puso los zapatos de tacón y bajó con la cartera. Ya desayunaría más tarde, la noche anterior dejó la agenda de Luke llena de actividades y sabía que se venía un día cansado.

Cuando llegó al final de la escalera se detuvo en seco. Lo último que se esperaba era que Kevin se apareciera a la mañana siguiente. Si no se hubiera quedado dormida en el automóvil, él ni siquiera habría tenido la necesidad de entrar a su casa para dejarla recostada en el mueble del cual se levantó con un punzante dolor de espalda. Apenas logró dormir solo tres horas.

Compuso una sonrisa. La culpa era solo suya.

—Hola, Kevin.

Él se acercó a darle un beso en la mejilla. Harvey frunció el ceño en señal desaprobatoria halando hacia abajo su uniforme escolar.

El gesto del niño se perdió para los adultos

—Este chico tan guapo es mi hermano Harvey —pasó la mano por los cabellos ordenados del pequeño. Kevin le dedicó una sonrisa estudiada al niño; no le gustaban los infantes. Ajena a su colega de trabajo, Bree se volvió hacia Marianne—: Y ella es mi mamá.

Marianne estaba sirviendo un humeante café y sonrió con gentileza.

—Es un placer conocerlos a ambos. Lamento haberme presentado aquí esta mañana, pero pensé que debido al mal tiempo querrías que te llevara la oficina — explicó solícito.

Harvey se cruzó de brazos y fue hacia una esquina del comedor, en donde nadie reparó en las galletas que se comía del bote de dulces. «Ese hombre no me gusta», pensó, dándole una mordida a una deliciosa pieza de chocolate con chispas de vainilla. «El tal Kevin se acercaba demasiado a su hermana y a él no le dijo palabras amables, ni siquiera lo miró, hasta que Bree bajó de su habitación. Se metió toda la galleta de un solo mordisco.

Kevin no era como su amigo Luke que lo escuchaba y lo llevaba al zoo. Aunque ya casi no lo veía, pero sí que lo fue a ver al colegio el día anterior cuando su madre no pudo hacerlo porque se quedó dormida. Cuando la profesora le preguntó si tenía a alguien a quien llamar, lo primero que se le ocurrió fue su amigo Luke, porque a él no le gustaba molestar a Bree, sobretodo no quería que mamá se fuera de casa de nuevo por alguna pelea. Ya le gustaba más su mamá.

Luke se había portado bien, y le compró un helado. Solo que no entendía por qué lo hizo prometer que no le diría nada a Bree sobre el hecho de que hubiese ido al colegio a recogerlo. Luke era bueno».

—Me has leído el pensamiento, gracias Kev — dijo encaminándose hacia la puerta. Se giró para buscar a Harvey, pero no lo encontró. Los últimos días su hermano estaba un poco extraño. Quizá en la escuelita algún compañero lo molestaba.

Apuntó hablar con la profesora lo antes posible.

—Gracias por el café, señora Russell — se despidió Kevin dándole la mano a Marianne, quien encontró con la mirada dónde se encontraba el goloso de su hijo.

—De nada muchacho.

Marianne corrió a la cocina al recordar que Bree no había alcanzado a desayunar.

—¡Bree, llévate el sándwich que te hice! Lo envolveré. ¡Espera! —la madre de Bree la alcanzó y se acercó hasta la ventana del Bentley—: Aquí tienes, cómetelo en el camino. Por cierto, tu hermano está escondido en la esquina de la mesa comiéndose las galletas —susurró en voz baja—: ya sabes que le teme un poco a los extraños.

—Oh mamá... es cierto. Por favor, dile que lo quiero mucho y que el fin de semana iremos a dar un paseo. —Marianne asintió y les hizo de la mano cuando los vio partir.

Harvey escuchó que su hermana ya no estaba alrededor y salió sigilosamente del comedor. Marianne lo observaba con una sonrisa. «Es un niño maravilloso», reflexionó y se arrepentía por haberlo dejado a la deriva tantos años.

En las oficinas del Wulfton de Londres había un hervidero de trabajo para ser tan temprano. Bree avanzó hasta su escritorio preocupada por ver tanta agitación y no fue consciente de que Kevin continuaba a su lado, hasta que él movió la mano que sostenía su cintura. Un gesto íntimo al que no le dio demasiada importancia.

En los cubículos de la exclusiva sala de la Presidencia del hotel todos sus compañeros ya estaban instalados. No eran muchos. El hecho de que Kevin la hubiera acompañado, la confundió un poco. Habitualmente se pasaba en algún momento del día, pero jamás iba con ella hasta su cubículo. Además el despacho de relaciones públicas estaba bastante alejado del área en donde se encontraba la Presidencia de los hoteles.

Esperaba que él no mezclara lo que sucedió la noche anterior y hubiera cambiado de opinión sobre lo que habían acordado: no había química entre ambos.

—Escucha Kev, yo... —empezó a murmurar, cuando él se inclinó hacia ella dándole un corto, pero apasionado beso. La dejó fuera de juego. Ella se apartó, mirándolo sorprendida—. ¿A... a qué vino eso? — logró pronunciar, cuando él le dedicó una sonrisa de complacencia.

—Tienes una boca muy deseable se limitó a responder encogiéndose de hombros.

Ella lo miró desconcertada, pero la expresión de su amigo era despreocupada e inclusive pretenciosa. Como si algo lo divirtiera.

—Kevin, creo que te estás pasando. Te agradezco que me acercaras, pero quedamos claros anoche que no ocurría nada entre nosotros —susurró preocupada e incómoda cuando a su alrededor las teclas de los ordenadores dejaron de sonar.

La pequeña sala de trabajo que hacía solo minutos bullía con llamadas, murmullos y comentarios, así como papeles que salían de las impresoras, se quedó en silencio.

Brenda apartó los ojos de Kevin, para seguir el curso de la mirada de sus compañeros de oficina, porque de pronto dejó de estar dirigida a ellos.

El hombre que estaba en la puerta de entrada de la sala de la Presidencia le transmitía con la mirada sombría y el gesto adusto, la decepción que le causaba en ese instante. Y había algo más... ¿desprecio?

«Luke», susurró muy bajito.

Con su más de metro ochenta de estatura, el Presidente encargado de la cadena hotelera se acercó hasta ellos. El aire se podía cortar con la punta de una pequeña aguja, pero ninguno de los ocho empleados se atrevió a emitir sonido alguno. La mirada azul era turbia, intensa y destilaba algo muy parecido a la burla.

Kevin tuvo el mal tino de sonreírle a su jefe para saludarlo. No recibió una contestación de vuela, porque él lo ignoró por completo. Se centró en la esbelta mujer de rostro preocupado que tenía en frente.

—Esta oficina es un lugar para trabajar, no para que dos amantes estén intercambiando caricias — expresó lo suficientemente claro para que todos escucharan. Brenda estaba avergonzada.

—Parsons tienes trabajo que hacer. Hubo una campaña para desacreditar un hotel de la cadena en Kent, arréglalo. Si no tienes controlado a los medios para dentro de dos horas, puedes recoger tus cosas y no volver. — Kevin asintió con algo parecido a una mueca, y se fue de la sala dejando atónita a

Bree quien hubiera esperado que al menos Kevin tuviera el tino de aclarar lo que acababa de suceder, porque ni ella lo comprendía. ¿Qué mosca le había picado?

Luke dedicó su mirada a Brenda haciéndola sentir como si todo el mundo se hubiese desvanecido. No fue precisamente una sensación de alivio. De hecho, podría entender cómo se sentía una sardina a la espera de ser devorada por un tiburón. Le habría gustado tener el poder de abrir el piso con un taconazo para desaparecer de la vista de Lukas.

—Señorita Russell, considero muy impropio de su parte lo que ha hecho y me sorprende, porque no creo que mi tía haya contratado una mujer de reputación dudosa para el cargo de asistente personal... pero a veces uno puede equivocarse. —Bree contuvo los deseos de abofetearlo. Era un hipócrita. Los dos habían hecho el amor en su oficina veinticuatro horas atrás—. Seré indulgente con usted tan solo porque no me corresponde despedir a la asistente personal de la dueña de esta cadena. A diferencia del resto de personal —los miró a todos, quienes comprendieron que era el momento de regresar a sus trabajos. Las máquinas empezaron a funcionar y los teléfonos a sonar insistentemente—, a quienes medimos por otro tipo de resultados.

—Escucha Luke esto no es lo que crees...

Él elevó su mano para que se callara.

—Señor Blackward, ¿recuerda? Ahora, empiece a moverse que tengo mucho trabajo por hacer hoy. —Luego bajó la voz para que solo ella lo escuchara. Se inclinó de tal forma que ella aspiró su aroma del aftershave, y aquel olor tan sexy mezclado con la fragancia masculina casi consigue arrancarle un suspiro—: La próxima vez que tenga las hormonas alteradas, por favor, réntese la habitación de un motel.

Brenda se sonrojó, pero no se abstuvo de replicarle.

—No sea hipócrita señor Blackward, porque si mal no recuerdo hace poco me hizo el amor en su oficina — soltó con un tono muy bajo, pero cargado de rabia por lo estúpido que estaba siendo Luke.

—He cometido muchos errores con usted. Supongo que quitarle el trauma de un intento de violación solo ha dado paso a que se convierta en una mujer que ha descubierto su sensualidad y está más que deseosa de probar los placeres con varios amantes, ¿verdad? —Fue un golpe bajo y él lo supo cuando vio el modo en que los ojos de Bree se nublaron de dolor, pero no pudo impedirle continuar. Ver a otro hombre besándola era más de lo que podía soportar, peor aún cuando él se había pasado condenado a la frustración por no ser correspondido. Notar que las dudas de Brenda eran causadas por otro hombre, solo acrecentó su rabia—. No se preocupe, señorita Russell, ya tengo otra mujer que ocupe mi cama todas las noches y créame —convirtió su voz en un susurro— supera con creces sus aptitudes como amante, así que no volveré a tocarla — sonrió.

Brenda lo observó marcharse dejándola de pie junto a su cubículo con los ojos cargados de lágrimas que no se permitió derramar. ¿Cómo se atrevía a utilizar un capítulo de su vida que la había destrozado, para enrostrarle un mal entendido?

¿Esperanzas de amor?

Tomando una bocanada de aire se ocultó detrás del panel de madera de su escritorio y buscó un kleenex. Las palabras crueles que él le dijo habían sido muy injustas. Cuando llegó la hora del almuerzo prácticamente huyó de la oficina y se refugió en un café bastante alejado de Mayfair. Solo entonces se permitió derrumbarse emocionalmente.

Luke estaba cegado por los celos. Tenía ganas de cruzar la distancia que lo separaba del departamento de relaciones públicas y partirla la cara a Parsons. Y al mismo tiempo se sentía mal consigo mismo por haberle dicho semejante barbaridad a Brenda. Podría no corresponderle y estar con quien quisiera, pero él no tenía ningún derecho de haber utilizado aquella dolorosa confidencia que le hizo para herirla. No podría culparla si luego de esa estupidez cualquier atisbo de esperanza de que arreglaran las cosas entre ellos, no llegaba nunca.

Pero de todas formas, ¿cómo se atrevía a besar a otro frente a sus narices?, se preguntaba reclinado en la silla de cuero de su tía, y lanzando una bola de tenis hacia arriba. Era ajeno a la mirada de Christine que lo estudiaba con una media sonrisa.

—Oye, Luke — lo interrumpió —. Los negocios con Renno Brown van geniales.

La bola de tenis cayó sobre el escritorio.

—Lo sé — replicó gruñéndole.

Christine se puso de pie con la laptop entre manos. Llegó hasta el escritorio y dejó el aparato frente a Luke.

—Dime qué ves — señaló la página web que acababa de abrir.

De mala gana, él observó la pantalla. Frunció el ceño cuando reparó en la mujer curvilínea con el cabello cayéndole en cascadas en una sugerente pose con lencería negra que resaltaba sus atributos y dejaba de forma elegante, muy poco a la imaginación. Aunque lo elegante era lo que menos le importaba. Por unos segundos se quedó en blanco.

Hizo amago de tomar el teléfono, pero Christine lo retuvo.

—Espera.

—No puedo permitir que medio Londres la vea medio desnuda, maldición — se masajó las sienes con los dedos, frustrado—. ¿No le basta con el salario que le paga mi tía? ¡¿No le basta que tiene que exhibirse?!

Christine blanco. Puso los ojos en mira de cuándo es la colección, pequeño Neanderthal. Fue antes de que trabajara para tu tía. Al menos según lo que me has contado los tiempos son correctos.

—Conteniendo una sarta de groserías se inclinó hacia la pantalla—. Ahora ya sabes por qué se te hacía conocida Brenda. Fue modelo de Dolce & Gabbana. Seguro la viste en alguna valla publicitaria o en el catálogo que suelen enviar a los clientes VIP.

Luke se quedó prendado del modo en que la cámara recogía la sensualidad innata de Brenda en cada foto. En algunas lucía un negligé turquesa de randas, y le quedaba tan sexy que tuvo que alejar la mirada de la pantalla para controlar la palpitante erección que empezaba a incomodarlo.

—¡Quiero esas fotografías fuera de la página!

Christine se rió por lo tonta que sonaba esa idea.

—Oye no te las enseñé para que te pusieras enfadado. Y no seas ridículo, las fotos son maravillosas y Dolce & Gabbana no las va a quitar porque un hombre celoso lo pide. Además, ¿por qué habrías de estar furioso? Muchas mujeres modelan...

Él señaló la pantalla con el índice.

—¡Ella no es cualquiera mujer, maldita sea, es mi mujer!

Christine cerró la tapa de la portátil.

—Ustedes los hombres son un caso. En verdad Lukas, nunca te había visto tan enamorado, ni siendo tan tonto. —Él resopló y la miró con advertencia—. Por cierto —le dirigió una expresión que fingía confusión—, ¿qué haces sentado aquí todavía en lugar de irle a pedir disculpas por haber sido un patán? Ahora siento cargo de conciencia por haberme prestado a fingirme tu amante, cuando sé lo que ella ha pasado en la vida...

Él la tomó de la muñeca.

—¿Cómo diablos supiste lo que pasó con ella...?

Christine lo interrumpió señalando el botón encendido del interfono desde el cual se escuchaba todo lo que ocurría fuera, pero no lo que se conversaba dentro de la oficina de Presidencia.

—Demonios.

Lukas estaba a punto de salir a buscar a Brenda, cuando el teléfono sonó insistentemente. Pensó en no responder, pero al ver que

Christine había salido a almorzar no le quedó de otra que atender.

Era George.

—Tengo malas noticias para ti, compañero —anunció. Luke frunció el ceño—. Haymore ha declinado su interés en tener acciones de la cadena hotelera. —Eso no eran malas noticias, pensó Luke—. Le dará el auspicio a otra empresa de hoteles.

Luke maldijo cuando escuchó el nombre de la competencia.

—¡¿Cómo es eso posible?! Me dijo que negociáramos, pero, ¿qué está pasando? —dijo destilando enfado—. Sugerí pagarle inclusive. —Se escuchó un suspiro resignado del otro lado de la línea—. Mi tía tenía un capricho especial por ese evento. Me parece algo sospechoso su repentino desinterés en el Wulfton, ¿qué más sabes de Haymore, George? —preguntó inquieto.

Desde su casa en las afueras de Londres, y con su esposa Katherine sonriéndole con amor, George empezó a relatarle varios trapos sucios de Haymore. Al parecer Phillip no hacía nada fuera del margen de la ley y mantenía su cuota social de ayuda a los más necesitados, daba grandes fiestas privadas en lujosas mansiones fuera de Londres y tenía cercana amistad con algunos lores del Parlamento. Prácticamente un tipo intocable.

—Es muy bueno consiguiendo información —continuó George llevándose un bocado de tarta a la boca—, se dedica a comprar empresas basándose en sus debilidades se anticipa inclusive a los propios dueños de las compañías que terminan en sus manos. No les da opción a luchar.

Lo hace todo de modo aparentemente legal, porque no es él quien se ensucia las manos, otros hacen el trabajo de recolectar la información. Así que, técnicamente, él no hace nada.

—Seguimos con el asunto del topo — interrumpió Luke, dándole vueltas a su Montblanc con la mano libre—. Haymore es una plaga.

Pensé que los rumores eran falsos sobre él.

—Después de reunirnos con él, llamé a un par de amigos... no son rumores, pero no pueden comprobarle ningún delito por tráfico de información. Te sugiero insistir en la búsqueda de la persona que filtró los datos de los Wulfton, Lukas. Puede volver a entregar material sensible, y sería peligroso si Phillips quiere algo con los negocios de tu tía. Si se ha retirado de su idea de tener una segunda reunión contigo, aunque hubiese sido de mera cortesía, puede implicar que tiene un haz bajo la manga que lo ha hecho desistir. Cuídale las espaldas a Alice.

—Desprecio a la gente que actúa de ese modo.

—Un asco de gente... escucha, Phillips suele encontrar el modo de envolver con interesantes ofertas a los principales contactos comerciales de la empresa en la que muestra interés. Cuando él logra hacerse con los datos proporcionados por el topo dentro de cada corporación,

entonces da un zarpazo. Es un juego sucio. —¿Blue Destination? — indagó preocupado.

—Ya sabes que entre los dos tenemos bien atados los cables y la información es infranqueable. Eso porque Christine es un genio con las computadoras y los datos confidenciales con acceso remoto solo para los tres. Estamos asegurados. Creo que tu tía, como te he dicho, sí tiene cierto riesgo. ¿Has revisado si tienen alguna nube especial para los datos confidenciales de los clientes y potenciales clientes con los que suelen hacer alianzas?

—No, he estado tan liado... gracias por la llamada George. —Se pasó las manos por el cabello. Él no pensó en ese campo, pero debería haber recordado que a pesar de que su tía llevaba los negocios con mano de hierro en temas de tecnología solía dejar ese tipo de cosas a sus personas de confianza—. Me dedicaré a esto ahora mismo.

—Seguro Socio, mándale saludos a Christine y dile que necesito que revise el informe Wade. Tenemos un cliente en Ámsterdam.

—Genial. —Se despidió sin mucho entusiasmo.

Lukas empezó a rastrear toda la información de las carpetas de su tía. Tenía todo fechado y perfectamente organizado. Hizo un par de llamadas a varios empleados que eran directores departamentales, para conocer el alcance de su noción de la empresa.

Pasaron sesenta minutos y Christine volvió de almorzar. Él la ignoró, y ella se hizo también la desentendida. Tenían un acuerdo implícito que si alguno estaba muy enfadado, el otro mejor no se le acercaba. Así no creaban discordia, ni dañaban el buen clima que siempre había alrededor.

Después de tamborilear sus dedos sobre la superficie del escritorio, Luke se puso de pie. Se acercó a la puerta de su oficina. Buscó a Brenda con la mirada. Tendría que dejar el tema personal a un lado por el momento.

—Señorita Russell venga inmediatamente. —Luego tiró la puerta y esperó detrás de su escritorio.

Brenda tuvo durante la mañana gran cantidad de trabajo y la agradeció, porque le permitió aclarar su mente y olvidarse del incidente con Luke y Kevin. Este último no se había aparecido en todo el día.

Con el cuello algo dolorido de coordinar reuniones, atender llamadas, concertar citas con proveedores, organizar la agenda de eventos que atendería Alice a su regreso, le parecía una tortura tener ahora que contemplar cómo aquella mujer le paseaba sus encantos a Luke. La sensación era tan desagradable que se cuidó mucho de hacer cualquier mueca que delatara su enfado.

—¿Sí? — preguntó con un ligero deje de burla que no le pasó desapercibido a él.

Christine, que había vuelto del almuerzo se giró hacia ella y la midió de pies a cabeza. Luego le dedicó una sonrisa que Bree no pudo descifrar y se alejó hacia su elegante despacho improvisado y empezó a hacer llamadas.

—Solo tengo una pregunta que hacerle. —Luke observó el modo en que ella mantenía la espalda firme y la mirada aguda, aunque debajo de sus hermosos ojos verdes el maquillaje no había podido cubrir del todo las ojeras. ¿Se habría acostado con Kevin la noche anterior?, se

preguntó inevitablemente, y la sola idea de que la respuesta a esa pregunta yaciera en el beso de esa mañana, ayudó a dedicarle una mirada de fastidio—. ¿Quién maneja toda la información confidencial de mi tía?

No se dejó amedrentar por el tono ajeno de Luke.

—Yo — respondió sin dudar. Una de las principales cualidades que Alice había resaltado en ella era su honestidad y lealtad, por eso le confiaba los datos más importantes a los que solo ella tenía acceso en su computadora—.

¿Necesita ver algo en particular? — preguntó falsamente solícita.

Él enarcó una ceja.

—Nada que no haya visto ya — replicó mirándola de modo descarado.

Ella evitó sonrojarse por el modo en que él llevó el tema hacia otro sentido totalmente distinto al que quiso darle.

—Si ha saciado su curiosidad y no tiene nada más que decirme, me gustaría retirarme, tengo mucho trabajo aún por concluir y Alice vuelve en menos de diez días. No me gustaría dejarle la agenda con algún desfase.

Luke empezó a esbozar una lenta sonrisa.

—¿Maneja también datos estadísticos? — indagó haciendo caso omiso al comentario de Brenda.

—No. Solamente me confía la lista de empresarios con la cantidad de dinero que suelen invertir, o quieren invertir al trabajar con nosotros en proyectos específicos. Nacionales o internacionales. Usted me actualiza las estrategias que manejan así que conoce lo mismo que yo. Aunque si desea, le puedo conseguir los datos y proveérselos.

—Es decir tiene usted la lista VIP, de Alice.

—Correcto.

—Bien, puede retirarse.

Cuando Brenda, pensando en lo extraño de esa conversación, se preparaba para retirarse, Luke la volvió a llamar.

Aguarde.—Ella se giró hacia él aferrando la agenda en sus manos—. ¿Existe alguna posibilidad de que alguien más, aparte de mi tía y usted, conozca la información de los contactos VIP de la cadena? — preguntó.

—No.

Él permaneció unos segundos en silencio. ¿Sería Brenda? La sola idea le parecía descabellada. No, no era posible. Tampoco podía llevar su enfado y frustración con ella a ese extremo.

Intentó serenarse.

Comprendo. ¿Tenemos alguna reunión con alguien de esa lista?

Brenda sacó su Ipad y revisó el calendario.

—De hecho sí, mañana a las once hay una reunión con Flint Burges. Él es el dueño de la compañía británica más grande de distribución de carne. Ha querido trabajar con nosotros desde hace tres meses, pero por algún motivo las actividades de Alice no coincidían con la visita del señor Burges a Londres. Él tiene la sede en Brighton.

¿Qué tan interesado cree usted que está Burges en trabajar con nosotros?

Ella sonrió como lo haría una persona que conoce de principio a fin los intereses del negocio.

—Muchísimo. Tengo entendido que su empresa no pasa por un buen momento, y trabajar con nosotros le aportaría la solidez que busca. —Se encogió de hombros, y cerró la sesión en su Ipad—. Al menos es lo que me informó Alice. Está algo desesperado y ella estaba dispuesta a pactar con él con un precio más que conveniente para los hoteles.

Ya veo. Esa reunión es impostergable.

Brenda asintió deseosa de abandonar la sala.

—Si no necesita nada más, me retiro.

—Ah eso, sí — dijo Luke cerrando la puerta, cuando hubiera querido tomarla en brazos y besarla, hasta que los ojos verdes perdieran la tristeza que llevaban. Él era el culpable, pero ya intentaría resarcir su error cuando finalmente resolviera el tema del topo en la empresa.

Cuando Bree llegó a casa, Tom apareció en la puerta. Ni bien distinguió su silueta, ella se lanzó a sus brazos. Él rió acariciándole los cabellos rubios que estaban medios enredados en la casi deshecha coleta. El viaje en el metro desde el

Wulfton no fue muy agradable, porque a la hora pico iba atestado de gente. Los pies le dolían.

—Me encanta que me sorprendas viniendo a verme, ingrato — dijo entre risas, mientras Harvey la observaba desde la escalera con resentimiento. «Su hermana no iba con él a ninguna parte desde hacía más de una semana. Se olvidaba de que estaba alrededor... no era como antes. Bree sonreía a otros, menos a él, y eso que llevaba buenas calificaciones del colegio»—. ¿A qué se debe este honor? — le preguntó con fingida desconfianza.

Harvey se puso de pie y fue a su habitación con la cara triste. Harvey puso seguro a su habitación. Tenía que idear un plan para lograr que Brenda lo volviera a querer, se dijo, mirando a uno de sus dinosaurios.

—Marianne me ha invitado, porque dice que no puedes vivir sin mí, y pues aquí estoy para que puedas seguir respirando — respondió. Marianne se acercó riendo y entregándole a Tom unos macarons que había aprendido hacer—. Y como tu mamá se ha apiadado de mí mientras te esperaba, me ha dado de comer comentó dándole un mordisco al macaron de chocolate que tenía en la mano—. ¡Exquisito, Marianne! Casi se parecen a los que solía hacer Brenda, cuando quería tener su dulcería.

Bree murmuró algo sobre los amigos metiches.

—Pues no puedo ponerme a hacer dulces, ni a cocinar nada, porque como te has dado cuenta tengo que mantener una casa y hacer muchas cosas.

—¡Ehhh! No era una crítica — comentó desconcertado por el cambio de ánimo tan rápido de Brenda—. ¿Qué le han dado de comer a esta chica? — preguntó a Marianne en son de broma.

—Parece que mi hija tiene demasiado trabajo, ¿cierto, Brenda?

Ella suspiró.

—Sí mamá es exactamente eso, bien... —sonrió a Tom—: Lo siento. Ha sido un día terrible.

—No tan terrible, porque la ha venido a recoger esta mañana un joven muy guapo — comentó la madre de Bree.

Tom frunció el ceño, curioso.

—¿Has sentado cabeza finalmente con Luke, eh? — preguntó sonriente, mientras se sentaban en el sillón. Sabía que no era Blackward, pero quería que su amiga le dijera en qué se hallaba esos días.

—¿Luke? —repitió Marianne—. ¿No se llamaba Kevin? Bah, a lo mejor me he confundido... — dijo al ver el sonrojo en su hija.

—Se llama Kevin, mamá.

Escuchaste bien.

—Muchachos —empezó al darse cuenta que sobraba en esa charla. Si había alguien que podía entender mejor a su hija era Tom— tengo que bañar a Harvey, mañana tiene una exposición y debe acostarse temprano para descansar.

—De acuerdo, mamá. Dile a Harvey que pediré permiso para irlo a ver.

Cuando Tom vio desaparecer la silueta de Marianne, se giró hacia Bree.

—¿Conque Kevin, eh? ¿Qué bicho te ha picado ahora?

—Un compañero de trabajo. Yo hice un pequeño experimento. Lo besé tratando de ver si podía olvidarme de Luke, quien por cierto está saliendo con alguien.

—¡Serás tonta, niña! — expresó sorprendido. No era muy de Brenda actuar como lo estaba haciendo—. Entiendo que todo esto te haya tomado desprevenida. Cuando no quieres involucrarte, el destino te traza otros planes, bien lo sé yo — tomó aire—, así que, ¿no le has dicho que lo amas a ese bombón?

Bree sonrió. Tom siempre trataba de animarla. Empezó a contarle todo el asunto con Kevin. Hasta la última reunión que tuvo esa tarde con Luke.

—Está dolido es evidente. No me gustó que Lukas haya utilizado tu pasado para herirte — le acarició el cabello con ternura— trata de no ensañarte. Deja ir un poco la rigidez y habla con él de forma civilizada.

Ella se encogió de hombros.

—¿Sabes qué? Tú y la civilización están en otra era, porque esa tal Christine y Lukas se van a cenar juntos hoy. Yo tuve que contestar una llamada del restaurante Amaya porque en lugar de marcar la línea privada de Luke, marcó la mía — hizo una mueca.

Tom se mofó negando con la cabeza.

—Solo vine a ver cómo ibas y noto que los cables del cerebro aún no se te terminan de reconectar. —Ella le dio un empujón y él se echó una carcajada—. Tengo buenas noticias para ti. Estoy pensando en iniciar algún negocio vinculado a la alta cocina... pero para ello necesito una persona de plena confianza que pueda hacerse cargo de llevarlo. Será algo pequeño, pero con los ingredientes más caros y mejores del mercado, ya sabes que el dinero no es un obstáculo para mí.

Los ojos verdes brillaron.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo? — preguntó entusiasmada.

—Te quiero convencer de que pienses seriamente en trabajar para mí dentro de unos... digamos ocho meses, y seas esa persona de confianza en la cocina de mi dulcería.

Ella lo abrazó con fuerza.

—Ohhh, Tom... Tom... sería maravilloso. ¡Me muero de ganas de poder empezar a trabajar ya! Incluso tengo el libro de recetas comprobadas... ¡Qué ilusión, qué ilusión!

Él sonrió.

—Deduzco que la idea te atrae más de lo que me imaginaba.

¿Cierto?

—¡Totalmente! —rió.

—Me has dicho que Alice vuelve en menos de dos semanas, así que necesitas algo en qué pensar para tu futuro económico. Y creo que sería un buen comienzo. ¿O piensas quedarte de asistente de la presidencia de Wulfton muchos años más?

Negó con la cabeza.

—No, para nada. Una vez que pague las deudas de la clínica de mamá, entonces renunciaré. Así que tu oferta me suena maravillosa. No sé qué haría sin ti...

Tom descruzó las piernas estirándose en el sofá.

—Bueno te las has arreglado bastante bien para enredarte tu vida sentimental — sonrió cuando Bree le sacó la lengua—. Brenda tengo que volver a Brighton y luego iré a Madrid. Tu ex jefe de GreenRoad quiere poner una sucursal en España y es un buen negocio. Así que lo apoyaré... la inversión no me viene mal para mi cuenta bancaria.

—Tú no necesitas incrementar tu cuenta bancaria.

—Lo sé, pero me divierte ver el movimiento de numeritos en la plantilla de registros.

—Ja ja. Me parece sensacional que inviertas en GreenRoad. El mercado español en cuanto a turismo es interesante. Así practicas un poco el español.

—Esos son mis planes dijo con una rara pronunciación intentando emular a su profesor de español de hacía dos años. Brenda se echó una carcajada—. En fin, ya he logrado que te agregues a mi proyecto gastronómico, pero la pregunta ahora es, ¿qué harás con Luke?

Brenda se puso seria.

—Hemos enredado las cosas... — se miró las manos.

—Tienes que resolver esta situación. No puede ser posible que continúes negándote a decirle que es correspondido. Ese hombre tiene su orgullo, ¿vas a dejar que se te escape la oportunidad de empezar de nuevo?

—No sé cómo... además él fue muy hiriente esta mañana.

—Brenda... piénsalo —le puso las manos en los hombros — a veces decimos cosas que no sentimos. Blackward debe estar frustrado y cabreado porque tú estás siendo ridículamente obstinada.

—Yo... sí.... ¡No lo defiendas!

Tom le acarició la mejilla negando con la cabeza. Si alguien debería ser la hermana que siempre quiso, esa era Bree.

—No lo hago, pero soy hombre y también he tenido mis momentos con Scott. Escucha, tienes la capacidad de elegir y actuar para buscar la felicidad. El crecimiento personal conlleva afrontar la realidad cada día. No lo eches a perder.

—Estás muy filosófico — murmuró.

—Y tú muy obstinada. —Él se puso de pie—. Mira encanto, no me dejes preocupado. Prométeme que vas a enterrar el orgullo en algún foso y le vas a decir a ese hombre lo que sientes, y te vas a olvidar de todas las estupideces que se han dicho mutuamente. Tú no has sido tampoco una dulzura para ser sinceros...

Ella hizo una mueca.

—Lo intentaré.

—Con eso me basta.

Cuando Tom abandonó su casa, se sintió vacía. No le quedaba otro remedio que intentar hablar con Luke. Aunque lo más probable en ese momento que él pensaba en dejar a un lado su resentimiento e inseguridades, él estuviera con esa tal Christine en la cama.

«Pensamiento equivocado», se dijo con amargura.

No soportaba un rato más despierta. Acomodó la cabeza sobre la almohada. Se le cerraban los párpados del cansancio. Dormir impediría que su cerebro continuase imaginando imágenes de Luke con Christine.

Haciendo una mueca se dejó llevar por el sueño.

Al final, Christine decidió cambiar de restaurante y se encontraron disfrutando de una cena exquisita en uno de los lugares más caros y prestigiosos de Londres. Alain Ducasse en The Dorchester, en Park Lane, con tres estrellas Michelin a su haber y platos que superaban el promedio de pago por persona en un local habitual.

—Quiero saber con más detalles qué es lo que sucede contigo y esa preciosa rubia — preguntó

Christine sin dejar de saborear el cuarto bocado que se derritió en su paladar. No se arrepentía de haber cambiado de restaurante. Sin duda era lo mejor que había probado en meses—. Has sido muy mezquino con la información que me has dado. Así que no termino de conocer qué tan hundido estás, ni que tan obstinada es ella.

Él gruñó dándole un sorbo al vino francés. Su paladar se deleitó con la exquisita textura del vino blanco proveniente de los viñedos Meursault. Saboreó la frescura, opulencia, estructura y equilibrio.

—Ya te dije que no es de tu incumbencia, Christy.

Ella sonrió.

—Bueno si no la quieres para ti, probablemente me la quieras dejar a mí... — comentó. Se echó a reír de buena gana cuando observó el modo en que Luke dejó la copa sobre la mesa de lino blanco.

—Pensé que estabas demasiado consternada porque Helena y tú habían roto. ¿O ya se te pasó el mal trago?

—Oh qué malo eres, tras que te hago el favor de fingirme enamorada, a costa del sufrimiento de esa muchacha que evidentemente está loca por ti, me enrostras mi ruptura con Helena. Malo, malo.— Volvió al postre esperando a que Luke mordiera el anzuelo. Lo que evidentemente él hizo a continuación.

—No seas dramática,

Christine... El asunto es que esa bruja me ha echado a perder para otras mujeres y necesito que me quite el agobio que llevo encima diciéndome exactamente qué siente por mí, además de resentimiento — gimió acabándose el contenido de su segunda copa—. No puedo pasarme la vida en esta incertidumbre. Le mentí; estuvo mal. Ya lo he asumido. He intentado explicárselo... y no me ha dejado hacerlo. Además está lo que le dije esta mañana, y verla besándose con otro en mis narices... ¿Sabes por qué recurrí a ti? — preguntó con fastidio, cuando Christy le dedicó una mirada petulante.

—Para saber si sentía celos, lo cual te resultaría de indicio para ver que efectivamente te quiere. ¿No?

Él asintió.

—Ahora entiendo por qué me gustan las mujeres — bufó Christy—. ¡Los hombres pueden ser tan estúpidos! —se inclinó ligeramente sobre la mesa— Lukas, si hubieras utilizado un poco más el sentido común y estudiases la mirada de Brenda, quizá tuvieras ya una respuesta y no habrías cometido tantas estupideces.

—No estoy para aleccionamientos — expresó ácidamente.

Ella desestimó su comentario con la mano, mientras el encargado de atenderlos llenaba sus copas nuevamente antes de alejarse con discreción.

—De verdad, Lukas, puedes ser muy inteligente para los negocios, pero en temas sentimentales... — dejó la frase con un suspiro estudiado y volvió a su plato.

—A lo mejor no fue buena idea intentar que pensara que tú y yo... Probablemente tenga ahora

menos posibilidades de llegar a ella. Estoy haciendo lo mismo que me hizo Faith — expresó con amargura.

Christine elevó la mirada con severidad.

—Escúchame bien, Lukas Ian Blackward. Jamás — lo amenazó con la cuchara llena de jalea de cereza — vuelvas a decir semejante tontería. Esa mujer no tuvo ni un poquito de consideración contigo, en ningún aspecto. Te engañó y lo hizo a propósito de un modo retorcido. Tú estabas buscando una forma de que Brenda reaccione y salga de su ensimismamiento contra ti. Quizá no sea la estrategia más inteligente —se encogió de hombros y sonrió de modo juguetón— después de todo eres hombre. —Compartieron una sonrisa.

Christine continuó comiendo y pensó en Helena. Necesitaba explicarle más detalladamente que el haberla dejado plantada, un día antes de anunciarle a los padres de su novia que pensaban casarse, no fue algo deliberado, sino que surgió un asunto de la oficina en Londres. Y ese proyecto era Lukas y George.

A sus amigos les debía mucho. En especial a Lukas. Cuando años atrás había finalmente aceptado su sexualidad, fue la primera persona a quien se lo confesó. No tenía familia en Inglaterra, y nadie a quien confiar algo tan importante. Tener que manejar algo tan importante con respecto a sí misma, y que definiría el resto de su vida, la había abrumado.

Lo más cercano a su familia en el Reino Unido eran sus dos colegas de trabajo, George y Luke. Su familia era Sueca, pero hacía mucho tiempo no hablaba con ellos y la relación no era muy sólida.

Luke había sido incondicional. Cuando la descubrió preocupada y agobiada, la invitó a hablar con ella, permitiéndole desahogarse sobre todo lo que necesitaba. Se convirtió no solo en su jefe y colega, sino en un amigo a quien apreciaba muchísimo.

Blue Destination no solo le había brindado un equipo de trabajo fantástico, metas profesionales sensacionales, sino dos jefes que le ofrecieron una pequeña participación en la empresa cuando hicieron un análisis de méritos y ella obtuvo la calificación más alta. Ganó acciones corporativas y unos amigos a quienes adoraba. Así que cuando tuvo que dejar a Helena por ellos, no lo dudó. No era que la amara menos, pero su novia escocesa tenía que aprender que a ese par de amigos le debía muchísimo.

Quizá más adelante pudiera convencer a Helena, con quien llevaba más de un año de relación, que podían negociar y aprender a compartir el tiempo con otras personas, sin que eso repercutiera en la seguridad sobre el afecto que se tenían. Por eso contaba los días a que volviera a trabajar en la central de la naviera y explicárselo todo.

—Sí. Tienes razón... Brenda me odia supongo, y está resentida — comentó Luke de pronto con voz grave, moviendo sus dedos alrededor de la copa.

Christine hizo una inspiración para calmar sus ganas de sacudirlo.

«¿No se suponía que habían zanjado hacía un postre, un vaso de agua y un café atrás, el tema de Brenda?».

—En serio Lukas, a veces puedes ser una molestia. Deja de pensar en voz alta. Está divertido andar exhibiendo mis atributos y contoneándome en tu despacho, si Brenda se fijara en mí. —Por el comentario recibió una palmada de Luke sobre la suya—. ¡Ay! — se frotó la mano,

fingiendo dolor—. Bueno, al menos te he hecho sonreír, porque la cara de gruñón que llevas y ese humor de mil demonios que te tienes cada vez que Brenda aparece, está de que se los dejes a esas negociaciones con Burges que tienes mañana.

—Seguro—replicó sombrío ante la perspectiva de esa reunión que lo ayudaría a definir de qué iba Haymore.

Capítulo 20

Brenda tenía casi cuarenta minutos en la sala privada del área legal del Wulfton, respondiendo preguntas del abogado principal de la empresa, Donovan Vinilli. Según lo que entendía, la acusaban de pasar información confidencial a terceros, perjudicando el negocio de la corporación Blackward.

Habría podido soportar la injusticia que estaban cometiendo contra ella, si su acusador directo no fuese Luke. Lo que sentía se parecía mucho al dolor físico. Mirarlo le causaba una pena profunda. Y no se trataba de la acusación, sino de la falta de fe en ella, ¿cómo podía creer que la amaba? ¿Cómo podía darle una oportunidad y dársela ella misma cuando acababa de ocurrir esto?

Él sabía mejor que nadie cuánto trabajaba por su familia, los sacrificios que había hecho para sacar adelante a Harvey, para que su madre no se muriera intoxicada de alcohol y cocaína. Todo ello, sin tener que robarle a nadie ni un solo centavo. ¿Traficar información por dinero? Jamás se le habría cruzado por la mente. «¿Cómo pudo hacerle eso...? ».

Se sentía pequeña en la mesa de reuniones para diez personas. Pero no se amedrentó. En esta ocasión hablaría con Tom para que moviera todas sus influencias y se demostrara que era inocente. No le importaba nada. Solo quería salir de ahí y dejar su nombre limpio para no volver a saber de los Blackward.

—¿No se supone que en esta etapa es cuando tengo derecho a un abogado? — preguntó mirando a Luke con hostilidad. Mantenía los puños apretados sobre la falda morada que llevaba. Nunca había sentido tantas ganas de golpear a alguien.

Luke estaba de pie en una esquina de la lujosa sala. Después de su reunión con Flint todo le quedó muy claro. El hombre explicó que se retractaba de hacer negocios con ellos, porque alguien milagrosamente adquirió su negocio de la noche a la mañana. Y se alguien se llamaba Phillip Haymore. La conclusión era lógica. Solo había una persona, que lo había confesado de hecho, que conocía esa información privilegiada.

Brenda estaba vendiéndole datos a Haymore. El problema era que no encajaba en absoluto con ella. Los posibles argumentos con respecto a las motivaciones que pudiera tener para haber cometido semejante tontería, lo tenían fastidiado.

No existían otras personas vinculadas a esas esferas de información más que ella.

Justamente la mujer que él quería. ¿Podía irle peor?, se preguntaba tratando de entender. Su tía le pagaba bien a Brenda, entonces, ¿sería algún desafuero que quizá Marianne hubiera cometido y Bree no tenía cómo arreglarlo?

«Es que no encajaba. La situación no encajaba», se decía una y otra vez.

—No es un interrogatorio policial, señorita Russell.

Solamente queremos llegar al fondo de este asunto — expresó el abogado con paciencia.

Ella intentó contener su lengua, pero no pudo. La podían acusar de confiada, pero jamás de ladrona ni desleal.

—Déjeme decirle abogado que si usted continúa reteniéndome y acusándome de que he vendido información confidencial, o lo que fuera, puedo demandar a la empresa por hostigamiento. No tiene ninguna prueba para lo que están haciendo.

Vinilli le dedicó aquella sonrisa apaciguadora que suelen tener los abogados cuando creen que tienen la razón. Donovan llevaba quince años en la empresa.

—No es necesario que se altere...

—¡Usted no me va a decir aquí si tengo que estar o no alterada! —dio un golpe con la palma de la mano sobre la firme mesa ovalada de madera y se puso de pie—. Ya he aguantado su estupidez más de cuarenta minutos.

—Señorita Russell...

Lo miró con hastío. Se sentía emocionalmente cansada y traicionada. No iba a tolerar que el abogadillo ese la tratase como si fuera una boba sin criterio. ¿Acaso se pensaba que no sabía que tenía derechos? ¿Qué se creía? Quizá fuera una mujer sin recursos económicos, pero tenía a Tom, que estaría más que dispuesto a prestarle todos sus contactos y el dinero que hiciera falta para mandarlos a todos los Blackward y su cuerpo legal al diablo.

—Le he dicho claramente que sí, que manejo información confidencial; que sí, que nadie más tiene acceso a mi ordenador, y también le he asegurado que no tengo la más remota idea de por qué demonios cree que tengo algo que ver con el hecho de que Phillip Haymore haya adquirido de pronto el negocio del señor Burges. —Se puso de pie, dispuesta a irse.

—Espera... — protestó Luke llegando hasta ella, y dejando el segundo plano que había mantenido desde que entraron a la sala.

Brenda lo miró con fastidio y se cruzó de brazos. El abogado optó por darle indicaciones en voz baja a su asistente legal que estaba sentado a su izquierda.

—Solo dime por qué lo hiciste, ¿por qué hablaste con Haymore? —Alguien le informó que la persona que entregó la lista de contactos a Phillip lo hizo por dinero. Él se resistía a creer que ella se hubiese vendido de ese modo, pero todo la inculpaba—. ¿Necesitas un aumento de sueldo? ¿Está tu familia pasando por algún apuro...? —las preguntas, las hizo sin ánimo de lastimarla.

No fue eso lo que entendió Brenda y cansada de aquella insensatez, lo miró fijamente.

—¿De verdad quieres saberlo?

Luke asintió apretando la mandíbula. Quería era abrazarla, y pedirle que dejara el orgullo a un lado y le quitara la agonía de no saber sus sentimientos por él.

Bree le mostró una sonrisa sarcástica.

—Le pasé la información a Haymore, porque tenía unas ganas locas de acostarme con él, y era

el modo de ganarme sus favores personales, ¿qué te parece?

Él la agarró del brazo con fuerza. Ella elevó el mentón, desafiante.

Donovan fingió toser dándose cuenta que entre esos dos existía algo más que una relación de trabajo, y se llevó consigo a su asistente. Luego cerró la puerta. —Me parece que estás empezando a enfadarme —gruñó impulsándola contra su cuerpo. Ella dejó salir el aire al impactar sus senos contra aquella muralla de músculos. Entre sus muslos sintió un ligero calor que nada tenía que ver con el enfado.

El choque energético de ambos vibraba en el aire.

—¿Eso hago? —se intentó zafar del agarre de Luke, y apenas logro que liberara la presión de su piel—. Pues que sepas que me da igual. Si creías que por algún motivo estaría intimidada, te equivocas —apuntó como pudo el hombro de Luke con el dedo, presionándolo— la única que tiene derecho a sentirse extremadamente enfadada soy yo, porque no solo has resultado ser un mentiroso, sino también un idiota —hincó el dedo nuevamente— si no estuvieras tan preocupado en ti mismo y seduciendo mujeres, quizá te habrías dado cuenta que soy incapaz de traicionar la confianza de Alice. Estoy harta de esta tontería. ¡Harta! Eres un tirano y en eso sí que te pareces a tu tía. La única diferencia es que ella jamás habría dudado de mí.

—Brenda... —advirtió Luke observando cómo las mejillas de Bree se teñían ligeramente por el enfado.

Ella no lo escuchaba, y volvió a presionar el dedo índice sobre su pecho. Aquella amenaza de Bree sobre la fina tela de su camisa gris le quemaba lo suficiente como para apretar la mandíbula y reprimir las ganas de empujarla contra la pared más cercana y besarla hasta que se callara.

—Me puedes acusar de cualquier cosa, pero jamás de ladrona o d shonesta. ¿Me escuchas? ¡Jamás!—Se sentía hastiada de la presión que durante toda su vida había soportado, sola. El estrés del trabajo, la relación tirante con Luke, y aquella charada de acusación terminaron de quebrar un dique que durante años había reprimido dentro. Las lágrimas que solía contener con tanta presteza empezaron a caer por sus mejillas—. He trabajado para ti dejando botada a mi familia para correr a atender tus malditas reuniones fuera de horario, he dejado de ver a mi hermano lo suficiente para saber que se siente d splazado y no puedo remediarlo porque procuro ser eficiente, y hago todo tratando de no reparar en el modo desdeñoso en que me miras.

Luke observaba silencioso cómo las emociones de Bree se exaltaban y aflojó poco a poco la presión sobre sus brazos. No la interrumpió y no creía que ella se lo hubiera permitido tampoco.

—No puedo continuar trabajando para ti, ni para tu tía. Y esta tontería de que he quebrantado mi cláusula de confidencialidad ha sido la cereza del pastel —afirmó cansada—. Mañana tendrás mi renuncia.

Él pasó los dedos con suavidad por las mejillas húmedas, mientras la sentía temblar.

—Cariño — su expresión se suavizó. Se reprochaba no haber sido más frío al momento de recibir la noticia de la pérdida de ese cliente por culpa de Haymore. Detestaba perder la perspectiva, y detestaba aún más haber dudado de Brenda—. Lo siento de verdad. Todo encajó de tal forma que apuntaba a ti como responsable, ¿qué podría haber hecho? — preguntó

apesadumbrado por no haberse detenido a pensar con calma antes de acusarla.

Ella lo miró con resentimiento.

—¿Qué te parece si me hubieras preguntado, antes de mandarme con los abogados, como si fuera una ladrona? No me voy a volver a tragar tus mentiras. Y no me llames cariño cuando estás acostándote con otra — se limpió los rastros de las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano odiándose por verse vulnerable frente a él.

Luke le puso el dedo debajo del mentón. El labio inferior de Brenda estaba tembloroso por el enfado.

Reconocía que le había entregado el doble de trabajo los últimos días. Había manejado todo mal con ella.

—No me estoy acostando con nadie. —Bree quiso girar la cara, pero Luke le impidió moverse sujetándole el rostro con las manos—. ¿De acuerdo? —La miró fijamente le pareció notar que algo dentro de ella cedió.

—Eres horrible, Luke. —Lo empujó, pero su fuerza no era nada comparada con la de él y no puso quitarse las manos que la tocaban con tanta dulzura—. Tan solo dime la verdad —murmuró con tristeza—. ¿Por qué te resulta tan difícil ser sincero conmigo?— preguntó sin ánimos de discutir. Solo quería salir de ahí—. Me dijiste que ya tenías una mujer que calentara tu cama, si a eso no se llama tener sexo, entonces definitivamente mi inglés debe estar atrofiado. También me dijiste que...

Él la silenció poniendo un dedo en sus labios.

—Estaba molesto porque te vi coqueteando con Parsons. Me puse... —soltó un suspiro de resignación—. Me puse celoso. ¿De acuerdo? Y Christine es...

—¿Es o fue tu amante? Decídete.

Luke recorrió lentamente la forma de los labios femeninos con sus dedos.

—Ninguna de las dos cosas.— Antes de que Brenda fuera a replicar, se adelantó, dejaría el tema de Christine para dentro de un rato—. Ya me disculpé hace unos días contigo por no haberte dicho quién era en realidad. O al menos la parte que me vinculaba a esta corporación. —Ella le hizo una mueca—. ¿Vas a seguir enfadada por eso más tiempo?

—Dijiste que cualquier cosa que existiera entre nosotros estaba acabada, ¿lo recuerdas?

Soltó un suspiro cansado.

—Lo recuerdo.

—Bien, entonces, ahora me voy...

La retuvo no iba a insistir más en ese asunto. Había algo más importante ahora.

—Mejor dime, ¿por qué no empiezas tú a sincerarte conmigo solo por esta vez?

Brenda sintió la garganta seca. Lo miró y se perdió en esos luminosos ojos azules que vibraban con intensidad. No ayudaba que la voz de Luke se hubiera vuelto un ronroneo cálido.

—No sé de qué estás hablando. La que debe estar enfadada aquí soy yo. No intentes cambiar de tema. Además, tengo que irme... — murmuró alejándose apenas un paso. Se sentía acorralada.

—Cobarde.

Ella se detuvo en seco.

—¡No te atrevas a llamarme cobarde!

—Entonces dímelo.

Brenda se cruzó de brazos y lo miró desafiante.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que eres un mentiroso, embustero, desconfiado, mujeriego, y...?

Luke la atrajo hacia él. Apretó sus caderas para pegarlas a las suyas. Inclino la cabeza y leyó la mirada de Brenda. Sorpresa, incredulidad, resentimiento y... Que se lo llevaran todos los demonios si acaso no era amor lo que veía detrás de todas esas emociones.

Christine tenía razón. No había prestado atención a las señales. Lo que necesitaba saber siempre había estado ahí.

Le puso la mano detrás de la nuca antes de tomar su boca y mordisquear el tembloroso labio inferior. Lo succionó con gentileza para luego recorrer aquella deliciosa boca como si fuera el más caro manjar. A pesar de la resistencia inicial de Brenda, sintió cómo poco a poco con un gemido de impotencia y rendición, ella finalmente se entregó al beso.

Ella podría echarle la culpa al estrés y cansancio emocional para justificar que estaba devolviéndole con pasión los avances de Luke. Sentía cómo la sedosa lengua la tentaba, penetrándola y seduciéndola. No se dio cuenta que había enlazado sus manos detrás de la nuca de Luke, hasta que las fuertes manos de él se deslizaron por su espalda, haciéndola consciente de su debilidad por él. Luke llevó sus palmas hasta posárselas sobre las nalgas, las acarició, y presionó su pelvis contra la de ella para que sintiera su necesidad por tenerla.

Brenda acarició los cabellos negros de Luke, enterrando los dedos con urgencia en la mata suave y espesa. Se embebió del sabor especiado de la boca que había anhelado todos esos días. El aroma natural de Luke y su colonia era el afrodisiaco perfecto para subyugarla y nada quería más en ese momento que ser suya.

Como si intuyera el modo en que el deseo recorría las venas de Brenda, él deslizó las manos hacia la delgada cintura femenina al tiempo que caminaba con ella hasta llegar a la pared más cercana. La presionó contra el concreto. Brenda jadeó al sentir cómo los dedos de Luke acariciaron sus pezones sobre la blusa. Le apretó los duros picos presionando y aflojando la presión. Ella sintió un calor líquido mojando su sexo, y se contorneó contra la dureza que se movía contra su suavidad protegida por la frágil tela de la falda.

Luke abrió las manos para abarcar los pechos de Brenda, y poco a poco empezó a girar las manos en círculos deleitándose con ellos.

—Te deseo tanto... — sintió que su resistencia y autocontrol estaban llegando a su punto límite. Había pasado demasiado tiempo pensando en tocarla de ese modo, y otras formas bastante interesantes de poseerla. La suavidad de la piel, lo tentaba a hacerle el amor sobre la alfombra, sin importarle nada.

Ella se retorció contra Luke sintiendo cómo la falda se elevaba sobre sus muslos con una caricia de la mano masculina. En un impulso, Brenda bajó las manos hasta el miembro de Luke tomándolo sobre el pantalón. Curvó sus dedos y lo apretó con suavidad, luego generó una fricción desde lo que intuía era la base de su sexo, hasta donde se marcaba su glande.

—Pequeña bruja... —ronroneó de placer y antes de que estallara como un adolescente en las manos de Brenda, le agarró las manos traviesas con facilidad y las elevó dejándolas contra la pared, una a cada lado de la cabeza. Ella lo miró con los ojos empañados—. ¿Me vas a decir que has besado o tocado así a otro hombre...? — preguntó jadeante. Brenda estaba sonrojada. Preciosa.

Ella lo miró con sorpresa cuando sus labios hinchados se separaron de aquella fuente de innegable placer que era la boca de Luke. Él utilizó la rodilla derecha para abrirle las piernas poco a poco.

—Yo... solo besé a alguien por experimentar... —La presión sobre sus muñecas creció, y él se alejó un poco—. Luke... — gimió.

—¿Quién? — rugió inclinando la cabeza hacia ella, para que sus salvajes ojos azules anegados de pasión quedaran a la altura de Bree—. D-i-m-e.

—Yo... —su labio tembló de nuevo por el anhelo de que él volviera a besarla. Era tan devastadoramente guapo que quitaba el aliento—. Kevin — soltó finalmente.

Luke inconscientemente apretó muy duró sus muñecas. Ella se quejó, y él aflojó la presión.

—¿Es él quien te tiene confundida?

Ella lo miró sin comprender.

—No sé a qué te refieres — jadeó cuando Luke perdió el contacto visual con ella, y a cambio se inclinó sobre uno de sus pechos y mordió el pezón sobre la tela. Brenda no podía hacer nada porque estaba atrapada contra la pared y él sostenía sus manos. «Dios, mío... estoy segura que si en la época medieval me hubieran torturado por bruja, aún siendo inocente con las caricias de Luke me habría confesado culpable», pensó, mientras sentía un reguero de besos en su cuello. Brenda movió las caderas hacia adelante por sentido reflejo, pidiendo algo que ambos necesitaban, pero él no pensaba dárselo todavía.

—¿No? Oh, qué pena...

—En verdad... yo... —Él cambió de pecho y aplicó la misma tortura.

—¿Ajá? — movió la pierna contra el sexo de Brenda presionando. Deseaba probar la humedad de sus labios íntimos, pero no la dejaría ir sin antes obligarla a confesar lo que sentía por él. Ya habían perdido demasiado tiempo en malos entendidos.

—Luke... oh... —gimoteó cuando él soltó una de sus manos, y utilizó la que estaba libre para subirle la falda hasta dejarla sobre su cintura, luego posó la mano sobre el sensible y húmedo pubis. No hubo presión ni movimiento, pero la sola presencia de aquel contacto la incitó a moverse contra la deliciosa intrusa que prometía darle placer.

—¿Estás enamorada de él? — preguntó presionando su dedo medio en el punto en que la mojada hendidura de Bree se abriría como una flor brillante si estuviera sin las bragas.

Ella estuvo a punto de gritar para pedirle que dejara de torturarla de esa manera. Quería pedirle que la desnudara, la besara y le dijera nuevamente que la amaba. Quería decirle tantas cosas. Él empezó a tocarla íntimamente con cada dedo, alternando la presión y no pudo seguir pensando. Luego sintió cómo él repartía su humedad al hacer movimientos circulares sobre su vagina. «Si tan solo moviera los dedos un poco más a la izquierda y quitara la barrera de las bragas, lo podría sentir dentro y... ».

—¿Lo estás? insistió controlando sus ganas de deslizar sus dedos por el canal mojado.

—¡No! — su voz sonó chillona y él no le dio oportunidad a apartarse—. No estoy enamorada de Kevin. Solo fue... fue un estúpido experimento... necesitaba... —Luke curvó sus dedos nuevamente y luego acarició la piel suave de los muslos de Brenda—. Solo quería saber qué sentía por él — dijo con un gemido entrecortado.

—¿Y qué sentías exactamente, amor? — insistió, no sin antes besarla larga e intensamente.

Ambos se miraron.

Brenda tomó una profunda respiración.

—Amistad.

Él enarcó una ceja.

—¿Y es eso lo que sientes ahora por mí? ¿También es amistad? ¿Vas a continuar tu campaña anti Lukas Blackward?

—No a todas tus preguntas... —Las manos de él ahuecaron sus pechos, pero ella las retuvo—. Cuando me tocas así no puedo pensar.

El mundo alrededor se había desvanecido. Solo existían ellos.

—Mmm, qué pena para ti, cariño —masajeó sus pechos y ella cerró los ojos para disfrutar de sus caricias, esperando que empezara a desabotonar la blusa y luego...—. ¿Qué es lo sientes por mí exactamente?

«Así que es eso». Brenda comprendió el sentido de intentar seducirla. Quizá Luke no era tan invulnerable. Al menos no con ella.

Ella posó sus pequeñas manos sobre las de él y las bajó hasta colocarlas en su cintura. La mirada de Luke no daba lugar a dudas. Necesitaba una respuesta.

Necesitaba la verdad.

—Te amo —declaró mirándolo a los ojos—. Te amo, Lukas — repitió con más confianza. Luego sonrió. Y a él nunca una sonrisa le pareció tan hermosa. Se quedó contemplándola, embobado.

«Aquella generosa mujer lo amaba, a pesar de que le había mentado y desconfiado de ella». Un gran alivio lo recorrió.

—Tú... ¿ya no me quieres, verdad? —preguntó con la voz quebrada cuando él la miró fijamente sin decir nada.

Al ver el rostro pintado de dudas, Luke salió de su ensimismamiento, y con una dulzura que ella solo había visto en él la primera vez que hicieron el amor, tomó su rostro entre las manos.

—Te adoro y amo tanto que no tienes idea de lo mal que me lo has hecho pasar al no decirme lo que sentías. Lamento haberte mentido y que hayas desconfiado de mí, princesa —«Oh aquel modo que tenía él de llamarla, la devolvió a la vida» —. Y para que quede claro, Christine y yo no tenemos ninguna relación.

—¿Oh?

—No hablemos de otros, mi amor. ¿Me crees verdad?

Ella asintió e inclinó su mejilla derecha contra la mano de Luke. Lo miró con todo el amor que sentía.

—No has sido especialmente amable conmigo... —dio un beso a la palma de la mano que le sostenía el rostro.

—¿Eso es una queja, señorita Russell? — preguntó con sensualidad sintiendo el corazón pletórico, mientras se inclinaba para besarla—. Porque detesto a las personas quejumbrosas — murmuró sobre sus labios, sonriente.

Ella lo abrazó y le permitió que empezara a deshacerse de los botones de su blusa.

Llamaron a la puerta. Ellos ignoraron cualquier cosa que no tuviese que ver con las emociones que los embargaban.

—¿Sí? Mmm... quizá podría ser algo quejumbrosa —susurró devolviéndole el favor a Luke con los botones de la camisa—. Yo detesto a los hombres mandones y gruñones.

Insistieron en la puerta, pero ellos insistieron también en volver a ignorarla.

—Siento haber sido gruñón, pero tenerte cerca todo el maldito día sin poder tocarte, y sin saber lo que sentías no era precisamente una forma llevadera de trabajar...

—Podrías compensarme ronroneó cuando se deshizo del último botón de la camisa de Luke—. Yo... no me quejaría

—Luke soltó una carcajada ronca— de hecho, te estaría más que agradecida — dijo mientras introducía sus manos por la maravillosa piel que cubría cada uno de los músculos masculinos. Sentir su piel entre sus dedos le causaba un placer indescriptible.

La puerta volvió a sonar. Y Luke decidió, no sin antes esbozar una mueca, atender. Tenía que recordar exactamente dónde se encontraban. La oficina del asesor jurídico de la empresa no era la suya, en donde no se hubiera detenido.

Al ver la frustración de Luke, y aguantándose la suya, Brenda se acomodó la ropa y el cabello. Hacía muchísimos días no se sentía tan bien.

—Te quiero — le dijo cuando vio que estaba cerrándose el último botón de la camisa. Él detuvo los dedos.

—Jamás me cansaría de escuchar decírtelo, porque yo te adoro —se acercó y le susurró en la oreja todo lo que haría con ella apenas se librasen de los asuntos de la oficina. —Brenda lo atrajo hacia su boca y lo besó con ternura.

—Voy a ver quién incordia tanto, princesa — le dio una palmada en el trasero acompañada de una sonrisa cargada de promesas sensuales. Ella se sonrojó, y no pudo evitar reírse cuando lo

escuchó maldecir por la interrupción.

Cuando se aseguró que Brenda estaba lista fue a abrir la puerta.

—¿Qué? — fue su primera frase al abrir la puerta.

Christine lo miró fijamente.

Luego se echó a reír. Lo conocía bastante bien.

—Espero que tu gruñido de recibimiento merezca la pena. De hecho, espero que me agradezcas porque era yo tocando la puerta o el asesor jurídico entrando aquí sin ninguna delicadeza.

El rostro de Luke se volvió más accesible y dejó pasar a su amiga, y reparó en la mirada que Bree se esmeraba en ocultar. No quería hacerla sentir insegura o incómoda. Las cosas entre ellos iban a ser distintas ahora.

—Cariño, ven aquí —le pidió a

Bree —. Christine es mi socia en Blue Destination y está aquí para llevar algunas partes del negocio. Nada más.

—Y esas partes del negocio no incluyen a Luke —se adelantó Christine—. Eres muy guapa y no deberías sentirte insegura de él. Me ha estado dando la lata desde que decidiste darle calabazas, así que espero por el bien de mi paz mental, que le hayas dicho que estás enamorada de él. —Brenda miró a Luke, quien se encogió de hombros ante el discurso que empezaba su amiga—. Porque créeme que esto de fingirme heterosexual no es lo mío. —Bree abrió la boca asombrada y al ver la risa queda de Luke, la volvió a cerrar—. En fin, querida. ¿Estamos en paz? — le tendió la mano, y Brenda automáticamente se la estrechó.

Bree lo miró achicando sus ojos verdes.

—¿Qué querías? Te veía coqueteando con ese imbécil.

—Muy maduro de tu parte — se rió cuando él se acercó y sin contemplación a Christine, la besó.

Profunda y largamente.

Christine se aclaró la garganta, pero Luke no se inmutó.

—¿Tenemos algún problema? — preguntó abrazando a la mujer que amaba cuando dejó de besarla. Bree estaba ruborizada.

—Creo que deberías venir conmigo, Luke —se dirigió a Brenda—: Y tú también querida, porque este asunto es el motivo que te trajo al despacho de Vinilli, quien por cierto está discutiendo con su asistente sobre qué cargos debería presentar contra ti.

—Dile que los retire, Christine.

Cuando llegaron al despacho de Luke, Vinilli estaba sentado en pequeña sala de espera, y a su lado un muchacho jovencísimo lucía pálido y nervioso. El muchacho no pasaba los veinticuatro años, según calculaba Bree. Le dio pesar observar el modo en que se enrollaba uno dedo con otro. Llevaba el cabello algo despeinado y se mordía el labio constantemente.

—Bien muchacho, ¿qué te trae por aquí? — preguntó Luke. Quizá las cosas con Bree estuvieran perfectas ahora, pero no podía dejar de buscar respuestas con respecto a la fuga de información.

Christine se adelantó.

—No tienes que asustarlo, Lukas. Mientras tú y Brenda estaban... dialogando en el despacho de

Vinilli, se corrió la voz de que ella iba a ser investigada por tráfico de información, y fue entonces cuando este jovencito — señaló al chico tembloroso— vino a verte pensando que estarías aquí, pero tan solo me encontraba yo revisando unas transacciones de la naviera.

—Luke apretó los puños por haber expuesto estúpidamente a Bree frente a su equipo de trabajo—. Se llama Sean O'Shaughnessy y trabaja en el departamento de sistemas. ¿Cierto, querido?

El muchacho asintió dos veces, mirando de reojo a Luke que lucía una expresión fiera y muy distinta a la complacida y amorosa que le dedicó a Bree minutos antes.

—Adelante, ¿qué necesitas decirme? —preguntó Luke tratando de que su voz no sonara demasiado áspera. Bree lo miró pidiéndole que se calmara.

—Yo... yo quería saber si el código de ética en la empresa se aplica a todos los departamentos, o si es distinto de un lado a otro — murmuró.

Lukas lo miró intrigado. ¿Para eso había ido a verlo? ¿Para hacerlo perder el tiempo?

Brenda en cambio le sonrió, ahora recordaba dónde había visto al chico pelirrojo. Fue contratado casi al mismo tiempo que ella, y trabajaba como asistente de Gallagher Winters, el IT Manager de la corporación.

—Sí, Sean — le respondió—. Todos los departamentos manejamos la misma política de ética, no importa el rango —le contestó Brenda con dulzura—. ¿Por qué lo preguntas?

—Usted es una buena persona señorita Russell —le dijo. Ella se acuclilló y le tomó las manos frías, para darle ánimos.

—Gracias, Sean.

Christine estaba sentada junto al abogado, mientras el sobrino de Alice cruzó los brazos, impaciente.

—Y me parecía muy injusto que

el jefe —miró a Luke— la despidiera si usted... no tenía la culpa de nada — Sean notó que la señorita Russell se parecía mucho a su hermana Camille que había muerto en un accidente de tren muchos años atrás—. Ayer me quedé hasta muy tarde trabajando, porque estaba revisando que las conexiones internas al sistema central fuesen óptimas. En teoría nadie puede hacer conexión con las máquinas de esta área de

Presidencia, porque está prohibido y además hay un bloqueo hecho por mi jefe para que el sistema aquí sea impenetrable. Pero anoche detecté que el código había sido vulnerado, y luego puse todo de nuevo en funcionamiento...

—¿Estás diciendo que alguien ingresó al ordenador de Brenda sin permiso? — preguntó Luke.

—Sí, señor.

—¿Pudiste identificar quién?

—Yo... ¿me va a despedir? —Brenda negó con la cabeza y volvió a sonreírle.

—No replicó Luke—.

¿Pudiste identificar quién? — repitió en tono gélido.

El muchacho asintió.

—Di su nombre.

Sean dudó un instante, pero al darse cuenta de que no corría peligro habló.

—Kevin Parsons.

El color del rostro se le fue a Bree. Se puso de pie, y Luke se acercó a ella pasándole el brazo por los hombros. «¿Por qué le haría Kevin algo así?».

—¿Puedes tener una prueba que certifique todas las implicaciones?

Sean asintió.

—¿Tu jefe estaba metido en esto?

El joven dudó. Al ver la cara de preocupación de Bree, asintió de nuevo.

—Si Brenda no hubiera sido implicada, ¿entonces te habrías quedado callado? ¿Cuántas veces ha ocurrido esto? — preguntó Luke.

Bree continuaba con la mente confusa. No se podía creer que Kevin hubiera hecho algo así. Habían dejado todo muy claro con respecto a que no se correspondían en una atracción física. ¿Quizá tenía algo que ver ese beso de la mañana? ¿Habría planificado que Luke los encontrara? ¿Planificó la salida, el ir a su casa a recogerla? Las dudas empezaron a llegar una tras otra, mientras Luke continuaba interrogando a Sean, y el abogado escuchaba atentamente.

—Es la primera vez.

—Hubo otra filtración.

—No sé nada de eso. El sistema fue invulnerable hasta ahora, señor...

—Bien. —Eso implicaba que tendría que encontrar cómo llegaron los estados financieros manos de Haymore. Iría tras el contador. No iban a ofender la inteligencia de su tía de esa manera, y peor la suya. Iban a pagarlo caro.

Momentos después, Vinilli pidió una disculpa a Brenda por todo lo que tuvo que pasar durante el interrogatorio. Ella le dijo que lo entendía porque era su trabajo como abogado.

—Quiero a Kevin Parsons y

Gallagher Winters en la cárcel,

Donovan. Hazlo posible — dijo Luke enfáticamente. Luego se giró hacia Sean que seguía temblando como una hoja—: Si alguna vez vuelves a encontrar irregularidades no esperes que

una persona sea acusada para reaccionar. Tu silencio nos ha causado una pérdida importante.

—Lo...lo... lo siento... se....señor...

—Cariño está bien intervino Brenda más tranquila. Tener a Luke a su lado le brindaba seguridad, pero no por eso dejaba de sentirme menos traicionada por Kevin—. Es joven y tenía miedo. Lo importante es que ha aclarado todo y nos ha ayudado a encontrar a la persona culpable. —Luke la pretó más contra él.

—Donovan empiece las pesquisas de pruebas.

—De acuerdo, Lukas.

—Vuelve a tu puesto de trabajo, Sean — le dijo Brenda—. Gracias por haber sido honrado.

—De nada, señorita Russell — expresó el delgaducho pelirrojo antes de perderse por la puerta. Christine salió detrás del chico. Lo que ocurriera dentro de la oficina, ya no era de su incumbencia.

Cuando se quedaron solos, Brenda se giró entre los brazos de Luke y se mantuvo así un largo rato. Al fin tenía el corazón tranquilo. Él besó sus cabellos rubios sin hablar. Estuvieron abrazados un largo rato. No necesitaban palabras. El apoyo, la comprensión y el amor estaban presentes en el aire que respiraban, en el modo de acoplarse de sus cuerpos y en el latido acompasado de sus corazones.

Harvey había esperado durante dos horas a que su mamá se quedara dormida. Generalmente a las seis de la tarde ella hacía la siesta, y él se ponía a hacer los deberes. Aquel día iba a ser diferente. El plan que tenía en mente serviría para que en casa su hermana no se sintiera agobiada, y no tuviera que trabajar hasta muy tarde en la noche para pagarle la escuela.

Cogió su tiranosaurio azul, su muñeco Thor y otro de Superman, y un pequeño protoceratops amarillo. Las galletas que tomó de la cocina también las metió en la mochila. Agregó a su equipaje un par de camisetas, pantalones y sus libros de la escuela. Aunque ya no pensaba ir porque no tenía cómo pagarla sí que le gustaría repasar sus apuntes.

En un principio pensó ir a la casa de sus amigos, los Quinn, pero luego decidió que a ellos también les había dado suficientes molestias.

Se miró en el espejo para comprobar, como hacía siempre, que el abrigo estaba bien ajustado. Si se enfermaba, no podía llamar a molestar a Bree para que comprara medicinas. Ella últimamente se quejaba de que estaba demasiado cansada y ya ni se acordaba de él.

Su mamá lo atendía, pero había conseguido un trabajo de medio tiempo y volvía cansada. Además, él ya era grande y podía cuidar de sí mismo. Como Thor.

Se fijó en la ventana. Cielo gris. No le daba miedo la lluvia ni los truenos. Así que también guardó el pequeño paraguas que tenía en el clóset.

Cerró la puerta de su habitación silenciosamente. Le daba pena dejar su casa. Luego bajó las escaleras y salió a la calle dirigiéndose hacia el único lugar en el que era bienvenido. O al menos así lo creía.

Capítulo 21

Kevin estaba ordenando cuidadosamente las carpetas en su escritorio. Hizo una jugada maestra al descubrir la debilidad de Gallagher. El hombre coleccionaba armaduras del siglo XVI. Muy difíciles de conseguir, pero si tenías los amigos en los lugares correctos —como era su caso— entonces todo fluía. Le organizó una entrevista con uno de los mejores coleccionistas de utensilios militares de Inglaterra y Escocia. Al parecer Gallagher obtuvo un buen precio, pues hizo su parte en el ordenador de Brenda. Smith lo llamó para decirle que estaba saldada la deuda, y él estaba más tranquilo.

En un principio pensó regresar a Norteamérica. Ahora no hacía falta. Nadie se daría cuenta de que él filtró los datos de la compañía. Lo lamentaba por Bree, porque era una mujer guapísima y una persona estupendo, pero estaba seguro que ella podía pagar a un abogado y continuar manteniendo a su familia, en el caso que la despidieran. No por algo investigó su salario con el contable.

Por otro lado, si Bree tenía alguna aventura con el sobrino de Alice, lo cual era más que probable, no perdería su puesto. Las mujeres sabían negociar con sus cuerpos, como los hombres con sus influencias. De eso no le cabía duda.

Con un silbido alegre organizó las citas del final de la tarde.

Durante la mañana no tuvo una jornada particularmente movidita, aunque le llegó un rumor del piso de Presidencia. Se habían dado cuenta de la filtración y Brenda estaba con el abogado de la empresa. Si hubiera sido un caballero, pero no lo era de verdad, quizá se habría inclinado a hacer una confesión. No obstante tenía muy en alto el valor de su cabeza y por aquella pequeñísima trampa a Brenda, los esbirros de Haymore y Smith no le tocarían ni un pelo. Deuda saldada. «Gallagher, cubriría sus huellas. Y todo seguiría el curso normal de siempre».

Finalizando su silbido cerró el cajón de su archivo.

—¡Parsons! — escuchó gritar a alguien. Levantó la cabeza por instinto. Se giró sobre su silla. Desde la entrada del departamento en el que trabajaba con treinta personas más, alcanzó a identificar a Lukas Blackward. No pudo observar demasiado, porque el puño de su jefe se estrelló contra su nariz en una milésima de segundos sin que pudiera evitarlo. Con un sonoro golpe se desparramó de la silla.

Detrás de Luke venía Brenda corriendo y se acuclilló a su lado.

—¿Kevin? —le tomó la cara con una mano. A pesar de que se sentía ofendida con su él, la violencia no le gustaba—. ¿Estás bien? — Kevin asintió y se limpió el hilillo de sangre de la nariz con el dorso de la mano. Bree se apuró a pasarle una servilleta que había cerca.

Luke iba abalanzarse sobre Kevin nuevamente por haber jugado de ese modo con Brenda. Él quizá la había engañado sobre su identidad, pero no era nada comparado con la canallada de Parsons. No pensaba perdonarle a ese rastrero su falta ni con ella, ni con la empresa.

Al ver a Bree acuclillarse junto a aquella escoria le chirriaron los dientes. Era demasiado bondadosa. Se contuvo de golpear de nuevo a Parsons. Su idea no era terminar con una demanda en los tribunales. Eso no le gustaría a Alice, y menos cuando estaba por regresar en pocos días.

Kevin y miró desde el suelo a Luke y también al resto de sus compañeros que, alertados por el

estruendo, se concentraron a su alrededor. «Fantástico esto solo significa que estoy jodido», lamentó. Con la mirada le pidió disculpas a Brenda, quien al verlo ponerse en pie se alejó como si hubiera reconocido una peste.

—Recoge tus pertenencias Parsons estás despedido. Y si quieres hacer alguna objeción, puedes vértelas con mis abogados —se rascó el mentón como si estuviera pensando algo importante. Luego añadió—: Mejor aún, de todas maneras vas a enfrentarte a mi equipo legal.

Brenda le sonrió a Luke tratando de calmarlo.

Al ver que el jefe y Brenda se alejaban, todos los empleados del departamento de relaciones públicas optaron por acercarse intrigados hasta donde se encontraba Kevin y saber qué era lo que había sucedido. Kevin, enfadado, les dirigió una mirada de métanse-en-sus-asuntos, y el pequeño grupo de curiosos se alejó murmurando por lo bajo.

Cuando volvieron al piso de Presidente, Brenda recibió un beso largo y dulce, luego Luke le pidió que organizara una reunión con Vinilli dentro de una hora para constatar los avances del tema legal contra Parsons y el equipo que lo había ayudado.

Ella fue hasta su escritorio donde había dejado olvidado el móvil. En medio de todo el revuelo que se armó horas antes en la oficina ni siquiera pensó en revisarlo. Cuando reparó en las treinta llamadas perdidas, se asustó. Todas eran de su casa. Inquieta marcó el número directo.

—¿Mamá?

Se escuchó un suspiro de alivio.

—¡Gracias a Dios! ¿Dónde estabas? — preguntó Marianne entre sollozos entrecortados con voz desesperada—. Es...

Brenda apretó el teléfono.

—Dime qué sucede, por favor.

—Harvey, Harvey... se ha ido — gimió.

Se puso de pie en un santiamén.

—¿Cómo que se ha ido, mamá?! sintió el corazón latirle furiosamente.

—Lo he buscado en toda la casa, pero no lo encuentro. Por favor, llama a la policía... por favor hija... y perdóname... yo... yo me quedé dormida — murmuraba llorando.

La piel se le heló y el corazón le empezó a latir desbocado. Su pequeñín estaba desaparecido. ¿Cómo había ocurrido todo aquello con su madre en casa?

De acuerdo a las indicaciones del médico, no se podía presionar ni alterar demasiado a su madre, porque aún estaba en una etapa sensible de su proceso de recuperarse de la alcoholemia. Así que, a pesar de su agitación intentó controlar la voz.

—Mamá, calma. Venga mamá... no haremos nada sintiéndonos culpables.—Escuchó los sollozos del otro lado y lamentaciones de lo mala madre que era—. Cálmate, quizá se ha ido a casa de los Quinn. Le gusta pasar tiempo con ellos...

—Imposible gimió—. Los

Quinn están aquí y también lo han buscado en el patio su casa. Harvey no está... por favor... haz algo.

Más atada de manos no podría estar, pensó Brenda asustada.

—¿Dejó acaso una nota...? — procuró mantener un tono de voz firme, aunque lo que realmente le apetecía era correr a la policía. Ya sabía que apenas tenía unas horas y no podrían declararlo desaparecido. Ella ni siquiera pretendía considerar que Harvey estaba desaparecido. Quizá estaba bien escondido y al estar ofuscados, ni los Quinn ni su madre daban con él. Debía de estar en algún lugar a salvo. O al menos eso esperaba fervientemente.

—S... sí. Un papelito. —Se escuchó algo arrugándose. Marianne hizo una respiración profunda, más calmada ahora que su hija la escuchaba—. Me fui a un lugar donde me quieren.

Las lágrimas le resbalaron por las mejillas a Brenda.

—Oh... — la culpa la embargó. Últimamente estaba tan ocupada que había dejado de lado a su hermano—.Solucionaremos esto, mamá. Encontraremos a Harvey.

Con el corazón en un puño, Bree colgó y se acercó a la oficina de Luke.

Lo encontró enfrascado en una conversación telefónica y su aristocrático rostro cargado de tensión. Cuando reparó en su presencia le dedicó una sonrisa que logró que sus piernas flaquearan. No había rastro de enfado. Saber que ese hombre poderoso, inteligente y sexy era totalmente suyo le calentaba el corazón.

—Cariño... —la miró con los ojos enrojecidos y concluyó de inmediato su conversación—. ¿Qué sucede, cielo? — se acercó hasta ella, preocupado.

—Tengo un inconveniente en casa. Algo ha ocurrido...

—Cuéntame.

—Es Harvey. Ha desaparecido — lo miró con sus ojazos verdes llenos de lágrimas.

Luke la abrazó sin importarle que las lágrimas de Bree empaparan su caro traje a medida de Ermenegildo Zegna. Ella despertaba en él un sentido protector muy fuerte, y saber que su amor era correspondido lo hizo darse cuenta de que era afortunado de encontrar algo tan real y sincero. No pensaba por ningún motivo dejarlo escapar.

Al escuchar que los sollozos remitían, la alejó para besarle sus párpados, la naricilla y aquellos labios tan dulces.

—Vamos a resolver esto juntos. ¿De acuerdo? No te preocupes por nada.

Después de tantos años, Brenda finalmente podía contar con alguien y delegar un poco el peso de la responsabilidad de su vida. Quizá, aunque amaba a Luke con locura, sabía que las posibilidades de que la relación durara mucho tiempo no eran altas. Sus círculos sociales eran distintos, y ella jamás querría avergonzarse.

Tenía pensado aprovechar cada instante, mientras él estuviera dispuesto a compartir a su lado.

Una llamada retuvo a Luke, mientras ella iba por su bolsa y su chubasquero. El tiempo estaba loco y ella no tenía intención de enfermarse con una lluvia imprevista.

—¿Tienes algún amigo que sea investigador? — preguntó cuando él llegó a su lado. Le gustaba que Luke siempre pareciera mantenerlo todo bajo control.

Luke reprimió una sonrisa.

—Creo que no — dijo ntes de tomarla de la mano y salir a buscar su Range Rover en el garaje privado del hotel. Le importaba un pimiento si los empleados de su tía se daban o no por enterados que Brenda estaba con él.

Durante el trayecto en el automóvil, Bree pensó que Luke la llevaría a su casa, pero se equivocó. El camino que empezaron a recorrer era otro. Algo inquieta y también desesperada removió la mano debajo de la que sostenía la suya sobre la palanca de manejo de cambios.

—Luke...

—Dime, princesa.

Ella observó su perfil, mientras él tomaba una curva.

—Este no es el camino a mi casa — murmuró.

—Lo sé. ¿Quieres poner algo de música? — le acarició los dedos.

—No me estás tranquilizando.

—Te he dicho que vamos a resolver esto, y lo haremos. ¿Confías en mí?

—Sí — replicó sin dudarlo.

Confiaba totalmente en él.

No tuvieron que estar en el automóvil demasiado tiempo. La casa de Luke se encontraba en Mayfair.

Se quedó impresionada por la hermosa mansión que tenía delante. Con el estilo clásico londinense y la luz del final de la tarde filtrándose por las ventanas ofrecía un aspecto acogedor. Se giró hacia Luke, quien la observaba interrogante.

—No sé qué hacemos aquí...

Él le hizo un guiño, entrelazó los dedos con los suyos, y la guió hasta la entrada.

No necesitó llamar, el eficiente Charles estaba esperándolos. La prominente barriga, oculta por el más que pulcro traje del mayordomo, acompañaron al leal empleado de Luke, mientras su solemne rostro los invitaba a pasar.

—Deja esa cara de cartón, Charles — comentó en broma, conocedor de lo irritable que se ponía el hombre cuando lo llamaban estirado—. ¿Tenemos compañía, cierto? — preguntó con una sonrisa.

—Sí, señor enfatizó la última palabra, para mostrarle cortésmente que su broma no lo ofendía—. Su compañía lo aguarda en el salón de la biblioteca.

Brenda escuchaba extrañada la conversación, no entendía nada. Además estaba muy

preocupada por la desaparición de su hermano. Necesitaba salir de ahí cuanto antes o iba a volverse loca.

—Luke, necesito ir a casa... —le apretó la mano. Él le devolvió el gesto se inclinó hacia ella y depositó un beso en su mejilla y mirándola con sus penetrantes ojos azules le dijo que se tranquilizada que todo iba a ir en orden.

Sin decir nada más la condujo hasta el primer piso, en donde se encontraba una pequeña biblioteca. En alguna ocasión la utilizó, luego de su divorcio, como refugio para tallar algunas estampillas, y tenía una estantería completa de ellas. Ahora que estaba en casa no sentía que las estelas del pasado le afectaran, y quizá la presencia de Brenda fuera el motivo.

Llegaron a la puerta y Luke le hizo un gesto para que ella no hablara.

—Dulzura, quédate aquí un instante, no me tardo. ¿De acuerdo?

Ella lo observó sin comprender.

Él entró y cerró la puerta dejándola fuera. Hundiendo las uñas de sus dedos en las palmas se quedó esperando que él saliera de nuevo.

Luke se acercó despacio hasta la figura erguida sobre un libro de Antoine de Saint-Exupéry. Cuando Harvey lo sintió entrar corrió a echarse a sus brazos.

—¡Viniste! ¡Viniste! Dime que no me vas echar de aquí —suplicó la vocecita de Harvey mirando con nerviosismo a Luke—. Nadie me quiere en casa... y... tú dijiste que podía venir aquí si algún día te necesitaba... Charles me trajo galletas de avena y leche... no fue tan difícil tomar el metro...

Luke lo aupó. Se dirigió con el pequeño hasta una silla de cuero y lo puso sobre sus rodillas.

—Claro que no voy a echarte, pero has dejado muy preocupadas a tu mamá y a tu hermana. Pudiste perderte en el metro o alguien pudo hacerte daño. ¿Crees que eso ha estado bien? —preguntó en tono serio sin asustarlo. Recordó cuando alguna vez se escapó de la casa de Alice, pero no llegó tan lejos como Harvey. Tan solo se escondió en la casa de su vecino, y el padre de su amigo llamó a informar a su tía. Hasta ahí había llegado su aventura.

Dos lagrimones escaparon de los ojos del pequeño. Como si se diera cuenta que tenía que ser valiente y afrontar sus acciones, él mismo se los limpió con decisión.

—Yo... no quise que mi hermana se preocupara, pero ella ya no me quiere... —susurró mirándolo con sus ino entes ojos, que a Luke le recordaron a los de Bree cuando estaba triste o dolida—. No me presta atención y no juega más conmigo... y mamá está siempre ocupada en la casa. Ser una molestia no me gusta... y como tú eres mi amigo —lo miró esperanzado— pensé que estaría bien venir a vivir contigo.

Luke le revolvió el cabello.

—Pues la verdad es que la culpa de que tu hermana no te preste mucha atención últimamente es totalmente mía.

Harvey lo miró boquiabierto. —¿Has hecho que no me quiera? — le preguntó con resentimiento.

—Claro que no. Solo que ha tenido mucho trabajo y por eso cuando llega a casa lo hace para dormir y no le alcanza el tiempo. ¿Me podrás disculpar?

El niño le echó los brazos al cuello.

—¿Eso significa que Bree y mamá sí me quieren? — indagó con la cabecita apoyada contra el torso de Luke.

—Sí, te quieren, muchísimo. De hecho, tu hermana está afuera muy preocupada. ¿Saldrás a decirle que lo sientes y no volverás a escaparte?

Harvey asintió y se deslizó de las rodillas de Luke con facilidad dejando que sus zapatos converse color rojo tocaran la alfombra aubusson.

Luke se acercó a la puerta y la abrió. Brenda se quedó sorprendida al ver a su hermano, y luego corrió para alzarlo en brazos con lágrimas de alegría. Lo tocó para comprobar si estaba bien y luego lo dejó en el suelo.

—Oh, Harvey, no me vuelvas a hacer esto. He pasado un susto mortal — le dijo acucillada para estar a su altura.

—¿Me... me quieres? — preguntó con timidez.

—¡Te adoro! —se giró hacia Luke—: Gracias...—En ese momento no le importaba nada más que saber que su hermano estaba a salvo.

Él asintió y salió para dejarlos solos.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, Harv?

Harvey le contó su travesía desde que saliera de la casa, se encontrara con un vagabundo que lo llevó hasta la boca del metro más cercana y cómo un señor muy amable le pagó el viaje y lo acompañó hasta la dirección que tenía en la tarjeta. Él no sabía leer tan bien aún, pero aquello no representó un problema para el señor desconocido.

—¿Luke te dio su dirección? ¿Cuándo?

—Él me dijo que era un secreto, porque tú no querías verlo nunca más. —Brenda negó con la cabeza—.Y también dijo que sería siempre mi amigo aunque tú no volvieras a verlo... —los ojos de Harvey se iluminaron— además me fue a recoger a la escuela un día que no alcanzaste. Él es muy bueno.

—¿Fue a... ? —Lukas era más que bueno. Era un hombre maravilloso y ella estaba perdidamente enamorada de él—. Cuando tengas un problema, no importa qué tan ocupada creas que mamá y yo estamos, por favor Harvey no vuelvas a irte. ¿Es un trato? — le extendió la mano.

—Sí. ¿No estás enojada?

—No Harvey, ya estás aquí conmigo y todo está bien.

Antes de que Bree saliera con él de la mano, Harvey tiró de ella.

—¿Vas a decirle a Luke que ya no quieres verlo nunca más...? Él es mi amigo, y yo lo quiero mucho.

Bree se sintió emocionada. ¿En qué momento los dos hombres que amaba se habían convertido en aliados? Era un descubrimiento que la hacía muy feliz. Tan solo lamentaba que cuando Luke se cansara de la novedad de estar con alguien ajena a su círculo social y a su habitual vida de negocios, Harvey terminaría con el corazón partido, al igual que ella.

—Veremos a Luke tantas veces quieras, pero tienes que recordar que habrá momentos en que dejemos de verlo porque es un hombre muy ocupado y viaja por el mundo por largos meses.

—De acuerdo.

Durante el trayecto a casa de Bree, Luke se había mantenido en silencio, escuchando cómo el pequeño contaba una y otra vez sobre lo bueno que se habían portado los señores que lo encontraron en la calle. Los Quinn y Marianne recibieron al pequeño con alivio y lo llenaron de mimos. Eloise y Oswald se quedaron a tomar un té, y Marianne llevó a Harvey para que durmiera.

Brenda y Luke finalmente estuvieron solos en la casa.

—¿Cómo sabías que Harvey estaba en tu casa? —preguntó Brenda acomodándose en el sillón junto a Luke.

Él pasó un brazo sobre sus hombros para acercarla más a su cuerpo. Al fin podían estar juntos sin ningún torbellino alrededor.

—Me llamó Charles, pero no quise decirte nada para que mantuvieras la calma. Harvey es un buen niño.

Ella sonrió y se inclinó para acariciar el rostro de Luke. Luego se inclinó sus labios hacia aquella boca sensual que tantos placeres le había provocado.

—Tú eres un buen hombre, Lukas Blackward — susurró sobre los labios masculino.

—Vaya, creo que esto de ayudar a los niños me va a traer gratas recompensas — murmuró profundizando el beso. Le recorrió y mordisqueó los labios. Su lengua se entrelazó con la de Bree e iniciaron una danza tan vieja como el tiempo. Fue un beso cargado de ardor y pasión, que ninguno de los dos supo cuánto duro, hasta que finalmente Luke se apartó jadeando—. Bree... cariño... si no nos detenemos existe una alta posibilidad que Marianne nos encuentre en una situación bastante interesante.

Con los labios ligeramente hinchados por el delicioso beso, ella se rió y se acurrucó a su lado.

—Mamá se quedará en la habitación de Harv. Ambos deben estar dormidos. Ha sido difícil para ella, así que no querrá despegarse de mi hermano.

—¿Conspirando para que seduzca a su hija? — preguntó riéndose.

Brenda giró el rostro para dejar un beso en la muñeca de Luke.

—Ignorante totalmente que su hija puede ser un poco descarada — comentó con coquetería.

Él le acarició los cabellos rubios algo despeinados.

—Por cierto... ha sido un día bastante complicado, pero lo más curioso de todo es que parece que me ha dado amnesia.

Ella lo miró extrañada. Luke se limitó a mirarla con gesto apesadumbrado.

—¿De qué te has olvidado?

Se encogió de hombros masajeando con suavidad el cuero cabelludo de Bree, quien sintió cómo la tensión de la jornada se desvanecía totalmente de su cuerpo.

—Aquella frase que me dijiste en la oficina del abogado — comentó, sin dejar de acariciarla—. Intento recordar el motivo por el que te besé... pero no logro recordar la frase que disparó mi pulso.

Bree cayó en cuenta y le sonrió con ternura.

—Mmm... es que te dije tantas frases, Luke. ¿Será aquella en que voy a poner mi renuncia a mi puesto en la empresa?

Él negó y luego la tomó en brazos para ponerla a horcajadas sobre sus piernas. Sus miradas conectaron como si hubieran estado predestinadas siempre de esa manera. Perfectamente enlazadas. El espejo de sus almas. El reflejo de su amor.

—Que eras un jefe mandón, pero muy sexy y atractivo. ¿Es eso? Debo insistir en lo sexy — expresó con picardía.

—¿Lo soy? — deslizó las manos en la espalda femenina y luego las bajó hasta posarlas sobre el trasero respingón.

—Sí...

—Mmm... — murmuró atrayéndola hacia su boca, sin perder el contacto con aquellos hermosos ojos verdes—. Creo que la frase más importante empezaba con algo así como que te gusto mucho.

Bree rió contra los labios de Luke.

—Me encantas, Luke.

Eso le granjeó una caricia sensual que empezaba a ascender por debajo de la blusa, hasta sentir posarse los dedos de Luke sobre el broche del sostén. Él suspendió ahí sus dedos.

Bree lo miró expectante y con la respiración acelerada.

—No, no era eso — gruñó desabrochando el primer broche—. Vamos has un mejor intento para que tu memoria se sincronice, cariño — liberó totalmente el broche del sostén. Los pechos de Brenda cayeron sobre sus manos, y él sintió que la erección iba a matarlo. Los botones de la camiseta de Bree eran el único impedimento para que él no pudiese verlos desnudos.

—Luke... —susurró cuando sintió cómo dos dedos hábiles apretaron sus pezones.

Instintivamente se movió de tal manera que la falda subiera hasta más arriba del muslo, dándole movilidad para que sus bragas entraran en contacto con la marcada erección masculina. Las manos amasaron sus pechos y ella sintió el instinto loco de desnudarse. Necesitaba esas caricias, necesitaba a Luke dentro suyo.

Como si él pudiera intuirlo, bajó las manos hasta sus bragas, apartándolas para mover los dedos sobre la humedad, y utilizó su tibia miel para lubricarla. Atrapó su boca con la de él, y la besó

profundamente, mientras los dedos obraban magia en sus labios íntimos. Brenda sentía cómo la acariciaba hacia adelante y hacia atrás. Sentía la vagina hinchada de deseo. Ella se movió intentando acelerar la caricia, pero no lo consiguió. Lo besó y luego le susurró—: Lukas... no me tortures.

Él estaba conteniendo las ganas de desnudarse y penetrarla con toda la pasión que llevaba acumulada después de todos esos días de presión y malos entendidos.

—Me fascina que me llames también de ese modo, princesa —hundió el dedo medio entre los pliegues rosados. Ella ahogó un gemido—. Pero aún no me has dicho aquella frase a la que me refería. No es justo que a un amnésico le hagan esto — se quejó con una sonrisa ladina, al tiempo que Bree sostenía su cuerpo débil por el deseo apoyando las manos sobre los hombros de Luke.

—¿Quieres...quieres conseguir que hable con esta tortura? — preguntó tratando de persuadirlo para que continuara acariciándola.

—Quizá — empezó a frotar el clítoris con movimientos ágiles, hasta que Brenda no pudo soportarlo más y explotó en su mano con un gemido quedo para no hacer ruido. Sintió cómo sus músculos se contraían en espasmos sobre los dedos de Luke.

Cuando abrió los ojos vio la mirada febril y cargada de deseo.

—Me encanta cuando te vienes de esa manera — le dijo besándola.

—Tú...

—No, amor, no creo que pueda — dijo con un tono entre divertido y frustrado — creo que necesitaría un poco más de privacidad para hacer lo que tengo en mente contigo en este preciso momento.

—Oh, Lukas...

Sacó las manos de su piel suave y la alejó despacio de su pecho. La ayudó a acomodarse la ropa.

—Dímelo, Bree.

Bree comprendió lo importante que era para él. Se acomodó la ropa.

Lo miró a los ojos.

—Te amo con todo mi corazón.

En respuesta él simplemente la atrajo hacia su pecho y la mantuvo abrazada un largo rato.

—Gracias por amarme, aunque no será tanto como yo a ti. No vuelvas a alejarme de tu lado. Por favor.

—¿Y qué pasará cuando te canses de mí? Eres conocido por ser un playboy.

La expresión de rostro de Luke cambió totalmente y se puso mortalmente serio.

—Para mí no es ningún juego, Brenda. No me importa si llega una morena, pelirroja u otra rubia. He vivido lo suficiente y he conocido bastantes mujeres para decirte que hasta antes de conocerte le temía a una relación seria. Faith no fue precisamente el modelo de pareja y era

demasiado inmadura. Pero tú eres una mujer responsable, con un gran corazón... que se ha robado el mío. Estoy seguro de lo que siento. Y sé que te adoro y te amo. ¿Para ti es acaso algo pasajero entonces?

Brenda delineó con sus dedos las cejas varoniles.

—Nunca he amado a nadie como te amo a ti.

Él expulsó el aire que estaba conteniendo y esta vez la besó con ternura absoluta. Le acarició los labios como si fuese una pieza de cara porcelana, el dulce más exquisito, la más valiosa joya de colección. Sus manos acariciaron los brazos de Bree y ella se perdió en ese beso tan cargado de amor y entrega.

El teléfono de Luke empezó a sonar y aunque en un principio se resistió a contestarlo, no tuvo más remedio que hacerlo. Bree depositó un último beso en el cuello de Lukas y se acomodó a su lado, mientras él atendía.

—No sé cómo te enteras de las cosas. En verdad. Supongo que tienes una antena parabólica conectada a tu radar personal.

¿Ahorita? —la voz sonó incrédula—. No puedes hablar en serio. Supongo que el eficiente de tu chofer no está disponible para variar. Sí. Sí. Claro que estás interrumpiendo una reunión importante. No, no soy insolente.

De acuerdo... estaré ahí. Sí —emitió un suspiro cansino—. He dicho que estaré ahí. Sí. Adiós.

Brenda lo miró extrañado.

—Cariño, parece que no es precisamente un día para que el destino nos deje estar a nuestras anchas —gruñó Luke, dándole un último beso.

—¿Quién era? —preguntó poniéndose en pie, al tiempo que Luke hacía lo mismo.

—Mi tía Alice ha llegado a Londres. ¿Puedes acompañarme al aeropuerto?

Ella asintió.

—Adelantó su retorno. Lo primero con lo que me saludó fue Wimbledon dijeron al unísono mirándose y comprendiendo que tendrían una larga charla por delante con la presidenta de la cadena hotelera.

Capítulo 22

Heathrow estaba congestionado. Cientos de viajeros iban de un lado otro en el aeropuerto considerado uno de los más transitados del mundo. A Luke no le resultó difícil localizar a su tía. Una mujer de paso firme y elegante que se abría paso entre la multitud, que no se atrevía a rozarla siquiera.

—Espero que tengas una buena excusa jovencito para haberme hecho esperar cinco minutos de la hora en que quedamos. —«Primero el reclamo y luego el saludo», refunfuño Luke en silencio.

Con un bolso de Yves Saint Laurent en un hombro y la gigantesca maleta de la misma marca en

la mano izquierda, Luke empezó a avanzar con su tía hasta el estacionamiento. Bree los observó acercarse. El aura de poder que juntos irradiaban era sorprendente. La expresión facial de Alice era relajada y al verla parlotear con su sobrino notó la camaradería que existía entre ambos.

«Luke es impresionante», pensó conteniendo una sonrisa tonta en el rostro.

—Querida —saludó Alice con un beso en cada mejilla—. Espero que este sobrino mío —miró a Luke significativamente— no te haya causado demasiados problemas, aunque estoy al tanto de los fracasos con las negociaciones.

—Tía... —advirtió Luke guardando las maletas en el Range Rover—. Procura conservar el aire puro de la Toscana y pensar en el sabor exquisito de los vinos italianos en lugar de ponerte difícil. Además todo ha ido bastante bien con Bree — murmuró cuando llegaron al auto.

«Así que Bree», pensó Alice guardando una sonrisa. El modo en que su sobrino y su asistente se miraban era muy elocuente. Contuvo las ganas de empezar a hacerles preguntas. A ella le gustaba la muchacha, y ya era tiempo de que Lukas Ian consiguiera alguien que no estuviera interesada en su billetera. Su asistente, estaba segura, sabría ponerle los puntos a las íes y pararlo a raya cuando fuera necesario.

—Espero que haya sido así —replicó abrochándose el cinturón de seguridad—. Es una de mis mejores colaboradoras.

El trayecto hasta la casa de Alice estuvo invadido por preguntas y respuestas sobre los últimos movimientos en la oficina. Brenda le dio un completo reporte de las actividades más importantes. Luke se sentía muy complacido con Brenda, porque además de ser la mujer que le había robado el corazón, también era una profesional muy inteligente y competente.

Cuando Bree intentó despedirse de Alice para que ella y su sobrino pudieran poner al día con temas más personales, Luke se opuso. Y luego su jefa consintió en la idea de su sobrino de que guardara un poco más, mientras cenaban.

Su vida no había estado rodeada de lujos, pero desde que conoció a Alice en aquel ascensor tantos meses atrás, nada fue igual. Quizá el destino conspiraba de mil maneras y a su modo era lo suficientemente caprichoso como para que, al menos en su caso, hubiera vivido experiencias inusuales.

—¿Qué ocurrió con mi auspicio, Lukas Ian? — preguntó Alice fingiendo enfado, mientras bebía su oporto.

—Oh, Alice, verás... — empezó Bree sintiendo que era ella la llamada a responder.

Con un gesto, Alice la interrumpió.

—Le he preguntado a Lukas, querida. Déjalo que se explique porque tengo muchas ganas de saber cómo es posible que no hubiera previsto los incidentes que me acaban de contar.

—No seas tiránica, querida tía. Tal como te contamos en el camino hubo una filtración interna, y un mal entendido. Así que habrá que empezar otra estrategia — replicó con una encantadora sonrisa, bebiéndose el whisky. Luego miró a Bree y le hizo un guiño imperceptible que solo ella alcanzó a ver.

Brenda se fijó en el cuadro de Sir David Wilkie, un afamado pintor británico cuyos principales temas artísticos giraban en torno a la guerra de independencia española. Con su trabajo de guía

turística se había documentado de muchos temas, entre ellos la pintura. Y estaba segura que ese cuadro que pendía de la pared izquierda, junto a la chimenea, se trataba de Adulador, un retrato del rey Jorge IV con kilt. «¿Cómo habrá conseguido ese original, Alice?». Porque estaba segura que ningún Blackward compraría algo falsificado.

—No creo que puedas conseguir hacerla, porque hasta donde tengo entendido tú tienes planificado un viaje a Roma para dentro de pocas semanas y lo llevas agendado desde que aceptaste relevarme para poderme ir a Italia. —Luke iba a explicarse al ver la mirada de sorpresa de Breen, pero su tía continuó—: Así que, dado que los Wulfton son mi negocio ya lo tengo resuelto. Gracias a mi querida amiga, Lady Lucy Ashford, tendremos el auspicio. Me informó que Haymore ha decidido olvidarse de Wimbledon y sus entretelones. Así que... una vez más he tenido que socorrer mi imperio — comentó fingiendo mortificarse.

Luke se echó una carcajada que le valió un disimulado pisotón de Bree.

—Tía eres la empresaria más obstinada que he conocido. Si ya habías resuelto todo, ¿para qué me tuviste una hora explicándote lo sucedido e ideando el modo de resolverlo?

Alice se encogió de hombros.

—Solo quería hacerte notar que dejaste una brecha sin atender de mí empresa, y que espero tu atención mejore porque serás mi heredero dentro de unos pocos años.

—No es mi deseo...

—Poco me importa qué deseo o interés tienes en mi negocio, será tuyo y punto. Cómo resuelvas manejarlo irá por tu cuenta. Por cierto — comentó con un tono muy sincero— lamento lo de tu ex mujer. Aunque no era una persona a quien estimara especialmente, la muerte de un ser humano no me complace.

Luke se había enterado sobre la muerte de Faith horas antes de que Brenda llegara a la oficina de Donovan Vinilli, y aquello lo había puesto contrariado a pesar de que entendía que así sería el final de su ex esposa. Mientras iban camino al aeropuerto a recoger a su tía, horas atrás, había hablado del tema con Brenda. Le explicó con detalles cómo sucedieron las cosas durante sus ausencias en Surrey, el proceso de divorcio y lo que le costó emocionalmente, lo que estaba haciendo por su ex mujer cuando supo que estaba enferma y la decisión final con respecto a Faith, cuando supo que había cometido un grave error al postergar decirle a ella cuál era su apellido paterno.

La reacción de Brenda fue compasiva y comprensiva. Nunca dejaba de maravillarlo y sorprenderlo con sus reacciones. Cuando creía que iba a ser dura y hostil, mostraba su lado más tierno y empático; y cuando pensaba que se comportaría dulce y sensible, se convertía en una mujer mandona e inaccesible. Sabía que con ella a su lado, su vida siempre tendría una dosis de humor, pasión, amor y... bueno, también de tozudez.

—Fue una pérdida que me causa tristeza, tía... será duro para su familia —se quedaron en silencio. Y luego él continuó—: Mira, sobre ese viaje a Roma, tía, verás...

—Ah eso, pues bien. No me interesa dónde lleves tu negocio querido. Bien, ahora me voy a descansar, quedas relevado de tu ayuda en mi oficina. Desde mañana lo retomaré —se giró hacia Brenda—: Y tú querida, creo que es tiempo de que te tomes unas vacaciones. Mi sobrino suele ser algo quisquilloso y seguro que te ha agotado con sus demandas. Te veo en dos semanas. Ah, ah, ah —dijo, cuando Bree empezó a protestar—. Sin opción a reclamo. Y ahora

que tengo que pensar en cómo voy a manejar la demanda con Kevin Parsons voy a estar muy ocupada, y no necesito ayuda para ello. — Dicho esto, con una media sonrisa se despidió de ambos antes de retirarse a la planta superior a descansar.

Luke se puso de pie y se acercó a Brenda. Ella permanecía sentada observando la colección de pequeños dedales de diferentes partes del mundo que descansaban en un pequeño aparador circular.

—Cariño... —le tomó las manos y se acuclilló frente a ella. Bree fijó la mirada en sus ojos azules que la observaban con intensidad—. No te he ocultado nada...

—Yo no he pensado que...

—Te conozco lo suficiente para saber que cuando mi tía mencionó Roma, pensaste que te había ocultado deliberadamente el asunto.

Ella se echó a reír.

—Me conoces. Sí.

Él apretó las manos de Bree con las suyas.

—Ni siquiera me había acordado de Roma. Fue algo que tenía planificado por unos contratos de mi empresa. Antes de que me enamorara de ti.

Dejó que él le acariciara el rostro con las manos. El aroma de Luke era embriagador.

—Bree, te amo. Me ha llevado toda la vida encontrarte. ¿Crees que perdería mi bien máspreciado por un asunto de negocios? Imposible.

—No soy la clase de mujer con la que te has habituado a estar, Luke — murmuró insegura.

Él se puso de pie, y haló las manos de Bree para que lo siguiera.

El único sonido en la estancia era el que producía el reloj cucú.

—Gracias al cielo que no lo eres, princesa. Me gusta saber que estoy con una mujer especial, diferente y que me hace feliz. Brenda, hazme el hombre más afortunado del mundo y cástate conmigo. Ven conmigo a Roma, Ámsterdam, Berlín, Barcelona, a todas partes del mundo que tenga que ir. — Brenda sintió el corazón salirse del pecho. No podía creer lo que estaba escuchando—. No quiero volver a estar solo ni sentirme incompleto lejos de ti. Deseo pasar el resto de mi vida con la mujer que amo —le pidió ajustando las manos en las caderas de Bree, y atrayéndola hasta él de tal forma que quedaron sus cuerpos muy juntos—. Dame la oportunidad de hacerte feliz y ser feliz. Sin ti, yo no estoy completo. Te necesito...

—¿Ca...casarnos? — preguntó sorprendida y sin aliento, al ver la mirada decidida que se clavaba sobre sus ojos verdes. La idea de casarse la aterraba. Había visto cómo su madre pasaba de hombre en hombre, la falta de compromiso de cada una de las parejas a las que siempre se rehusó a llamar papá.

Se sentía aterrada. Podía estar con Luke de modo indefinido, pero casarse era una palabra mayúscula. Quizá la idea de temerle al matrimonio podría considerarse un asunto meramente masculino, pero no lo era. No en su caso.

Él la tomó de la mano antes de permitir que dijera algo que no quisiera escuchar, por ejemplo,

un no. La llevó furtivamente hasta la habitación más alejada de la casa. Una recámara que Luke solía utilizar cuando rondaba la veintena; una habitación fabulosa ubicada estratégicamente con una entrada privada.

La estancia era preciosa. La cama que estaba en el centro parecía de aquellas del siglo XVIII, grande, alta, elegante y con dosel. Sabía que iba a ser seducida y la idea no solo le encantaba, sino que la excitaba.

El espacio era elegante, pero la decoración era austera. Quizá muy en concordancia con la personalidad de Luke.

Sin permitirle mediar palabra, la levantó en volantas tomándola desde su trasero. Cerró la puerta con el pie y aprisionó el cuerpo de Bree contra la pared. Se fundió en un beso devastadoramente sexual y erótico cargado de necesidad y una alta dosis de amor. No había nada más hermosa que compartir aquella desbordante pasión con la mujer que le robaba el aliento, invadía sus pensamientos y le agitaba el corazón durante cada segundo del día. Y tenía que convencerla de que se casara con él.

—Cásate conmigo —la dejó en el piso presionando su erección contra el centro tibio y húmedo de Brenda. Le quitó apresuradamente la blusa y la falda dejándola en bragas y sostén—. Cásate conmigo —le sacó el sostén de un tirón—. Sin ti mi vida no tiene un rumbo. Eres mi brújula y mi camino... dime que sí, mi amor. Sé mía para siempre — aquel par de hermosos pechos oscilaron y él llenó sus manos con ellos. Inclino la cabeza y chupó con fuerza los rosados pezones. Le encanta sentir cómo se ponían más erectos en su boca y el modo en que Bree gemía. Adoraba cómo ella se dejaba llevar sin inhibiciones. La recorrió con las manos, y sintió cómo Brenda abría el broche de su pantalón hasta bajarle el bóxer y tomar su miembro cuan largo y duro estaba entre sus manos suaves y firmes—. Cásate conmigo, princesa...

—Luke... yo... — gimió al sentirlo por todas partes—. Oh, qué me haces.

Con rápidos y urgentes movimientos se terminaron de arrancar la ropa. Gloriosamente desnudos se tocaron, probaron el sabor de la piel ardiente y dispuesta a ser torturada por rasguños y mordiscos apasionados. Se acariciaron fervientemente como si jamás pudieran volver a tocarse; como si fuera la última vez, cuando en realidad era el principio de toda una vida de momentos gloriosos y bañados de esperanza y amor.

Luke torturó los pezones de Brenda con su boca y acariciaba sus pechos con una mano, mientras con la otra, introducía un dedo en el sexo húmedo y caliente que esperaba por ser conquistado. Besó su boca, el cuello, cada pequeña parte del rostro adorado. Subió y bajó por su piel, lamiendo, mordiendo y chupando. Cuando llegó hasta el vértice en que se unían los muslos femeninos, ella lo tomó del cabello incitándolo. Luke no dudó y pasó la lengua por los húmedos pliegues, arrancándole un gemido agónico. Pero no quería que terminara. Así que se detuvo y subió de nuevo, hasta besarla en los labios.

Enfebrecida, ella apretó las nalgas de Luke y subió los dedos por la espalda musculada. Luego enterró las manos en la espesa mata de cabellos negros sintiendo cómo el sexo de Luke presionaba contra sus caderas. Se moría por tenerlo dentro, por ser suya, una vez más, mil veces más. Para siempre.

Él estaba a punto de penetrarla, pero conteniéndose la llevó hasta la cama. Se tumbó sobre ella cuidando de no aplastarla con su peso. Con las respiraciones agitadas y la piel encendida, él se tomó un segundo para mirar los ojos verdes que refulgían de pasión, anhelo y amor.

—Dime que sí —repitió en tono solemne con su sexo a punto de penetrar el de Brenda. Ella sentía su sensible canal palpitando y aguardando por Luke—. Dime que sí...

Ella consiguió sonreír con el corazón rebotante de amor. Le rodeó las caderas con sus piernas de piel satinada y lo besó. Antes de alejarse de su boca, le mordió el labio inferior.

—Tengo miedo... — susurró.

—No lo tengas — besó las mejillas de Brenda—.

Aprenderemos juntos. Y aunque las cosas se pongan complicadas, no nos dejaremos fuera... por favor, cástate conmigo.

Ella lo miró con picardía.

—¿Será entonces el sexo siempre el modo de convencerme?

—Hacer el amor será un modo interesante y divertido de convencerte. ¿Lo he conseguido esta vez? — preguntó inseguro. No era el método más ortodoxo, pero esperaba que al menos en su caso resultara eficiente—. Aunque claro, siempre existirán otros — dijo algo nervioso.

Brenda le acarició los hombros visiblemente tensos. Ella había pasado muchas cosas difíciles, las había superado todas, sola. Y Luke le ofrecía ser su compañero, su amigo y su amante. Sobre todo le ofrecía sin tapujos y a manos llenas, su corazón. Negarse sería rehusarse a ser feliz y tener su propia familia con el hombre que amaba. El amor era un riesgo y en esta ocasión sabía que Lukas Blackward estaría siempre para atraparla cuando cayera... y ella estaría para él.

—Te amo, Luke —sonrió y él sintió como si toda la habitación hubiera recobrado el brillo, a pesar de que el día había amanecido nublado—. Sí. Me casaré contigo.

Suspiró de alivio y la besó intensamente.

—Gracias, princesa susurró llenándola de besos. Se sentía pletórico—. No vas a arrepentirte.

Lo prometo murmuró acariciándole el rostro y mirándola con dulzura.

Brenda se mordió el labio.

—¿Luke?

Él la miró embelesado.

—¿Sí, mi amor?

—Podrías... — movió las caderas hacia arriba—. ¿Continuar?

Con una carcajada ronca, Luke se hundió hasta lo más profundo de aquel cuerpo que no solo le brindaba placer, sino el confort de aquellos momentos maravillosos que un ser humano buscaba vivir. Con Brenda vivía el amor y el deseo mezclados con el inmenso placer del sexo desde una categoría en donde se fundían las emociones más sinceras.

—Te adoro, pequeña brujita — murmuró embistiéndola y proporcionándole un deleite casi doloroso.

Brenda sollozó de placer cuando ambos llegaron a aquel punto sin retorno; aquel lugar que solo lo entienden las almas que después de una intensa lucha contra el destino, al fin se encuentran

y se funden la una en la otra. El amor perfecto.

—Y yo a ti.

Epílogo

El último ingrediente era la vainilla. Desde que había dejado de trabajar para la cadena hotelera Wulfton y Tom se convirtiera en su socio practicar recetas en casa se había transformado en una afición, y también un sueño hecho realidad. A pesar de que su tienda de dulces era relativamente pequeña, por decisión propia, le permitía conocer de un modo más personal a sus clientes.

Su vida había cambiado considerablemente desde que aceptó casarse con Lukas. Nunca pensó que la vida matrimonial fuese tan maravillosa. Él era siempre atento y la llevaba, cuando Tom le permitía, de viaje a cualquier ciudad europea en donde Blue Destination lo llevara. Además había conocido a George y Katherine, con quienes entabló una bonita amistad. A veces iban a cenar con los Osmond, y también invitaban a Christine que se había reconciliado con su novia, Helena.

Con una sonrisa puso el horno en marcha. Lo programó hasta dentro de una hora. Tenía una gran tanda de cupcakes preparándose. Cuando estaba a punto de girarse sintió una presencia irrevocablemente autoritaria y dulce al mismo tiempo. Sabía que a su esposo le encantaba contemplarla.

Se giró con una sonrisa tonta en el rostro.

—¿No se supone que deberías correr a besarme como hacías hace unos meses cuando nos casamos en Surrey? — preguntó Luke con aquel tono grave de voz que la enloquecía—. De hecho recuerdo claramente que todo el staff del hotel y nuestros invitados te escucharon decir que me amarías y me respetarías por el resto de nuestra vida.

Ella fingió enfadarse y colocó una mano en su cadera.

Lo miró achicando los ojos chispeantes y cargados de amor. Luke era todo lo que cualquier mujer podría pedir, y era todo suyo.

—Si no llevara el peso de los gemelos —se tocó su vientre que ya evidenciaba un tamaño de cuatro meses de embarazo— no solo correría a besarte Lukas, sino que probablemente llegaría a un par de posiciones interesantes en las que no se necesita ropa — dijo con voz sensual y luego no pudo contener la risa—. Ahora ven tú, hombre imposible y bésame. Que si mal no recuerdo tu socio y Alice te escucharon prometerme exactamente lo mismo... y mucho más.

Luke se rió y dejó a un lado su maletín de Pierre Cardin. La tomó en brazos. Giró con ella hasta colocarla con delicadeza sobre la encimera de mármol desocupada de la cocina. Se colocó entre sus piernas para que sus miradas quedaran casi a la misma altura. Ella lo miró rebosante de amor.

—Te dije que siempre iba a complacerte — murmuró Luke dejándose llevar por un beso tierno y ardiente. Cada día se sentía más enamorado de Brenda, si acaso aquello era posible. Era su complemento en todos los modos posibles. La química sexual seguía siendo arrolladora. Con el embarazo, las hormonas de Bree estaban como locas y su esposa se había vuelto más

demandante sexualmente; no se quejaba, de hecho, le encantaba. Después de un largo día de trabajo saber que estaría con su familia, con ella, le elevaba el ánimo—. Aunque me gustaría saber si tiene alguna queja señora Blackward — susurró contra el cuello de Bree, que respiraba acaloradamente.

Ella enredó sus manos en el cabello sedoso de su esposo.

—Podría quejarme... —gimoteó cuando Luke subió sus manos bronceadas cerrándolas sobre su pecho que se habían agrandado ligeramente por el embarazo—. Oh,

Luke... — susurró mientras él empezaba a deshacer uno a uno los botones de la blusa blanca de seda. Se quedó sin respiración al sentir la lengua caliente de su esposo recorrer la piel que el sostén de randas azules no cubría.

—Te deseo. He pasado todo el maldito día en la oficina pensando en la hora de llegar a casa y encontrarte así —deslizó la mano debajo de la falda de flores— mojada. Dios, me vuelves loco.

Cuando Luke acercó su pelvis para frotarla con la suya sintió los pezones tensársele, la piel arderle y sus pliegues femeninos a punto de iniciar una danza que la llevaría a un orgasmo colosal. Nunca se saciaban el uno del otro.

La idea de ser padres, nada menos que de dos preciosas criaturas dentro de los próximos cinco meses, los había llenado de ilusión. Ella jamás se arrepentiría de cada experiencia, buena y dolorosa, que hubiera vivido antes de casarse con Lukas. Cada minuto con él valía la pena vivirse, incluidas las monumentales peleas que a veces tenían.

El timbre de la puerta sonó, interrumpiéndolos.

—Luke... —gimoteó, cuando él separó los labios de los suyos.

Él la miró con la respiración entrecortada y un destello de picardía asomó a sus magníficos ojos azules. Ella recordó que había prometido a Harvey y su madre una tarde de películas y cupcakes. Su hermano crecía y aprendía a gran velocidad y se comportaba como si tener a Luke de la familia hubiera sido lo más natural del mundo.

—Déjame complacerte cariño. No queremos que una mujer embarazada — se hizo con las bragas de Brenda. Ella lo miró boquiabierta, porque Lukas estaba desnudándose a toda velocidad— sufra una privación en sus deseos. ¿Verdad cariño?

—Oh, Lukas... no me hagas sufrir entonces y...

Con un rápido movimiento, Luke la deslizó hacia abajo hasta colocarla en una posición cómoda. Después la penetró con fuerza. Ella echó la cabeza hacia atrás, y Luke hundió el rostro en el cuello de olor a girasoles. Fue una penetración frenética, jadeos incesantes y besos apasionados.

Con un grito de Brenda, que él ahogó en su boca, llegaron juntos al orgasmo.

Agitados empezaron a componerse la ropa. Ella sonría y Lukas la abrazó por detrás.

—Le prometimos a Harvey y mamá... — murmuró Bree ajustándose los botones de la blusa. Luke intentaba ajustarse el cinturón y los botones de la camisa entre la risa de Brenda, cuando escucharon el timbre nuevamente—. Oh, Luke, mamá va a ser que tú y yo hemos...

—Estamos casados, lo comprenderá replicó con suficiencia masculina.

—Contigo me he hecho desvergonzada.

—Me gusta que lo seas dijo dándole una palmada en el trasero de modo afectuoso.

Desde que supo que Brenda estaba embarazada vio con placer el modo en que aquel cuerpo curvilíneo empezó a cambiar, y aquellas partes que lo enloquecían, se volvían más pronunciadas.

¿Podía ser algo más erótico que ver a la mujer amada llevar a su hijo en su vientre? ¡Aún más si eran dos hijos...o hijas! Aún no sabían el sexo de los bebés, ni les preocupaba, con tal de que fueran despiertos, saludables y alegres.

Además de haber desarrollado cambios en su cuerpo, Bree también tenía afectado un poco su estado de ánimo, pues variaba con facilidad. Muchos de ellos hacían reír a Luke a carcajadas, y ella le respondía cerrándole la puerta en la cara o recriminándole que no la atendía bien; luego, hacía un puchero, y él la tomaba en brazos, la acunaba y le decía todos los motivos por los que estaba perdidamente enamorado ella. Entonces todo volvía a la normalidad. Cuando era él quien se enfadaba, entonces ella se tragaba su orgullo y trataba de hacer las paces. No podían estar peleados demasiado tiempo.

Luke no pudo contener las ganas de girarla en sus brazos y besarla una vez más. Su mujer era una diablesa en la cama con un corazón de ángel.

—Te amo Bree, y créeme, que una vez que Harvey y tu mamá se marchen vamos a hacer una extensión de lo que acaba de pasar ahorita — declaró con voz ronca.

Ella lo miró con fingida inocencia, y luego se echó a reír.

—Y yo te amo a ti —dejó un beso suave en sus labios—.

Esperaré entonces hacerle justicia a mi deuda... más tarde —le hizo un guiño cuando se alejó para abrir la puerta.

Segundos más tarde, Harvey y Marianne estaban sonrientes e instalados frente al teatro en casa que Luke envió a construir para que su pequeño cuñado tuviera todo lo que un niño de su edad deseaba.

Brenda y él se sentaron después poner la película.

Lukas en ningún momento imaginó que la vida le daría una oportunidad de amar plenamente, y ser correspondido sin reservas. Ahora era consciente de que su fobia al compromiso fue una tapadera para ahuyentar el dolor de la traición de su primera esposa. Con Brenda había encontrado el solaz, la comprensión y también los desafíos para enfrentar los años de vida que tenía por delante. El amor que sentía por ella no se habría podido fortalecer sin los obstáculos que les había tocado vivir a cada uno, primero por separado, y luego, juntos.

Brenda pareció intuir que Luke la miraba fijamente en lugar de hacerlo con la película que se proyectaba en la pantalla. Sonriendo se acurrucó entre sus brazos; entre ellos se sentía querida y protegida. Al fin tenía su propia familia.

Con su esposa abrazada a él, los negocios viento en popa y sus hijos por nacer, tan solo le quedaba estar agradecido por aquel día lluvioso que lo llevó a cambiar su ruta y llegar hasta

Guildford. Después todo, los caprichos del destino le habían regalado la oportunidad de conocer a la mujer de su vida.

FIN

